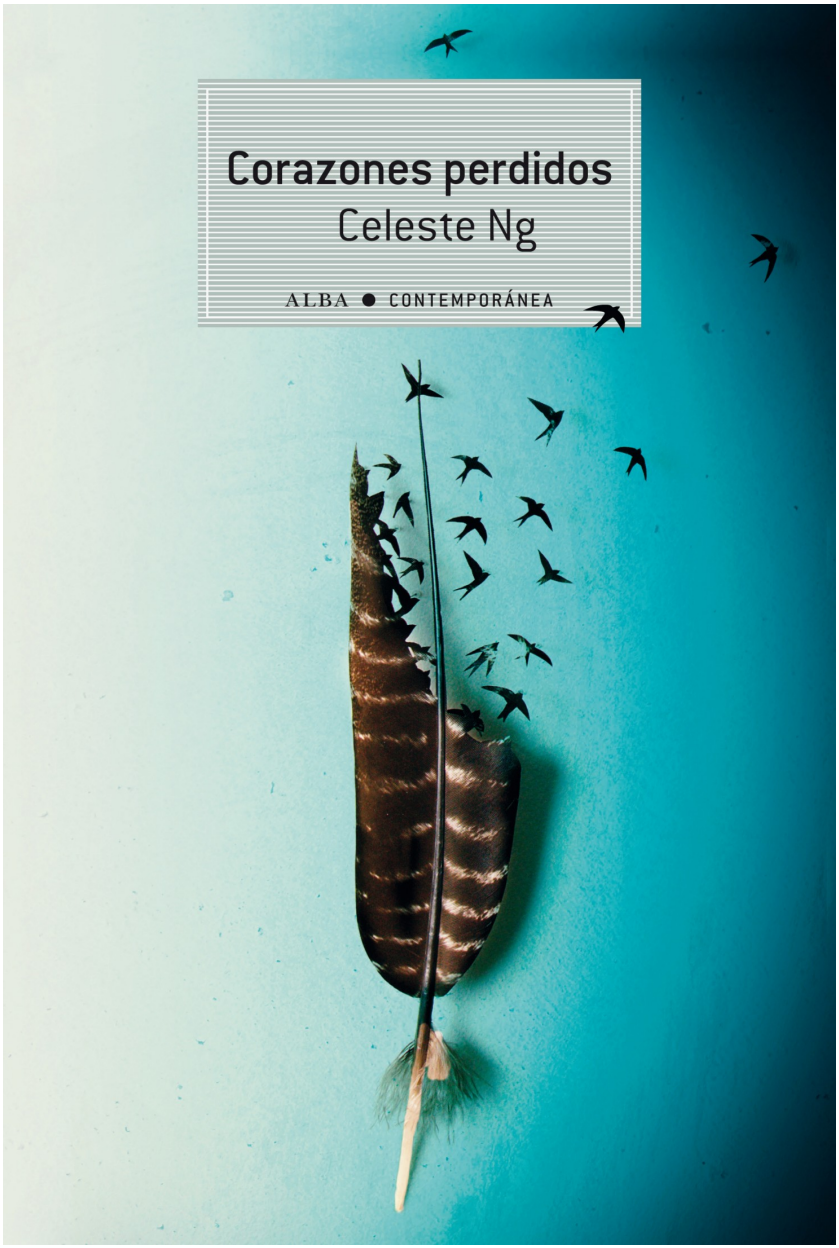
Corazones perdidos

Celeste Ng

ALBA ● CONTEMPORÁNEA

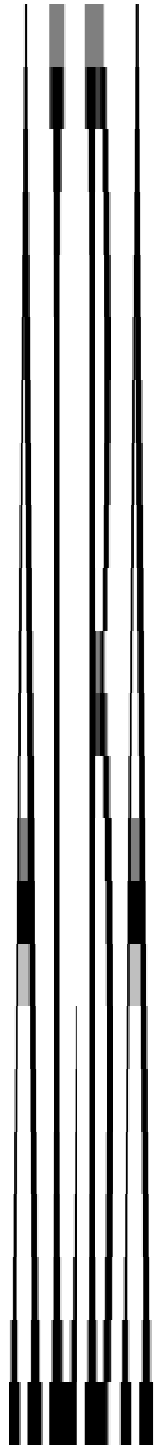


Corazones perdidos

Celeste Ng

Corazones perdidos

Traducción
Laura Vidal



Índice

Uno
Dos
Tres

Nota de la autora
Agradecimientos
Nota
Créditos
ALBA

A mi familia

En los terribles años de Yezhov pasé diecisiete meses en las colas de las cárceles de Leningrado [...]. Había una mujer de labios azules por el frío detrás de mí [...] despertó del aturdimiento en que estábamos y me preguntó al oído (allí todas hablábamos en voz muy baja):

–Y esto, ¿puede describirlo?

Y yo dije:

–Puedo.

Entonces algo parecido a una sonrisa asomó por lo que antes había sido su rostro.

Anna Ajmátova, *Réquiem,* 1935-1940*

PACT es más que una ley. Es una promesa que nos hacemos los unos a los otros: la promesa de proteger nuestros ideales y valores americanos; la promesa de que habrá consecuencias para aquellas personas que debiliten nuestro país con ideas antiamericanas.

De *Qué es PACT. Guía para jóvenes patriotas*

Uno

La carta llega un viernes. Abierta y vuelta a pegar con una etiqueta adhesiva, por supuesto, como todas las cartas: «Inspeccionadas por su propia seguridad. PACT». Había despertado confusión en la oficina postal, el empleado había desdoblado el papel, lo había estudiado, se lo había pasado a su supervisor, después al jefe. Pero finalmente había sido juzgada inocua y enviada a su destino. No llevaba remite, solo un matasellos de Nueva York de seis días antes. En la parte delantera está escrito su nombre –Bird– y por eso sabe que es de su madre.

Dejó de ser Bird hace mucho tiempo.

Te pusimos «Noah» por el padre de tu padre, le contó su madre en una ocasión. Lo de «Bird» fue cosa tuya.

Una palabra que, cuando la pronunciaba, sentía que lo describía. Algo que no pertenecía a la tierra, algo pequeño y veloz. Un piar curioso, un ser de contornos redondeados.

En la escuela no había gustado. Pájaro no es un nombre, dijeron, se llama Noah. Su profesora de jardín de infancia echaba humo: Cuando le llamo no contesta. Solo atiende al nombre de Bird.

Es que su nombre es Bird, dijo su madre. Atiende a Bird, así que sugiero que lo llame así y a la porra el certificado de nacimiento. Con un rotulador indeleble, en cada circular que llegaba a casa, tachaba «Noah» y escribía «Bird» en la línea de puntos.

Así era su madre: formidable y feroz siempre que su hijo lo necesitaba.

La escuela terminó por ceder, aunque a partir de entonces la profesora empezó a escribir Bird entre comillas, como si fuera el apodo de un gánster. «Estimado "Bird", por favor, acuérdate de dar a firmar a tu madre la autorización.» «Estimados señor y señora Gardner: "Bird" es respetuoso y aplicado, pero debe participar más en clase.» Hasta que cumplió los nueve años, después de que su madre se fuera, no se convirtió en Noah.

Su padre dice que es mejor así y no deja que nadie lo llame Bird.

Si alguien te lo llama, dice, corrígelo. Di: No, perdona. No me llamo así.

Fue uno de los muchos cambios ocurridos después de que su madre se fuera. Apartamento nuevo, escuela nueva, un trabajo nuevo para su padre. Una vida enteramente nueva. Como si su padre hubiera querido transformarlos por completo, de modo que, si su madre regresaba algún día, no pudiera encontrarlos.

El año anterior, de camino a su casa, se había cruzado con su antigua profesora

del jardín de infancia. Anda, hola, Noah, dijo, ¿qué tal estás? Y Bird no supo si lo que había en su voz era tono de superioridad o de lástima.

Ahora tiene doce años; lleva tres siendo Noah, pero Noah le sigue pareciendo una de esas caretas de Halloween, algo gomoso e incómodo que nunca sabe muy bien cómo llevar.

Y ahora, inesperadamente, una carta de su madre. Parece su letra... y además ninguna otra persona lo llamaría así: «Bird». Después de tantos años, a veces se le olvida su voz; cuando intenta recordarla, se escabulle igual que una sombra que se disuelve en la oscuridad.

Abre el sobre con manos temblorosas. Tres años sin una sola palabra, pero ahora al fin comprenderá. Por qué se fue. Dónde ha estado.

Pero dentro solo hay un dibujo. Una hoja de papel cubierta por entero de dibujos no más grandes que una moneda de diez centavos. Dibujos de gatos. Gatos grandes, gatos pequeños, atigrados, carey y bicolor, sentados en actitud respingona, lamiéndose las pezuñas, repantigados en charcos de luz de sol. Bocetos, en realidad, iguales a los que le dibujaba su madre en las bolsas del almuerzo hace muchos años, como los que dibuja él a veces en sus cuadernos de clase. Poco más que unas cuantas líneas curvas, pero reconocibles. Vivas. Eso es todo. No hay mensaje, ni siquiera palabras, solo un gato detrás de otro garabateados en bolígrafo. Hay algo que quiere despertar en él un recuerdo enterrado, pero no logra saber cuál.

Le da la vuelta al papel en busca de pistas, pero la otra cara está en blanco.

¿Recuerdas algo de tu madre?, le había preguntado Sadie una vez. Estaban en el patio, subidos al último escalón del tobogán con la rampa ante ellos. Quinto curso, el último con recreo. Todo demasiado estrecho ya, pensado para niños pequeños. Veían a sus compañeros de clase repartidos por el cemento, persiguiéndose. El que no se haya escondido, tiempo ha tenido.

Lo cierto era que sí recordaba cosas, pero no le apetecía contarlas, ni siquiera a Sadie. Ser huérfanos de madre los unía, pero lo que les había ocurrido a cada uno era distinto. Lo que había pasado con sus madres era diferente.

No mucho, había contestado, ¿tú te acuerdas bien de la tuya?

Sadie se agarró a la barra del tobogán y se impulsó con los brazos como si hiciera una flexión.

Solo que fue una heroína, dijo.

Bird no dijo nada. Todo el mundo sabía que los padres de Sadie habían sido juzgados no aptos para educarla y que por eso había terminado en una familia de acogida, y en aquel colegio. Circulaban toda clase de historias sobre ellos: que,

aunque la madre de Sadie era blanca y su padre negro, los dos simpatizaban con los chinos, y por tanto eran traidores a América. Sobre Sadie también corrían rumores de todo tipo: que cuando llegaron los agentes a llevársela mordió a uno de ellos y echó a correr hacia sus padres chillando y tuvieron que llevársela esposada. Que la de ahora ni siquiera era su primera familia de acogida, que había sido reasignada más de una vez porque daba muchos problemas. Que incluso después de que se la llevaran, sus padres siguieron tratando de boicotear PACT, como si no les interesara recuperarla; que habían sido detenidos y estaban encarcelados en alguna parte. Bird sospechaba que también circulaban historias sobre él, pero no quería saberlo.

De todas maneras, siguió diciendo Sadie, en cuanto sea lo bastante mayor, pienso ir a Baltimore y encontrarlos a los dos.

Tenía un año más que Bird, aunque estaban en el mismo curso, y no perdía ocasión de recordárselo. Ha tenido que repetir, cuchicheaban los padres a la hora de recoger a los niños, con voces llenas de lástima. Por cómo la «educaron». Pero ni siquiera una nueva educación va a lograr enderezarla.

¿Cómo?, había preguntado Bird.

Sadie no contestó y al cabo de un minuto soltó la barra y se dejó caer hasta quedar sentada a su lado con su cuerpecillo desafiante. El año siguiente, justo cuando terminaron las clases, Sadie desapareció y ahora, en séptimo curso, Bird está otra vez solo.

Acaban de dar las cinco: su padre volverá pronto y, si ve la carta, obligará a Bird a quemarla. No conservan ninguna de las cosas de mamá, ni siquiera su ropa. Cuando se fue, su padre quemó sus libros en la chimenea, destruyó el teléfono móvil, que no se llevó, formó un montón en la acera con todo lo demás. Olvídate de ella, había dicho. A la mañana siguiente, personas sin hogar se habían llevado todo lo que había en el montón. Unas semanas después, cuando se mudaron al apartamento en el campus, dejaron incluso la cama de matrimonio. Ahora su padre duerme en una litera, debajo de Bird.

Debería quemar la carta él mismo. Es peligroso guardar una de sus cosas. Y lo que es peor: cada vez que lee su nombre, su antiguo nombre, en el sobre, una puerta en su interior se entorna y deja pasar una corriente de aire. A veces, cuando ve bultos de personas durmiendo acurrucadas en la acera, las escruta en busca de algo que le resulte familiar. En ocasiones lo encuentra –un pañuelo de lunares, una camisa de flores rojas, un gorro de lana calado hasta los ojos– y, por un momento, cree que es ella. Es más fácil si desaparece para siempre y no vuelve.

La llave de su padre araña el ojo de la cerradura y consigue accionar el rígido pestillo.

Bird corre a su cuarto, deshace su cama, mete la carta entre la almohada y su funda.

No recuerda muchas cosas de su madre, pero sí esta: siempre tenía un plan. No se habría molestado en averiguar su dirección nueva, no se habría arriesgado a escribirle sin un motivo. Por lo tanto, la carta tiene que significar algo. Se lo repite una y otra vez. No deja de repetírselo.

Los abandonó, era todo lo que decía su padre.

Y a continuación se arrodillaba para mirar a Bird a los ojos: Es mejor así. Olvídate de ella. Yo no voy a ir a ninguna parte, es toda la información que necesitas.

Por aquel entonces Bird no sabía lo que había hecho su madre. Solo que durante semanas había oído las voces amortiguadas de sus padres en la cocina cuando hacía mucho rato que debía estar dormido. Por lo general era un murmullo sedante que le hacía quedarse dormido a los pocos minutos, una señal de que todo estaba bien. Pero últimamente había sido más bien un tira y afloja de voces; primero la de su padre, luego la de su madre, tensándose, apretando los dientes.

Incluso entonces había comprendido que era mejor no hacer preguntas. Se había limitado a asentir y a dejar que su padre, cálido y concreto, lo estrechara en sus brazos.

No supo la verdad hasta más tarde, lo golpeó en el patio de la escuela igual que una piedra en la mejilla: «Tu madre es una traidora». D. J. Pierce escupiendo en la tierra junto a las zapatillas de Bird.

Todos sabían que su madre era una Persona de Origen Asiático, PAO en inglés. Algunos niños las llamaban kung-PAO, como el pollo. Aquello no era noticia. Se veía en la cara de Bird si la mirabas: en todas las facciones que no llegaban a ser de su padre, en pistas que daban la curva de los pómulos, la forma de los ojos. Ser PAO, recordaban las autoridades a todo el mundo, no era delito en sí. PACT no tiene que ver con la raza, decía siempre el presidente, tiene que ver con el patriotismo y la mentalidad.

Pero tu madre organizó protestas, dijo D. J. Lo han dicho mis padres. Era un peligro para la sociedad e iban a venir a buscarla y por eso se escapó.

Su padre le había advertido de esto. La gente dirá toda clase de cosas, le había explicado a Bird. Tú céntrate en tus estudios. Di: No tenemos nada que ver con ella. Di: Ya no forma parte de mi vida.

Bird lo había dicho.

«No tenemos nada que ver con ella, ni mi padre ni yo. Ya no forma parte de mi vida.»

Dentro de él, su corazón se tensó y chirrió. En el cemento, el escupitajo de D. J.

brillaba y espumeaba.

Para cuando llega su padre al apartamento, Bird está sentado a la mesa con sus libros de texto. En un día normal se levantaría de un salto y le daría un abrazo de lado. Hoy, con la carta todavía en la cabeza, se inclina sobre sus deberes y evita la mirada de su padre.

El ascensor se ha vuelto a estropear, dice este.

Viven en el último piso de una de las residencias estudiantiles, de diez plantas de altura. Es un edificio más nuevo, pero la universidad es tan vieja que incluso los edificios más nuevos están anticuados.

Llevamos aquí desde antes de que Estados Unidos fuera un país, le gusta decir a su padre. Usa la primera persona del plural como si siguiera siendo miembro del claustro, aunque hace años que no lo es. Ahora trabaja en la biblioteca de la universidad, llevando inventarios, devolviendo libros a sus estantes, y su sueldo incluye el apartamento en que viven. Bird comprende que es un plus, que lo que su padre cobra por hora es poco y que andan justos de dinero, pero no lo ve como una gran ventaja. Antes tenían una casa entera con jardines delantero y trasero. Ahora, un apartamento diminuto de dos habitaciones: un único dormitorio que comparten su padre y él y un cuarto de estar con una cocinita en uno de los extremos. Una cocina de dos fogones, una neverita en la que ni siquiera cabe un cartón de leche recto. Debajo de ellos, los estudiantes van y vienen; cada año tienen vecinos distintos y para cuando se aprenden las caras de las personas, ya se han ido. En verano no hay aire acondicionado; en invierno los radiadores queman. Y cuando el terco ascensor se niega a funcionar, la única manera de subir o bajar es por las escaleras.

Bueno, dice su padre. Se lleva una mano al nudo de la corbata y se la afloja. Se lo diré al encargado de mantenimiento.

Bird mantiene la vista fija en sus libros, pero nota la mirada de su padre en él. Esperando a que levante la vista. No se atreve.

Los deberes de lengua para hoy: «Explica en un párrafo lo que significa PACT y por qué es crucial para nuestra seguridad nacional. Pon tres ejemplos concretos». Bird sabe perfectamente lo que debería decir; la estudian cada año en la escuela. La ley de Preservación de la Cultura y la Tradición Americanas. PACT por sus siglas en inglés. En el jardín de infancia la llamaban «la promesa»: «Prometemos salvaguardar los valores americanos. Prometemos velar por la seguridad de los demás». Cada año aprenden lo mismo, pero con palabras más sonoras. Durante estas lecciones los profesores suelen mirar a Bird con bastante descaro, y a continuación el resto de la clase hace lo mismo.

Deja la redacción a un lado y se centra en las matemáticas. «Si el PNB de China

es de 15 billones de dólares y crece un 6 % cada año. Si el PNB de Estados Unidos es de 24 billones de dólares, pero solo crece un 2 % anual, ¿cuántos años faltan para que el PNB de China supere al de Estados Unidos?»

Es más fácil cuando hay números. Cuando puede estar seguro de que existen respuestas correctas e incorrectas.

¿Todo bien, Noah?, dice su padre, y Bird asiente con la cabeza y señala su cuaderno con gesto vago.

Es que tengo muchos deberes, dice, y su padre, aparentemente satisfecho con la respuesta, se va al dormitorio a cambiarse.

Bird se lleva una, encierra la suma final en un pulcro cuadrado. No tiene sentido hablarle a su padre del día que ha tenido: todos sus días son iguales. Ir a pie a la escuela, siempre por el mismo camino. El juramento a la bandera, el himno nacional, cambiar de aula con la cabeza gacha, tratando de no llamar la atención por los pasillos, sin levantar nunca la mano. Los días buenos nadie le hace caso; la mayoría o lo atacan o le demuestran lástima. No está seguro de qué le desagrada más, pero de las dos cosas culpa a su madre.

Tampoco tiene demasiado sentido preguntarle a su padre qué tal día ha tenido. Por lo que él sabe, todos los días de su padre todavía consisten en lo mismo: empujar un carrito entre las estanterías, dejar un libro en su sitio, repetir. Cuando vuelva al cuarto de clasificación, habrá otro carrito esperándolo. «Sisífico», decía su padre los primeros días. Antes enseñaba lingüística; le encantan los libros y las palabras; habla con fluidez seis idiomas, es capaz de leer en otros ocho. Él fue quien contó a Bird la historia de Sísifo, condenado a empujar eternamente la misma roca montaña arriba. A su padre le encantan los mitos, las oscuras etimologías latinas y las palabras tan largas que hay que recitarlas como quien pasa las cuentas de un rosario. Antes solía interrumpir sus propias frases para explicar algún término complicado y entonces se desviaba del camino de sus pensamientos por un sendero en zigzag para contar a Bird la historia de una palabra, su origen, su vida entera y la de todos sus hermanos y primos. Arañando una capa de significado tras otra. A Bird le encantaba, cuando era más pequeño y su padre todavía era profesor universitario y su madre todavía estaba allí y todo era distinto. Cuando todavía pensaba que las historias servían para explicarlo todo.

Estos días su padre no habla demasiado de palabras. Está cansado de las largas jornadas en la biblioteca que le dejan los ojos arenosos; llega a casa envuelto en silencio, como si este se le hubiera metido en los huesos procedente de las estanterías, del olor entre rancio y dulzón del aire acondicionado, de la pesadumbre que lo acompaña, ahuyentada apenas por la luz solitaria de cada pasillo. Bird no le pregunta por la misma razón que a su padre no le gusta hablar de su madre: los dos preferirían

no echar de menos aquellas cosas que no pueden recuperar.

Aun así, su madre vuelve a él en destellos inesperados. Como retazos de sueños recordados a medias.

Su risa, repentina como el ladrido de una foca, una explosión ronca que le hacía echar atrás toda la cabeza. Poco femenina, la definía con orgullo. La costumbre de tamborilear con los dedos mientras pensaba, unos pensamientos tan nerviosos que le impedían quedarse quieta. Y también esto: una noche ya tarde, Bird con un catarro de pecho. Se despertó de un sueño sudoroso, presa del pánico, tosiendo y llorando con el pecho lleno de pegamento caliente. Convencido de que se iba a morir. Su madre cubrió la lámpara de la mesilla con una toalla, se hizo un ovillo a su lado, le apoyó la mejilla fresca en la frente. Lo abrazó hasta que se quedó dormido y continuó abrazándolo toda la noche. Cada vez que empezaba a despertarse, notaba los brazos de su madre rodeándolo y el miedo que crecía en él igual que una cosa rugosa se volvía suave y terso.

Están sentados a la mesa, Bird da golpecitos en su hoja de ejercicios con un lapicero, su padre lee atentamente el periódico. El resto del mundo lee las noticias en línea, deslizan el dedo por los titulares, se sacan el móvil del bolsillo cuando suena un aviso de noticia de última hora. En otro tiempo su padre hacía lo mismo, pero desde que se mudaron renunció a su teléfono y a su ordenador portátil. Soy un anticuado, dijo, cuando Bird le preguntó. Ahora se lee el periódico de cabo a rabo. Hasta la última coma, dice, todos los días. Es su única muestra de presunción. Entre un problema y otro, Bird procura no mirar hacia el dormitorio, donde la carta espera. Se concentra en estudiar los titulares de la portada que lo separa de su padre. EL AGUDO OJO DE LA VIGILANCIA VECINAL DESBARATA INSURRECCIÓN POTENCIAL EN WASHINGTON DC.

Bird calcula. «Si un coche coreano cuesta 15.000 dólares, pero dura solo 3 años, mientras que uno americano cuesta 20.000 dólares, pero dura 10, ¿cuánto dinero se ahorraría en 50 años comprando solo coches americanos? Si un virus se propaga exponencialmente por una población de 10 millones y dobla su tasa de crecimiento cada día...»

Al otro lado de la mesa, su padre le da la vuelta al periódico.

Solo le falta una redacción. Bird acomete vacilante la tarea, construye un párrafo torcido palabra a palabra. «PACT es una ley muy importante que terminó con la Crisis y mantiene a salvo nuestro país porque...»

Se siente aliviado cuando su padre dobla el periódico y mira su reloj, cuando puede abandonar la redacción y dejar el lapicero.

Son casi las seis y media, dice su padre. Venga, vamos a comer algo.

Cruzan la calle para cenar en la cafetería. Otra supuesta ventaja del trabajo: nadie tiene que cocinar; una ventaja para un padre soltero. Si, por causa de un retraso imprevisto, se pierden la cena, su padre apaña algo: macarrones de una caja azul de la despensa quizá; una comida poco copiosa que los deja a ambos hambrientos. Antes de que su madre se fuera siempre comían juntos los tres, se sentaban en círculo a la mesa de la cocina, sus padres charlaban y reían mientras comían y después su madre cantaba en voz baja mientras fregaba los platos y su padre los secaba.

Encuentran una mesa al fondo de la cafetería donde pueden comer solos. A su alrededor, los estudiantes forman grupos de dos y de tres y el suave murmullo de sus conversaciones susurradas es como una corriente de aire. Bird no conoce a ninguno por su nombre y solo a unos pocos de cara; no tiene costumbre de mirar a las personas a los ojos. Tú sigue andando, le dice siempre su padre si se cruzan con alguien que se queda mirando, con ojos que recorren la cara de Bird igual que un ciempiés. Bird da gracias por no tener que sonreír y saludar con la cabeza a los estudiantes, por no tener que darles conversación. Ellos tampoco saben cómo se llama él y, en cualquier caso, para final de curso se habrán ido todos.

Casi han terminado de comer cuando se oye alboroto fuera. Una riña y un estruendo, chirrido de neumáticos. Sirenas.

Quédate aquí, dice el padre de Bird. Corre hasta la ventana y se une a los estudiantes que ya miran a la calle. Por toda la cafetería se enfrían platos de comida abandonados. Luces estroboscópicas azules y blancas se proyectan en el techo y en las paredes. Bird no se levanta. Sea lo que sea, pasará. No te metas en líos, le dice siempre su padre, y con ello se refiere a que no haga nada que llame la atención. Si ves problemas, le dijo en una ocasión, echa a correr en dirección contraria. Es lo que hace su padre, caminar fatigosamente por la vida con la cabeza gacha.

Pero el murmullo en la cafetería va en aumento. Más sirenas, más luces proyectando sombras que crecen y acechan, monstruosas, desde el techo. Fuera, un revoltijo de voces furiosas y refriega de cuerpos, botas en el pavimento. Nunca ha oído algo parecido y una parte de él quiere correr a la ventana, asomarse y ver qué pasa. La otra parte quiere meterse debajo de la mesa y esconderse como la criatura repentinamente pequeña y asustada que es consciente de ser. De la calle llega el estallido áspero de un megáfono. «Policía de Cambridge. Todo el mundo a cubierto, por favor. Permanezcan alejados de las ventanas hasta nuevo aviso.»

En la cafetería los estudiantes vuelven corriendo a sus mesas y Peggy, la encargada, va de una ventana a otra echando cortinas. El aire bulle de cuchicheos. Bird imagina una muchedumbre enfurecida en la calle, barricadas hechas con bolsas

de basura y muebles, cócteles Molotov y llamas. Todas las fotografías de la Crisis que han estudiado en la escuela cobran vida. Da golpecitos con la rodilla en la pata de la mesa hasta que vuelve su padre y entonces la agitación se traslada dentro, a la parte hueca de su pecho.

¿Qué pasa?, pregunta.

Su padre niega con la cabeza.

Alguna clase de tumulto, dice. Creo. Y, a continuación, al ver los ojos como platos de Bird, añade: No pasa nada, Noah. Han llegado las fuerzas del orden. Lo tienen todo bajo control.

Durante la Crisis había disturbios todo el tiempo; esto lo han estudiado una y otra vez en clase, desde que Bird tiene uso de razón. Todo el mundo sin trabajo, las fábricas ociosas, desabastecimiento de todo: turbamultas habían saqueado tiendas y se habían amotinado en las calles e incendiado vecindarios enteros. La nación entera paralizada por los disturbios. Era imposible, había dicho su profesor de ciencias sociales, llevar una vida productiva.

Había pasado a la siguiente imagen de la pizarra inteligente. Calles reducidas a escombros, ventanas hechas añicos. Un tanque en mitad de Wall Street. Humo subiendo en una nube naranja bajo el arco de Saint Louis.

Por eso, señoras y señores, sois tan afortunados de vivir en una época en que la PACT ha convertido los disturbios en algo del pasado.

Y es cierto, en vida de Bird, los disturbios han ido espaciándose cada vez más. PACT ha sido la ley del orden durante más de una década, aprobada por abrumadoras mayorías tanto en el Parlamento como en el Senado, firmada por el presidente en un tiempo récord. Un sondeo detrás de otro sigue revelando un enorme apoyo público.

Pero: en los últimos meses han ocurrido cosas extrañas por todo el país; no se trata de huelgas, de manifestaciones ni de revueltas como las que han estudiado en el colegio, sino de algo nuevo. Acciones extrañas y sin sentido aparente, demasiado estrambóticas para no informar de ellas, todas anónimas, todas contra PACT. En Memphis, figuras con la cara oculta por un pasamontañas vaciaron un volquete lleno de pelotas de pimpón en el río y huyeron dejando una estela de esferas blancas. Cada una tenía dibujado un corazón rojo en miniatura encima de las palabras ABAJO PACT. Justo la semana anterior, dos drones habían colgado una pancarta en el puente de Brooklyn, de arco a arco. A LA MIERDA PACT, decía. Media hora después, la policía estatal había cerrado el puente, acercado una plataforma hidráulica a las torres de apoyo y descolgado la pancarta, pero Bird ha visto las fotografías sacadas con móviles y subidas a internet, todas las cadenas informativas y los sitios web las

habían publicado y también algunos periódicos importantes. La enorme pancarta con gruesas letras negras y, debajo, un corazón rojo irregular igual que una salpicadura de sangre.

En Nueva York, con el puente cerrado, el tráfico se había colapsado durante horas; la gente había subido vídeos que mostraban largas filas de coches, una cadena de luces rojas que se perdía en la noche. Hasta medianoche no conseguimos volver a casa, contó un conductor a los reporteros. Debajo de los ojos tenía dibujados anillos oscuros como manchas de humo. Prácticamente nos han hecho rehenes, dijo, y nadie sabía qué estaba pasando... Me refiero a que parecía terrorismo. Los informativos calculaban la gasolina desperdiciada, el monóxido de carbón emitido, el coste económico de esas horas perdidas. Se rumoreaba que había personas que seguían encontrando bolas de pimpón en el Mississippi; la policía de Memphis publicó una fotografía de un pato que, afirmaban, se había asfixiado; tenía el gaznate hinchado con bultos de aspecto canceroso.

Un comportamiento absolutamente inaceptable, había dicho despectivo el profesor de ciencias sociales de Bird. Si alguno de vosotros se entera de que hay alguien planeando disrupciones como esta, es vuestro deber cívico según la ley PACT informar a las autoridades.

Les habían dado una conferencia improvisada y una tarea extra para casa: «Escribe una redacción de cinco párrafos explicando cómo las recientes disrupciones de la paz han puesto en peligro la seguridad pública de todos». A Bird la mano se le había agarrotado y acalambrado.

Y ahora resulta que hay una disrupción a la puerta misma de la cafetería. Bird está aterrado y fascinado a partes iguales. ¿Qué es? ¿Un ataque? ¿Un motín? ¿Una bomba?

Desde el otro lado de la mesa, su padre le coge la mano. Algo que hacía a menudo cuando Bird era aún pequeño, algo que ya casi nunca hace ahora que Bird es mayor y algo que Bird –en secreto– echa de menos. La mano de su padre es suave y sin durezas, es la mano de un hombre que trabaja con el intelecto. Sus dedos se cierran cálidos y fuertes alrededor de los de Bird y los sujeta con delicadeza.

¿Sabes de dónde viene?, dice su padre. «Dis-» significa «separación». Como en «*dis*traer», «*dis*tender», «*dis*ipar».

La costumbre más antigua de su padre: desmontar palabras como si fueran relojes viejos para mostrar los engranajes que aún funcionan dentro. Trata de tranquilizar a Bird, como si le contara un cuento antes de dormir. De distraerlo, quizá incluso de distraerse él mismo.

Más «rup»: «romperse». Como en «erupcionar», estallar; «interrumpir», romper entre; «abrupto», quebrado.

La voz de su padre sube media octava por el entusiasmo, una cuerda de guitarra que se afina. Así que «disrupción», dice, en realidad significa «romperse». Hacerse añicos.

Bird piensa en vías de tren arrancadas, carreteras obstruidas, edificios desmoronándose. Piensa en las fotografías que les han enseñado en la escuela, de manifestantes tirando piedras, de agentes antidisturbios agazapados detrás de una muralla de escudos. Desde fuera les llegan chillidos confusos de radios de la policía, voces que salen y entran de su campo auditivo. A su alrededor los estudiantes están encorvados sobre sus teléfonos buscando explicaciones, publicando actualizaciones.

No te preocupes, Noah, dice su padre. Pronto pasará. No hay nada que temer.

No tengo miedo, dice Bird. Y no lo tiene, no exactamente. No es miedo lo que le recorre la piel igual que una telaraña. Es como la electricidad en el aire antes de una tormenta, una suerte de potencial inmenso y sorprendente.

Alrededor de veinte minutos más tarde, un nuevo anuncio por megafonía chasquea por entre las cortinas echadas y las ventanas de doble cristal. «Se pueden reanudar las actividades con normalidad. Por favor, alerten a las autoridades si vuelven a detectar cualquier actividad sospechosa.»

Alrededor de ellos los estudiantes empiezan a marcharse, depositan sus bandejas en la zona de lavado y corren a sus habitaciones quejándose de lo tarde que es. Pasan de las ocho y media y de pronto todo el mundo prefiere estar en otro sitio. Peggy empieza a descorrer las cortinas dejando ver la calle en penumbra. A su espalda, trabajadores de la cafetería corren de una mesa a otra con manteles y frascos difusores de desinfectante; uno pasa apresurado una escoba por las baldosas, recogiendo cereales caídos y migas de pan dispersas.

Ya lo hago yo, Peggy, dice el padre de Bird y Peggy inclina la cabeza en gesto de agradecimiento.

Cuídese, señor Gardner, dice Peggy y vuelve deprisa a la cocina. Bird espera, nervioso, a que su padre haya descorrido todas las cortinas y puedan volver a casa.

Fuera la noche es fría y silenciosa. Se han ido todos los coches patrulla y también los curiosos; la manzana está desierta. Busca indicios de la disrupción: cráteres, edificios calcinados, cristales rotos. Nada. Entonces, cuando cruzan la calle de vuelta a la residencia, Bird lo ve en el suelo: pintado con aerosol, destacando en rojo sangre contra el asfalto, justo en el centro de la intersección. Del tamaño de un coche, imposible de pasar por alto. Es un corazón, se da cuenta, igual que en la pancarta de Brooklyn. Y esta vez, rodeándolo, un anillo hecho de palabras: DEVOLVEDNOS NUESTROS CORAZONES PERDIDOS.

Un cosquilleo le recorre despacio la piel.

Al cruzar afloja el paso, vuelve a leer las palabras. NUESTROS CORAZONES

PERDIDOS. La pintura medio seca se le pega a las suelas de las zapatillas; la respiración se le pega, caliente, a la garganta. Mira de reojo a su padre en busca de un destello de reconocimiento. Pero su padre le tira del brazo. Se lo lleva de allí sin ni siquiera bajar la vista. Sin mirar a Bird a los ojos.

Se hace tarde, dice su padre. Será mejor que volvamos.

Había sido poeta, su madre.

Una poeta famosa, había añadido Sadie, y él se había encogido de hombros. ¿Existían las poetas famosas?

Estarás de broma, dijo Sadie. Todo el mundo ha oído hablar de Margaret Miu.

Se quedó pensativa.

Bueno, dijo, o por lo menos han oído su poema.

Al principio no había sido más que una frase como cualquier otra.

No mucho después de que su madre se marchara, Bird había encontrado un trozo de papel en el autobús, delgado como el ala de una mariposa muerta, en el hueco entre el asiento y la pared. Uno de muchos. Su padre se lo quitó, lo arrugó y lo tiró al suelo.

No cojas porquerías, Noah, dijo.

Pero Bird ya había leído las palabras de la primera línea: TODOS NUESTROS CORAZONES PERDIDOS.

Una frase que no había oído nunca, pero que en los meses, luego años, que siguieron a la marcha de su madre empezó a asomar por todas partes. Pintada a modo de grafiti en el túnel de las bicicletas, en la pared de la cancha de baloncesto, en la valla de contrachapado que cerraba un solar en construcción abandonado tiempo atrás. NO OLVIDÉIS NUESTROS CORAZONES PERDIDOS. Garabateada encima de carteles de patrullas de vigilancia vecinal con brocha gruesa: ¿DÓNDE ESTÁN NUESTROS CORAZONES PERDIDOS? Y en panfletos que aparecieron de pronto una mañana memorable: sujetos bajo los limpiaparabrisas de coches aparcados, esparcidos sobre la acera, pegados a la base de cemento de farolas. Hojas volanderas fotocopiadas de un palmo de tamaño que decían solo: TODOS NUESTROS CORAZONES PERDIDOS.

Al día siguiente habían tapado el grafiti con pintura, los carteles habían sido reemplazados y los panfletos barridos igual que hojas muertas. Todo estaba tan limpio que era posible que Bird lo hubiera imaginado.

Por entonces aquello no le decía nada en particular.

Es un eslogan anti-PACT, dijo su padre secamente cuando le preguntó. De personas que quieren que se derogue. Personas trastornadas, añadió. Verdaderos

lunáticos.

Había que ser un lunático, estuvo de acuerdo Bird, para querer derogar la ley PACT. PACT había ayudado a que terminara la Crisis. PACT había traído paz y tranquilidad. Hasta los niños del jardín de infancia sabían eso. PACT era de sentido común, en realidad: si te portabas de forma antipatriótica, sufrirías consecuencias. Si no lo hacías, entonces ¿de qué tenías que preocuparte? Y si veías u oías algo antipatriótico, era tu deber informar a las autoridades. No ha conocido un mundo sin PACT; es tan axiomático como la gravedad, como el «No matarás». No entendía cómo podía nadie oponerse a ella, tampoco qué tenía aquello que ver con corazones ni cómo podía desaparecer un corazón. ¿Cómo se puede sobrevivir sin un corazón en el cuerpo?

No tenía sentido hasta que conoció a Sadie. A la que habían sacado de su casa y llevado a vivir a otra porque sus padres habían protestado contra PACT.

¿No lo sabías?, le dijo. ¿No sabías cuáles eran las «consecuencias»? Venga ya, Bird.

Había tocado con el dedo la hoja de ejercicios que les habían mandado de deberes: «Los tres pilares de la PACT. Declara ilegal la defensa de valores y comportamientos antiamericanos. Exige a todos los ciudadanos informar de posibles amenazas a nuestra sociedad». Y allí, bajo el dedo de Sadie: «Protege a los niños de entornos que favorecen opiniones nocivas».

Ni siquiera entonces había querido creerlo. Quizá se habían llevado a algunas personas por la PACT, pero no podían ser muchas, porque si no ¿cómo es que nadie hablaba de ello? Sí, claro, tenías noticia de algún caso como el de Sadie, pero sin duda eran excepciones. Si pasaba, entonces es que habías hecho algo peligroso de verdad, era «necesario» proteger a tu hijo. De ti y de lo que fuera que hicieras o dijeras. ¿Y ahora qué?, decían algunos. ¿Creéis que los pederastas y los maltratadores de niños se merecen conservar a sus hijos?

Le había dicho todo esto a Sadie sin pensar y esta se quedó callada. A continuación enrolló su sándwich hasta formar con él una bola de atún y mayonesa y se lo aplastó a Bird en la cara. Para cuando este logró limpiarse los ojos, Sadie se había ido y él estuvo toda la tarde con el pelo y la piel apestando a pescado.

Unos días después Sadie sacó algo de su mochila.

Mira, dijo. Eran las primeras palabras que le dirigía desde lo ocurrido. Mira lo que he encontrado, Bird.

Un periódico con las esquinas rotas y la tinta desvaída hasta ser de color gris. Y allí, justo en el pliegue, un titular: POETA LOCAL VINCULADA A INSURRECCIONES. La fotografía de su madre con un hoyuelo flotando en la comisura de su sonrisa. Todo a su alrededor se volvió difuso y gris.

¿De dónde has sacado esto?, preguntó y Sadie se encogió de hombros.

De la biblioteca.

> Se está convirtiendo en el grito de guerra de los disturbios anti-PACT de todo el país, pero sus raíces están aquí, terroríficamente cerca. La frase más usada para atacar la ley de seguridad nacional de amplio apoyo es creación de una mujer de aquí, Margaret Miu, y se ha sacado de su libro de poemas *Nuestros corazones perdidos.* Miu, hija de inmigrantes chinos y madre de un niño pequeño...

A partir de ahí las palabras se volvieron borrosas.

Ya sabes lo que esto significa, dijo Sadie. Se puso de puntillas, como siempre que estaba nerviosa. Tu madre.

Entonces lo supo. Por qué lo había abandonado. Por qué nunca hablaban de ella.

Es una de ellos, dijo Sadie. Está por ahí, en alguna parte. Organizando protestas. Combatiendo la ley PACT. Trabajando para derogarla y devolver a los niños a sus hogares. Igual que mis padres.

Sus ojos se oscurecieron y adquirieron un brillo distante. Como si estuviera atravesando a Bird con la mirada y hubiera descubierto algo importante justo detrás de él.

Igual están juntos en alguna parte, dijo.

Bird había pensado que aquella no era más que una de las esperanzas vanas de Sadie. Su madre, ¿cabecilla de todo aquello? Improbable, si no imposible. Y, sin embargo, allí estaban sus palabras, estampadas en carteles y pancartas en contra de la PACT, por todo el país.

Los informativos llaman a las personas que protestan contra la PACT «subversivos sediciosos, traidores simpatizantes con los chinos. Cáncer de la sociedad americana». Son palabras que en su momento Bird tuvo que buscar en el diccionario de su padre, junto con «extirpar» y «erradicar».

Cada vez que veían las palabras de su madre –en informativos, en el teléfono de alguien–, Sadie daba un codazo a Bird como si hubieran visto a alguien famoso. Pruebas de que su madre estaba por ahí, en otra parte, preocupadísima por los hijos de otros a pesar de haber abandonado al suyo. La ironía de la situación le quemaba las venas.

Pero ya no es en otra parte. Las palabras de su madre están aquí, escritas en su calle en color rojo sangre. Tiene su carta arriba, en su almohada. El mismo corazón rojo emborronado del puente de Brooklyn allí en la acera, a sus pies. Mira por encima de su hombro e inspecciona los rincones en penumbra del patio, sin saber muy bien si el frío en su garganta es de esperanza o de miedo, si quiere correr a sus brazos o sacarla a rastras de su escondite a la luz del día. Pero allí no hay nadie, y su

padre le tira del brazo y Bird lo sigue dentro y escaleras arriba.

De vuelta en la residencia, sudados y cansados por el ascenso, su padre se quita el abrigo y lo cuelga en su gancho. Bird se sienta a terminar sus deberes, pero sus pensamientos bullen, indómitos. Mira de reojo por la ventana hacia el patio, pero solo ve el apartamento destartalado reflejado en el cristal. Delante de él, su redacción a medio terminar da paso a líneas en blanco.

Papá, dice.

Al otro lado de la habitación, su padre levanta la vista de su libro. Está leyendo un diccionario, pasando hojas al azar, una vieja costumbre que a Bird le resulta a la vez peculiar y entrañable. Tiempo atrás sus padres pasaban veladas así, en el sofá con sus libros, y en ocasiones Bird se recostaba en el hombro primero de su padre y luego de su madre y probaba a pronunciar las palabras más largas que encontraba. Estos días los diccionarios son los únicos libros que hay en el apartamento, los únicos que conservaron al mudarse. Por la expresión de su padre, Bird sabe que está a siglos de distancia, recorriendo el pasado zigzagueante de alguna palabra arcaica. Siente tener que sacarlo de ese lugar dorado y apacible. Pero necesita saber.

No... Carraspea. No has sabido nada de ella, ¿verdad?

Durante un momento, su padre parece enmudecer. Aunque Bird no ha dicho su nombre, no hacía falta. Los dos saben a quién se refiere. Para ellos solo hay una «ella». Entonces su padre cierra de golpe el diccionario.

Pues claro que no, dice, y va a colocarse de pie junto al codo de Bird. Cuando está muy cerca, le pone una mano en el hombro.

Ya no forma parte de nuestras vidas. Por lo que a nosotros respecta, es como si no existiera. ¿Lo entiendes, Noah? Dime que lo entiendes.

Bird sabe perfectamente lo que debería decir –«Pues claro que lo entiendo»–, pero las palabras se le atascan en la garganta. Yo no, quiere decir. Yo no, pero ella sí tiene algo que decir, tiene algo que decirme a «mí», esto es un cabo suelto que hay que atar... o un hilo del que tirar. Durante este instante de vacilación, su padre mira por encima del hombro de Bird la redacción sin terminar encima de la mesa.

Déjame ver, dice.

Hace años que su padre no es profesor en la universidad, pero no puede evitar querer enseñar. Su cerebro es como un perro enorme encerrado dentro de su cráneo, que va inquieto de un lado a otro, muerto de ganas de echar a correr. Ya está inclinado sobre los deberes de Bird, tirando del papel que este sujeta con el codo doblado.

No he terminado, protesta Bird, y muerde la goma en el extremo de su lapicero. Grafito y goma se descascarillan en contacto con su lengua. Su padre menea la

cabeza.

Esto tiene que estar mucho más claro, dice. Por ejemplo, aquí, donde dices: «PACT es muy importante para la seguridad nacional». Tienes que ser mucho más específico, mucho más vehemente: «PACT es crucial para proteger a América del menoscabo de influencias extranjeras».

Recorre una línea con un dedo y emborrona la escritura de Bird.

O aquí. Tienes que demostrar a tu profesor que de verdad lo entiendes; no debe caber duda alguna de que lo entiendes. «PACT protege a niños inocentes de ser adoctrinados con ideas falsas, subversivas y antiamericanas por padres antipatrióticos e ineptos.»

Da golpecitos con el dedo en el papel.

Vamos, dice, señalando la hoja suelta. Escribe eso.

Bird mira a su padre con mandíbula tensa y ojos furiosos, líquidos. Nunca han sido así: dos pedernales que echan chispas.

Hazlo, dice su padre y Bird lo hace, y su padre da un gran suspiro y se va al dormitorio con el diccionario en la mano.

Después de terminar los deberes y lavarse los dientes, Bird apaga las luces del apartamento y se cuela detrás de las cortinas. Desde allí puede ver, al otro lado de la calle, la cafetería ahora cerrada, iluminada solo por el débil resplandor rojo de los letreros de salida de emergencia que hay dentro. Mientras mira, un camión se detiene junto a la acera y apaga los faros. La figura en sombras de un hombre baja, transporta algo hasta el centro de la calzada, se pone a trabajar. Bird tarda un minuto en comprender lo que está pasando: ese algo son una lata de pintura y un rodillo de gran tamaño. Está pintando encima del corazón y por la mañana este habrá desaparecido.

Noah, dice su padre desde el umbral. Hora de irse a la cama.

Aquella noche, mientras su padre ronca suavemente en la litera de abajo, Bird desliza una mano dentro de la funda de su almohada y palpa los delgados bordes del sobre. Con cuidado saca la carta, la aplana. Guarda una minilinterna en su litera de arriba para leer mientras su padre duerme, y ahora la enciende.

En la luz acuosa, los gatos son una maraña de ángulos y curvas. ¿Un mensaje secreto? ¿Un código? ¿Esconderán letras en las rayas, quizá? ¿En las puntas de las orejas o en la curva de sus colas? Gira la carta a un lado y a otro, recorre los trazos a bolígrafo con el haz de luz. En un gato atigrado le parece reconocer una eme; la pata arqueada de un gato negro parece una ese, o quizá una ene. Pero no puede saberlo a ciencia cierta.

Está a punto de guardar la carta cuando lo ve, el circulito de luz lo resalta claramente, como si fuera una lupa. Abajo, en la esquina, donde iría el número de página: un rectángulo, del tamaño de la uña del dedo pequeño del pie. Dentro de él, otro rectángulo, algo más pequeño. Los gatos, por supuesto, no hacen ni caso; si no miras con atención, te pasaría desapercibido entre todos ellos. Pero Bird sí lo ha visto. ¿Qué es? La fotografía enmarcada de nada, tal vez. Un televisor anticuado, con la pantalla en blanco. Una ventana con el cristal transparente.

Lo estudia. A un lado, un puntito; al otro, dos goznes diminutos. Una puerta. La puerta de una caja, un armarito de puerta corredera cerrado a cal y canto. Una brisa ligera arruga una página en un rincón de su memoria, pero enseguida cesa. Una historia que le contó su madre, años atrás. Siempre le contaba historias: cuentos de hadas, fábulas, leyendas, mitos: un arcoíris de mentiras distintas y hermosas. Pero ahora, cuando mira el dibujo, le resulta familiar. Gatos, un armario y un niño. No logra recordarlo, pero sabe que está ahí. ¿Cómo era?

«Érase una vez. Érase una vez... un niño, al que le gustaban mucho los gatos.»

Aguarda, con la esperanza de que la voz de su madre vuelva a él y termine de contar el cuento. Una pelota a la que se da un empujón ladera abajo. Pero solo está el murmullo de la respiración de su padre. No se acuerda de cómo sonaba la voz de su madre. La voz que oye dentro de su cabeza es la suya propia.

A LA SALIDA DE CLASE de ciencias, sus compañeros se dan codazos camino de la cafetería, impacientes por comerse sus salchichas empanadas en harina de maíz y su leche chocolateada, por ganar la carrera hasta la mejor mesa. A Bird nunca le ha gustado comer allí, entre tantos cuchicheos. Durante años eligió la mesa del rincón, medio escondida en el hueco detrás de la máquina expendedora. Entonces, hacia finales del quinto curso, llegó Sadie, imperturbable y rebelde, y conquistó a codazos sitio para los dos. El día que se conocieron, lo cogió de la mano y tiró de él hasta la pequeña extensión de césped. Allí el aire era fresco y apacible y el silencio entró a raudales por los oídos de Bird, magnificando cada sonido, y cuando se sentó al lado de Sadie en la hierba lo oyó todo, el susurro de las bolsas de plástico que despegaron de sus sándwiches, el arañazo de la zapatilla de Sadie contra el cemento cuando dobló una pierna debajo del cuerpo, el murmullo de las hojas nuevas sobre sus cabezas cuando la brisa agitaba sus ramas.

Entonces los cuchicheos cambiaron. Llegaron canciones: Noah y Sadie sentados en un árbol, dándose besitos...

¿Todavía se canta esa canción?, había dicho su padre cuando Bird le habló de ella. Esa cantinela tonta va a sobrevivir al apocalipsis. Cuando hayan quemado todos los libros, será lo único que quede.

Se interrumpió.

Tú haz como si no la oyeras. Ya se cansarán.

Luego se quedó pensativo. Pero tampoco pases demasiado tiempo con esa Sadie, dijo. No te conviene que la gente crea que eres como ella.

Bird había asentido con la cabeza, pero a partir de entonces Sadie y él comieron juntos todos los días, con independencia del tiempo que hiciera, apretados bajo el tejadillo cuando llovía, tiritando muy pegados en el aguanieve invernal. Después de desaparecer Sadie, Bird no volvió a la cafetería, sino que comía cada día en el sitio que había sido de los dos. Para entonces ya había aprendido que en ocasiones estar solo es la opción menos mala de todas.

Hoy, en lugar de salir, remolonea en el aula de ciencias simulando buscar algo en su cartera escolar hasta que todos se van. En la mesa del profesor, la señora Pollard coloca sus papeles en un fajo ordenado, mira a Noah con ojo crítico.

¿Querías algo, Noah?, pregunta. De un cajón saca una bolsa de papel marrón plegada con esmero. Es su almuerzo. En la pared detrás de ella brilla una hilera de carteles de colores. JUNTOS EN ESTO, dice uno, una cadena de muñecas de papel rojas, blancas y azules que se extienden sobre el mapa de Estados Unidos. «Todo

buen ciudadano es una buena influencia», dice otro. «Todo mal ciudadano es una mala influencia.» Y luego está, por supuesto, la bandera que hay en todas las aulas y que cuelga sobre el hombro izquierdo de la señora Pollard igual que un hacha levantada.

¿Puedo usar un ordenador?, pregunta Bird. Quería buscar una cosa.

Señala con la mano la mesa junto a la pared más alejada, donde hay media docena de portátiles a disposición de los alumnos. La mayoría de sus compañeros de clase miran las cosas en sus teléfonos, pero el padre de Bird no le permite tener uno. De ninguna manera, dice, y en consecuencia Bird es uno de los pocos chicos que usan alguna vez los ordenadores del colegio. Detrás de ellos hay estantes vacíos. Bird nunca ha visto libros en ellos, pero los estantes ahí están, vestigios de una era ancestral.

¿Sabíais, les había explicado la profesora el curso anterior, que los libros en papel se quedan anticuados en cuanto se imprimen?

La charla de bienvenida del principio de curso. Todos sentados con las piernas cruzadas en la alfombra, a sus pies.

Así de deprisa cambia el mundo. Y también vuestra comprensión de él.

La profesora chasqueó los dedos.

Queremos asegurarnos de que tenéis la información más actualizada. Así nos aseguramos de que nada de lo que manejáis está anticuado o es incorrecto. Encontraréis todo lo que necesitéis en línea.

Pero ¿dónde habían ido a parar todos?, insistió Sadie. Sadie, todavía nueva en el colegio, e intrépida. Los libros, dijo. Tenía que haber algunos antes, o no habría estanterías. ¿Dónde los han llevado?

La sonrisa de la profesora se hizo más ancha, y tensa.

Todo el mundo tiene problemas de almacenamiento, dijo. Así que hemos sacrificado los libros que consideramos innecesarios, poco adecuados o desfasados. Pero...

Así que los han prohibido, dijo Sadie y la profesora había pestañeado dos veces por encima de sus gafas.

Claro que no, cariño. Algunas personas piensan eso, pero no. Aquí nadie prohíbe nada. ¿No has oído hablar de los derechos humanos?

La clase rió y Sadie se puso colorada.

Cada colegio hace sus valoraciones independientes, dijo la profesora. Acerca de qué libros son útiles para sus alumnos y cuáles pueden exponerlos a ideas peligrosas. Déjame hacerte una pregunta: ¿qué padres querrían que sus hijos pasasen tiempo con gente mala?

Paseó la vista por el círculo de niños. Ninguno levantó la mano.

Pues claro que no. Vuestros padres quieren que estéis a salvo. Forma parte de ser un buen padre. Todos sabéis que yo también soy mamá, ¿verdad?

Murmullo general de asentimiento.

Imaginad un libro que dice mentiras, continuó la profesora. O uno que os pide que hagáis cosas malas, como hacer daño a alguien o a vosotros mismos. Vuestros padres jamás pondrían un libro así en la estantería de vuestra casa, ¿a que no?

Niños de todo el círculo asintieron con la cabeza y abrieron los ojos como platos. Solo Sadie siguió inmóvil, de brazos cruzados, con la boca cerrada en una delgada línea recta.

Bueno, pues eso es lo que pasa, dijo la profesora. Todos queremos que nuestros hijos estén a salvo. No queremos exponerlos a ideas malas, ideas que puedan hacerles daño, o animarlos a hacer cosas malas. A sí mismos, a sus familias o a nuestro país. Así que retiramos esos libros y bloqueamos los sitios web que pueden ser dañinos.

Sonrió a todos.

Es nuestro trabajo como docentes, dijo, y su voz era amable, pero firme. Cuidaros a todos, como cuidaríamos de nuestros propios hijos. Decidir lo que merece la pena conservar y lo que no. No tenemos otro remedio que decidir sobre estas cosas.

Su mirada se posó, por fin, en Sadie.

Siempre lo hemos hecho, dijo. No ha cambiado nada.

Ahora, Bird contiene la respiración mientras la señora Pollard duda. Solo hace un mes que ha empezado el séptimo curso, pero ya le cae bien la señora Pollard. Su hija, Jenna, está un curso por debajo de Bird, y Josh, su hijo, está en primero. Tiene pelo rubio canoso y lleva jerséis con bolsillos y grandes pendientes redondos que parecen caramelos. A diferencia de su profesor de ciencias sociales, nunca lo mira fijamente cuando la ley PACT sale a relucir, y si oye a algún niño meterse con él, dice: «Alumnos de séptimo, vamos a concentrarnos en la tarea, por favor», con un golpe de nudillos en la superficie de la mesa.

¿Es para clase?, pregunta.

Algo en la voz de la señora Pollard pone a Bird en guardia. O quizá es la forma en que lo mira, con los ojos entrecerrados, como si supiera lo que se propone. Le gustaría tener esa confianza en sí mismo. Creer que lo que quiere hacer es algo más que una misión imposible. En la solapa de la señora Pollard, una bandera en miniatura destellea en la luz fluorescente.

No exactamente, dice. Es para una cosa que me interesa. Información sobre gatos, dice, improvisando. Mi padre y yo... estamos pensando en tener un gato. Quería mirar razas.

Una de las cejas de la señora Pollard se arquea ligerísimamente.

Mira qué bien, dice alegre. Así que un animal de compañía. Avísame si necesitas

ayuda.

Señala con la cabeza la hilera de ordenadores, relucientes y plateados, y empieza a desenvolver su almuerzo.

Bird se sienta en el ordenador más alejado de su mesa. Todos los aparatos llevan una pequeña placa de bronce donde dice: «Donación de la familia Lieu». Dos años antes, la familia de Ron Lieu compró ordenadores para todas las aulas, subió a la escuela a la categoría de centro con conexión de alta velocidad a internet. No era más que una manera de corresponder a la sociedad, había dicho el señor Lieu en la ceremonia inaugural. Era un hombre de negocios –algo relacionado con el sector inmobiliario– y el director le había dado las gracias por su generoso regalo, había dicho lo agradecidos que se sentían a los ciudadanos que se ofrecían a ayudar allí donde no alcanzaba el presupuesto municipal. Había alabado a los Lieu por ser unos miembros de la comunidad leales. Ese mismo año, los padres de Arthur Trans habían donado dinero para renovar la cafetería y el padre de Janey Youn había comprado una bandera y un mástil nuevos para la escuela.

Mueve el ratón y la pantalla cobra vida, aparece una fotografía del monte Rushmore bajo un cielo despejado. Un toque en el buscador y se abre una ventana, con el cursor parpadeando lenta y perezosamente encima.

¿Qué teclear? «Dónde está mi madre.» ¿Es demasiado esperar que internet le conteste a esto?

Piensa un momento, en su mesa, la señora Pollard se desplaza por la pantalla de su teléfono mientras mordisquea su sándwich. De mantequilla de cacahuete, a juzgar por el olor. Fuera, una hoja marrón revolotea desde la copa de un árbol hasta la acera.

«Historia sobre un niño con muchos gatos», escribe y las palabras inundan la pantalla.

«*El gato negro* (cuento). Lista de gatos ficticios en la literatura.» Pincha un vínculo detrás de otro esperando encontrar algo que le resulte conocido, ese respingo de reconocimiento. *El gato ensombrerado. El cuento del gato Tomás. El libro de los gatos habilidosos del viejo Possum*. Nada que le resulte familiar. Se adentra más y más. *Historias de gatos asombrosas y verdaderas. Cinco gatos heroicos de la historia. Cuidados y alimentación de tu nuevo gato*. Tantas historias sobre gatos y ninguna es la de su madre. Debe de haberla imaginado. Pero sigue buscando.

Por fin, cuando está demasiado cansado para seguir, teclea con cuidado una última búsqueda, una que nunca se ha atrevido a hacer.

«Margaret Miu.»

Durante un instante no pasa nada y, a continuación, aparece un mensaje de error. «No se han encontrado resultados.» De pronto Bird nota más su ausencia, como si la

hubiera llamado y ella no hubiera acudido. Mira por encima de su hombro. La señora Pollard ha terminado de comer y está corrigiendo fichas, poniendo vistos en los márgenes, y Bird picha el botón de «atrás».

«Corazones perdidos», teclea y la página se queda congelada un instante. «No se han encontrado resultados.» Esta vez, por muchas veces que pinche, la página no se carga.

Señora Pollard, dice, acercándose a la mesa de esta. Me parece que se me ha quedado colgado el ordenador.

No te preocupes, cariño. Ahora lo arreglamos. Se levanta y lo sigue hasta el terminal, pero cuando ve la pantalla, la búsqueda escrita arriba, algo cambia en su expresión. Hay en ella una tensión que Bird nota sin necesidad de volverse.

Noah, dice la señora Pollard al cabo de un instante. ¿Tienes doce años?

Bird asiente.

La señora Pollard se acuclilla junto a él hasta que están los dos a la misma altura.

Noah, dice, este país está fundado sobre la creencia de que cada persona puede decidir cómo vivir su vida. Eso lo sabes, ¿verdad?

A Bird esto le suena a una de esas cosas que dicen los adultos a las que no hace falta contestar, así que no dice nada.

Noah, repite la señora Pollard, y la forma en que no deja de decir su nombre –que, por supuesto, no es su nombre– le hace apretar los dientes tan fuerte que chirrían. Noah, tesoro, escúchame, por favor. En este país creemos que cada generación puede hacer elecciones mejores que la que la precedió, ¿entiendes? Todos tienen la misma oportunidad de demostrar lo que valen, de enseñarnos quiénes son. No echamos en cara a los hijos los errores de sus padres.

Lo mira con ojos brillantes de preocupación.

Todos tenemos elección, Noah, entre si queremos o no cometer los mismos errores de quienes nos precedieron o seguimos otro camino. Un camino mejor. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Bird asiente con la cabeza, aunque está bastante seguro de no entender nada.

Te lo digo por tu bien, Noah, de verdad, dice la señora Pollard. Su voz se suaviza. Eres un buen chico y no quiero que te pase nada; de verdad que esto mismo es lo que le diría a Jenna y a Josh. No deis problemas. Solo... aplicaos al máximo y obedeced las reglas. No remuevas las cosas. Si no por tu bien, por el de tu padre.

Se levanta y Bird entiende que la conversación ha terminado.

Gracias, consigue decir.

La señora Pollard asiente con la cabeza, satisfecha.

Si te decides por un gato, asegúrate de que sea de una buena raza, dice mientras Bird sale al pasillo. Si adoptas uno descarriado, a saber lo que te puedes encontrar.

Una pérdida de tiempo, piensa. Se pasa la tarde, las clases de lengua y matemáticas, regañándose. Por si fuera poco, su almuerzo sigue en su cartera, sin tocar, y le ruge el estómago. En clase de sociales se distrae y el profesor le llama bruscamente la atención. Señor Gardner, dice. Pensaba que a usted más que a nadie le interesaría estar atento a esto.

Con un trozo de tiza romo golpea la pizarra y deja motas blancas bajo las letras: ¿QUÉ ES SEDICIÓN?

Al otro lado del pasillo, Carolyn Moss y Kat Angelini lo miran de reojo y, cuando el profesor se vuelve hacia la pizarra, Andy Moore le tira a Bird a la cabeza una bola de papel. Qué más da, piensa. Sea cual sea esa historia de gatos, no tiene nada que ver con él, no es ni útil ni pertinente. No es más que una historia, como todo lo que le contó su madre. Un cuento de hadas sin sentido. Y eso suponiendo que su memoria no lo engañe y ese cuento existiera alguna vez.

Va de camino a casa cuando lo ve. Primero el gentío, a continuación un grupo de uniformes de la marina en el centro del parque municipal y, un segundo después, todo son árboles. Rojos, rojos, rojos, desde las raíces hasta las copas, como si los hubieran puesto boca abajo y remojado en algo. Son del color del pájaro cardenal, de las señales de tráfico, de los chupachups de cereza. Hay tres arces muy juntos, con los brazos extendidos. Y enhebrada entre sus ramas, entretejida en las hojas moribundas, una enorme red roja flotando en el aire igual que una bruma sangrienta.

Se supone que tiene que ir derecho a casa, atenerse a la ruta que le ha fijado su padre, acortar por el ancho patio entre los laboratorios de la universidad, luego por el jardín, con sus colegios mayores de ladrillo rojo. Mantenerse lo más lejos posible de las calles, intentar no salir del área del campus. Es más seguro, insiste su padre. Cuando Bird era más pequeño, lo acompañaba y le iba a buscar al colegio todos los días. No intentes coger atajos, Noah, dice siempre su padre, escucha lo que te digo. Prométemelo, había dicho cuando Bird empezó a volver a casa solo, y Bird se lo prometió.

Ahora rompe su promesa. Cruza corriendo la calle hasta el parque, donde se ha congregado un pequeño grupo de curiosos.

Desde aquí lo ve mejor. Lo que había creído que era pintura roja es en realidad una labor de punto, enormes fundas rojas que ciñen cada árbol hasta las ramas a la manera de un guante rojo ajustado. La red también es de lana tejida, cadenetas color rojo que se extienden de una ramita a otra, en zigzag, engrosadas como coágulos en algunos sitios, reducidas a un único hilo en otros. Anudadas a las hebras, igual que insectos atrapados, hay muñecas de punto del tamaño de un dedo de Bird, marrones, tostadas y beis, con las caras enmarcadas en flequillos de lana oscura. A su alrededor

los viandantes cuchichean y señalan con el dedo, y Bird se acerca más.

Lo asusta, esta cosa. Un tejido monstruoso. Una maraña escarlata. Le hace sentir pequeño y vulnerable y frágil. Pero también lo fascina, lo empuja a acercarse más. Igual que te atrapa una serpiente con sus ojos mientras retrocede para atacarte.

Unos agentes de policía se congregan alrededor de los árboles y conversan acaloradamente mientras tocan la lana con los dedos. Discuten sobre la mejor manera de retirar todo aquello. Es demasiado tarde: los viandantes ya están sacando a hurtadillas los teléfonos de sus bolsillos y sacan fotografías sin detenerse. Las fotos serán pronto enviadas y publicadas en todas partes. Bajo los árboles, los agentes pasean en círculos alrededor de los troncos con las pistolas a las caderas. Uno de ellos se sube el visor del casco; otro deja su escudo de plexiglás en la hierba. Están equipados para la violencia, pero para esto no.

Dispérsense, señores, atruena uno de los policías y se sitúa entre los mirones y los árboles como si pudiera tapar este extraño espectáculo con su cuerpo. Saca la porra, se da golpecitos con ella en la palma de la mano. Esto es la escena de un delito. Circulen, todos. Esto es una reunión ilegal.

Arriba, la brisa aletea y las muñecas cabecean y se mecen. Bird las mira, mira las siluetas oscuras que dibujan con el inocente cielo azul de fondo. A su alrededor, los mirones se van marchando obedientes, el gentío clarea y entonces es cuando lo ve, escrito en la acera en color blanco: ¿CUÁNTOS CORAZONES MÁS PERDEREMOS? Al lado hay un borrón rojo... Un borrón no, un corazón.

Sabe que es improbable –imposible–, pero, aun así, busca. Detrás de él, a su alrededor, como si ella pudiera acechar detrás de un árbol o un arbusto. Esperando ver su cara en las sombras. Pero, por supuesto, allí no hay nadie.

Vamos, hijo, le dice el policía y Bird cae en la cuenta de que los curiosos se han dispersado y solo queda él. Agacha la cabeza –«Perdón»– y retrocede y el policía se vuelve a hablar con los otros agentes. Coches patrulla con las luces destellando bloquean la calle en ambos sentidos redirigiendo el tráfico. Acordonando el parque.

Bird cruza la calle, pero remolonea, mira subrepticiamente desde detrás de un coche aparcado. ¿Hacía punto su madre? No lo cree. Pero, además, una persona sola no podría haber hecho esto: la lana, la red, las muñecas bamboleándose como fruta demasiado madura, cada una tejida en su sitio como si hubieran brotado igual que hongos del árbol mismo. Cómo han conseguido hacer algo así, piensa, aunque ni siquiera está seguro de a «quiénes» se refiere. Por las ventanillas del coche, ve a los policías debatir cómo gestionar esta inusual situación. Uno de ellos mete las manos en la red y tira, y una rama delgada se quiebra con un chasquido semejante a un disparo. Un ovillo solitario de lana cae y se desmadeja muy poco a poco. Algo dentro de Bird se quiebra y se desmadeja también al ver destruido algo tan fino e intrincado.

Las muñecas tiemblan, atrapadas en su roja red. Tiene la sensación de que su piel es demasiado pequeña para contener sus pensamientos.

Entonces uno de los policías saca un cúter y empieza a rajar la labor de punto de arriba abajo, y la lana cae en una cascada de hebras. Llega otro agente con una escalera de mano, trepa a las ramas, arranca la primera muñeca y la tira al suelo. No son muñecas, piensa de pronto Bird. Son niños. Las cabezas grandes, las extremidades respingonas y el pelo oscuro. Tenían ojos, pero no bocas, solo dos botones en una cara sin facciones, y cuando los cuerpecitos empiezan a caer al barro, Bird se da la vuelta con el estómago revuelto. No puede mirar.

Había pensado que Sadie era una excepción. «Las reasignaciones relacionadas con la PACT son extremadamente raras.»

Eso es lo que tú te crees, dijo Sadie.

Pero ¿cuántas?, había preguntado él en una ocasión. ¿Diez? ¿Veinte? ¿Cientos?

Sadie lo miró con las manos en jarras. Bird, dijo, con un tono de lástima exasperante, no te enteras de nada, ¿verdad?

A la gente no le gustaba hablar de ello, y mucho menos oírlo: que el patriotismo de la PACT encerraba una amenaza. Pero algunas personas habían intentado contar lo que estaba pasando, explicárselo a otros y a sí mismas. La madre de Sadie había sido una de estas personas. Hay vídeos de ella en una pulcra calle arbolada de Baltimore. Podría ser una calle cualquiera de Estados Unidos, excepto porque está desierta: ni coches ni gente paseando a sus perros o de paseo, solo la madre de Sadie con una americana amarilla y el capuchón de gomaespuma negro de un micrófono del Canal 5 pegado a la boca.

«Ayer por la mañana –dice–, en esta tranquila calle, agentes de los Servicios Familiares se presentaron en el domicilio de Sonia Lee Chun y le retiraron la custodia de su hijo de cuatro años, David. ¿La razón? Una reciente publicación de Sonia en las redes sociales que afirmaba que la PACT se estaba usando para perjudicar a miembros de la comunidad asiaticoamericana.»

Detrás de ella se detienen dos coches patrulla –con las luces apagadas, inquietantemente silenciosos– y aparcan, cortando la calle. Se los ve de lejos, cuatro agentes que se acercan despacio igual que un escobón barriendo implacable el pavimento. La cámara no se mueve, tampoco su voz se altera. «Al parecer hemos convocado algo de presencia policial. Agente, somos el Canal 5, aquí está mi pase de prensa, estamos...» Diálogo amortiguado y a continuación, a cámara, dice con absoluta calma: «Me están deteniendo». Como si informara de algo que le ocurre a otra persona.

La policía le quita el micrófono. Los labios de la madre de Sadie continúan moviéndose, pero no hay sonido. Mientras un agente le pone las manos a la espalda para esposarla, otro se acerca a la cámara, con la mano en la funda del arma y ladrando órdenes silenciosas. El cámara que no se ve deja el aparato en el suelo y el horizonte se inclina, es una plomada que va del cielo al suelo. Mientras la policía se lleva a los dos, la cámara, que sigue grabando, solo enfoca pies que caminan, se alejan, desaparecen.

Bird ha visto este vídeo porque Sadie guardaba una copia en su teléfono. Técnicamente es una prueba incriminatoria –muestra a su madre «promoviendo, instigando o respaldando actividades antipatrióticas en privado o en público»–, pero Sadie se las había arreglado para conseguir una copia y a lo largo de los años la había ido pasando con tesón de un teléfono a otro. En el teléfono poco inteligente que sus padres de acogida le permiten tener –mi correa, la llama, sarcástica, para tenerla siempre controlada, para poder localizarla por GPS si es necesario–, lo tiene escondido dentro de una carpeta llamada «Juegos». A veces Bird se la encontraba agachada en un rincón del patio, o debajo del laberinto, donde los niños más pequeños jugaban a las casitas. En la pantalla, una y otra vez, su madre. Calma en medio del caos que la rodea. Caminando despacio hacia el horizonte.

Esa fue la primera vez que la arrestaron, dijo Sadie, pero solo había servido para darle más valor. Después había ido en busca de más familias a las que la PACT había quitado a sus hijos para intentar convencerlas de que hablaran con ella a cámara encendida. Para intentar descubrir dónde habían sido llevados los niños. Para tratar de filmar una reasignación de la PACT en directo, tirando de sus contactos en Servicios Familiares, de la oficina del alcalde, de cualquiera que tuviera pistas sobre quién podía ser el siguiente.

Poco después la madre de Sadie recibió un correo electrónico de su jefa, Michelle: un café, ese mismo fin de semana. Una charla amistosa, sin más. Nada oficial. *Off the record*. Michelle fue a su casa, dos cafés para llevar que se bebieron sentadas a la mesa de la cocina. Fuera, en el pasillo, Sadie espiaba sin ser vista. Tenía once años.

Estoy preocupada, Erika, dijo Michelle mientras se tomaba su café con leche. Por las «repercusiones».

Un reportero de WMAR había sido multado hacía poco por decir que la PACT fomentaba la discriminación contra las personas de origen asiático; su historia, insistía el Estado, buscaba suscitar simpatías por personas sospechosas de atentar contra la estabilidad pública. La cadena había pagado la multa, que equivalía a una cuarta parte de su presupuesto anual. En Annapolis habían revocado su licencia a otra cadena de televisión. Sin duda era una coincidencia, pero la cadena había publicado varios segmentos críticos con la PACT.

Soy periodista, había dicho la madre de Sadie. Informar de estas cosas es mi trabajo.

Somos una cadena pequeña, dijo Michelle. Lo que te quiero decir es que, con los recortes presupuestarios, estamos ya en mínimos. Y si nuestros patrocinadores se retiran...

Se calló y la madre de Sadie se puso a girar una y otra vez la funda alrededor de su vaso de papel.

¿Están amenazando con hacerlo?, preguntó y Michelle contestó: Dos ya lo han hecho. Pero no es solo eso. Son las repercusiones para ti, Erika. Para tu familia.

Se conocían desde hacía muchos años, estas dos mujeres: una negra, la otra blanca. Barbacoas y picnics juntas, planes de vacaciones. Michelle no tenía hijos, no se había casado. Mi hija es la cadena, decía siempre. Cuando nació Sadie, Michelle le tejió un jerseicito amarillo con patucos a juego; a lo largo de los años había llevado a Sadie al zoo, al acuario y a Fort Henry. Tía Shelley, la llamaba Sadie.

Me están llegando cosas, dijo Michelle. Cosas que dan mucho miedo. Las PAO y los manifestantes no son los únicos a los que tiene que preocuparlos la PACT, Erika. Quizá sería mejor que te asignáramos a otra sección durante un tiempo. Algo menos político.

¿Qué sección no es política?, preguntó la madre de Sadie.

Es que no quiero que te pase nada si sigues insistiendo en esto, dijo Michelle. Ni a Lev. Y, sobre todo, no quiero que le pase nada a Sadie.

La madre de Sadie dio un sorbo largo, lento. El café se había quedado frío.

¿Qué te hace pensar, dijo por fin, que estaremos a salvo si paro?

Pocas semanas después se llevaron a Sadie.

Llegaron de noche; es lo que contaba Sadie. Después de la cena. Acababa de ducharse y estaba envuelta en una toalla cuando sonó el timbre. Su madre estaba peinando el pelo de Sadie, que era abundante, rizado y propenso a enredarse, y oyeron gritar a su padre en el piso de abajo. A continuación, voces de desconocidos: un hombre, dos. La madre de Sadie le había cogido a esta un mechón y le estaba pasando el peine con cuidado, y eso es lo que mejor recordaba Sadie: un hilo de agua que le bajaba por la nuca, la mano firme de su madre mientras deshacía los nudos.

No se inmutó, dijo Sadie con voz llena de orgullo. Ni un poquito.

Igual es que no sabía lo que pasaba, dijo Bird.

Sadie negó con la cabeza.

Lo sabía, dijo.

Su madre la abrazó, la besó en la frente. Sadie todavía no había entendido lo que ocurría, pero el miedo le recorrió la piel húmeda igual que un escalofrío. Se pegó a su

madre, enterró tanto la cara en el suave hueco de su cuello que no pudo respirar.

¿No nos olvides, de acuerdo?, había dicho su madre, y Sadie seguía confusa cuando se abrió la puerta del cuarto de baño. Un hombre con uniforme de policía. El padre de Sadie seguía gritando en el piso de abajo.

Resultó que había cuatro agentes. Dos se quedaron abajo con su padre, otro se quedó con su madre arriba y el cuarto hizo guardia a la puerta de la habitación de Sadie mientras esta se vestía. Sin saber muy bien qué hacer, se había puesto su pijama de arcoíris, como si fuera a irse a la cama igual que cualquier día normal. Dejen que se cambie, había dicho su madre cuando Sadie salió al pasillo, por lo menos déjenme que le haga las trenzas. Pero el hombre del pasillo negó con la cabeza.

A partir de ahora deja de ser responsabilidad suya.

Le puso a Sadie una mano en el hombro para guiarla escaleras abajo y Sadie comprendió que algo horrible ocurría, pero estaba segura, al mismo tiempo, de que no era real. Había intentado mirar a su madre en busca de una indicación –de si debía gritar o resistirse o echar a correr u obedecer–, pero solo vio el ancho pecho azul del agente detrás de ella que lo bloqueaba todo, a excepción de una esquirla del brazo de su madre. Así que recordó lo que siempre le había aconsejado esta: Ten especial cuidado con la policía, di por favor, gracias y señora y señor. Hagas lo que hagas, no los enfades. La habían subido a un coche negro grande y el agente le había puesto el cinturón en el asiento trasero y Sadie había dicho: «Gracias». Después de irse de allí, de que la llevaran a la comisaria, de ahí al aeropuerto y, de ahí, a un hogar de acogida, después de entender que no volvería a su casa, Sadie se arrepintió de aquel «Gracias», se arrepintió de no haber opuesto resistencia.

Sus primeros padres de acogida habían querido cambiarle el nombre. Un nombre nuevo para una vida nueva, sugirieron, pero Sadie se había negado en redondo.

Me llamo Sadie, dijo.

Durante dos semanas intentaron convencerla, pero al final se rindieron.

Aquellos primeros días muchas cosas eran nuevas para Sadie. A algunas –nueva familia, nueva casa, nueva ciudad, nueva vida– no podía oponer resistencia, así que lo hizo en las pocas en que sí podía. De camino al colegio, se paraba en el escalón de entrada y se quitaba el vestido floreado de volantes que le habían dado, lo dejaba en el césped y hacía el resto del camino en ropa interior. Llamada telefónica del director; un grave sermón de sus padres de acogida. A la mañana siguiente volvía a hacerlo. ¿Ves?, decían todos. ¿Qué clase de padres...? Es prácticamente una salvaje.

Su segunda madre de acogida intentó desenmarañar la densa nube que era su pelo. Tenemos que conseguir relajarlo, dijo, desesperada y aquella noche, mientras todos dormían, Sadie fue a hurtadillas en busca de las tijeras de la cocina. A partir de

entonces lo llevó siempre en un halo de rizos alrededor de la cabeza. No sé qué hacer con ella, le dijo en una ocasión su madre de acogida a una amiga cuando creía que Sadie no la oía. Es como si no le importara en absoluto su apariencia.

Eran personas amables, bienintencionadas. Habían sido seleccionadas por el gobierno como aptas, tenían el calificativo de «de buen carácter moral», eran idóneas para inculcar a Sadie valores patrióticos.

No es normal, oyó decir Sadie a su última madre de acogida por teléfono: era la llamada semanal de la trabajadora social en busca de pruebas que confirmaran que Sadie debía continuar de acogida. No ha llorado ni una sola vez desde que llegó. No llora nunca. Dime tú qué clase de niño pasa por todo esto sin llorar. Sí. Eso pienso yo también. Qué clase de padres habrá tenido para ser tan fría, tan insensible.

Había suspirado. Hacemos lo que podemos, dijo. Intentaremos reparar el daño que ya se ha hecho.

Unas semanas después, una carta, que Sadie había encontrado en el escritorio de su madre de acogida: «En vista de las graves secuelas emocionales infligidas a la niña en el anterior entorno familiar, se recomienda la reasignación permanente. Se concede la custodia definitiva a los padres de acogida».

Y era cierto, Sadie no lloraba nunca. Unas cuantas veces le había dado a Bird cartas dirigidas a la dirección de sus padres garabateadas en hojas de cuaderno para que las echara al correo, pero la última había llegado de vuelta con el sello DESTINATARIO DESCONOCIDO. Ni siquiera entonces la había visto Bird llorar.

En ocasiones, sin embargo, cuando la veía acuclillada en el rincón del patio con la cabeza apoyada en la valla metálica, se daba la vuelta para que no se sintiera obligada a simular valentía. Para dejarla a solas con su pena o con aquello más pesado que hubiera colocado encima para mantenerla sujeta.

En el último mes de mayo, Sadie había propuesto escaparse.

Podemos ir a buscarlos, dijo.

Sadie, Bird lo sabía, ya se había escapado otras veces, aunque siempre la habían cogido. Esta vez insistía en que lo lograría. Acababa de cumplir trece años; era prácticamente adulta, decía.

Ven conmigo, Bird, había dicho. Estoy segura de que los encontraremos.

«Los» eran sus padres y la madre de Bird. La convicción de Sadie de que seguían en alguna parte, localizables e incluso juntos, era inquebrantable. Un cuento de hadas reconfortante y hermoso.

Te cogerán, dijo Bird.

De eso nada, dijo Sadie, cortante. Voy a...

Pero Bird la había interrumpido. No me lo cuentes, dijo. No quiero saberlo. Por

si me preguntan dónde has ido.

La había mirado, sentada en el columpio contiguo al suyo, dándose más y más impulso con las piernas hasta que los pies superaron la barra y la silla perdió la rigidez y se dobló bajo su peso. Entonces Sadie soltó un aullido y se catapultó hacia delante, saltó al aire, a la nada. De pequeño, a Bird le había encantado saltar así de los columpios y caer en los brazos tendidos de su madre. Sadie no tenía la culpa de nada, pensó, no se merecía aquello y odiaba a sus padres por hacérselo. ¿Por qué no pararon aquella primera vez? ¿Cómo podían haber sido tan irresponsables? Sadie se sentó recta y lo miró desde donde había aterrizado, hecha un revoltijo, en la hierba. No se había hecho daño. Se reía.

Salta, Bird, gritó, pero este no lo hizo, se limitó a dejar que el columpio se fuera deteniendo hasta que las punteras de sus zapatillas arañaron la grava, que dejó manchas de gris sucio en la tela.

Piensa en ella ahora: Sadie, suspendida en el aire, con los brazos muy abiertos, rasgando el cielo. Cuando desapareció, nadie parecía saber dónde había ido; sus compañeros de clase, sus profesores incluso se comportaron como si nunca hubiera existido. Mientras sigue allí de pie, Bird sabe que las fotos del parque municipal han empezado a publicarse en línea, árboles que sostienen figuritas en sus dedos, acercándolas a la luz. Mil pequeñas Sadies silueteadas contra un fondo azul.

A la mañana siguiente, de camino a la escuela, ve los árboles tal y como son: reducidos una vez más a corteza desnuda. Como si allí nunca hubiera habido nada. Y, sin embargo, está el tajo brillante y afilado que recorre cada uno de los troncos igual que una cicatriz; están las partes rotas allí donde la red, arrancada de cuajo, se llevó consigo ramas. En el barro, una hebra solitaria de lana roja que quedó atrás. Algo ocurrió aquí y está decidido a descubrirlo y, al pensar en Sadie, de pronto se le ocurre por dónde puede empezar.

Después del colegio se supone que tiene que ir derecho a casa. No salgas del apartamento, dice su padre. Y haz los deberes. Pero hoy Bird no sigue el camino. Gira en Broadway y camina en dirección al instituto, donde tendrá que ir dentro de unos años, hacia la gran biblioteca pública que hay al lado, donde nunca ha estado.

Libro, le ha explicado su padre, viene de *liber*. Que viene de la palabra que designa «la corteza interior de los árboles», que a su vez viene de la palabra que significa «quitar la cáscara», «pelar». Porque las civilizaciones tempranas arrancaban la fina corteza y la usaban para escribir.

Un paseo de otoño, una vez. Las manos de su padre habían acariciado la corteza descascarillada de un abedul que se desprendía en forma de virutas blancas como el papel.

Aunque a mí me gusta pensar en ello como el proceso de retirar capas. Revelando capas de significado.

En el museo de ciencias, tiempo atrás: un trozo gigante de tronco de árbol, más alto que su padre. Anillas de caramelo en una madera color crema. Habían contado los anillos, desde la corteza hasta el corazón y al revés. El dedo de su padre había seguido la veta. Este es de cuando se plantó el árbol, cuando George Washington era un niño. Este es de la guerra civil, la Primera Guerra Mundial, la Segunda Guerra Mundial. Este es de cuando nació él. Este es de cuando todo se fue al garete.

¿Lo ves?, había dicho su padre. Llevan dentro sus historias. Retira las capas suficientes y lo explicarán todo.

Es como un castillo, le había dicho Sadie. Visitaba la biblioteca a diario, durante cinco minutos robados de camino a casa desde el colegio. Iba medio corriendo para llegar lo más rápido posible, y después corría de verdad para llegar a casa a tiempo después de remolonear todo lo que se atrevía. Sadie, creo que necesitas empezar a ducharte más a menudo, le decía su madre de acogida cuando llegaba a casa sudorosa y desaliñada. Te van a pillar, la advertía Bird, pero Sadie seguía en sus trece. Sus padres le habían leído cada noche y, allí donde las historias eran asperón en la memoria de Bird, en la de Sadie eran un rico bálsamo. Un castillo, le insistía a Bird con voz henchida de asombro. Bird había puesto los ojos en blanco, pero ahora ve que es más o menos verdad: la biblioteca es un edificio enorme de piedra arenisca con arcos y una torreta, aunque se le ha añadido un ala nueva de cristal llena de aristas y hojas centelleantes y, por esta razón, mientras sube las escaleras, tiene la sensación de estar entrando, a la vez, en el pasado y en el futuro.

No tiene costumbre de estar rodeado de tantos libros y, por un momento, siente

vértigo. Estanterías y más estanterías. Tantas que podrías perderte. Desde el mostrador de la entrada, la bibliotecaria –una mujer de pelo oscuro con jersey rosa– mira a Bird. Lo estudia por encima de sus gafas como si supiera que está fuera de lugar allí, y Bird enseguida se escabulle hacia los pasillos, fuera de su vista. De cerca, se da cuenta de que aquí y allí han quitado libros y dejado huecos en las hileras, que recuerdan a bocas melladas. Pero sigue presintiendo que allí hay respuestas, atrapadas entre páginas y puestas a buen recaudo. Solo necesita encontrarlas.

Del borde de los estantes cuelgan letreros, la lista de materias que viven a cada uno de los lados del pasillo, desconcertantemente numeradas e inescrutablemente dispuestas. Algunas secciones continúan frondosas y boyantes: Transportes. Deportes. Serpientes/Lagartos/Peces. Otras secciones son un erial. Para cuando llega a la 900, no hay casi libros, solo hilera tras hilera de estanterías esqueléticas que dividen la luz del sol en cuadrados. Los pocos volúmenes que quedan son puntitos negros que resaltan en toda esa desnudez. *El eje chino-coreano y la nueva guerra fría. La amenaza en casa. El final de América: China en auge*.

Mientras pasea repara en algo más: la biblioteca está prácticamente desierta. Es el único visitante. En la segunda planta hay cubículos de estudio vacíos y largas mesas de trabajo con sillas de madera todas sin ocupar. De camino al sótano, solo encuentra puestos vacíos y un letrero desvalido que dice: ¿HAS CAMBIADO DE OPINIÓN? POR FAVOR, DEPOSITA EN EL CARRO LOS LIBROS QUE NO QUIERAS. Ya no hay ningún carro, solo una loseta de linóleo. Es una ciudad fantasma y él, aún vivo, está traspasando la tierra de los muertos. Recorre con un dedo un estante vacío y deja una línea limpia y brillante en la gruesa capa de polvo.

Varios pisos más abajo, en el rincón del fondo, encuentra la sección de poesía y examina los estantes hasta que encuentra la eme. Christopher Marlowe. Andrew Marvell. Edna St. Vincent Millay. No le sorprende comprobar que la estantería pasa directamente de Milton a Montagu, pero le entristece no encontrar el nombre de ella.

Venir aquí ha sido una equivocación, piensa. Aquel lugar da sensación de prohibido, la visita ha sido una insensatez. El olor punzante a acero y calor le hace cosquillas en las fosas nasales. Se acerca poco a poco a la entrada, al mostrador donde la bibliotecaria ordena una caja de libros con despiadada eficacia. Bird tiene miedo de que lo mire otra vez. Cuando se dé la vuelta, decide, saldrá a hurtadillas.

Vigila por un agujero en la estantería, a la espera de una oportunidad. La bibliotecaria saca otro libro de la caja de plástico azul encima del mostrador, consulta una lista, pone un visto. A continuación –y esto deja perplejo a Bird– hojea rápidamente el libro, desplegando las páginas como si fuera un acordeón, antes de cerrarlo y dejarlo en el montón. Hace lo mismo con el siguiente libro. Y con el

siguiente. Está buscando algo, se da cuenta Bird, y unos pocos libros después lo encuentra. Esta vez consulta la lista una vez, luego otra, y deja el bolígrafo. Es evidente que el libro no figura en ella. Pasa despacio las hojas una a una y al final se detiene para extraer una tira de papel blanco.

Desde donde está Bird solo acierta a ver unas pocas líneas escritas a mano. Asoma el cuerpo por detrás de la estantería para ver mejor y es entonces cuando la bibliotecaria levanta la cabeza y lo sorprende espiando.

Enseguida dobla el papel, lo esconde y va hacia él.

Oye, dice, ¿qué haces ahí? Sí, tú. Te estoy viendo. De pie. Ponte de pie.

Le tira de un codo.

¿Cuánto tiempo llevas aquí?, quiere saber. ¿Qué haces aquí escondido?

Vista de cerca, es a la vez mayor y más joven de lo que esperaba. Pelo castaño largo entreverado de gris acero. Mayor, piensa, de lo que sería su madre. Pero también hay en ella algo juvenil, un pequeño destello de plata en la aleta de la nariz perforada; una perspicacia en su mirada que le recuerda a Bird a alguien. Al cabo de un minuto sabe a quién. A Sadie. El mismo brillo desafiante en los ojos.

Perdón, dice. Estaba... estoy buscando una historia. Nada más.

La bibliotecaria lo mira por encima de sus gafas.

Una historia, dice. Vas a tener que ser un poco más concreto.

Bird mira hacia el laberinto de estanterías que los rodea; la bibliotecaria tiene una mano cerrada alrededor de su brazo, la otra cerrada ¿alrededor de qué? Se pone colorado.

No me sé el título, dice. Es una historia... que alguien me contó hace mucho. Sale un niño, y muchos gatos.

¿Es todo lo que sabes?

Ahora es cuando lo echará a la calle. O llamará a la policía y hará que lo detengan. Como niño que es, entiende de forma instintiva hasta qué punto es arbitrario el castigo. El pulgar de la bibliotecaria se hunde más en el pliegue de su codo.

Entonces entorna los ojos. Está pensando.

Un libro y muchos gatos, repite. Afloja la mano con que sujeta a Bird por el hombro y a continuación lo suelta. Hum. Hay un libro ilustrado que se titula *Millones de gatos*. Un hombre y una mujer quieren el gato más bonito del mundo. Cientos de gatos, miles de gatos, millones de gatos. ¿Te suena?

A Bird no le suena y niega con la cabeza.

En mi historia sale un niño, repite. Un niño y un armario.

¿Un armario? La bibliotecaria se muerde el labio. De pronto hay en sus ojos una luz, una actitud de alerta como si ella misma fuera un gato, a la caza, con las orejas

bien abiertas y los bigotes tensos. Bueno, en *Sam, Bangs y Hechizo de Luna* sale un niño, dice, pero un armario no, que yo recuerde. Beatrix Potter tiene muchos gatos, pero ningún niño. ¿Es un cuento con dibujos o una novela?

No lo sé, reconoce Bird. Nunca ha oído hablar de los libros que está describiendo la bibliotecaria y todas esas historias cuya existencia ni siquiera conocía le hacen sentir un poco mareado. Es como enterarse de que existen colores que nunca has visto. Yo no lo he leído, dice. Creo que puede ser un cuento de hadas. Alguien me lo contó una vez.

Hum.

La bibliotecaria da media vuelta con celeridad inesperada. Vamos a ver, dice, y se aleja mientras se guarda con discreción la tira de papel en el bolsillo.

Camina tan deprisa que Bird casi la pierde. Estantería tras estantería, el mundo discurre en microcosmos: Costumbres y Etiqueta. Disfraces y Moda. Es un mundo, se da cuenta Bird, que la bibliotecaria conoce de arriba abajo, un mapa que ha recorrido tantas veces que puede dibujarlo de memoria.

Es aquí, dice. Folclor.

Mientras tamborilea con los dedos en los lomos de los libros, examina cada título y lo elimina mentalmente.

Sé que hay un cuento que se titula *Piel de gato,* dice y saca un volumen y se lo da a Bird. En la tapa, letras doradas y un grupo de damas de melena dorada y caballeros.

Y luego hay otro titulado *El gato y el ratón hacen vida en común*. Termina como cabría esperar. Pero con un niño no hay nada. Está *El gato con botas,* claro, pero yo no llamaría niño al hijo del molinero... y desde luego no sale ningún armario. Y solo hay un gato.

Antes de que a Bird le dé tiempo a contestar, ya se ha puesto a hablar otra vez.

Veamos. ¿Hans Christian Andersen? No, me parece que no. Está la vieja fábula del gato que arrulla al niño Jesús en su cuna... Eso por lo menos es un mueble. ¿Es una fábula o un mito? Están Freya y su carro tirado por gatos, y por supuesto, Bastet, pero ni armarios ni gatos. Y no recuerdo textos griegos que hablen de gatos.

Se frota la sien con un nudillo huesudo. Es casi, piensa Bird, como si se hubiera olvidado de él, como si hablara sola. O a los libros, como si estos fueran seres con entidad propia capaces de contestar. Para su gran alivio, parece haberse olvidado de que lo ha sorprendido espiando, también de la misteriosa tira de papel.

¿No recuerdas nada más de la historia?, pregunta.

No puedo, contesta Bird. Quiero decir que no.

Mira el libro de cuentos que tiene en las manos, le da la vuelta. En la cubierta trasera hay un dragón muerto y clavado en una estaca con la lengua rosa

balanceándose igual que una soga. Se le pone la garganta caliente y pegajosa y cierra los ojos y traga saliva en un intento por refrescarla.

Me la contó mi madre, dice, hace mucho tiempo. Da igual. No se preocupe.

Se da media vuelta para irse.

¿Sabes?, me parece recordar un viejo libro ilustrado, dice la bibliotecaria. Baja la voz. Un cuento popular japonés.

Calla un momento, mira la estantería y a continuación el terminal de búsqueda al final del pasillo.

Pero no estará ahí.

Entonces chasquea los dedos, señala a Bird. Como si él mismo le hubiera dado la respuesta.

Ven conmigo, dice.

Bird la sigue entre estanterías hasta una oficina con un letrero que dice: USO EXCLUSIVO DEL PERSONAL. La bibliotecaria levanta una llave de la cinta que lleva al cuello, abre la puerta. La habitación está llena de montones de libros, hay una mesa cubierta de papeles. Armarios archivadores, un ventilador. Polvo. Pero rodean la mesa y van directos a una puerta metálica oxidada de color verde grisáceo por el moho. La bibliotecaria la empuja con el hombro, aparta con el pie una papelera y la encaja detrás de la puerta para evitar que se cierre. A juzgar por la muesca que hay en el cubo, queda claro que cumple esa función desde hace años.

Nos queda un sitio por comprobar, dice y le hace un gesto a Bird para que la siga.

Es como un muelle de carga, separado del exterior por una rejilla metálica que se baja. En otro tiempo los camiones debieron dejar aquí su mercancía: libros, imagina Bird, de otras bibliotecas. Por la cantidad de cajones y cajas que hay a ambos lados del muelle, comprende que hace varios años que no se usa; un camión no podría ni siquiera acercarse.

Estos días hay menos préstamos, dice la bibliotecaria. Un cajón a la semana, más o menos. Es más sencillo meterlos por la puerta delantera.

Empieza a quitar cajas, y cuando Bird se dispone a ayudarla, comprueba que los cajones están apilados encima de algo: un enorme secreter de madera, más grande que la cómoda de su casa, hecho de muchos cajoncitos.

Dejamos de usarlo hace años, cuando digitalizamos el catálogo, explica la bibliotecaria mientras retira la última de las cajas. Lo trajimos aquí para hacer sitio. Entonces llegó la Crisis. Ahora estamos esperando a que nos asignen otra vez presupuesto. El Ayuntamiento no quiere hacerse cargo y no tenemos fondos para pagar a alguien para que se lo lleve.

Pasa los dedos por las placas de latón de los cajones y mete uno en el tirador.

Ven, dice, vamos a echar un vistazo. El libro en el que estoy pensando tiene

muchos años.

Para asombro de Bird, el cajón está repleto de tarjetitas cubiertas de pulcra letra mecanografiada. Con dedo ágil, la bibliotecaria va pasándolas, tan deprisa que a Bird casi no le da tiempo a leer las palabras. «Gatos – literatura.» «Gatos – mitología.» Cae en la cuenta de que cada una de estas tarjetas es un libro. No tenía ni idea de que pudiera haber tantos.

Ah, dice la bibliotecaria con un suspiro de satisfacción. Es el tono de voz de alguien que ha resuelto un rompecabezas, de alguien que ha descodificado una adivinanza y encontrado el tesoro escondido bajo la equis. Saca una única tarjeta y se la enseña a Bird.

«Gatos – folclor – japonés – versiones. El niño que dibujaba gatos.»

El reconocimiento resuena en él y le hace temblar igual que un diapasón. Un sonido ahogado le sube por la garganta.

Ese es, dice. Me... Me parece que es ese.

La bibliotecaria le da la vuelta a la tarjeta y lee lo que dice al dorso.

Es lo que me temía, dice.

¿No tienen un ejemplar?, pregunta Bird y la bibliotecaria niega con la cabeza.

Retirado. Hace tres años, dice aquí. Alguien se quejó, probablemente. De que fomentaba el espíritu pro-PAO o algo por el estilo. Algunos de nuestros patrocinadores tienen... opiniones. Sobre China o, en este caso, sobre todo lo que recuerde vagamente a ella. Y necesitamos de su «generosidad» para seguir abiertos. También puede ser que alguien se pusiera nervioso y se deshiciera del libro como medida de precaución. Las bibliotecas públicas... Muchos no podemos arriesgarnos. Es demasiado fácil que cualquier ciudadano preocupado nos acuse de fomentar comportamientos antipatrióticos. De simpatizar abiertamente con enemigos potenciales.

Suspira y devuelve la tarjeta a su sitio con las demás.

Hay otro libro que quería buscar, dice Bird con cautela. *Corazones perdidos.*

La bibliotecaria se vuelve inmediatamente. Lo estudia durante un largo instante. Sopesando.

Lo siento, dice con sequedad. Me consta que ya no tenemos ese libro. Dudo de que lo encuentres en ninguna parte.

Con un golpe, cierra el cajón largo y estrecho.

Ah, dice Bird. Sabía que había pocas probabilidades, pero en lo más íntimo de su ser había albergado una llamita de esperanza que ahora se apaga con un soplido tiznado de hollín.

¿Qué hicieron con ellos?, pregunta al cabo de un momento. Con todos esos libros.

Recuerda una imagen de la clase de historia: montones de libros en la plaza principal ardiendo. Como si le leyera el pensamiento, la bibliotecaria lo mira de reojo y ríe.

Huy, no. Aquí no quemamos libros. Esto es «América», no lo olvides.

Lo mira enarcando las cejas. ¿Seria o irónica? Bird no está seguro.

No quemamos los libros, dice la bibliotecaria. Los trituramos. ¿A que es mucho más civilizado? Los reducimos a una pasta, los reciclamos y convertimos en papel higiénico. Hace mucho que esos libros terminaron limpiando el trasero de alguien.

Ah, dice Bird. Así que eso es lo que pasó con los libros de su madre. Todas esas palabras trituradas hasta ser una papilla gris descolorida y después evacuadas por el desagüe en un revoltijo de mierda y pis. Nota algo caliente y líquido detrás de los ojos.

Oye, dice la bibliotecaria. ¿Estás bien?

Bird se sorbe la nariz y asiente con la cabeza. Muy bien, dice.

La bibliotecaria no le hace más preguntas, no lo presiona ni le pregunta por qué llora, se limita a sacarse un pañuelo de papel del bolsillo y a dárselo.

Mierda de PACT, dice en voz baja y Bird se queda atónito. No recuerda haber oído nunca maldecir a un adulto.

¿Sabes una cosa?, dice la bibliotecaria al cabo de un minuto o dos. Es posible que alguna biblioteca guarde aún un ejemplar de ese libro de gatos. Una biblioteca grande, como la de la universidad. A veces consiguen conservar cosas que nosotros no podemos. Con fines «de investigación». Pero, aunque sea así, tendrías que pedirlo en el mostrador de préstamos. Identificarte y dar una razón para querer consultarlo.

Bird asiente con la cabeza.

Buena suerte, dice la bibliotecaria. Espero que lo encuentres. Y escucha, Bird, si puedo echarte una mano en alguna otra cosa, ven a verme y lo intentaré.

Las palabras lo conmueven tanto que no lo hace hasta mucho más tarde: preguntarse por qué sabe su nombre la bibliotecaria.

Cuando su padre vuelva a casa, decide Bird, se lo pedirá. Le pedirá que busque un ejemplar del libro en su trabajo. Está convencido de que en algún lugar de la biblioteca de la universidad hay un libro de cuentos populares japoneses con esta historia. Siguen teniendo miles de textos asiáticos; lo sabe porque a menudo hay peticiones de que se purguen todos, no solo los de China, Japón, Camboya y otros países, también los que hablan de ellos. En las noticias se refieren a China como «nuestra mayor amenaza a largo plazo», y a los políticos les preocupa que los libros

en lenguas asiáticas contengan sentimientos antiamericanos o incluso mensajes en clave; en ocasiones, padres enfadados protestan si sus hijos eligen estudiar mandarín o historia de China. «Pago para que reciba una educación, no para que le laven el cerebro.» Cada vez que algo así llega al periódico universitario, y de ahí a los informativos, un congresista o en ocasiones un senador da un discurso enfervorizado sobre las universidades como «caldo de cultivo para el adoctrinamiento», al que el rector responde con unas declaraciones defendiendo la colección de la biblioteca. Bird lo ha leído en el periódico antes de que su padre pasara a la página siguiente. «Si algo nos produce temor, estudiarlo en profundidad se hace más imperativo aún.»

Solo le pedirá a su padre que lo compruebe. Si el libro sigue existiendo y, si es así, que lo lleve a casa para que él pueda verlo. Solo durante un día. No hace falta hablarle a su padre de la carta, ni de su madre. No es más que un libro que le interesa, un cuento popular sobre un niño y unos gatos. Después de todo, ni siquiera está en chino. Cuando llegue su padre a casa se lo pedirá.

Pero su padre se retrasa, se retrasa muchísimo. No tienen teléfono; ya nadie tiene línea fija, en la residencia arrancaron los cables hace años, así que Bird no puede hacer otra cosa que esperar. Dan las seis, luego las siete. Se ha pasado la hora de la cena; en la cafetería, los trabajadores ya estarán sacando las bandejas de los baños de vapor, volcando los restos de comida reseca en cubos de basura, restregando el acero inoxidable hasta dejarlo limpio. Por la ventana, Bird mira las luces de la cafetería apagarse una a una y un delgado tentáculo de miedo lo recorre de arriba abajo. ¿Dónde está su padre? ¿Habrá pasado algo? Cuando dan las ocho, piensa de pronto en su visita a la biblioteca esa misma tarde, en el ordenador del colegio parpadeando: «No se han encontrado resultados». En la señora Pollard a su lado, sacando y metiendo la punta del bolígrafo. En el agente de policía del parque municipal dándose golpecitos en la palma de la mano con la porra. En Sadie, y en su madre, haciendo preguntas, husmeando en rincones oscuros. Siempre hay alguien vigilando, piensa ahora, y si alguien lo ha visto, pueden haber culpado a su padre, pueden...

Son casi las nueve cuando oye la puerta de la escalera abrirse y cerrarse con un golpe –han pasado tres días y el ascensor sigue sin funcionar– y, a continuación, pisadas en el pasillo. Su padre. Bird siente el impulso repentino de correr hacia él igual que hacía cuando era pequeño. Pero su padre parece tan cansado, tan sudoroso y derrotado de tantas escaleras, que Bird vacila. Como si tuviera miedo de tirarlo al suelo.

Menudo día, dice su padre. Justo después de comer ha venido el FBI.

Bird siente calor, a continuación, frío.

Están investigando a una profesora de la facultad de Derecho. Querían una lista de todos los libros que ha cogido en préstamo. Y luego, una vez tuvieron los títulos,

han querido llevárselos todos. He tardado seis horas y media en sacarlos. Cuatrocientos veintidós libros.

De pronto Bird recupera el aliento; no era consciente de haber estado conteniéndolo.

¿Para qué los querían?, pregunta cauto.

Es una pregunta que no habría hecho semanas atrás; una semana atrás, algo así no le habría resultado premonitorio, mucho menos inusual. Tal vez, piensa de repente, tal vez no tiene nada de inusual.

Su padre deja su cartera en el suelo, suelta las llaves en la encimera con un repiqueteo.

Al parecer está escribiendo un libro sobre la PACT y la primera enmienda, dice. Creen que puede estar subvencionada por los chinos. Para provocar malestar social aquí.

Despacio, se deshace el nudo de la corbata.

¿Y lo está haciendo?, pregunta Bird.

Su padre se vuelve hacia él y Bird nunca lo ha visto tan cansado. Por primera vez repara en el gris que asoma en su pelo, en las arrugas que le bajan de las comisuras de sus ojos igual que rastros de lágrimas.

Si te digo la verdad, lo más probable es que no. Pero es lo que piensan ellos.

Mira su reloj y abre un armario, que solo contiene un frasco medio vacío de mantequilla de cacahuete. Nada de pan.

Vamos a cenar algo, le dice a Bird.

Bajan deprisa las escaleras y entran en una pizzería a pocas manzanas de allí. Al padre de Bird no le gusta la pizza –Demasiado grasienta, le dice a Bird, con todo ese queso–, pero es tarde, tienen hambre y es el único sitio de por allí que abre hasta las nueve.

El hombre detrás del mostrador apunta su pedido, mete cuatro porciones de pizza en el horno para calentarlas y Bird y su padre se disponen a esperar apoyados en la pared pegajosa. A Bird le ruge el estómago. Por la puerta abierta, sujeta para que no se cierre, entra aire fresco y oscuro, y el puñado de carteles pegados al escaparate del local aletean en la brisa. Encontrado gato. Clases de guitarra. Se alquila apartamento. En el rincón, justo encima de la pegatina de la inspección del departamento de sanidad, una placa con la bandera americana: QUE DIOS BENDIGA A TODOS LOS AMERICANOS LEALES. Es el mismo letrero que exhiben casi todos los locales comerciales, lo venden en todas las ciudades y los beneficios se destinan a grupos de patrullas vecinales. Los pocos locales que no lo cuelgan son vistos con escepticismo. «¿No eres un americano leal a tu país? Entonces ¿a qué viene discutir por un letrerito de nada? ¿No quieres apoyar a las patrullas de vigilancia vecinal?» El

enorme horno de acero chasquea y echa humo. Detrás del mostrador, el vendedor de pizza apoya un codo en la caja registradora, se desplaza por la pantalla de su teléfono y sonríe con suficiencia ante algún chiste.

Son las 20.52 cuando entra un hombre mayor. Rostro asiático, camisa blanca abotonada y pantalones negros, pelo cano pulcramente cortado. ¿Chino? ¿Filipino? Bird no lo sabe. El hombre deja un billete de cinco dólares doblado en el mostrador.

Una porción de pepperoni, dice.

El vendedor de pizza ni siquiera levanta la vista. Estamos cerrados, dice.

Pues no lo parece. El hombre mira a Bird y a su padre, que se sitúa delante de Bird a modo de pantalla. Están ellos, dice el hombre.

Estamos cerrados, repite el vendedor en voz más alta. Su pulgar sube por la pantalla de su teléfono y un río interminable de fotografías y publicaciones discurre a gran velocidad. El padre de Bird le da a este un empujoncito en el hombro. Es el mismo empujón de cuando se cruzan con un agente de policía, o un animal atropellado en la calle. Significa: date la vuelta. No mires. Pero esta vez Bird no se da la vuelta. No es curiosidad; es una necesidad. La necesidad morbosa de saber lo que ha estado agazapado detrás de él, invisible.

Mire, solo quiero una porción de pizza, dice el hombre mayor. Acabo de salir del trabajo. Tengo hambre.

Empuja el billete por el mostrador. Sus manos son curtidas y fuertes, con dedos sarmentosos por la edad. Tiene aspecto de abuelo de alguien, piensa Bird y entonces le viene el pensamiento a la cabeza: si él tuviera un abuelo, podría parecerse a este hombre.

El vendedor de pizza deja su teléfono.

¿No entiendes inglés o qué?, dice con calma, como si hablara del tiempo. Hay un restaurante chino en la avenida Mass. Si tienes hambre, ve a comprarte arroz frito y unos rollitos de primavera. Nosotros estamos cerrados.

Junta las manos como un profesor paciente y mira al anciano a los ojos. «¿Qué me vas a hacer?»

Bird está paralizado. No puede hacer otra cosa que no sea mirar: mirar al anciano con la mandíbula adelantada y una pierna atrasada, como si se preparara para recibir un empujón. Al vendedor de pizza, con manchas de aceite que le motean la camiseta, las grandes manos carnosas. A su padre, con las arrugas de su cara proyectando sombras afiladas, los ojos fijos en los anuncios del escaparate, como si no pasara nada, como si aquel fuera un día igual a cualquier otro. Bird quiere que el anciano dé una respuesta cortante, quiere que el anciano le borre al vendedor de pizza su cara de superioridad de un puñetazo, quiere que el anciano retroceda antes de que el vendedor de pizza diga –o haga– algo peor. Antes de que levante esas

manos que domestican gruesa masa a base de golpear y aplastar. El momento se estira y se tensa igual que una cuerda demasiado tirante.

Entonces, sin decir palabra, el anciano coge el dinero del mostrador y se lo guarda en el bolsillo. Se gira, da la espalda a la sonrisa del vendedor de pizza y en lugar de ello mira a Bird, lo mira largo rato y con dureza y a continuación murmura algo dirigido a su padre, algo que Bird no entiende.

Nunca ha oído esas palabras, ni siquiera ha oído nunca ese idioma, pero por la expresión de su padre tiene claro que él sí, que no solo reconoce el idioma, sino que lo entiende, entiende lo que ha dicho el hombre. Tiene la sensación, no sabe por qué, de que han hablado de él, por la manera en que lo miran el hombre y luego su padre, una mirada tan cargada de significado que le atraviesa la piel y la carne hasta escrutarle los huesos. Pero su padre no contesta, ni siquiera se mueve, solo se apresura a apartar la vista. Entonces el anciano sale con la cabeza bien alta y desaparece.

Suena un temporizador y el vendedor de pizza se gira para abrir el horno. El aire caliente y lleno de humo le seca a Bird la garganta.

Hay cada uno..., dice el vendedor de pizza. De verdad te lo digo.

Mete la larga paleta de madera en el horno humeante y saca sus porciones, las mete en una caja que tenía preparada. Durante un instante mira a Bird con los ojos entrecerrados, a continuación a su padre, como si intentara situar sus caras. Luego empuja la pizza por el mostrador.

Buenas noches, dice el padre de Bird y coge la caja y guía a este hacia la puerta.

¿Qué ha dicho?, pregunta Bird cuando están de vuelta en la acera. Ese hombre. ¿Qué ha dicho?

Vámonos, dice su padre. Venga, Noah, vámonos a casa.

En la esquina ven un coche patrulla con las luces apagadas, casi mudo, y esperan a que pase antes de cruzar. Llegan a la residencia en el preciso instante en que el campanario al otro lado de la calle da las nueve.

Hasta que están de vuelta en el apartamento, su padre no habla. Deja la pizza en la encimera, se quita los zapatos y se queda de pie con la mirada muy lejos de allí.

Cantonés, dice. Hablaba cantonés.

Pero tú le entendiste, dice Bird. Y no hablas cantonés.

Mientras lo dice, cae en la cuenta de que no sabe si eso es verdad.

No, no lo hablo, dice su padre cortante. Y tú tampoco, Noah, escúchame bien. Todo lo que tenga que ver con China, Corea, Japón o algo así... evítalo. Si oyes a alguien hablar en esos idiomas o hablando de esas cosas, aléjate. ¿Lo entiendes?

Saca una porción de pizza de la caja y se la da a Bird. A continuación, coge él una

y se acomoda con aire cansado en una silla sin molestarse en coger un plato. Es la segunda vez en una hora, piensa Bird, que su padre sube todas esas escaleras.

Cómete la cena, dice su padre con amabilidad. Antes de que se enfríe.

Entonces lo sabe. Aunque se lo pida, su padre no va a localizar el libro. Tendrá que encontrar otra manera de conseguirlo.

Es difícil colarse en una biblioteca universitaria; siempre lo ha sido. Allí hay libros viejos, libros valiosos. Una Biblia Gutenberg y un primer folio de Shakespeare, le contó una vez a Bird su padre, aunque Bird solo tiene una idea difusa de lo que eso significa. Innumerables documentos irremplazables. Incluso –su padre había agitado los dedos en un gesto teatral– un libro de anatomía encuadernado en piel humana. Acababa de cambiar de empleo, de profesor de lingüística a asistente de biblioteca. Y Bird, entonces de nueve años de edad y cínico en ciernes, había decidido que todo aquello era un intento de su padre por dar emoción a su trabajo y había hecho caso omiso.

Lo que sí sabe es que necesita una tarjeta para entrar en el edificio, enorme e imponente, un pisapapeles de mármol que mantiene en su sitio uno de los extremos del jardín de la universidad, e incluso así, solo el personal está autorizado para adentrarse en el cálido laberinto de estanterías que alberga todos los libros. Pero cuando era más pequeño, los días que no tenía clase, había acompañado a su padre al cuarto de las devoluciones, donde los libros esperaban en carritos a ser devueltos a su anaquel. Puedes ayudar, había sugerido su padre y una o dos veces Bird lo había hecho, había empujado el carro por los estrechos pasillos hasta encontrar el correcto después de accionar un interruptor anticuado para dar las luces del pasillo. Mientras su padre estudiaba las estanterías y restituía los libros uno a uno a los huecos de los que habían salido, Bird pasaba las yemas de los dedos por los lomos gofrados con letras doradas desgastadas por el paso del tiempo y aspiraba el particular olor de la biblioteca: una mezcla de polvo y cuero y helado de vainilla derretido. Cálido, como el aroma de la piel de alguien.

Lo reconfortó y lo desasosegó al mismo tiempo, el silencio espeso como una manta de lana cubriéndolo todo. Debajo, algo de gran tamaño esperaba. No terminaban nunca, los montones de libros que necesitaban ser colocados en su sitio, la reiteración constante e insistente del orden, y le entraba vértigo solo de pensarlo: que debajo mismo de aquella estantería hubiera centenares más, miles de libros, millones de palabras. A veces, después de que su padre colocara un libro en su sitio y alineara los lomos, Bird tenía el impulso de vaciar la hilera entera de un manotazo, de empujar como en un dominó la estantería contra la siguiente y la siguiente y la siguiente, de hacer jirones el silencio asfixiante. Lo asustaba y buscaba excusas para

no ir a las estanterías. Estaba cansado, prefería sentarse en el cuarto de personal y tomar un tentempié, prefería quedarse en casa y jugar.

Lleva mucho tiempo sin pisar la biblioteca; la última vez tenía diez años.

Aquella noche, mientras su padre se lava los dientes, Bird husmea en su maletín. Su padre es una criatura de costumbres; cuando llega al apartamento, siempre guarda la tarjeta en el bolsillo exterior de su cartera, en preparación para el día siguiente. Bird se mete la tarjeta en su bolsillo trasero y cierra la cremallera de la bolsa. Su padre nunca comprueba que lleva la tarjeta por la mañana: durante los tres últimos años ha estado siempre allí cuando llega al trabajo, exactamente donde la dejó la noche anterior. Mañana, por una vez, no será así. Pero el guarda de seguridad lo conoce, lleva años viéndolo todos los días, lo dejará pasar a trabajar, solo por esta vez. Mañana por la noche, cuando el padre de Bird llegue a casa y haga una búsqueda a conciencia, encontrará la tarjeta en el suelo, debajo de la mesa, en el lugar preciso donde siempre deja su maletín. Debió de caer fuera de este en lugar de dentro, y no le dará más vueltas.

Al principio el plan funciona a la perfección. Después de clase, Bird se dirige a la explanada del campus, sube la enorme montaña de escaleras hasta la entrada principal de la biblioteca. En el vestíbulo, imita la expresión impaciente y vagamente irritada que siempre tienen los estudiantes y pasa deprisa la tarjeta por el lector. El torniquete se enciende de color verde y entonces entra sin detenerse y sin mirar atrás. Como si se dirigiera a un punto concreto del camino del conocimiento verdadero. El guarda de seguridad ni siquiera levanta la vista de su pantalla.

Siguiente problema: cómo llegar a las estanterías. Hace mucho tiempo, su padre le contó, estaban abiertas para todos. Podías entrar y deambular, explorar lo que te llamara la atención. Ahora ya no dejan pasar a cualquiera. Ahora tienes que rellenar un papel en el mostrador, explicar por qué necesitas el libro, enseñar tu documento de identidad. Y si tu razón es lo bastante buena –un tratado de los fracasos que condujeron a la Crisis, por ejemplo, o nuevas estrategias para detectar enemigos internos–, alguien, por ejemplo su padre, se adentrará en los pasillos de estanterías y te lo traerá. Su padre no le explica a qué se debe este cambio, pero Bird lo entiende: es la PACT, por supuesto, lo que lo transformó todo. La ley que consideró que algunos libros son peligrosos y solo pueden conservarse fuera del alcance de los lectores.

Bird se dirige a la sala de lectura y observa la entrada a las estanterías al fondo. Un carrito mal engrasado dobla la esquina y reconoce a la mujer que lo empuja: Debbie, otra de las reponedoras. Tiempo atrás le daba caramelos de mantequilla envueltos en papel dorado los días que acompañaba a su padre al trabajo. De hecho, está

exactamente igual –vestido largo holgado, pelo gris crespo sujeto en una improbable nube alrededor de la cabeza– y aunque Bird ha crecido y está más alto, no duda de que también ella lo reconocerá. Corre a esconderse detrás de una de las mesas con ordenador y Debbie y su carrito pasan de largo dejando una estela de olor a cigarrillo.

Eso le recuerda algo. Debbie es una fumadora empedernida; a veces, en cuanto entraba en una habitación, los otros bibliotecarios levantaban la cabeza y husmeaban como si de pronto fueran conscientes de la posibilidad de que hubiera un incendio. En teoría, los fumadores tienen que salir del recinto y situarse al menos a quince metros del edificio antes de encender un cigarrillo, pero nadie parecía respetar esta norma. Lo que hacían Debbie y los otros fumadores era salir por una puerta lateral junto a la zona de estanterías y luego por otra que da a la calle y dejar ambas abiertas mediante un ladrillo, para a continuación apelotonarse junto al enorme edificio hasta terminarse sus cigarrillos furtivos antes de volver a entrar. Su padre a menudo se quejaba del olor que llegaba hasta el pasillo y lo combinaba con un sermón sobre los peligros del tabaco: «¿Sabes lo que son las arenas movedizas? Una vez te metes en ellas, no puedes salir».

Después de que Debbie y el carro desaparezcan, Bird se dirige escaleras abajo, donde está la puerta lateral a las estanterías. A pesar de la ausencia de letrero, está seguro de encontrarse en el lugar correcto. Allí, justo enfrente de él, hay una salida de emergencia con instrucciones bien claras: MANTENER CERRADA. Y, lo que es más revelador, justo al lado hay un ladrillo rojo viejo y desgastado por el paso del tiempo. Solo tiene que esperar y cruzar los dedos. Se sitúa en la esquina, donde, en caso de que venga alguien, pueda simular estar de camino o de vuelta de un aseo de caballeros que hay cerca.

Durante veinte minutos no pasa nadie y comprende por qué el personal usa este sitio para fumar: en el piso de arriba la gente entra y sale, pero este rincón está prácticamente desierto. Entonces, justo cuando está considerando rendirse, oye chirriar un gozne, el arañazo de un ladrillo en contacto con el suelo de piedra, el suave golpe de una gruesa puerta encajándose en su marco. Un segundo después, otra se abre y entran en tropel los débiles sonidos del exterior: un soplo de viento, el trino de los pájaros, alguien que ríe muy lejos, al otro lado del jardín.

Bird se asoma. La puerta a la calle está abierta, debe de haber alguien fuera, fumando un cigarrillo rápido, y tal y como esperaba, la que lleva a las estanterías también está abierta. No tiene demasiado tiempo. Haciendo el menor ruido posible, camina por el pasillo y abre más la puerta que da a la zona de estanterías. Esta emite un tenue chasquido y Bird vuelve la cabeza para ver si el fumador lo ha oído. No hay movimiento alguno. Bird respira hondo y entra.

Tarda un minuto en orientarse. Todos los títulos alrededor de él están en lenguas que no conoce, en palabras que no tiene ni idea de cómo pronunciar: *Zniewolony Umysł. Pytania Zadawane Sobie*.

Entra corriendo en uno de los pasillos y sube las escaleras, para alejarse de la puerta. Quien esté ahí fuera fumando terminará enseguida y no debe estar cerca cuando así sea. Las hileras de libros están increíblemente mudas, es un silencio absorbente, vigilante, casi depredador, atento a succionar cualquier ruido que uno se atreva a hacer. Llega una empleada de la biblioteca y, papel en mano y con un libro sujeto debajo de la axila, repasa las estanterías en busca de otro. Bird espera a que se vaya antes de pasar. Por ahí, en algún lugar, tiene que haber una terminal de búsqueda, y por fin encuentra una en un rincón y teclea: «El niño que dibujaba gatos». Hay una larga pausa y, a continuación, aparece un número en la pantalla. Lo garabatea en un trozo de papel y consulta las tablas junto al monitor bajando el dedo por la lista de materias: Nivel D, planta baja. Cuatro plantas por debajo del nivel del suelo. Rincón suroeste.

Antes de irse, no puede resistir la tentación de hacer una búsqueda más.

«Corazones perdidos.»

Otra pausa, esta más larga, y a continuación, en lugar de un número, un aviso: ELIMINADO. Bird traga saliva y borra la pantalla. Luego coge el trozo de papel y se dirige a las escaleras.

Las escaleras lo llevan al extremo de la biblioteca que no es, a la esquina noreste en lugar de la oeste. Pero, al menos, el nivel D está desierto. Solo están iluminados los pasillos principales, y tenuemente; los que los atraviesan están oscuros como boca de lobo. Nunca se había dado cuenta de lo grande que es la biblioteca: ocupa una manzana entera, cientos de metros por cientos de metros con miles de estanterías dentro. Le viene a la cabeza algo que dijo una vez su padre: los anaqueles que lo rodean no son meros soportes de libros, también son el esqueleto de acero del edificio mismo, lo que mantiene en pie la biblioteca. Lo más fácil, decide, será ir por las esquinas; si se pone a cruzar en zigzag, se perderá sin duda. Avanza con cautela y pegado a la pared, en dirección sur. La ruta no es todo lo recta que había esperado. De vez en cuando, un montón de sillas o mesas viejas apiladas se cruza en su camino y tiene que desviarse a un lado, recorrer unos cuantos pasillos y volver a donde estaba. En algún punto encima de él, unas pisadas cruzan el nivel C. Se enciende una caldera y un chorro de aire caliente, igual que un géiser, sube por la rejilla del suelo.

Bird recorre las estanterías y mete los dedos en los espacios donde antes hubo libros, hoy retirados de la circulación. Aquí faltan menos que en la biblioteca pública, donde había estanterías con más huecos que volúmenes. Aun así, en cada

estante falta uno, en ocasiones más. Se pregunta quién decidió qué libros eran demasiado peligrosos para conservarlos y a quién correspondió localizar y sacar los títulos condenados, para conducirlos a su destino cruel, igual que un verdugo. Se pregunta si fue su padre.

Cuando llega a la estantería correcta, afloja el paso y a continuación se detiene y va leyendo las signaturas en los lomos pulcramente alineados a medida que desciende su numeración, fracción a fracción. Y entonces lo encuentra. Delgado y amarillo. A duras penas un libro, poco más grande que una revista. Casi se lo salta.

Lo saca del estante con un solo dedo. *El niño que dibujaba gatos. Cuento popular japonés*. No conocía este libro, pero en cuanto ve la cubierta, sabe que se trata de la misma historia que recuerda. Es un cuento popular japonés, pero su madre china lo había oído o leído en algún sitio, lo había memorizado y se lo había contado. En la cubierta hay un dibujo a acuarela de un niño, un niño japonés con un pincel en la mano. Pintando un gato enorme en una pared. El niño incluso se parece un poco a Bird: pelo oscuro demasiado largo que le cae en greñas sobre la frente, los mismos ojos negros y una nariz ligeramente redondeada. Empieza a recordar la manera en que su madre se lo contaba, una historia enterrada dentro de un envoltorio de poliestireno que ahora desentierra, saca de nuevo a la luz. Un niño que deambula solo y lejos de su casa. Un edificio solitario en la oscuridad. Gatos y más gatos que salen de las cerdas de su pincel. Le tiemblan los dedos mientras se esfuerza por separar la cubierta de las páginas blandas como tela. Sí, piensa. Estoy muy cerca. De algo que asoma de entre las sombras y empieza a cobrar forma; en cuanto lea el cuento lo recordará, recordará lo que ocurre en esta historia que le contaba su madre, dentro de un momento lo comprenderá todo.

Es entonces cuando nota una mano en el hombro y, al girarse, se encuentra con su padre.

Me han dejado venir a buscarte, dice su padre, en lugar de llamar a seguridad.

Tenía que haberlo imaginado: pues claro que la biblioteca tiene cámaras de seguridad, pues claro que detectaron que alguien había entrado con la tarjeta de su padre solo horas después de que este –siempre responsable y respetuoso de las reglas– informara de la pérdida de su tarjeta.

Papá, empieza a decir Bird. Solo quería...

Su padre se da la vuelta sin contestar y Bird sigue su espalda recta y enfadada entre las estanterías y escaleras arriba hasta el cuarto de personal con sus hileras interminables de carritos, donde esperan dos guardas de seguridad. Un instante antes de que los dos guardas se vuelvan, se mete el libro en la cinturilla trasera de sus pantalones vaqueros, debajo de la camiseta.

No pasa nada, dice el padre de Bird antes de que a los guardas les dé tiempo a abrir la boca. Es mi hijo, tal y como imaginábamos. Me dejé la tarjeta en su cartera del colegio por equivocación y ha venido a intentar devolvérmela.

Bird estudia el suelo de linóleo mientras contiene la respiración. Su padre no le ha hecho una sola pregunta sobre qué hace allí y la historia que cuenta le resulta poco plausible. ¿Por qué iba a buscar a su padre en la zona de los libros, cómo iba a encontrar él a alguien en aquel laberinto de estanterías? Los guardas de seguridad vacilan, titubean al borde de la incredulidad. Uno de ellos se acerca y estudia la cara de Bird con los ojos entrecerrados. Este pestañea e intenta poner cara de inocente, y dentro de sus puños apretados, las uñas se le clavan en la palma de la mano.

Su padre deja escapar una risita, un relincho sonoro y falso que galopa por la habitación y a continuación se desvanece. Querías hacerte el responsable, ¿eh, Noah?, dice. No te preocupes. Ahora sí lo entiende.

El padre da una palmada a Bird en el hombro y, de mala gana, los guardas de seguridad asienten con la cabeza.

La próxima vez, dice uno de ellos a Bird, párate en el mostrador de entrada, ¿de acuerdo, chico? Han tenido que llamar a tu padre para que bajara a buscarte.

A Bird le tiemblan las piernas de alivio. Asiente con la cabeza, traga saliva y grazna un «Sí, señor» porque, por el firme apretón de su padre en el hombro, entiende que es lo que debe hacer.

Cuando los guardas de seguridad se han ido, Bird se lleva la mano a la espalda, saca el libro de debajo de su camiseta.

Papá, susurra. Le tiembla la voz. Papá, ¿puedo...?

Su padre apenas mira el libro. De hecho, ni siquiera mira a Bird.

Deja eso en el carro, dice con voz calmada. Alguien lo devolverá a su sitio. Vámonos.

Bird solo ha hecho enfadar a su padre en otra ocasión. Por lo general atiende a sus consejos. No llames la atención. Mantén la cabeza baja. Y: si te encuentras con algún alboroto, ve en dirección contraria, ¿me has entendido?

A Sadie eso la sacaba de quicio. Sadie, en cuanto olía alboroto, seguía su pista igual que un sabueso hasta llegar al origen.

Bird, le había dicho. No seas tan cagueta.

Esa vez lo que le había llamado la atención eran los carteles, los que colgaban y siguen colgando por toda la ciudad, en escaparates de tiendas de alimentación, tablones de anuncios comunitarios y a veces incluso en ventanas de casas, recordando a todo el mundo el deber de ser patriota, de vigilar a los demás, de informar del más mínimo indicio de problemas. Todos diseñados por artistas

famosos para ser llamativos y coleccionables. Un dique rojo, blanco y azul en un anchísimo río marrón amarillento con una mínima resquebrajadura. «Incluso las grietas más pequeñas se ensanchan.» Una mujer rubia asomándose por entre unas cortinas con un móvil pegado a la oreja. «Más vale prevenir que curar.» Dos casas juntas, un pastel que pasa de una mano a otra por encima de una valla blanca: «Vela por la seguridad de tu vecino». Debajo de todas, cuatro letras mayúsculas en negrita. PACT.

Aquella tarde Sadie se había detenido junto a una serie de carteles pegados en una parada de autobús y pasado los dedos por la cola. Esta se había desmenuzado bajo sus dedos igual que tiza.

Aquella tarde, dos agentes de policía se presentaron en el apartamento.

Tenemos entendido, dijo uno, que su hijo formaba parte de un grupo que esta tarde ha vandalizado carteles de seguridad pública.

Sadie sacándose un rotulador indeleble del bolsillo de los vaqueros. Tachando los eslóganes que llamaban a la vigilancia y la unidad.

¿Un grupo?, había dicho su padre. ¿Qué grupo?

Como es natural, nos preocupa mucho, dijo el agente, el hecho de que su hijo haya sentido la necesidad de hacer algo así. ¿Qué clase de mensajes está recibiendo en casa que puedan hacerle pensar que este tipo de comportamiento antipatriótico y –hablando con franqueza– peligroso es apropiado?

Ha sido Sadie, ¿verdad?, dijo su padre, esta vez dirigiéndose a Bird, y este tragó saliva.

Señor Gardner, dijo el agente, hemos consultado su expediente, y dado el historial de su mujer...

Su padre le había interrumpido.

Esa mujer ya no forma parte de esta familia, había dicho con brusquedad. No tenemos nada que ver con ella. No hemos tenido relación con ella desde que se fue.

Fue como si su padre hubiera pegado a su madre delante de él.

Y no simpatizamos en absoluto con las posturas radicales que defendía, continuó su padre. En absoluto.

Miró a Bird y este puso la columna rígida como una barra de hierro y asintió con la cabeza.

Noah y yo sabemos que la PACT protege nuestro país, siguió diciendo su padre. Si dudan de mi sinceridad, compruébenlo. Durante los últimos dos años y medio he donado dinero de manera regular a grupos por la seguridad y la unidad. Y Noah es un alumno de sobresalientes. En esta casa no hay influencias antipatrióticas.

Sea como sea, empezó a decir el agente, su hijo ha vandalizado un cartel de defensa de la PACT.

Su mirada se detuvo en el padre de Bird, como si esperara una respuesta y fue entonces cuando Bird lo vio; la mirada furtiva y fugaz de su padre al cajón de la cocina, donde guardaba su talonario. El sueldo de la biblioteca no era gran cosa, lo sabía; a finales de cada mes su padre pasaba al menos una hora encorvado sobre la matriz en la mesa de la cocina, cuadrando meticulosamente las cuentas. ¿Cuánto haría falta, veía calcular mentalmente a su padre, para que se fueran? Sabía, sin necesidad de preguntar, que era más de lo que tenían.

Es por influencia de esa niña, dijo su padre. La reasignada. Sadie Greenstein. Tengo entendido que es un caso difícil.

La conmoción recorrió a Bird.

No es la primera vez que nos la cruzamos, reconoció el agente.

Esa es la explicación. Ya saben cómo son los niños a estas edades. Las chicas hacen lo que quieren con ellos.

Le puso a Bird una mano en el hombro, firme y pesada.

Me aseguraré de que se termina. En esta casa tenemos claras nuestras lealtades, agente.

El agente vaciló y el padre de Bird se dio cuenta.

Estamos muy agradecidos a personas como ustedes, que velan por nuestra seguridad, dijo. Después de todo, si no fuera por ustedes, a saber cómo estaríamos.

Nada bien, dijo el agente de policía asintiendo con la cabeza. Nada bien, eso sin duda. Bueno, me parece que no hay más que hablar, señor. Obviamente ha sido un malentendido. Pero no te metas en líos, ¿eh, hijo?

Cuando los policías se fueron, el padre de Bird se llevó los dedos a las sienes como si tuviera migraña.

Noah, dijo al cabo de un larguísimo silencio. No vuelvas a hacer algo así.

Abrió la boca como si quisiera añadir algo, pero parecía haberse quedado sin aire, igual que una tienda de campaña cuyos postes se han desmoronado. Bird no estaba seguro de qué era «algo así». ¿Estropear carteles? ¿Hablar con la policía? ¿Meterse en líos? Por fin su padre abrió los ojos.

No te acerques a Sadie, dijo y se fue a la otra habitación. Por favor.

De modo que al día siguiente Bird no se sentó con Sadie, tampoco comió con ella y, una semana más tarde, seguía sin dirigirle la palabra cuando dejó de ir al colegio y no volvió y nadie parecía saber adónde había ido.

Hoy su padre guarda silencio mientras bajan las escaleras de la biblioteca y cruzan la explanada del campus hasta la calle. Bird lo sigue hasta casa sin rechistar, aunque todavía es por la tarde y en un día normal su padre tendría que trabajar dos horas más. Incluso desde detrás sabe que su padre está furioso por el rígido rectángulo de

su espalda. Su padre solo camina así –rígido, angular, como si tuviera las articulaciones oxidadas– cuando está demasiado enfadado para hablar. Bird remolonea, deja que la distancia entre los dos crezca unos cuantos metros, a continuación, media manzana. Más. Si afloja lo bastante el paso, es posible que nunca lleguen a casa, que nunca tengan que hablar de lo ocurrido, que nunca tenga que mirar a su padre a la cara.

Para cuando llegan al parque municipal, su padre va casi una manzana por delante, está tan lejos de Bird que podría ser un desconocido. Un hombre cualquiera con abrigo marrón y un maletín en la mano. Nadie que conozca. En la biblioteca había en la voz de su padre algo más, no solo enfado, algo acre que Bird no consigue identificar hasta que, de pronto, sí. Es miedo. El mismo miedo estridente y violento que oyó el día de los carteles mientras su padre hablaba con los policías. Un almizcle caliente y metálico, el siseo de garras replegadas.

Los ojos de Bird viajan de nuevo a los enormes árboles que solo unos días antes eran rojos, a las cicatrices desiguales que los recorren. Una herida como esa, le había dicho su padre en una ocasión, nunca sana del todo. La corteza crecerá encima de ella, pero seguirá allí, bajo la piel, y cuando talen el árbol la verás, una marca oscura atravesando los anillos de la madera.

Está tan ocupado pensando en esto que se da de bruces con alguien que camina en sentido contrario. Alguien grande, con prisa y enfadado.

Mira por dónde vas, puto chino, oye y, acto seguido, una manaza le coge el hombro y lo tira al suelo.

Sucede tan deprisa que, hasta más tarde, Bird no reconstruye lo ocurrido. Solo lo entiende en el momento inmediatamente posterior, cuando está tumbado en la hierba húmeda, jadeante, con manchas de barro frío en las palmas de las manos y en las rodillas. El hombre que lo ha empujado se aleja corriendo con una mano sujetándose la nariz ensangrentada. En la acera hay un goterón rojo, como una rociada de pintura en el cemento. A su lado, su padre lo mira como desde una gran altura.

¿Estás bien?, pregunta y Bird asiente con la cabeza y su padre le tiende una mano con los nudillos rojos y en carne viva. Su padre, cae en la cuenta Bird, también es un hombre fuerte, aunque no lo parezca: de voz suave, discretamente encorvado, parece más menudo de lo que es, pero en la universidad fue corredor, tiene espaldas anchas y es fuerte y recio. Lo bastante veloz para correr hasta un hijo en peligro. Lo bastante fuerte para dar un puñetazo a alguien que amenaza a su pequeño.

Vámonos a casa, dice su padre, mientras lo ayuda a ponerse de pie.

Ninguno de los dos habla hasta que están en la residencia.

Papá, dice Bird, mientras entran en el vestíbulo.

Ahora no, dice su padre, dirigiéndose a la escalera. Subamos primero.

Cuando llegan al piso donde viven, su padre cierra la puerta del apartamento y echa el pestillo.

Tienes que tener cuidado, dice cogiendo a Bird por los hombros y Bird se eriza.

Pero si no he hecho nada. Me empujó él.

Pero su padre niega con la cabeza. Ese hombre, dice, no es el único así que anda por ahí. En cuanto te vean la cara no necesitarán mayor provocación. Y esa artimaña de la biblioteca...

Su padre se calla.

Por lo general obedeces las reglas, dice.

No era más que un libro.

Si te metes en un lío, el responsable soy yo, Noah. ¿Sabes lo grave que habría podido ser esto?

Lo siento, dice Bird, pero su padre no parece escuchar. Se ha mentalizado para oír gritos, para la ira paterna, pero la voz de su padre es un siseo furioso y, por alguna razón, esto le resulta más aterrador.

Podrían haberme despedido, dice el padre. La biblioteca no está abierta para todo el mundo, no sé si lo sabes. Tienes que ser investigador. Tienen que vigilar mucho a quién dejan entrar. La universidad goza de relativa libertad por su buena reputación, pero no es inmune. Si alguien causa problemas y los vinculan a un libro que ha sacado de allí...

Menea la cabeza.

Y si pierdo el trabajo, pierdo también este apartamento. Eso lo sabes, ¿verdad?

Bird no lo sabía y un escalofrío lo recorre.

Peor todavía. Si se enteraran de que el libro lo tienes «tú» y deciden investigarnos a fondo... Investigarte a ti...

Su padre nunca le ha pegado, ni siquiera le ha dado una azotaina, pero ahora mira a Bird con una intensidad tan violenta que este da un respingo y se prepara para recibir un golpe. Entonces, con gesto brusco, su padre tira de él lo estrecha en sus brazos con tal fuerza que lo deja sin aliento. Lo retiene junto a sí en un abrazo tembloroso.

Y entonces, de repente se abre una puerta en la cabeza de Bird. Ahora comprende por qué su padre es siempre tan cauto, por qué le insiste tanto en que siga este camino o aquel, o que no salga solo. Lo rápido que lo encontró. No solo es peligroso documentarse sobre China, o ir en busca de cuentos populares japoneses. Es peligroso tener su aspecto físico, siempre lo ha sido. Es peligroso tener la madre que tiene, en más de un sentido. Su padre siempre lo ha sabido, siempre ha estado

mentalizado para algo así, siempre dispuesto a saltar por algo que inevitablemente ocurrirá a su hijo. Lo que teme: que un día alguien mire la cara de Bird y vea un enemigo. Que alguien lo vea como el hijo de su madre, de sangre o de obra, y se lo lleve.

Bird rodea a su padre con los brazos y los brazos de su padre se cierran más alrededor de él.

El hombre de la pizzería, dice Bird despacio. ¿Qué dijo?

«Es uno de nosotros.» La voz del padre sale medio amortiguada por el pelo de Bird y retumba dentro del cráneo de este. Y tiene razón. Lo que quería decir es que esta clase de cosas... también te pueden pasar a ti.

Los brazos de su padre se aflojan y separa un poco a Bird para mirarlo.

Noah, dice. Por eso te digo siempre que intentes pasar desapercibido. Que no hagas nada que llame la atención.

Vale, dice Bird.

Su padre se va al fregadero y se echa agua fría en los nudillos heridos. Y porque tiene la sensación de que la puerta que los separa sigue entreabierta, Bird apoya una palma en ella. Empuja.

¿Le gustaban a mi madre los gatos?, pregunta.

Su padre se queda quieto. ¿Qué?, dice, como si Bird hubiera hablado en otro idioma, uno de los pocos que desconoce.

Los gatos, repite Bird. Que si le gustaban.

Su padre cierra el grifo. ¿A qué viene esa pregunta?, dice.

Solo quiero saberlo, dice Bird. ¿Le gustaban?

Su padre hace una inspección rápida de la habitación, algo que hace siempre que la madre de Bird sale a relucir. Fuera está todo tranquilo, solo se oye una sirena de vez en cuando.

Los gatos, dice mirándose la mano despellejada y enrojecida. Sí le gustaban. Le encantaban.

Mira interrogante a Bird, con la mirada más penetrante que le ha visto este en mucho tiempo. Como si hubiera descubierto algo inusual en la cara de su hijo, como si le hubieran quitado una cáscara.

Miu, dice su padre despacio. Se apellidaba Miu.

Escribe el carácter en el polvo que cubre la parte superior de la estantería: un cuadrado dividido en cuatro representando un prado, dos pequeñas cruces que le brotan de la parte superior.

苗

Significa «brote», o, a veces, «cultivo». Algo que empieza a crecer. Pero suena como el maullido de un gato, ¿a que sí? «Miu.»

Lo dice con ese tono de entusiasmo de cuando habla de cosas que ama, como las palabras. Hace mucho tiempo que no le ocurre. Y, continúa, si pones esto, que significa «animal», delante...

Añade unos cuantos trazos, el esbozo simplificado de un animal sentado y alerta.

貓

... todo junto significa «gato». El animal que hace el sonido *miu.* Pero también puedes interpretarlo como el animal que protege los cultivos.

Su padre está en su elemento, como Bird no lo ha visto en años. Casi había olvidado que su padre puede ser así, que tenía ese lado. Que se le podían iluminar los ojos y la cara de esa manera.

Cuenta la leyenda, dice su padre, que hubo un tiempo en que no había gatos en China. Gatos domésticos al menos. Solo salvajes. Tradicionalmente, «gato» se escribía así, dibuja otro carácter...

貍

... que en realidad representaba una criatura salvaje, como un zorro. Luego los comerciantes persas les enseñaron a domesticar a los gatos salvajes y añadieron esto.

Empieza a escribir un tercer carácter formado por dos mitades. Primero el carácter que significa «mujer». A continuación, al lado, tan cerca que ambos casi se superponen, el símbolo que designa la «mano»:

奴

Esclavo, dice su padre. Gato salvaje más esclavo es igual a gato domesticado. ¿Lo ves?

Juntos miran los caracteres escritos en el polvo. *Miu.* Su madre. Animal más brote significaba «gato». ¿Qué animal habría sido su madre? Un gato, sin duda. Animal más mano significaba «esclavo». ¿Había sido su madre alguien doméstico, o domesticado?

Con un solo gesto de la mano, su padre limpia la superficie de la estantería.

En fin, dice. El caso es que solíamos hablar de cosas como estas, tu madre y yo.

Hace mucho tiempo.

Se limpia la palma en los pantalones, a la altura de los muslos, y deja una mancha gris tenue.

Le gustaba la idea, dice al cabo de un instante. Que lo único que la separara de un animal salvaje fueran unos pocos trazos.

No sabía que supieras chino, dice Bird.

Y no sé, dice su padre distraído. En realidad no. Pero entiendo algo de cantonés. Lo estudié durante una temporada. Con tu madre. Hace mucho tiempo.

Se da media vuelta para irse, pero entonces, también de forma repentina, se gira otra vez.

Ese libro.

Y a continuación, después de una larga pausa. Tu madre te contaba esa historia, ¿a que sí?

Bird asiente con la cabeza.

Me acuerdo, dice su padre.

Y en cuanto empieza a hablar a Bird le viene todo a la memoria: no solo las palabras en las páginas del libro, no solo las frases sucintas que usa ahora su padre para contársela, también la forma en que recuerda haberla oído, en la voz de su madre. Pintando un cuadro con palabras en la pared blanca de su imaginación. Enterrado tiempo atrás. Chisporroteando al salir a la superficie una vez más.

Érase una vez *hace mucho tiempo un niño al que le encantaba dibujar gatos. Era un niño pobre y pasaba casi todo el día faenando en los campos, plantando arroz con sus padres y las demás gentes de su aldea en primavera, cosechando los arrozales en otoño. Pero cada vez que tenía un momento libre, dibujaba. Y lo que más le gustaba dibujar, lo que con mayor frecuencia dibujaba eran gatos. Gatos grandes, gatos pequeños, atigrados, carey y moteados. Gatos con orejas puntiagudas y ojos pequeñitos, gatos con pezuñas y hocicos negros, gatos con manchas blancas en el pecho igual que águilas. Gatos greñudos, gatos suaves, gatos saltando, gatos merodeando, gatos durmiendo o acicalándose. Los esbozaba en las rocas planas junto al río con un palo quemado. Los garabateaba en la arena de las orillas del lago vecino donde echaban los pescadores sus redes. En los días secos, los dibujaba en el polvo del camino a su casa y después de las lluvias los grababa en el espeso barro donde antes habían relucido charcos.*

Las gentes de su aldea opinaban que aquello era una pérdida de tiempo. De qué sirve dibujar gatos, se burlaban. No sirve para poner comida en la mesa ni da grano. El hombre más rico de la aldea tenía hermosos pergaminos en las paredes de su casa: dibujos de montañas cuyas cumbres se perdían en la niebla y elegantes jardines, cosas exóticas que nadie en la aldea había visto jamás. En cambio, sí podías salir de tu casa y encontrarte un gato; estaban por todas partes. Nunca habían oído hablar de un artista que eligiera dibujar gatos. ¿Qué sentido tenía?

Los padres del niño, sin embargo, no estaban de acuerdo. Aunque debían faenar muchas horas en el campo –y el niño a menudo tenía que ayudarlos–, se enorgullecían de su talento. Cuando se terminaba la jornada de trabajo, el padre recogía trozos de bambú de un palmo de longitud y se los daba a su hijo para que tuviera pinceles. La madre se cortaba puntas de su propio pelo y formaba mechones a modo de cerdas. El niño recolectaba piedras –de todos los colores que encontraba, del rojo intenso al negro puro– y las reducía a polvo para hacer pinturas. Y cada noche pintaba gatos –en trozos lisos de corteza, en pedazos de papel y en trapos viejos– hasta que era hora de irse a la cama.

Un año, la enfermedad azotó la aldea y los padres del niño murieron. Nadie quiso recogerlo; tenía mala fama. Un niño que perdía el tiempo, un niño que hacía cosas inútiles. Tampoco es que los aldeanos anduvieran sobrados. Habían estado enfermos; los alimentos escaseaban, no les quedaba nada para alguien que no fuera uno de los suyos. Cada familia cogió un puñado de arroz de sus reservas, lo envolvió en un paño y se lo dio al niño. Buena suerte, dijeron. Que la fortuna te sonría. El niño les dio las gracias, se cargó el hato al hombro, se guardó los pinceles en el bolsillo y se echó al camino.

Era invierno y hacía un frío atroz. El niño vagó durante horas en la oscuridad hasta

llegar a un pueblecito donde todo estaba cerrado a cal y canto. Aunque veía el resplandor de chimeneas por las ventanas, nadie le abrió la puerta. Se levantó un viento áspero; la nieve formó remolinos en el aire que parecían fantasmas arañándole la cara. En la última casa se asomó una anciana a la puerta. Lo siento, dijo. Si te dejo pasar, mi marido me matará. No nos atrevemos a acoger a desconocidos. Todo el pueblo tiene miedo. ¿Miedo?, dijo el niño. ¿Miedo de qué? Pero la mujer se limitó a negar con la cabeza.

Desesperado, el niño inspeccionó la calle desierta. Al final de ella, nada más dejar atrás el pueblo, vio un edificio pequeño que antes había pasado por alto. ¿Y qué hay, dijo, de esa casa abandonada? Seguro que puedo pasar la noche en ella.

La anciana le cogió las manos. Ese lugar es peligroso, dijo. Está maldito. Se dice que lo habita un monstruo. Quien entra de noche no vuelve a salir.

No tengo miedo, dijo el niño, y, en cualquier caso, prefiero que me coma un monstruo a morir de frío en la calle.

La anciana bajó la cabeza y le dio una antorcha que encendió con el fuego de su hogar. Llévate esto, dijo. Y escoge siempre un lugar pequeño. A continuación, lo bendijo y se enjugó una lágrima de la mejilla. Ojalá llegues vivo a mañana, dijo. Y, si es así, te suplico que nos perdones.

El niño echó a andar hacia la casa desierta. La nieve había empezado a adherirse al suelo y a las ramas desnudas de los árboles, y al llegar vio que empezaba a formar un montículo en la puerta. Pero no estaba cerrada con llave y entró. Encendió la chimenea y miró a su alrededor. Había una única habitación con un único mueble: un armario pequeño como el que había usado su madre para guardar las mantas. No había alfombras en el suelo ni decoraciones en las paredes: solo muros encalados, un sencillo suelo de tierra muy limpio.

Bueno, pensó, puede que sea un lugar encantado, pero por lo menos está seco y caldeado. Se disponía a extender su manta en el suelo y echarse a dormir cuando se fijó en las paredes. Estaban tan desnudas, tan vacías... Como un rostro sin facciones. Se metió la mano en el bolsillo, sacó sus pinceles y, cuando quiso darse cuenta, había pintado un gato en una de las paredes. Solo uno pequeño, una criaturita con rayas grises y negras. Un gatito en realidad. Muy bien, pensó, así está mejor. Y de nuevo se preparó para dormir.

Pero el gato parecía triste allí solo, en la pared... ¡y cuánta pared había! Le pintó un amigo, un gato de mayor tamaño y atigrado sentado a su lado lamiéndose las pezuñas. Entonces se olvidó de todo. Pintó otro gato, un macho anaranjado dormido junto al fuego. Un gato negro preparado para saltar, un gato blanco mirando con grandes ojos azules, un gato tricolor trepando por las vigas. Pintó gatos hasta llenar todas las paredes, una cuadrilla entera de gatos que le hicieran compañía, y hasta que se quedó sin superficies que pintar y el fuego chisporroteó, reducido a rescoldo, no guardó los pinceles.

El niño estaba cansado... ¿quién no lo estaría después de conjurar cien gatos de la nada? Desenrolló su manta, pero, a pesar de todos los gatos, se sentía solo. Echaba de menos a sus padres y deseó estar en casa, en su hogar, con sus padres durmiendo a su lado. Pensó en sus pinceles, hechos del bambú de su padre, del pelo de su madre. Recordó los pequeños gestos de ambos que más echaba de menos: la forma en que su madre le pasaba los dedos por el pelo, retirándoselo de la cara; cómo canturreaba su padre mientras trabajaba en el campo, con un sonido tan quedo que podía pasar por el zumbido de las abejas. Se sintió pequeño y de pronto recordó las palabras de la anciana: limítate a lo pequeño. Cogió la manta, abrió el armario y se hizo la cama dentro. Era lo más parecido a su propia camita, y se metió dentro con todas sus cosas y cerró la puerta.

En plena noche lo despertó un lamento espantoso e ininteligible. Era un chillido sobrenatural, como el gemido de árboles centenarios astillándose al caer, como el aullido de cien vientos invernales, como el chirrido de la tierra al desplazarse y romperse. Se le erizaron hasta las pestañas. Pegó el ojo a una rendija diminuta, pero solo vio una luz roja espantosa, como si toda la habitación estuviera llena de sangre. Cerró los ojos, contuvo la respiración y se tapó la cabeza con la manta. Por encima de todo, pensó, no hagas ruido.

Al cabo de mucho rato –no supo cuánto–, volvió el silencio. Siguió esperando, sin hacer ruido. Pasó una hora. Otra. Pegó de nuevo el ojo a la rendija y esta vez no vio rojo: solo una delgada esquirla de luz de sol. Empujó la puerta del armario con manos temblorosas. Sus gatos seguían allí, en las paredes, tal y como los había pintado. Pero todos tenían la boca roja. Por todo el suelo había huellas de cientos y cientos de pezuñas de gatos impresas en la tierra, arañazos, manchas y señales de una batalla. Motas de sangre y espuma salpicaban las paredes. Y allí, en un rincón, había algo grande y peludo que parecía muerto. Algo inmóvil, hecho jirones a base de zarpazos. Una rata del tamaño de un buey.

Entonces, ¿qué significa?, piensa Bird tumbado en su litera esa noche. Es más de medianoche y, debajo de él, su padre ronca una sola vez, se pone de costado y duerme en silencio. Fuera, la ciudad está callada, a excepción de alguna que otra sirena que corta gimiendo en la oscuridad. «Prometemos velar por la seguridad de los demás.»

Bird va de puntillas al cuarto de estar, aparta un poco la cortina, se cuela entre ella y la ventana y mira la calle. Solo ve las formas enormes de los edificios, las motas lejanísimas de los semáforos. La franja ancha y negra de la calle. Está recién asfaltada, pero debajo, en algún lugar, todavía florece un corazón pintado. Demasiado peligroso, piensa, ¿y qué sentido tenía? Si unas horas más tarde había desaparecido todo rastro.

Pero lo cierto es que no ha desaparecido. Bird es incapaz de mirar ese tramo de suelo sin pensar en ello, sin que el borrón brillante se cuele en sus pensamientos con un centelleo, nítido como el gruñido de un gato salvaje.

¿No pasó miedo?

Trata de imaginar cómo se habría sentido quien pintó aquello. Cruzar la calle de puntillas. El aliento ardiente como el de un dragón bajo un pasamontañas, los latidos del corazón como un rugido ensordecedor. Colocar la plantilla sobre el pavimento con manos temblorosas, rociar una nube chisporroteante de rojo. Y luego echar a correr, con los pulmones ardiendo de miedo y de gases tóxicos, encontrar un rinconcito escondido donde refugiarse. Pintura roja como manchas de sangre en las manos.

Y entonces lo inunda. Entra en él como si alguien hubiera quitado un tapón.

Un juego al que jugaban su madre y él cuando era muy pequeño. Antes de clase, antes de tener otro mundo que no fuera ella. Su juego favorito, el que le suplicaba siempre que jugaran. Su juego especial, al que jugaban solo cuando su padre estaba en el trabajo, un secreto solo de los dos.

Tú eras el monstruo, mamá. Yo me escondo y tú eras el monstruo.

Su madre pegaba hojas de papel en las paredes y Bird dibujaba un gato detrás de otro: con ceras, con rotuladores medio secos, con cabos de lápiz. Gatos sencillos, garabatos con orejas, pero aun así. Gatos. Gatos por toda su habitación. Y luego, cuando se cansaba de dibujar, venía la segunda parte del juego. Dentro del armario de Bird había un escondrijo que sus padres descubrieron al reformar la casa. Demasiado pequeño, bajo los aleros, para darle un uso práctico, pero su madre lo había conservado. Para Bird. Una madriguera del tamaño perfecto para un niño que

la madre había amueblado con una puerta corredera, un cojín, una manta y una linterna. La cueva de un dragón. La guarida de un bandido. Y, en ocasiones, un armario en el que el niño se escondía.

Reptaba dentro, cerraba la puerta y bostezaba sonoramente, a continuación se tumbaba y empezaba a roncar. De fuera llegaba un gruñido que le ponía la piel de los brazos toda de gallina. Una serie de maullidos feroces. Dentro, Bird se tapaba la cabeza con la manta y temblaba, feliz de la vida. Al cabo de pocos minutos se hacía el silencio y salía a gatas del caluroso escondite al armario y a continuación a la luz de la habitación y allí, en la alfombra, estaba su madre, tumbada boca arriba, con los brazos doblados sobre el pecho. Completamente quieta. Las bocas de todos los gatos que había dibujado Bird estaban manchadas de rojo.

Entonces corría hacia ella y se abalanzaba contra su pecho y ella lo cogía con sus brazos cálidos y fuertes y le hacía cosquillas y reía. Siempre un momento de terror al verla allí y una oleada de alivio cuando volvía a la vida. Jugaban a este juego una y otra vez, su madre lo complacía siempre que Bird quería jugar. Ha pasado tanto tiempo que lo había olvidado. Luego llegaron el jardín de infancia, nuevos amigos, nuevos juegos y lo borraron. Después, cuando ella se fue, Bird empaquetó el recuerdo junto con todo lo que se le ocurrió y lo dejó en la casa que una vez habían compartido. Donde quizá –solo quizá, aunque ni siquiera se atreve a pensar las palabras– la encuentre de nuevo.

Es algo que no le ha contado a nadie, ni siquiera a Sadie: ha ido allí muchas veces a lo largo de los años. Solo está a unas manzanas de su nuevo colegio, y aunque se espera de él que vaya directo a casa, en ocasiones da un rodeo, uno pequeño, para pasar delante de su antigua casa. Solo para verla. Es la única vez que se desvía de su ruta. Había obras, se imagina diciendo a su padre, la calle principal estaba cerrada, he tenido que dar un rodeo. O: la policía estaba desviando a la gente, no sé por qué. Su padre nunca discutiría algo así: se pasa la vida recordando a Bird que no se meta en líos, que evite a la policía.

Pero su padre no le pregunta siquiera. Está demasiado seguro de que Bird siempre obedecerá las reglas y, esos días en que se detiene en la acera y mira la casa en la que ya no viven, sus ventanas con las persianas bajadas igual que ojos cerrados, a Bird le molesta que dé por hecho que no hay nada fuera del camino prescrito que él pueda querer, añorar o necesitar.

En los últimos tres años no ha vivido nadie en la casa. Su padre no la ha vendido –tampoco es que pueda, sin la firma de su madre– y nadie parece querer alquilarla una vez que se enteran de quién ha vivido en ella. Cada vez que Bird la visita, la encuentra igual, con las ventanas oscurecidas con persianas, la alta verja de entrada

siempre bien cerrada. Ninguna de las casas de este vecindario tiene jardín delantero; las edificaciones llegan hasta la acera igual que vecinos déspotas que conquistan terreno a codazos. Entre la acera y la calle discurre una franja rala de hierba que cambia de una visita a otra: primero crecida y matosa, luego alta hasta la rodilla y florecida, después enterrada bajo un montón de nieve acumulada. Un día de primavera la encontró erizada de narcisos: había olvidado que su madre los había plantado y el alegre amarillo –su color preferido– le dolió tanto que tardó un mes entero en volver, hasta que las flores se ajaron y solo quedaron tallos doblados y hojas marchitas.

Esto le dice algo: la casa sigue vacía. Es el lugar perfecto donde esconderse. Al día siguiente, después de clase, en lugar de ir a casa sigue la carretera hasta el recodo del río, de vuelta a su antiguo hogar. Mientras camina, cada una de sus pisadas levanta una rociada de recuerdos, pequeños guijarros relucientes que alumbran un camino a través del bosque. Está el gigantesco sicomoro marrón grisáceo igual que la enorme pata de un elefante que ni siquiera los brazos de su madre y él juntos podían rodear. Está la casa blanca torcida, de dos siglos de edad y toda recovecos y añadidos: la casa revoltijo, la llamaba él; su madre decía que era la Casa de los Treinta y Siete Gabletes. Está el monasterio detrás de un alto muro de piedra arenisca, tan impenetrable e imperturbable como siempre. Aquí viven monjes, le había contado su madre y cuando él preguntó «Qué es un monje», su madre contestó: una persona que quiere escapar del mundo. Los hitos de su infancia regresan a él, le señalan con paciencia el camino. Se detiene un momento delante del enorme hueco de un viejo tocón, desorientado, hasta que cae en la cuenta: han talado el arce que recuerda. En otoño lloraba hojas rojas en la acera, la más pequeña tenía el tamaño de su cara. Su madre había arrancado una, le había hecho dos agujeros y dejado que la usara de máscara. Otra para ella. Una pareja de duendes del bosque merodeando por la ciudad. Durante todo ese tiempo el árbol debía de estar descomponiéndose, pudriéndose y desintegrándose como una esponja. La tragedia casi lo abruma hasta que mira dentro y ve pequeños brotes que suben desde las profundidades del anillo de obstinada madera.

En su antigua calle, cada casa es de un color distinto, a cual más apagado: tostado, vainilla sucia, el gris lavado de la ropa blanca muy usada: como si desde que era pequeño todos los colores se hubieran desvaído. De hombros caídos, ligeramente escoradas, parecen señoras mayores con las ropas raídas y dadas de sí. Hay cubos de la basura detrás de cercas, algún que otro periódico mojado todavía en su funda de plástico, en la acera, pero reina el silencio. Y entonces aparece de nuevo: su casa, igual que siempre. Color verde empolvado, como el revés de una hoja. Los peldaños de madera que conducen al porche están elegantemente hundidos y tienen los bordes

redondeados por el paso del tiempo. La puerta principal, antes color rojo cereza, ahora es del suave marrón del ladrillo viejo.

Si su padre no ha vendido la casa, razona Bird, entonces sigue siendo suya. Lo que significa que no está allanando nada. Técnicamente no está desobedeciendo las reglas. Aun así, vuelve la cabeza y examina la calle mientras camina entre malas hierbas hacia la verja y el jardín trasero. Las ventanas de las otras casas lo fulminan con la mirada cuando las deja atrás.

Después de que su madre se fuera, algunos vecinos empezaron a evitarlos. Antes saludaban con la mano, decían hola, quizá le decían a Bird qué alto estaba o hacían un comentario sobre el tiempo. Después: labios apretados, apenas una inclinación de cabeza. Se metían enseguida en sus casas, como si se hubieran olvidado alguna cosa o dejado algo al fuego. En una ocasión, en Harvard Square, Bird y su padre se habían cruzado con Sarah, una vecina de dos casas más abajo que en ocasiones les había llevado magdalenas de ruibarbo y cogido prestadas las tijeras de podar de Margaret. Entonces cruzó la calle cuando se acercaban, con naturalidad, pero deprisa, como si fuera a perder un autobús. La siguiente vez que la vieron, en la calle en que vivían, metiendo los cubos de basura después de que pasara el camión de recogida, evitó mirarlos a los ojos.

Peor que los vecinos que hacían como si no existieran eran los que empezaron a visitarlos. Para ver si necesitaban algo, decían. He decidido pasarme un momento para saber cómo vais. Saber si vais tirando. ¿De qué tenían que tirar?, se preguntaba Bird, aunque con el tiempo entendió que de ellos mismos. Así se sentía aquellos primeros días, por las mañanas, cuando aprendió a comerse los cereales sin leche porque la leche de la nevera siempre parecía estar cortada: como si su padre y él fueran marionetas y las cuerdas que «tiraban de ellos» se hubieran quedado flojas. Su madre se había ocupado de todas esas cosas, pero ya no estaba y tendrían que aprender a sobrevivir solos, una tarea casi imposible esas primeras semanas.

Un día que saltó la alarma de incendios, llegaron los bomberos y su padre tuvo que dar explicaciones: no pasaba nada, solo había dejado demasiado tiempo las tortitas en la sartén. Sí, sabía que no se podían descuidar las cosas al fuego; Bird lo había llamado desde otra habitación; no, Bird estaba completamente a salvo, todo estaba bajo control. Otra tarde, Bird se cayó de su bicicleta en la esquina y se despellejó ambas rodillas y corrió a casa chillando con regueros de sangre en las pantorrillas: estaba sentado en el váter con la tapa bajada, lloriqueando, mientras su padre le secaba la sangre con una toalla de papel humedecida. No pasa nada, Bird, ¿lo ves?, no es más que un rasguño, menos de lo que parece, cuando se presentó la policía. La había llamado un vecino. El niño pequeño, llorando y solo. La bicicleta

abandonada, la rueda delantera todavía girando. «Solo quería asegurarme de que estaba atendido. Como su madre ya no está. Solo quería asegurarme de que había alguien pendiente.»

Al parecer siempre había alguien pendiente: cuando Bird salió sin gorro y tiritó de frío en la parada del autobús; cuando Bird olvidó su almuerzo y su profesora le preguntó si su padre le daba lo bastante de comer. Siempre había alguien pendiente. Siempre había alguien deseoso de asegurarse.

«Probablemente no es nada, pero...»

«Me pareció que debía notificarlo, por si acaso...»

«Estoy seguro de que no pasa nada, pero...»

Por entonces empezaban a aparecer carteles por toda la ciudad. Por todo el país. «Un vecindario unido es un vecindario tranquilo. Velamos por la seguridad de los demás.» Años más tarde, Bird vería a Sadie sacar un rotulador indeleble del bolsillo de sus vaqueros y tachar «de los demás». La vecina del otro lado de la calle, a la que nunca habían gustado, que decía que tenían el jardín descuidado, que la casa necesitaba una mano de pintura y que aparcaban el coche demasiado cerca del suyo, disfrutaba especialmente haciendo llamadas. Cuando su padre se quemó la mano con la sartén de hierro fundido y la dejó caer al suelo con estrépito y un juramento, quince minutos más tarde se presentó en la casa un agente de policía. Habían denunciado un altercado doméstico, dijeron. ¿Tenía la costumbre de usar palabras malsonantes delante de su hijo? ¿Se consideraba una persona con mal genio? Y a Bird en un aparte, sin que lo oyera su padre: ¿tenía alguna vez miedo de su padre, le había pegado su padre alguna vez, se sentía seguro en casa?

Cada pocos días aparecían objetos amenazantes en el buzón o en los escalones de entrada: bolsas de basura; una vez, una rata muerta. Notas en mayúsculas que su padre hacía pedazos antes de que a Bird le diera tiempo a leerlas. Poco después de aquello, cae ahora en la cuenta, su padre cambió de trabajo, cambió a Bird de colegio y se mudaron a la residencia universitaria. Por primera vez se para a pensar en lo que pudo aparecer en el trabajo de su padre, a la puerta de su despacho, en los pupitres de sus aulas. Lo que pudieron decir, o no decir, sus jefes sobre todo ello.

Buenas noticias, había dicho su padre. La universidad nos deja usar un apartamento en una de sus residencias.

Su nuevo trabajo se pagaba por horas, apenas lo suficiente para comida y ropa, no lo bastante para un alquiler en Cambridge. Pero gracias a favores y a la amabilidad de algunas personas, había logrado negociar un lugar seguro donde vivir los dos. En el último piso de una torre, protegidos por un patio, cerradura electrónica y un ascensor. Un refugio a salvo de miradas curiosas.

Cuando Bird empuja la cerca hay un correteo repentino, una mancha marrón y

un destello de blanco: es un conejo, sobresaltado mientras exploraba la hierba crecida. Corre hacia un agujero debajo de la cerca y desaparece y Bird cruza el jardín. La maleza le llega a la cintura después de tres años de abandono y casi cubre el camino; aquí y allí una rama, larguísima y desnuda, le tira de la manga igual que un mendigo pidiendo limosna. Le viene a la cabeza una historia: un castillo, todo cubierto de rosales silvestres. «Tan densamente que no se veía nada de él, ni siquiera la bandera del tejado.» Muchos príncipes que intentaban abrirse paso hasta él. Cuando llegó el príncipe adecuado, al cabo de cien años, los setos lo dejaron pasar. Hubo un tiempo en que le había encantado aquella historia, hubo un tiempo en que su madre se la contó y él creyó hasta la última palabra.

Cuando mira a su alrededor, los recuerdos flotan cerca de él antes de posarse en sus hombros igual que libélulas. Antes allí había flores: lavanda y madreselva y enormes vilanos morados de allium, la preferida de su padre. Rosales de rosas blancas del tamaño de su puño en los que se colaban abejas gordas y doradas. Enredaderas con flores moradas en forma de estrella. Aquí y allí había habido hortalizas, calabazas ensortijadas con hojas vellosas y matas de tomates. Las botas verdes de goma de su madre, con las suelas llenas de barro. Las suyas eran naranjas. Una vez le picó una abeja y su madre se llevó su muñeca a la boca, le succionó el aguijón de la piel.

Se adentra más, separando la maleza. Ahí está el poste alrededor del cual las habas se enroscaron rodeando el tipi hecho con cuerda. Érase una vez un escondite verde y fresco. Su padre había tenido uno de niño y su madre plantó otro para Bird. Ahora las cuerdas están desnudas, grises por las inclemencias del tiempo, algunas flojas y algunas deshilachadas. A sus pies, una maraña de vides secas y marchitas.

En algún lugar de aquí, recuerda, en algún lugar de este jardín hay una llave. Está seguro de ello. Cerca de los escalones traseros, tal vez, o debajo del porche. Una piedra con una llave enterrada debajo.

Estaban fuera. ¿Cuántos años tendría él? ¿Cuatro? ¿Cinco? Su padre en el trabajo. Su madre cuidando el jardín: arrancando mala hierba, podando arbustos, atando ramas –hinchadas de fruta madura– a sus guías. Él había cerrado la puerta trasera, que ahora se negaba a abrirse, y se había echado a llorar. Convencido de que nunca más podrían entrar. No pasa nada, había dicho su madre. Escucha, te voy a contar una historia. A menudo le contaba historias mientras trabajaba y él jugaba en la tierra, recogía ramitas, se tumbaba en la hierba a los pies de ella. «Érase una vez una bruja con un jardín encantado. Érase una vez un muchacho que conocía el lenguaje de los animales. Érase una vez nueve soles en el cielo y hacía tanto calor que en la tierra no crecía nada.»

Esta vez, mientras le limpiaba una mancha de tierra de su mejilla húmeda: «Érase una vez un niño que encontró una llave dorada». A continuación se había arrodillado

al pie de las escaleras y dado la vuelta a una piedra. ¡Tachán! Allí estaba.

Siempre estaba haciendo eso, contándole historias. Abriendo rendijas por las que se colara la magia, convirtiendo el mundo en un lugar lleno de posibilidades. Cuando se fue, Bird dejó de creer en todas esas fantasías. Sueños exiguos y falsos que se desintegraban con la luz del día. Ahora se le ocurre que, después de todo, puede haber verdad en ellos.

Tarda un buen rato, pero la encuentra. Apretada en la tierra, la parte dentada con el filo oxidado. Pero allí está, dura y sólida y real en su mano. Sigue entrando en la cerradura, sigue chasqueando cuando la gira, sigue accionando el pasador de manera que Bird pueda girar el pomo y entrar.

Dentro: olor a casa deshabitada durante mucho tiempo. Un frío húmedo, el aroma mohoso a aire no endulzado por el calor de cuerpos, pero esto se lo esperaba. Lo que no se esperaba es lo familiar que le resulta todo. El pasillo largo y estrecho desde la cocina hasta el cuarto de estar donde su padre y él hacían carreras con juguetes de cuerda, la chimenea de ladrillo encastrada en la pared, la escalera que asciende empinada y desaparece en la oscuridad del piso de arriba. Como un lugar visitado en sueños, un sitio que conoce sin reconocer, un territorio por el que se orienta, pero cuyo mapa no sabría dibujar. Mire donde mire, los recuerdos se ondulan y se hinchan. Recuerda los muebles que ya no están, enormes y macizos: la butaca de cuero tan querida a su madre, la mesa baja con superficie de cristal donde los tres jugaban a Candyland. Recuerda el color de la luz al anochecer, cuando era casi hora de irse a la cama: un tono miel y cálido que bañaba todo con su dulce resplandor acaramelado.

Dentro del castillo, el tiempo se había detenido. La criada dormitaba en la cocina con un pollo a medio desplumar en el regazo. La cocinera roncaba, con una mano levantada a punto de abofetear a la pinche.

¿Hola?, dice, pero nadie responde.

Ya no queda nada aquí, solo motas de polvo suspendidas en la luz del sol que se cuela por las rendijas de las persianas bajadas. Un rectángulo más oscuro en el suelo de madera, que durante años una alfombra había preservado sin desgastar. Un montón de ceniza en la chimenea del color de huesos descoloridos. Su padre había apilado allí los libros de su madre y acercado una cerilla a sus esquinas.

Ni rastro de ella por ningún lado. Signos de ella por todas partes.

Apoya la mano en el pasamanos y empieza a subir. A cada paso, sus pies dejan huellas en el polvo.

En el piso de arriba, solo pequeños jirones de luz que se cuelan por los bordes de los

estores bajados iluminan el rellano. El dormitorio de sus padres. El cuarto de baño, la bañera exenta de patas de león ahora sucia de óxido. Y allí, al final del pasillo, su habitación, con su puerta de forma única: una esquina cortada para que encaje en el techo inclinado. La abre, pero dentro no hay nadie. En el rincón queda un somier sin colchón, el esqueleto de una cama. En la pared opuesta, una estantería vacía, una cómoda con los cajones colgando, mustios. Mira dentro: vacíos. La cáscara de su antigua vida. Lo asalta un recuerdo lejano y pasa la mano por la jamba, apartando la porquería, hasta que las encuentra. Marcas de lápiz como peldaños de una escalera de mano, cada una etiquetada con una fecha y dos letras. BG. Bird Gardner. Su nombre, érase una vez. Noventa centímetros. Noventa y seis. Un metro. Subiendo más y más.

Los goznes del armario gimen cuando lo abre. Vacío. En la parte de arriba, una percha de alambre solitaria cuelga de una barra desnuda. Ahí está, en la pared del fondo: el panel que es en realidad una puerta, el secreto protegido con tal fiereza que ni siquiera se lo había enseñado a sus amigos, que se había guardado solo para sí. Y su madre. Exacto a como lo recordaba. Mágicamente igual. Como si, a fuerza de imaginarlo, lo hubiera hecho realidad.

Con cuidado, Bird descorre el pestillo y abre el panel corredero, dejando ver un hueco estrecho hasta para un niño de cinco años. Se tira al suelo del armario, mete un hombro y la cabeza. No ve nada, pero inspecciona a tientas el escondrijo pasando las palmas por todo lo que encuentra. En su recuerdo es un espacio enorme, una cueva gigantesca, pero lo cierto es que no es más que un hueco. Si pudiera entrar ahora, no cabría ni siquiera acuclillado.

Dentro encuentra una vieja linterna, enciende el interruptor: las pilas, por supuesto, se gastaron hace tiempo. Un cojín raído. Un trozo de celofán que, al ser examinado, resulta ser el envoltorio vacío de un bollito Twinkie cubierto de polvo. Nada más. Se siente tonto por haber pensado que ella podría estar allí.

Repta fuera del agujero, se agarra a los bordes para coger impulso y entonces la toca. Una tarjetita encajada detrás del marco de la puerta del escondite. No, no es una tarjeta; es un trozo de papel. Polvoriento como todo lo demás, como si llevara allí mucho tiempo. Una única palabra escrita en mayúsculas con bolígrafo negro –DUQUESA– y, debajo, una dirección en Nueva York, en Park Avenue. La letra es de su madre.

Al día siguiente, después de clase vuelve a la biblioteca, la pública, y cuando se acerca a la entrada recuerda las palabras de la bibliotecaria: «Si puedo echarte una mano». No está seguro de si podrá, pero si algo recuerda de los cuentos es que las personas que se ofrecen a ayudarte en tu camino –ya sea dirigiéndote hacia el tesoro o advirtiéndote de un peligro– no deben ser pasadas por alto.

Hoy, para consternación de Bird, la biblioteca no está del todo vacía. Hay otro visitante, un hombre negro mayor en la sección de libros prácticos, no lejos del mostrador de entrada. Alto y pulcro, barba gris, el pelo en largas rastas grises recogidas con cuidado en la nuca. Bird remolonea junto a los libros de cocina, escondido, mirando al hombre abrir y cerrar libros, devolverlos a la estantería sin aparente interés por lo que contienen. Esperará a que se vaya, decide, y luego podrá hablar con la bibliotecaria sin ser oído.

Pero después de casi diez minutos de hojear ocioso, el hombre sigue allí. ¿Por qué se entretiene tanto? De vez en cuando entra alguien de la calle, Bird lo sabe, para entrar en calor. Es octubre; a cada día que pasa el tiempo se vuelve más frío, y, una década después de la Crisis, todavía hay muchas personas viviendo al raso, sobreviviendo en esquinas, encorvadas en bancos de parques, esquivando a la policía y a las patrullas de seguridad vecinal. Pero este hombre no tiene pinta de vivir en la calle. Viste vaqueros oscuros y una americana entallada color tostado, zapatos de cuero lustroso; desprende una naturalidad en sus movimientos, una sensación de estar cómodo allí a pesar de su aparente falta de propósito que Bird no comparte. Sin embargo también desprende tensión, como si se estuviera preparando para una tarea difícil.

Entonces el hombre se saca un papelito del bolsillo de la chaqueta, lo guarda con cuidado entre las páginas de un manual de reparación de lavadoras y lo cierra. Un marcapáginas, piensa Bird. Pero aun así hay algo que le llama la atención: la mirada ligeramente furtiva que dirige el hombre por encima de su hombro, la forma en que recoloca los libros contiguos, alineando los lomos con tal precisión que es imposible saber cuál ha desaparecido. De pronto Bird recuerda a la bibliotecaria inspeccionando los libros en su mesa, la nota que encontró. Por su parte, el hombre se pone recto, como si acabara de decidir algo, se mete el libro debajo del brazo y se dirige al mostrador de préstamos con aire de determinación.

Perdone, dice a la bibliotecaria. He encontrado este libro por ahí. No estoy seguro, pero me parece... Me parece que alguien lo ha cambiado de su sitio.

Bird puede verlo mejor ahora. El color negro-marrón de sus ojos, el cuello blanco

limpio de su camisa. Los bordes cuidadosamente recortados de su barba.

La bibliotecaria levanta la vista y, cuando habla, hay un entusiasmo fuertemente contenido en su voz. Gracias, dice. Lo miraré.

El hombre deja el libro en el mostrador. No estoy seguro, ¿sabe?, dice. Pero creo que igual hay personas que lo están buscando.

Le acerca el libro, pero sin levantar la mano de la tapa. Como si no soportara dejarlo ir.

Deben de estar muy, muy preocupadas, dice. Las palabras le salen pastosas y pegajosas, como si se esforzara por no llorar.

Haré todo lo posible por devolverlo a su sitio, dice la bibliotecaria.

Bird, que espía desde detrás del estante de libros de cocina, entiende que están hablando de algo que no logra oír. No lo oye, pero sí lo siente: un leve pulsar en lo profundo de los huesos. Nadie lloraría por un libro mal colocado.

No se lo contaré a nadie, dice la bibliotecaria. Habla tan bajo que Bird tiene que esforzarse por distinguir las palabras. Gracias. Por traerlo.

Sonríe al hombre y a continuación pone una mano en la tapa, junto a la suya, no para quitarle el libro, solo cogiéndolo, esperando a que el hombre esté preparado y, por fin, este lo suelta.

No me lo perdonaría si no fuera así, dice con voz queda. Mi hermano y yo crecimos en casas de acogida, hace muchos años. Dijeron que nuestros padres no podían mantenernos... Para cuando nos recuperaron yo era casi adulto.

Y se va.

La bibliotecaria acaba de sacar la tira de papel cuando ve a Bird y rápidamente cierra el libro. Esta vez Bird atisba el papel antes de que se lo guarde en el bolsillo de la chaqueta de punto: palabras anotadas, algo que podría ser una dirección, un nombre. Su excitación da paso a la desconfianza en cuanto lo reconoce.

Vaya, hola de nuevo, dice. Has vuelto. ¿Necesitabas algo más?

Dijo que podía ayudarme, dice Bird. La otra vez que vine. Dijo... que volviera si podía ayudarme en algo.

La bibliotecaria no dice sí y tampoco dice no. Con el libro aún en las manos, estudia a Bird.

Puedo intentarlo, dice. ¿Qué necesitas?

Bird carraspea.

Necesito ir a Nueva York, dice. A Manhattan. Tengo que ver a alguien.

La bibliotecaria se ríe. Eso queda fuera de mi especialidad, dice. Me refería a encontrarte otro libro. O a buscar información.

Esto es buscar información, dice Bird. Necesito hablar con alguien.

Ha pasado toda la noche pensando en ello. Su madre le ha dejado esa dirección por un motivo, está convencido. Nadie más podía saber de la existencia del escondite, y mucho menos de algo oculto dentro. Su carta, la historia, esta nota: no es una coincidencia. Para Bird tiene la certeza de una profecía, o de una misión; lo sabe con esa convicción arrogante que solo un niño puede tener. Esa Duquesa, sea quien sea, podrá decirle algo sobre su madre y, por tanto, el siguiente paso es ir a oírlo.

La bibliotecaria se frota la sien con un nudillo. Lo siento, dice. La verdad es que no puedo ayudarte con eso.

Por favor, dice Bird. Es por una buena causa. Lo prometo.

Pero la mujer sigue negando con la cabeza. No soy agente de viajes, dice. Y aunque lo fuera, no puedo ayudar a un niño a escaparse.

No me voy a escapar, empieza a decir Bird, pero la bibliotecaria ha dejado de escucharle.

Lo siento, repite y hace ademán de darse media vuelta y Bird decide tirarse un farol.

Sé lo que está haciendo, dice, aunque por supuesto no es del todo cierto; solo sabe que se trata de algo ilícito, algo deshonroso o incluso ilegal, y por tanto, una palanca: algo que puede usarse para hacer fuerza o, si fuera necesario, amenazar.

La bibliotecaria no contesta, pero se detiene dándole la espalda parcialmente y, por la leve rigidez de su postura, Bird sabe que está escuchando y decide seguir presionando.

He visto a ese hombre, continúa con la vista fija en la espalda de la mujer. Y también lo que estaba haciendo el otro día. La nota dentro del libro.

Funciona. La bibliotecaria se da la vuelta y, aunque su expresión es calmada y neutra, ahora hay tensión en su voz.

Vamos a mi despacho a hablar, dice y al momento siguiente su mano sujeta el hombro de Bird igual que unas tenazas y lo conduce entre las estanterías de vuelta al despacho de SOLO PERSONAL AUTORIZADO. Esta vez, cuando están dentro, lo coge por los hombros y tiene la mirada encendida.

Supe que estabas espiando, dice. El otro día. Supe que me ibas a causar problemas. No puedes mencionar a nadie –a nadie, te digo– lo que has visto. ¿Lo entiendes?

Bird intenta liberarse, pero no puede. Solo necesito que me ayude, dice.

Nadie puede saberlo, dice la bibliotecaria. Hay gente que puede salir perjudicada. Perjudicada de verdad.

¿Como ese hombre?, pregunta Bird. Es una suposición, pero acertada. La bibliotecaria lo suelta, apoya la espalda en la pared y abraza el libro contra su pecho.

Está intentando ayudar, dice. Y arriesgando mucho en el intento. La mayoría de las personas ni siquiera hacen eso. Prefieren cerrar los ojos siempre que no sean sus hijos los afectados.

Se vuelve hacia Bird.

¿Cuántos años tienes? ¿Doce? ¿Trece? Eres lo bastante mayor para comprender esto, ¿verdad? Hay vidas en peligro. Vidas de niños.

No quiero causar problemas, dice Bird. Nota la lengua torpe e indómita, igual que un pez dando coletazos en la orilla. Lo siento. Lo siento mucho. Por favor. Les está ayudando a ellos. ¿No puede ayudarme a mí también?

Del bolsillo de sus vaqueros saca el papel con la dirección, ahora manoseado y arrugado.

Solo intento encontrar a mi madre, implora, y entonces cae en la cuenta. Esto, más que ninguna otra cosa, puede convencerla. La bibliotecaria sabía cómo se llamaba. ¿Por qué, si no es porque conocía a su madre? En la cabeza de Bird todo empieza a cobrar sentido, las piezas encajan a la perfección. La pintada en la calle, la pancarta en Brooklyn, las hojas volanderas que salpican los vecindarios. Los poemas de su madre, los niños robados, nuestros corazones perdidos. Lo ve todo con la claridad de una tela de araña mojada de rocío, con los delgados hilos entrecruzándose hasta crear un todo magnífico, cristalino. Están del mismo lado.

Mi madre es una de las cabecillas, dice orgulloso. Un sentimiento hacia ella que nunca se ha atrevido a manifestar, y expresarlo es como ponerse de pie después de años de vivir de rodillas.

La bibliotecaria lo mira. Es una mirada irónica, como si Bird fuera a contarle un chiste que ya se sabe.

Tu madre, dice.

Bird carraspea. Margaret, dice, y la voz se le quiebra solo un poco al pronunciar la eme, una fractura mínima. Margaret Miu.

Hasta donde le alcanza la memoria, es la primera vez que pronuncia su nombre en voz alta. Quizá la primera vez en su vida. Son como palabras mágicas. Espera... ¿qué espera? Terremotos. Rayos. Truenos. Pero lo único que ve es media sonrisa de superioridad en una de las comisuras de la boca de la bibliotecaria. Pensaba que aquel nombre sería la contraseña secreta que le franquearía la entrada a mundos vibrantes. Pero lo que ha hecho es darse de bruces contra una pared.

Huy, sé perfectamente quién es tu madre, dice la bibliotecaria.

Estudia a Bird acercándose más a él, tanto que este huele el café matutino en su aliento, y se encoge un poco.

Al principio no te reconocí, ¿sabes?, dice. La última vez que te vi tenías meses. Tu madre solía traerte en una mochila portabebés. Pero cuando me preguntaste por su

libro, caí en la cuenta de a quién me recordabas. Tu cara me sonaba. Lo cierto es que una vez que os relacioné, me di cuenta de que te pareces mucho a ella.

Bird tiene muchas preguntas, pero se le agolpan todas en la cabeza y caen formando un montón desordenado. Intenta imaginarlo: su madre allí, entre estas mismas estanterías; él, acurrucadito contra su pecho.

¿Venía aquí?, repite. Sigue procesando la idea de que su madre estuvo una vez en ese mismo lugar, que tocó los libros que ahora los rodean.

Todos los días. Iba allí a coger libros cuando todavía escribía poemas. Antes de convertirse en la «voz de la revolución».

La bibliotecaria ríe, una risa breve con un deje de amargura. Cierra los ojos y recita de carrerilla.

> Nuestros corazones perdidos
> dispersados para que broten en otra parte.

Bird retiene esto, deja que lo empape como la lluvia una piedra. Dejando una mancha húmeda y oscura. No es solo un libro, es un poema, y un verso.

Nunca lo he oído entero, reconoce.

La bibliotecaria se apoya otra vez en la pared con las manos en jarras. Todos esos carteles y pancartas con su eslogan. Menuda campaña de «marketing». Cuántas ocasiones para fotografías virales.

Se sorbe la nariz.

Supongo que es más fácil, dice, escribir palabras valientes que hacer el trabajo real.

Así que usted hace eso, dice Bird. Encuentra a los niños y los devuelve a casa.

La bibliotecaria suspira.

No es tan sencillo, reconoce. Hay mucho miedo envolviéndolo todo. La mayoría de las personas ni siquiera reconocen públicamente que les han quitado a sus hijos. Se les dice que, si se callan, los recuperarán. Pero...

Se interrumpe. Se pellizca el puente de la nariz. Intentamos convencerlas, dice. Llevamos una lista: nombre, edad, descripción. Y si tenemos noticia de un niño reasignado, intentamos descubrir quién es. Unas veces las pistas dan resultado, otras no.

De manera inconsciente se lleva la mano al bolsillo de la chaqueta y la nota del hombre se arruga dentro.

Es arriesgado, que lo sepas... hay muchos que no quieren implicarse. Pero intentamos encontrar personas de fiar aquí y allí.

Como ese hombre, dice Bird y la bibliotecaria asiente con la cabeza.

Muchas veces nadie sabe dónde se han llevado a los niños. Algunos de los más pequeños, al menos, son solo reasignados, pero a otros les cambian el nombre. Y los hay tan pequeños que ni siquiera saben cómo se llaman sus padres. Y por lo general los asignan a familias lejos de sus casas. No por casualidad.

Bird piensa en Sadie, en los cientos de kilómetros entre Cambridge y la casa de sus padres, en Baltimore, en lo imposible que sería para un niño recorrer esa distancia solo.

Y luego qué, pregunta.

De momento nada, dice la bibliotecaria y Bird percibe la amargura en sus palabras. Todavía no podemos hacer nada para devolverlos a sus hogares. No mientras PACT siga vigente. Pero hemos localizado a unos cuantos, y creo que eso ayuda a las familias. Hacerles saber que al menos sus hijos se encuentran a salvo, y el lugar en el que están. Nos limitamos a seguir la pista. De los perdidos y de los encontrados. En la medida de nuestras posibilidades.

¿Nuestras?

Somos unos cuantos, dice la bibliotecaria con cautela. De todo el país. Nos intercambiamos notas. Medio sonríe. Es parte de nuestro trabajo: la información. Recopilarla. Custodiarla. Ayudar a personas a encontrar lo que necesitan.

Dentro de Bird hace rato que parpadea una pregunta.

Pero ¿por qué?, dice. Si es tan peligroso. ¿No os castigarán también a vosotros si os descubren?

La bibliotecaria aprieta los labios.

Mi bisabuelo estuvo en Carlisle, se limita a decir, como si eso lo explicara todo. Luego, al ver la cara de perplejidad de Bird, resopla. No tienes ni idea, ¿verdad?, dice. ¿Cómo ibas a tenerla? Esto no os lo enseñan en el colegio. Es poco patriótico, claro, hablaros de las cosas tan terribles que ha hecho nuestro país en el pasado. De los campos de concentración de Manzanar, o de lo que ocurre en la frontera. Probablemente os enseñan que la mayoría de los dueños de las plantaciones trataban bien a sus esclavos y que Colón «descubrió» América, ¿a que sí? Porque contaros lo que pasó de verdad sería defender opiniones antiamericanas y, por supuesto, no queremos eso.

Bird no comprende bien ninguna de estas cosas, pero lo que sí comprende, de pronto y con vertiginosa intensidad, es lo mucho que ignora.

Lo siento, dice con humildad.

La bibliotecaria suspira. ¿Cómo ibas a saberlo, si nadie os lo enseña, nadie os lo explica y todos los libros sobre el tema han desaparecido?

Un largo silencio se instala entre los dos.

No era mi intención causar problemas, dice por fin Bird. De verdad. Solo

quiero... Solo quiero encontrar a mi madre.

La bibliotecaria se ablanda.

La traté muy poquito, dice. Y hace ya algún tiempo. Pero me acuerdo de ella. Era una persona agradable. Y una buena poeta.

Pero una mala madre, piensa Bird.

Hasta que la bibliotecaria contesta, no se da cuenta de que ha hablado en voz alta.

No deberías decir eso, dice. No de tu propia madre.

Pone de nuevo una mano en el hombro de Bird... esta vez con suavidad. Un apretón cariñoso.

No digo que no haya malas madres, dice. Solo que nunca se puede estar seguro. De lo que las lleva a hacer algo o a no hacerlo. La mayoría hacemos lo que podemos.

Algo en su voz da que pensar a Bird. Un sonido quebradizo. De algo tensado en exceso, más roto que entero.

¿Usted tiene hijos?

Dos, dice la bibliotecaria despacio. Tuve dos.

Tiempo pasado. Que divide la frase en dos: antes y después.

¿Qué les pasó?, pregunta Bird.

Mi hijita se puso enferma, dice la bibliotecaria. Durante la Crisis. No podíamos pagar el hospital. Casi nadie podía. Luego, hacia el final, mi hijo se quedó sin insulina.

Ha apartado los ojos de Bird y están fijos en algo encima del hombro de este, en la pared que tiene detrás.

Esté donde esté tu madre, haga lo que haga, dice la bibliotecaria, estoy segura de una cosa: se alegrará de saber que has crecido y estás bien. De que sigues aquí.

A continuación pestañea una, dos veces. Vuelve al presente. A él.

Pero escucha, Bird. Si quieres ir a Nueva York, tienes que encontrar la manera tú solo. Yo solo puedo pasar información. No personas.

Bird asiente con la cabeza.

Y no puedo dejarte ir hasta que prometas no hablar a nadie de esto. Por favor, Bird. Tú más que nadie deberías entenderlo. Finge que no sabes nada, nada en absoluto. Hay vidas humanas en juego.

Nunca diría nada, dice Bird, y en la última palabra se le traba un poco la lengua. No podría. Y, a continuación, para demostrar que es sincero: Mi mejor amiga, Sadie, era una de esas niñas.

Una larga pausa de perplejidad.

¿Conocías a Sadie?, pregunta la bibliotecaria.

Y entonces Bird se acuerda: pues claro. Sadie se pasaba por la biblioteca cada día

después de clase, aunque solo fuera unos minutos.

Charlábamos, dice la bibliotecaria. Era difícil no fijarse en una niñita que se presentaba así, sola.

Una súbita llama de esperanza se enciende dentro de Bird.

¿Por eso se fue?, pregunta. ¿La devolvisteis a su casa? ¿Con su padre y su madre?

Pero la bibliotecaria niega con la cabeza.

No logré averiguar dónde habían ido sus padres, dice. Nadie pudo averiguar nada, excepto que ya no vivían en su casa. Y luego, de pronto, Sadie desapareció también.

Hay un momento de silencio durante el cual la bibliotecaria mira a Bird con ojos cariñosos y amables. Le sienta bien. Le sienta sorprendentemente bien hablar de Sadie con alguien que la conocía. Recordarla.

Escucha, dice la bibliotecaria. No puedo llevarte a Nueva York. No conozco a nadie que pueda. Pero sí puedo hacer una cosa.

Lo saca de la oficina y lo conduce, entre las estanterías, hasta una gruesa carpeta rojo oscuro. Dentro hay hojas y hojas con horarios impresos en columnas color azul pálido.

Horarios de trenes e itinerarios, dice. Esta carpeta de aquí son los autobuses. En la estación puedes ir a la taquilla, pero también hay máquinas que venden billetes. Por si quieres evitar... preguntas.

Gracias, consigue decir Bird.

La bibliotecaria sonríe. Te lo he dicho, dice. Es mi trabajo. La información. Pasarla. Ayudar a las personas a encontrar lo que necesitan.

Deja la carpeta abierta encima de la estantería y la empuja hacia Bird.

Lo que hagas con esta información, dice, es solo asunto tuyo.

El lunes por la mañana su padre ya está esperando, con la cartera en la mano, cuando Bird sale del dormitorio. Ha escondido los libros de texto debajo de la manta en su cama; en su lugar, la mochila que lleva a la espalda contiene una muda, un cepillo de dientes y todo su dinero. Cada uno de los billetes caídos al suelo que ha encontrado y ahorrado a lo largo de los años, el dinero del almuerzo de todos los días en los que, en lugar de comer en la cafetería, se sentaba fuera, a solas con sus pensamientos. Lo suficiente, según los horarios de la biblioteca, para un billete de ida a Manhattan. El autocar que ha elegido sale a las diez. Tiene tiempo de sobra.

Aunque por fin lo han arreglado, el ascensor gime y titubea mientras baja despacio y a trompicones. Entre las paredes forradas de espejo, una cadena infinita de Bird y su padre se despliega igual que un acordeón.

Bird espera hasta que los números pasan del seis al cinco antes de hablar.

Me he olvidado la comida, dice.

Noah, dice su padre, cuántas veces tengo que decírtelo.

El ascensor se detiene con un chirrido y se abre en el vestíbulo. El sol entra a raudales por las ventanas de cristal transparente, tan radiante que Bird se siente como un insecto en una mesa de luz. Sin duda su padre le mirará a la cara y sabrá que miente. Pero su padre se limita a suspirar y a consultar su reloj.

Hoy tengo reunión de personal a las nueve, dice. No te puedo esperar. Sube corriendo a cogerlo y vete derecho al colegio. No te entretengas, ¿de acuerdo?

Bird asiente con la cabeza, aprieta de nuevo el botón del ascensor y su padre se gira para irse. Al verle la espalda –tan inconfundible, con el viejo abrigo marrón–, a Bird se le pone un nudo en la garganta.

Papá, lo llama y su padre se da la vuelta y emite un suave «uf» cuando Bird lo abraza.

¿Qué pasa?, dice el padre. Creía que eras demasiado mayor para abrazos.

Pero está de broma y aprieta con fuerza a Bird y Bird hunde la cara en la lana polvorienta y reconfortante del abrigo. De pronto tiene ganas de contárselo todo a su padre. De decirle: Ven conmigo. La encontraremos juntos. Pero sabe que su padre nunca lo dejará ir, y mucho menos querrá acompañarlo. Si quiere ir, tendrá que hacerlo solo.

Adiós, papá, dice y su padre le hace un gesto con la mano y se va.

Una vez arriba, Bird entra en el apartamento y corre a la ventana. Se agacha detrás de las cortinas y mira el pequeño cuadrado de césped del patio. Ahí está: el punto oscuro que es su padre, casi en la puerta.

Ha visto a su padre cruzar este patio antes, en días nevados, cuando el colegio de Bird cerraba pero el trabajo de su padre no. Solía esperar junto a la ventana hasta que su padre aparecía abajo, lo miraba bajar por el camino y desaparecer de la vista. En invierno, los puntitos de las huellas que iba dejando su padre parecían mágicos. Vistos de cerca, Bird lo sabía, eran agujeros irregulares hechos en el hielo. Pero desde donde estaba él –diez plantas más arriba, pegado al cristal–, parecían delicados y precisos. Hermosos. Deliberados. Finas puntadas en una colcha blanca como la nieve; un rastro de piedras hecho para señalar el camino a casa, o para orientar a quien se ha perdido. Qué reconfortante, saber que podía bajar, seguir las marcas que han hecho los pies de su padre hasta donde quiera que haya ido.

Ahora, mientras mira, la figura solitaria con abrigo marrón se lo cierra mejor para protegerse de frío viento otoñal y cruza la verja. No hay nieve aún en la que dejar huellas y, por un instante, cuando su padre desaparece de la vista, es como si nunca hubiera pasado por allí. Hoy a Bird le resulta insoportablemente triste la idea de pasar por un sitio y no dejar huella de tu existencia. No tener a nadie que recuerde que has estado allí. Quiere bajar corriendo los diez pisos de escaleras y poner los pies en las huellas invisibles que ha dejado su padre. Pega las yemas de los dedos al frío cristal como si, de intentarlo con suficiente ahínco, pudiera arrancar la ventana de un empujón y caminar por el aire, lejos de todo.

No había levantado la vista cuando ella se despidió.

Birdie, había dicho. Tengo que salir.

¿Fue eso todo? ¿O dijo: Tengo que irme? No se acuerda. Había estado jugando con el Lego, construyendo alguna cosa. Ni siquiera recuerda ya qué.

Bird, había repetido ella. Se había quedado detrás de él y él se había irritado. Lo que fuera que estaba construyendo no se tenía en pie; no hacía más que caer en una lluvia de piezas, de romperse una y otra vez. Cogió dos piezas, las encajó todo lo fuerte que pudo, tan fuerte que las espigas le dejaron agujeritos en la piel.

Birdie, dijo ella. Me voy... ya.

Lo estaba esperando, estaba esperando a que fuera a darle un beso, como de costumbre, y Bird encajó otra pieza y todo se desmoronó de nuevo con estrépito y la culpó a ella por llamarlo cuando estaba ocupado con otra cosa.

Vale, dijo. Cogió las piezas, montó la cosa una vez más y para cuando por fin se giró para ver si ella seguía allí, se había ido.

Son casi las nueve: hora de salir. Cuando vuelva su padre a la hora de la cena, el apartamento estará vacío y Bird en Nueva York. Le ha estado dando vueltas todo el fin de semana a cómo decirle a su padre dónde ha ido. Cualquier alusión a su madre

es demasiado peligrosa, de manera que su nota es breve e imprecisa: «Papá, vuelvo dentro de unos días. No te preocupes». Al lado, en la mesa, deja la carta de los gatos dentro de su sobre. A continuación rasga en dos el papel del escondite: se guarda en el bolsillo la dirección de Park Avenue; la última línea, la que dice Nueva York, NY, la deja junto a la carta y su nota. Por último deja una caja de cerillas. Confía en que su padre lo entienda. A dónde ha ido, por qué y, sobre todo, qué hacer con esa información.

Nunca ha salido de Cambridge; ha pasado la noche inquieto por los peligros que puedan acecharlo. Equivocarse de tren, torcer por la calle que no es o elegir mal el autobús y terminar a saber dónde. Que un vendedor de billetes le pregunte: ¿Dónde están tus padres? Que lo pare la policía, lo suban en la parte de atrás de un coche patrulla y lo lleven otra vez con su padre... o, algo peor, a otro sitio. De que haya desconocidos, montones de ellos, examinándolo. Juzgándolo con la mirada, sopesando si es una amenaza o alguien a quien amenazar.

Pero no ocurre nada de esto. Con la gorra calada y gafas de sol, coge la línea T hasta la estación. Los policías del andén, que están hablando de fútbol, apenas lo miran. En lugar de ir a la taquilla, se dirige a la máquina, introduce el dinero, sale el billete, sin preguntas. En la terminal de autobuses nadie mira a nadie; todos parecen concentrados en el suelo, evitando el contacto visual y se le ocurre que también ellos esperan pasar desapercibidos. Un pacto entre desconocidos, el acuerdo tácito de hacer caso omiso los unos de los otros, de ocuparse, por una vez, de sus propios asuntos. A medida que un temor tras otro no llega a materializarse, Bird se va sintiendo progresiva, absurdamente confiado. Como si el universo le estuviera diciendo que va por buen camino, que está haciendo exactamente lo que está destinado a hacer. Cuando llega su autobús, se sienta junto a la ventana hacia la parte de atrás. Lo ha conseguido. Está de camino.

Después de irse su madre, estuvo meses resistiéndose a dormir por la noche, convencido de que si permanecía despierto el tiempo suficiente, ella volvería. Estaba seguro, por razones que nunca pudo explicar, de que su madre volvía a casa cada noche y desaparecía por la mañana. Al quedarse dormido, nunca conseguía verla. Quizá era una prueba, para comprobar cuántas ganas tenía de verla. ¿Tantas como para quedarse despierto? Imaginaba a su madre cada noche, de pie, junto a su cama y meneando la cabeza. ¡Otra vez se había dormido! Otra vez había fracasado en la prueba.

Entonces algo así tenía todo el sentido para él; aún lo tiene. En las historias que su madre le contaba siempre había una proeza que el protagonista tenía que lograr: Baja por este pozo y coge el mechero. Túmbate debajo de esta catarata y déjate aporrear por el agua. Estaba seguro de que, si aguantaba despierto, su madre

aparecería. El hecho de que la prueba fuera tan arbitraria no lo preocupaba; los test que les hacían en el colegio siempre eran arbitrarios: Rodea los sustantivos con un círculo y subraya los verbos; combina estos dos números aleatorios hasta conseguir un tercero. La arbitrariedad de los test era parte de su naturaleza y, en realidad, lo que los convertía en test. Separa los garbanzos y las lentejas de las cenizas antes de que claree el día. Haz un viaje submarino y trae la perla que brilla de noche.

Se pellizcaba el brazo, llenándose los antebrazos de cardenales negros y azules en su intento por permanecer despierto. Noche tras noche se cogía un trocito de carne con la almohadilla del dedo y la uña del pulgar y lo apretaba hasta que en los contornos de su campo visual aparecían chiribitas. Por la mañana su madre seguía sin estar allí, él tenía una medialuna morada dibujada en el antebrazo y su padre le preguntaba si los niños del colegio lo estaban acosando. Lo hacían, pero no de la manera que pensaba su padre. Estoy bien, papá, decía, y durante todo el día los párpados se le caían y cerraban y por la noche intentaba, de nuevo, quedarse despierto. Fue entonces cuando dejó de creer en los cuentos.

Ahora por fin, después de tanto tiempo, va en su busca. Igual que un personaje de esas historias que su madre le contaba años atrás. Viajará hasta donde su madre lo espera pacientemente. En cuanto lo vea, ese hechizo que la ha mantenido lejos de él todo este tiempo se romperá. En los cuentos ocurre de inmediato, es como accionar un interruptor: Lo reconoció al instante. De inmediato encontró su verdadero yo. Bird está convencido de que así será también con su madre. Lo verá y al instante será otra vez suya y vivirán felices para siempre.

El motor adopta el zumbido continuo de una marcha larga cuando el autobús se incorpora a la carretera interestatal. Cuanto más se alejan, mejor respira Bird. Se queda dormido y no se despierta hasta que el autobús cambia de marcha y tuerce a la izquierda, empujándolo contra el cristal. Junto a la carretera, un todoterreno azul marino se ha detenido en el arcén y hay un coche patrulla aparcado detrás de él con las luces de emergencia encendidas. Del asiento del conductor baja un agente con uniforme azul marino. Mantente alejado de la policía, dice su padre dentro de su cabeza y Bird se cala un poco más la visera de la gorra de modo que le tape la cara cuando los dejan atrás. Debería estar asustado pero, para su sorpresa, no es así. Todo lo que ocurre al otro lado de la ventana le parece muy lejano, separado por la muralla del cristal, y el corazón le late al ritmo lento y constante de las ruedas. Por la ventana, árboles y campos llenos de maleza se suceden borrosos.

Cuando se baja del autobús en Chinatown, cae una fina llovizna. Otro mundo: más gente de la que ha visto nunca, más ajetreo, más ruido. A pesar del bullicio y el caos, se siente extrañamente cómodo y tarda un momento en comprender por qué: de

pronto, todos los que lo rodean son personas con rostros como el de su madre. Y un poco como el suyo. Nunca ha estado en un sitio así, donde nadie lo mira dos veces. De encontrarse allí su padre, él sería el que llamaría la atención en lugar de Bird y esto le hace reír. Por primera vez en su vida es anodino y esto le hace sentirse poderoso.

Antes de salir se estudió el mapa que la bibliotecaria le había ofrecido sin decir palabra. Es una retícula, diría su padre, tranquilo y paciente. Cuenta en vertical y luego en horizontal. Hace el cálculo: Bowery se convierte en la Tercera Avenida; ochenta y siete manzanas al norte, luego dos al oeste. Poco más de ocho kilómetros. Solo tiene que caminar en línea recta.

Empieza.

Empieza a fijarse en cosas.

Que en todos los letreros de Chinatown hay partes que se han tapado con pintura o con cinta aislante y, en algunos casos, arrancado. Aún se ven los agujeros donde antes hubo algo clavado, aún se distinguen formas en relieve debajo de la cinta aislante gris plateado. Repara en que también han pintado encima de los letreros con los nombres de las calles: hay una ancha franja negra debajo de pulcras letras blancas que dicen MULBERRY o CANAL y que parece una sombra a mediodía, una ojera negra debajo del blanco de un ojo. Hasta que ve un letrero en el que la pintura empieza a descascarillarse dejando ver una maraña de caracteres debajo, no comprende. Entonces recuerda el dedo de su padre escribiendo caracteres parecidos en el polvo: hubo un tiempo en que todos estos carteles estaban en dos idiomas. Alguien –todo el mundo– ha intentado hacer desaparecer el chino.

Empieza a fijarse en otras cosas.

En cómo las personas con las que se cruza hablan en inglés o no hablan, se miran de reojo pero no dicen nada. Solo cuando entran en una tienda capta algún que otro murmullo en otro idioma. Cantonés, supone. Su padre lo sabría; su padre quizá incluso entendería lo que dicen. Todos allí parecen cautos y nerviosos, escrutando aceras y calzada, volviendo la cabeza a cada poco. Preparados para echar a correr. Se fija en la gran cantidad de banderas americanas presentes en casi todos los escaparates, en las solapas de casi todas las personas con las que se cruza. En un rincón de todas las tiendas cuelga el mismo tipo de cartel que se ve en Cambridge: QUE DIOS BENDIGA A TODOS LOS AMERICANOS LEALES. No hay una sola tienda de Chinatown que no lo tenga. En algunas cuelgan además otros letreros, en rojo, blanco y azul chillones: PROPIEDAD Y GESTIÓN AMERICANAS. NEGOCIO CIEN POR CIEN AMERICANO. Hasta que sale de Chinatown y las caras que lo rodean son negras y blancas en lugar de asiáticas, las banderas no se hacen más esporádicas; al parecer allí la gente de aquí no tiene tanto miedo de que cuestionen su lealtad.

Camina.

Deja atrás escaparates protegidos con rejillas metálicas cubiertas de pintadas. Nuevos y usados. Se compra y se vende. Se alquila. Una mediana de hormigón que divide calles con parches de hormigón en la calzada. Nombres desconcertantes: Max Sol, Silla Mesa Banco. En la acera, palés rotos y desparramados como huesos blanqueados por el sol. Ni hierba ni árboles, nada verde, solo farolas del mismo color gris que la acera, que las calzadas, que la suciedad que trepa desde el suelo por los costados de los edificios. Todo es de color tierra, como si quisiera pasar desapercibido. La gente que se cruza Bird acarrea pesadas bolsas de plástico, empuja carritos de la compra, evita mirarse a los ojos. No se entretiene. Algunos pasos de peatones solo están pintados con aerosol y las rayas vibran, imprecisas; en otros lugares ni siquiera hay pasos de peatones. Más de diez años después de terminada la Crisis, quedan aún muchas cosas por reparar.

Manzana a manzana, el paisaje empieza a cambiar. Matas de hierba atrofiada se abren camino por grietas del pavimento. ¿Cuánto lleva caminando? ¿Una hora? Ha perdido la noción del tiempo. ¿Se habrán dado cuenta ya en el colegio de que no está? ¿Se lo habrán notificado a su padre? Sigue subiendo. La lluvia amaina, luego cesa. Supermercados con enormes carteles brillantes de pizza, col intrincadamente rizada, rodajas de mango que le hacen a Bird la boca agua. Le ruge el estómago pero no se detiene; en cualquier caso ya no le queda dinero. Comercios con montañas de fruta en equilibrio y cubos de rosas envueltas en plástico; gatos que bostezan indiferentes tumbados entre el género; barberías donde la risa de hombres se escapa por las puertas abiertas junto con una vaharada de loción para después del afeitado. En los escaparates, los carteles de costumbre: ORGULLOSO DE SER AMERICANO. VELAMOS POR LA SEGURIDAD DE LOS DEMÁS. Ahora hay árboles, pequeños y ralos y poco más altos que un hombre, pero árboles al fin y al cabo. En algún lugar suena la campana de una iglesia. ¿Son las tres o las cuatro? La calle bulle de vida y Bird no distingue las campanadas de los ecos. Debería estar volviendo a casa del colegio, pero en lugar de ello está aquí con el corazón más desbocado a cada manzana que deja atrás. Ya casi ha llegado.

Aprieta el paso y a su alrededor también la ciudad cambia deprisa, como un vídeo acelerado para mostrar el futuro, o quizá el pasado. Cómo eran antes las cosas, ese mundo dorado anterior a la Crisis que él solo conoce por boca de otros. Más taxis, más bonitos, más nuevos. Más limpios, como recién lavados. Aquí las farolas son negro reluciente, más altas y elegantes, como si dispusieran de más espacio para erguir la cabeza. Deja atrás edificios con remates decorativos en relieve coronando cada ventana: alguien se tomó la molestia de destacar detalles en beis sobre rojo para que fueran hermosos. Ahora hay tiendas con grandes escaparates de cristal que no

temen ser hechos añicos. Restaurantes con toldos. Personas paseando perros de pequeño tamaño; árboles rodeados de pulcras vallas de metal que no le llegan a Bird más arriba de la rodilla: son para aparentar, no para proteger.

A medida que la bruma se disipa, ve trozos de verde en lo alto: jardines en azoteas, con los ápices de los árboles perennes que crecen en macetas y apuntando al cielo. Los edificios y los locales comerciales ya no intentan esconderse. ESTAMOS ABIERTOS. Nombres llamativos, pegadizos, extravagantes que tratan de destacar, de llamar la atención y permanecer en el recuerdo: (Cala)Mar Salado. Oasis Sonoro. Sencillamente Pollo. Su padre se habría reído. En cada escaparate, el cartel de las barras y estrellas. Pancartas que publicitan lo exclusivo de lo que se ofrece, no lo barato que es. La calle sigue subiendo, como si fuera una escalera: Cincuenta, Cincuenta y cinco, Cincuenta y seis. Hombres con traje. Hombres con corbatas. Hombres con zapatos de piel y borlas de flecos y suelas lisas con las que no hace falta correr. Hace tiempo su padre llevaba zapatos así. Bancos, muchos bancos: tres, cuatro, cinco seguidos, en ocasiones el mismo a ambos lados de la calle, una oficina enfrente de otra. No sabía que era posible ser rico hasta el punto de no necesitar cruzar la calle.

Unos grandes almacenes que ocupan toda una manzana, elegante granito oscuro tan pulido que parece un espejo. Como diciendo: aquí incluso las piedras relucen igual que estrellas. En los escaparates, maniquíes sin rostro llevan fulares de seda y estampado floreado enrollados alrededor del cuello. Altos edificios de apartamentos, en cada ventana un reflejo de cielo engastado como una piedra preciosa. Imagina que su madre vive en uno de ellos y lo mira desde lo alto, esperándolo. Pronto comprobará si es así. Junto a las aceras aguardan camiones refrigerados repletos de pedidos de comida, tosiendo aire escarchado. En esta parte de la ciudad hay cafés, lugares en los que pasar el rato. Anuncios de ortodoncia y blanqueamiento dental; hoteles con botones en uniforme y sombrero apostados a la puerta. Aquí la gente lleva bolsas no pensadas para transportar, sino para adornar. Una tintorería detrás de otra: un vecindario de seda, tan delicado que precisa lavado en seco. En cada portal hacen guardia corpulentos vigilantes.

Calle Setenta y cinco. Setenta y seis. Edificios más antiguos que llevan su edad con elegancia, con aspecto solemne, no destartalado. Aquí las palabras extranjeras se exhiben con orgullo: Salumeria. Vineria. Macarons. Una extranjería inocua y deseable. Tiendas con los calificativos *gourmet, de luxe* y *vintage*. Aquí –y parece imposible que se trate de la misma calle de los carteles tachados y cuchicheos temerosos; este tiene que ser otro mundo– la calle es ancha y está flanqueada de árboles. A Bird le gusta pensar en su madre aquí, en este lugar tan bonito. Mujeres rubias con mallas de correr resoplan a su lado, sus coletas se balancean mientras

esperan a que se abra el semáforo. Niñeras empujan elegantes cochecitos dentro de los cuales hay bebés suntuosamente vestidos. Deja atrás tiendas que venden únicamente marcos, restaurantes que sirven solo ensaladas, boutiques que venden camisetas rosas bordadas con ballenas diminutas y sonrientes. Edificios tan altos que no logra ver dónde terminan ni echando la cabeza tan atrás que casi cae de espaldas. Aquí puede ocurrir cualquier cosa, aquí todo es posible. Es como un país encantado, o un cuento de hadas.

Es aquí, piensa. Aquí es donde está.

Y puesto que es un país encantado donde todo es posible, porque está tan animado por todo lo que ha visto, borracho aún del aire preñado de posibilidades que le llena los pulmones, no se sorprende cuando, de pronto, la ve: a su madre, al otro lado de la calle. Con un perrito marrón al lado. Algo en su interior sube hacia el cielo en una lluvia de chispas y casi grita de felicidad.

Entonces su madre mira el perro, que olfatea un cuidado parterre, y no es su madre en absoluto. Es solo una mujer. Que no se parece nada a ella, en realidad; solo de un modo muy superficial: es una mujer del este asiático con larga melena negra recogida de manera informal en un moño. La cara, ahora que Bird la ve mejor, no tiene nada que ver con la de su madre. Su madre nunca tendría un perro así, esa bola de polvo ámbar que recuerda a un oso de peluche, con ojos como botones negros e impertinente hocico aterciopelado. Pues claro que no es ella, se reprende a sí mismo, cómo va a ser. Y, sin embargo, hay algo en su actitud –en la postura de alerta, lo huidizo de su mirada– que le recuerda a ella.

La mujer repara en Bird mirándola desde la acera contraria y sonríe. Quizá también él le recuerda a alguien; quizá también lo confundió a primera vista con un ser querido y ahora ese amor le llega a él como una dádiva. Y porque la mujer lo está mirando, porque le está sonriendo y quizá pensando con cariño en ese niño que le recuerda a un ser querido, no ve venir el puñetazo en la cara.

Ocurre en cuestión de segundos, pero parece durar una eternidad. Inesperadamente. Un hombre blanco alto. La mujer que se desploma, destruida. El cuerpo de Bird petrificado, su grito adherido a la garganta. El hombre que se cierne sobre la mujer, una patada, otra, otra más, sonidos blandos y repugnantes como de un martillo aplastando carne: su vientre, su pecho y, a continuación, cuando se encoge igual que una gamba pelada y se tapa la cara con los brazos en un intento de proteger lo que pueda, la curva de su espalda. La mujer emite sonidos sin palabras que flotan en el aire igual que esquirlas de cristal. El hombre no habla, es como si estuviera haciendo su trabajo, una tarea anodina, pero necesaria.

Nadie se acerca a ayudar. Una pareja mayor se da media vuelta como si acabaran de recordar que tienen algo urgente que hacer en otra parte. Un hombre se aleja

corriendo encorvado sobre su teléfono, los coches circulan impertérritos. Tienen que estar viéndolo, piensa Bird. ¿Cómo puede ser de otra manera? El perro, que apenas levanta un palmo del suelo, ladra sin parar. Sale un portero del edificio de detrás y Bird casi llora de gratitud. Ayuda, piensa. Ayúdala. Por favor. Entonces el portero cierra el portal. Bird lo entrevé al otro lado del grueso cristal, borroso y fantasmal, mirando lo que ocurre como si fuera una escena de la televisión: la mejilla de la mujer pegada a la acera, la sacudida de su cuerpo con cada nuevo golpe. Esperando a que termine para poder abrir la puerta.

La mujer ha dejado de moverse y el hombre la mira... ¿con asco? ¿Con satisfacción? Bird no lo sabe. El perro sigue gruñendo y ladrando, furioso e impotente, araña el pavimento con sus pequeñas pezuñas. Con un gesto rápido, el hombre le aplasta el lomo con la bota. Igual que se aplasta una lata de refresco, o una cucaracha.

Es entonces cuando Bird chilla y el hombre se gira y lo ve mirándolo, y Bird echa a correr.

A ciegas, lo más rápido que puede. Sin atreverse a volver la cabeza. Con la mochila escolar martilleando contra su cuerpo como un redoble de tambor. La camiseta empapada en sudor, primero caliente, luego fría en contacto con las lumbares. ¿Estará muerta?, se pregunta, ¿estará muerto el perro? ¿Acaso importa? Los ojos del hombre le taladran todavía la nuca y el estómago se le revuelve y le viene una arcada, pero no vomita nada. Entra corriendo en un callejón y se agacha detrás de un contenedor para recuperar el aliento, tiene la parte posterior de la garganta en carne viva y ardiendo.

Lo había olvidado: en los cuentos de hadas también hay maldad. Monstruos y maleficios. Peligros disfrazados que acechan. Demonios, dragones, ratas grandes como bueyes. Cosas que podrían destruirte con solo una mirada. Piensa en el hombre del parque municipal. Piensa en su padre, en sus anchos hombros y sus manos fuertes levantándolo del suelo. Pero su padre está muy lejos, resguardado en su biblioteca insonora, a la que no llega el mundo exterior. No tiene ni idea de dónde está Bird y esto, más que nada, es lo que le hace sentirse terriblemente solo.

Se queda allí un largo rato tratando de normalizar su respiración, de tranquilizar sus manos, que se niegan a estar quietas. Cuando por fin se siente preparado, se pone de pie con piernas temblorosas y camina hasta la esquina. Al correr ha retrocedido y se ha desviado varias manzanas de su ruta. Cuando llega a Park Avenue se mueve deprisa y con cautela, inspeccionando las calles. Ahora siente que llama la atención; se fija en que la gente se fija en él. Ahora entiende lo que antes no entendía. Quizá hubo un tiempo en que pudo ser invisible, pero el encantamiento se ha roto... O quizá solo lo imaginó. La gente lo ve y por fin comprende lo pequeño que es, lo

fácilmente que puede el mundo despedazarlo.

Empieza a anochecer cuando por fin llega a la dirección: un enorme edificio de ladrillo, macetas con flores en las ventanas, una gran puerta verde. No es un edificio de apartamentos, sino una vivienda unifamiliar, algo que Bird no sabía que había aquí. El castillo de la Duquesa. Lo estudia con cautela desde la acera contraria. En los cuentos uno puede encontrarse cualquier cosa dentro de un castillo: riquezas, una hechicera, un ogro esperando para devorarte. Pero aquí es donde su madre lo ha enviado. Tiene el nombre de la calle y el número escritos de su puño y letra. Un salto al vacío, entonces.

Sube los escalones de mármol, coge la aldaba de latón y golpea tres veces con ella la madera pintada de verde.

Parece una eternidad, pero en realidad transcurren solo un minuto o dos antes de que un hombre blanco mayor abra la puerta. Es algo rechoncho y va uniformado: botones de latón relucientes sobre lana azul marino, como el capitán de un barco. Mira a Bird con frialdad y este traga saliva dos veces antes de atreverse a hablar.

Vengo a ver a la Duquesa, anuncia y, como por arte de magia, el capitán asiente con la cabeza y se hace a un lado.

Un vestíbulo de color amarillo soleado, una chimenea encendida a pesar de que no es más que octubre. Baldosas color crema en el suelo tachonadas de cuadrados marrón ambarino. Una mesa con superficie de mármol y patas curvas ocupa el centro de la habitación, al parecer con la única función de servir de base al jarrón con flores más gigantesco que ha visto Bird en toda su vida. Alrededor de él, todas las luces tienen un halo dorado.

Vengo a ver a la Duquesa, repite Bird aparentando una seguridad que no siente, y el capitán lo mira con ojos entrecerrados.

Tendré que avisar, dice. ¿A quién anuncio, por favor?

Y porque está hambriento, sediento y exhausto, porque ha caminado kilómetros con el estómago vacío, porque nota la cabeza inquietantemente separada del cuerpo, como un globo que flota sobre sus hombros, porque tiene una leve sensación de irrealidad y no está seguro de que este lugar exista de verdad, Bird también contesta como si estuviera en un cuento de hadas.

Bird Gardner, dice. El hijo de Margaret.

Haga el favor de esperar aquí, dice el capitán.

Bird se acerca inseguro a una de las sillas junto a la chimenea. Está tapizada de terciopelo color arena y le recuerda a un trono. Recorre con las yemas de los dedos las estrías de los brazos y le vienen a la cabeza palabras que le ha enseñado su padre: caoba, alabastro, filigrana. Carraspea. En la repisa de la chimenea hay un relojito de

oro, una figurilla dorada que representa a una mujer señalando con recato la hora. Casi las cinco. Pronto llegará su padre a casa y descubrirá que se ha ido.

Vuelve el capitán. Si hace el favor de seguirme, dice.

Cruza un arco que da a un pasillo y Bird lo sigue, cauteloso, atento a los rincones, esperando a que salga un monstruo. Pero solo atraviesan un palacio lleno de lujos. Un biombo de seda bordado con cipreses y grullas y una pagoda lejana. Un sofá de seda amarilla con cojines con forma de barras de caramelo, un gigantesco comedor oval con un suelo de vertiginoso parqué. Todo aquí parece bañado en oro: las asas de los jarrones y las vasijas en las repisas de las chimeneas, las borlas ensortijadas en los cortinajes, incluso las patas de garra en las que descansan mesas y sillas. Entonces llegan al arranque de una imponente y empinada escalera que sube y sube y sube y por cuyo centro se derrama una mullida alfombra aleonada. Bird nunca ha visto una escalera así. Una delicada lámpara de araña cuelga de una cadena forrada de terciopelo. Bird cuenta: un piso, dos, tres, cuatro y, sobre sus cabezas, una claraboya en forma de brújula, un charco de cielo azul hecho de cristal.

Por aquí, por favor, dice el capitán. Y entonces Bird lo ve: junto a la escalera, un pequeño ascensor, forrado de madera y con suelo de parqué. Un ascensor dentro de casa, piensa asombrado. El capitán hace un gesto con la mano y Bird entra con la sensación de estar metiéndose en una reluciente cáscara de nuez.

Lo está esperando arriba, dice el capitán. Tira de la rejilla de latón y encierra a Bird en la jaula.

Mientras el ascensor sube con pequeñas sacudidas, a Bird le da vueltas la cabeza. A su alrededor, las barras de latón de la reja tiemblan, como si hubiera algo intentando entrar, o salir. No tiene ni idea de lo que lo espera. ¿Cómo será la Duquesa? ¿Será amable o le dará miedo? Piensa en las reinas malvadas de los cuentos, malicia pura disfrazada de encanto. Confía, se dice; en las historias hay que confiar en desconocidos que te encuentras por el camino. Incluso el ascensor está decorado, como corresponde a un palacio. Marcos dorados diminutos ciñen dibujos de edificios antiguos y mujeres aladas. Un pequeño teléfono blanco. En la pared del fondo, un espejo redondo se curva hacia dentro y hacia fuera y le devuelve a Bird una visión distorsionada de su cara: es la de un ogro, o quizá la de un enano.

Por fin se abre el ascensor. Una sala de estar tan grande como el apartamento en que viven su padre y él. Otra mesa, otro vaso rebosante de flores. En la superficie pulida ve su cara mirándose a sí mismo. La alfombra que pisa tiene motivos dorados. Sin duda es la casa de una familia noble.

Y entonces aparece, cruzando vaporosa unas puertas acristaladas al fondo de la habitación: la Duquesa. Más joven de lo que Bird había esperado: majestuosa, alta, pelo rubio corto a la altura del mentón. Perlas. Un mono drapeado en lugar de un

vestido, pero a Bird le queda claro que es una mujer poderosa. Por un instante se queda sin voz, y se limita a mirarla. Ella no rompe el silencio, solo lo mira, intrigada.

¿Es usted la Duquesa?, pregunta por fin Bird. Pero ya sabe que lo es.

¿Y tú eres...?, pregunta la mujer. Con una ceja arqueada. Escéptica.

Soy Bird, dice este temblando. El hijo de Margaret.

Por un momento teme que la mujer diga: ¿Quién? Pero no lo hace. En lugar de ello, pregunta, con cierta frialdad: ¿Por qué has venido?

Por mi madre, dice, la respuesta es tan obvia que se siente ridículo dándola. He venido a buscarla.

¿Qué te hace pensar que está aquí?, pregunta la Duquesa. Una minúscula brizna de curiosidad asoma en su voz.

Porque..., dice Bird y se interrumpe. Busca la respuesta dentro de él: «Porque quiero saber por qué me abandonó. Porque quiero que vuelva. Porque quiero que también ella quiera volver conmigo».

Me mandó un mensaje, dice.

La Duquesa frunce los labios y Bird no sabe si está desconcertada o complacida o enfadada. Por un momento parece una profesora sopesando la respuesta que le ha dado, decidiendo si debe felicitarlo o castigarlo.

Entiendo. Así que tu madre... ¿te pidió que vinieras aquí?

Bird vacila. Se pregunta si debería mentir, si esto es un examen. Siente opresión en el pecho.

No estoy seguro, admite. Pero me dejó esta dirección. Hace mucho tiempo. Pensé... Pensé que igual usted sabía dónde está.

Se saca del bolsillo el trozo de papel, o lo que queda de él. Manoseado y arrugado, con los bordes sucios del tinte azul de sus vaqueros. Pero ahí está, en la letra de su madre: la dirección en la que están ahora mismo.

Entiendo, repite la Duquesa. ¿Y has venido solo? ¿Dónde está tu padre?

De qué conoce a mi padre, piensa Bird con un sobresalto.

No sabe que estoy aquí, dice, y mientras las palabras salen de sus labios se da cuenta, una vez más, de lo alarmantemente cierto que es esto. Su padre no tiene ni idea de dónde está; su padre no puede ni ayudarlo ni salvarlo.

La Duquesa se acerca más a él, lo escruta con ojos afilados como agujas. Cuando la ve de cerca Bird comprueba que su cara empieza a arrugarse, que su pelo no se ha vuelto aún gris. Es posible que tenga, piensa, la edad de mi madre.

Entonces ¿quién sabe que estás aquí?, pregunta. Hay en su tono un acerado destello de amenaza.

A Bird se le pone un nudo en la garganta. Nadie, dice. No se lo he contado a mi padre. No se lo he contado a nadie. He venido solo.

Puede confiar en mí, es lo que quiere decir. Un terror sudoroso lo envuelve cuando piensa en que puede ser rechazado después de venir desde tan lejos. Que este dragón con apariencia de Duquesa y su palacio dorado pueden engullirlo y atraparlo para siempre.

Interesante, dice la Duquesa. Da media vuelta y para Bird es como si una luz muy brillante se apagara. Espera aquí, dice, y sale, dejándolo solo.

Bird da una vuelta por la habitación, incapaz de estarse quieto. A través de las cortinas color dorado mate en las ventanas puede ver el brillo del tráfico en la calle. Un piano de cola en el rincón. En la mesa auxiliar, una fotografía enmarcada en plata de una mujer y un hombre: la Duquesa, mucho más joven y con el pelo más largo, prácticamente una niña, y alguien que podría ser un padre.

El viejo Duque, decide, aunque el hombre de la fotografía viste polo y pantalones chinos y parecen estar en la cubierta de un velero, con un cielo azul y un agua aún más azul colisionando en el horizonte, a su espalda. Se pregunta dónde estará el viejo Duque. Se pregunta de qué conoce la Duquesa a su madre. Se pregunta qué habrá estado haciendo su madre todos estos años, lejos de él. Si lo reconocerá cuando lo vea. Si lamenta lo que ha hecho, si piensa alguna vez en él. Si se arrepiente.

Fuera, el cielo se ha oscurecido y endurecido hasta adoptar un gris plano y acerado. Para su asombro, ya no tiene hambre. Se imagina a su padre llegando al pequeño edificio de bloques de hormigón de la residencia y encontrándose el apartamento a oscuras y desierto. Buscándolo. Llamándolo por su nombre. No pasa nada, papá, piensa. Volveré pronto. Se siente extrañamente alerta y vivo, con las venas electrificadas. Casi lo ha logrado. Después de tanto tiempo.

Lejos de allí, en algún rincón de la casa, un reloj da la hora con un campanilleo grave y sonoro. Son las cinco. Y entonces, como si acudiera a una llamada, vuelve la Duquesa.

Si eres quien dices ser, dice, demuéstramelo. ¿De qué color es tu bicicleta?

¿Qué?

Debes saber, añade la Duquesa, que si no eres quien dices ser, no tendré ningún reparo en llamar a las autoridades.

Mi... Bird se queda callado, perplejo. Su padre no le deja montar en bicicleta desde el día que se cayó y la vecina llamó a la policía.

No tengo bicicleta, dice con brusquedad. La expresión de la Duquesa permanece calmada, impasible e inescrutable.

¿Qué leche pones a los cereales del desayuno?, pregunta.

De nuevo Bird está demasiado desconcertado para hablar. Duda, pero no le queda otro remedio que decir la verdad, por extraña que parezca.

Los tomo sin leche, dice.

De nuevo la Duquesa no contesta. ¿En qué parte de la cafetería almuerzas?, pregunta y Bird hace una pausa, como si se viera a sí mismo desde arriba, un punto solitario en las escaleras con una bolsa de papel marrón.

No como en la cafetería, dice. Como fuera. Solo.

La Duquesa no dice nada, pero sonríe, y eso le dice a Bird que ha superado el examen.

Así que quieres ver a tu madre, dice.

No es una pregunta.

Pues venga. Acompáñame.

Ya en el pasillo, pulsa un botón en la pared y un panel se desliza hacia un lado. ¿Magia? No: un ascensor astutamente camuflado en el pasillo. El mismo, de hecho, en el que ha subido él. Al contacto con el dedo de la Duquesa, el botón con una S brilla con el color de una llama. Cuando las puertas se abren de nuevo, están en una cueva en penumbra: un garaje subterráneo en el que hay un elegante sedán negro con el motor ya en marcha. Un hombre con bigote y traje aguarda en posición de firmes junto al coche. El lacayo, piensa Bird mientras se acomodan en el asiento trasero.

Y se ponen en camino.

El coche sube por la rampa de salida del garaje y se infiltra en las concurridas calles, sin esfuerzo, con soltura, con majestuosidad. Dentro, Bird no oye nada. Ni las voces de la masa de personas que se agolpan en las esquinas de las calles, adelgazando e hinchándose al ritmo de los semáforos, igual que una gran serpiente que repta hacia el centro de la ciudad. Ni los rugidos de los motores de los coches que los rodean como una manada. Tampoco los cláxones que sabe deben estar rasgando el aire, ese estruendo ensordecedor de frustración impotente. Sencillamente no hay sonido, y al otro lado de las ventanas de cristales tintados la ciudad discurre color sepia, igual que una película muda. Tiene la sensación de que no circulan, sino que flotan.

El cinturón, por favor, dice la Duquesa a su lado. Sería una lástima, ahora que has llegado hasta aquí, que te abrieras la cabeza.

Bird abre la boca y la Duquesa se la cierra con una sola mirada.

No estoy aquí para contestar preguntas, dice. Eso es tarea de tu madre, no mía.

Después no vuelve a decir palabra mientras circulan en paralelo al río y por un largo túnel y de vuelta a la luz crepuscular, con la luna que asoma. El tiempo discurre a trompicones, avanza y se detiene igual que el tráfico que los rodea y, a ratos, Bird dormita y cuando se despierta comprueba que no se han movido y en otras está seguro de que no ha cerrado los ojos pero parecen haber sido teletransportados a un lugar muy lejano porque nada de lo que hay fuera le resulta conocido y entonces el

tráfico a su alrededor se congela y coagula una vez más, progresa a paso de tortuga hasta que por fin –ignora cuánto tiempo ha pasado– el sol se ha puesto, las calles están silenciosas y casi desiertas, bordeadas por casas de piedra arenisca y por fin el coche se arrima a un lado de la calzada y se detiene.

Escucha con atención, dice la Duquesa con un apremio nuevo en la voz. Como si esta fuera la última vez que le habla, como si el verdadero examen estuviera a punto de empezar. Sigue estas instrucciones al pie de la letra, le dice. No puedo responsabilizarme de lo que ocurra si no lo haces.

A Bird, somnoliento, medio mareado de la excitación y la fatiga, esto no le extraña. De hecho, no esperaba menos: en los cuentos hay siempre reglas inescrutables que obedecer. «No toques la espada dorada; usa la oxidada. Por mucha sed que tengas, no bebas el vino. No digas una palabra, aunque te pellizquen y te peguen, aunque te corten la cabeza.» Cuando el coche se aleja dejándolo en la acera, hace exactamente lo que le ha ordenado la Duquesa. Camina dos manzanas en lateral y tres hacia el norte, cruza la calle y allí está, justo como le había dicho: una gran casa de piedra arenisca con una puerta roja y todas las ventanas tapiadas. «Parecerá abandonada, pero las apariencias a veces engañan.» Tal y como le han ordenado, evita el ancho escalón de la entrada principal y va hasta el lateral de la casa. «Nadie debe verte entrar.» En dos ocasiones pasa un coche mientras está buscando el pestillo. La madera áspera de la verja le araña las yemas de los dedos y entonces lo encuentra, el metal frío, sólido y liso. Gira la cabeza para mirar las ventanas iluminadas de las casas de alrededor y, cuando está seguro de que no lo ve nadie, descorre el pestillo y la puerta se abre.

«Al fondo de la casa hay una puerta. Cuando te acerques no puedes hacer nada de ruido.» Con pisadas cautelosas, Bird se abre paso por una maraña de maleza y hierba. Esto debió de ser en otro tiempo el jardín trasero, que lleva años abandonado: aquí y allí tropieza con un arbolillo, famélico e impertinente, que le golpea en la cara con las ramas. Pero a la luz de la luna distingue el leve destello de un sendero, tierra brillante incrustada en el cemento señala el camino y lo sigue hacia la enorme silueta de la casa. «Teclea estos cinco números: ocho, nueve, seis, cero, cuatro, y se abrirá la puerta.» Bird palpa el muro de la casa como si acariciara un dragón dormido con los dedos, buscando el punto débil: ladrillo, ladrillo, ladrillo y, por fin, una puerta, una cerradura. Está demasiado oscuro para ver, pero cuenta los botones, mete el código. Un débil pitido. Bird gira el pomo.

Dentro: un estrecho pasillo que conduce a una oscuridad mayor. «Tienes que cerrar la puerta nada más entrar, aunque te quedes completamente a oscuras. Hasta que lo hagas, no podrás verla.»

La cierra despacio y el mundo exterior se reduce a una cuña, luego a una esquirla

y a continuación desaparece. Con un chasquido, el pestillo lo encierra en la oscuridad.

Entonces oye pisadas que corren hacia él. Se enciende una luz tenue que le hace ver chispas doradas.

Su madre, atónita. Extendiendo los brazos. Rodeándolo con ellos. Su calor. Su olor. La sorpresa y el asombro y la felicidad en su cara.

Bird, exclama. Ay, Bird. Me has encontrado.

Dos

Así que está aquí: Bird. Su Bird.

Más alto de lo que se esperaba. Más delgado. Los últimos signos de redondez infantil casi han desaparecido de su cara. Una cara delgada, guapa, una cara escéptica, una mueca decidida en la boca, una cuadratura de la mandíbula que no sabe de dónde ha sacado. De Ethan no; de ella tampoco, desde luego.

Bird, dice. Cuánto has crecido.

Bueno, dice él repentinamente reservado. Ha pasado bastante tiempo.

No se fía de ella, se ha dado cuenta: por cómo se ha quedado cerca de la puerta y evita mirarla a los ojos. Aún, piensa. No se fía de ella aún. Apaga la luz.

Hay que evitar llamar la atención, dice.

Sabe que Bird está pensando: «¿Qué es este lugar?».

El pasillo es estrecho y a su espalda las pisadas de Bird se espacian mientras camina entre paredes que le son desconocidas. Un paso titubeante, una pausa. Las suelas de sus zapatillas arañan el suelo cuando arrastra los pies.

Por aquí, dice. Espera. Ten cuidado. En esta parte el suelo es irregular. Ve despacio.

Habla deprisa, está inusualmente parlanchina, con las palabras atropellándose las unas a las otras a medida que salen de su boca, pero no puede evitarlo.

Sabía que lo adivinarías, dice mientras caminan por el pasillo en penumbra. Sabía que eras lo bastante listo.

¿Cómo lo sabías?, pregunta Bird.

A la entrada del cuarto de estar se detiene y espera que su hijo la alcance y la mano de este le roza el arranque de la espalda buscando algo conocido, algo estable. Quiere cogerla entre las suyas, llevársela a la cara, pero sabe que aún no está preparado.

Alguien me lo dijo, contesta.

Después de la oscuridad del pasillo, el cuarto de estar es cegador. La mano de Bird vuela a protegerse los ojos, como si hubiera entrado en un sol ardiente. Lo mira enfocar la habitación, examinarla poco a poco. El empapelado, levantado por algunas zonas, igual que piel vieja. Un sofá desgastado y deshilachado arrinconado contra la pared, una mesita plegable cubierta de herramientas. Una única lámpara sin la pantalla, con la bombilla desnuda, insolente. Ve a su madre mirar los tableros clavados a los marcos de las ventanas, los tragaluces empañados del techo por los que se ha colado lluvia. A sí misma, greñuda y desaliñada, vestida con una camiseta vieja y unos vaqueros desgastados. Escondida igual que un ermitaño en la turbia

oscuridad. No es donde esperaba encontrarla. Tampoco es quien esperaba encontrar.

Debes de estar cansado, dice. Te he preparado una habitación.

Lo lleva al piso de arriba y una larga alfombra naranja rojizo amortigua sus pisadas. El empapelado de la pared está todo lleno de manchas cuadradas donde una vez hubo cuadros.

¿De quién es esta casa?

De nadie ya. Cuidado. Mira por dónde pisas. En esta parte la barandilla está rota.

Ya en el rellano, abre la puerta al final de las escaleras. Érase una vez una habitación amplia que claramente perteneció a un niño pequeño: cuando enciende el interruptor, la lámpara del techo es una cara de payaso con un tornillo en forma de nariz roja sujetando la pantalla de cristal. En el rincón todavía hay una cuna, con uno de los laterales abatidos y el colchón desnudo. Ha barrido la habitación, pero eso no la hace acogedora. Parte de la escayola del techo se ha caído y deja ver los delgados listones de madera, igual que huesos, que hay debajo. Las ventanas están tapadas con algo negro.

Bolsas de basura, explica. Para que no salga la luz. Hay que tener cuidado; los vecinos creen que la casa está abandonada.

Bird deja la cartera en el suelo, apoya una mano en el plástico sujeto al marco de la ventana. Ella ha hecho lo mismo muchas veces, ha notado el leve temblor cada vez que pasa un coche por la calle.

Te lo había preparado por si venías. Alisa un saco de dormir extendido sobre el asiento de la ventana, ahueca la almohadita en la parte de arriba. Siento no tener una cama de verdad. Al menos es más cómodo que dormir en el suelo.

Bird encoge un hombro y medio le da la espalda. Fuera, el delgado lamento de una sirena se cuela por las cortinas de plástico, aumenta de volumen, luego baja. Si las cosas fueran distintas, piensa, si hubiera estado todos esos años con él, como habría sido lo normal, quizá este lenguaje corporal le resultaría menos extraño. El lenguaje de los que empiezan a mudar la piel de la infancia: todo gestos y subtexto, todo reserva y desdén. Quizá habría aprendido a descifrarlo. Se pregunta si Ethan lo ha hecho.

¿Tienes hambre?, pregunta y, aunque está casi segura de que es una mentira, Bird niega con la cabeza. Pues entonces descansa, dice. Hablaremos luego.

Se queda callada y se vuelve.

Bird. Cómo me alegra que estés aquí.

Cuando era un niño pequeño acostumbraba a llorar cada vez que alguien lloraba. Determinadas canciones del estéreo le producían un doloroso hormigueo y un gesto

tan insignificante como mover un dedo agudizaba su sufrimiento. Qué atroz que Jackie Paper se hubiera ido para siempre. Menuda tragedia que se marchara de casa después de muchos años de vivir sola. Qué aterrador ser el único chico que vive en Nueva York. La música lo despellejaba, nota a nota, y los músculos expuestos le dolían y escocían. Para, mamá, lloraba, haz que «pare», y Margaret, aterrada, corría al aparato de música, pausaba la canción y lo abrazaba.

La asombraban la avidez y la intensidad con que vivía las cosas. Era un niño callado que observaba con atención, que se empapaba de todo: lo bueno y lo malo, la alegría y el dolor. Los pezones rosas henchidos del cerezo en flor. La golondrina muerta encogida en la acera. El alegre ascenso de globos sueltos hacia el ancho cielo azul. Qué porosa era la frontera entre él y el mundo, todo parecía fluir a través de él igual que agua a través de una red. Solía preocuparse por él, por cómo se desenvolvería en un mundo áspero, un corazón tierno y desnudo, latiendo a la intemperie, donde cualquier cosa podía herirlo.

El chico que tiene delante se parece a Bird y habla como Bird. Lo habría reconocido en cualquier parte. Pero ahora hay algo entre ambos, algo que le impide verlo bien, algo opaco y duro, un caparazón. Que lo mantiene siempre fuera de su alcance. Algo ha cicatrizado alrededor de él. Ay, Bird, piensa.

Ya en el piso de arriba, Bird se asoma al pasillo. No hay luz, solo un leve resplandor giboso en la pared, procedente de una única lámpara en el piso de abajo. Pasa de puntillas delante de varias habitaciones oscuras. En el cuarto de baño, el váter y el lavabo tienen manchas verdes y de suciedad; el musgo forma una alfombra de vegetación en la bañera oxidada. Solo parece haber otra habitación ocupada. En un rincón hay un colchón desnudo y al lado, también en el suelo, una lámpara de mesa vieja, sin pantalla. El cuarto de su madre. El intenso olor a sudor en el aire. Su madre, que plantaba flores a la luz del sol y por las noches le susurraba historias al oído, se ha convertido, no sabe cómo, en esta extraña mujer que acecha en las sombras. Le gustaría que estuviera allí su padre para que le explicara. Para que lo ayudara a entender. A decidir qué hacer.

De vuelta en el descansillo, la luz del piso de abajo llega sucia, como de segunda mano, y tiene que guiarse con las yemas de sus dedos por el pasillo para volver a su habitación solitaria.

Cuando Bird se despierta, Margaret está sentada en el suelo junto a su cama. Tiene los pies recogidos bajo el cuerpo en la gastada alfombra y los ojos posados en su cara. Como si lo hubiera estado estudiando mientras dormía, esperando pacientemente a que se despierte. Y así ha sido.

¿Qué hora es?, dice Bird con voz ronca. Con las ventanas oscurecidas es imposible saber si es de noche o de día.

Poco más de medianoche, dice ella.

Le ha llevado una taza de café instantáneo. Que no le gusta, lo ve en su cara, pues claro que no le gusta, qué clase de madre le da café a su hijo, debería haberle llevado otra cosa, aunque solo tiene café. Ha perdido práctica en eso, en todo. Pero la taza está caliente, lo que se agradece en la habitación tan fría, y Bird se incorpora con esfuerzo y da un sorbo. También ella da un sorbo al suyo. Está amargo, pero reconforta. Como una medicina fuerte.

El gas está cerrado, dice. Así que no hay calefacción ni se puede cocinar. Solo con un hornillo. Pero el agua y la luz sí están dadas. Y es todo lo que necesito.

¿Qué es este sitio?, pregunta Bird, pero no le contesta. Hay otras cosas que tiene que explicarle antes de eso. Empieza por el principio, se dice a sí misma. Para eso le has hecho venir.

Bird, dice, quiero enseñarte algo.

Le hace subir otro tramo de escaleras, hasta el tercer piso, donde todas las habitaciones están vacías. Detrás de las puertas entornadas, los suelos de madera desnuda parecen aguas profundas: oscuridad dando paso a más oscuridad. Ha entrado en ellas una vez, el día que llegó. El polvo había formado montones como cuando nieva. Muebles viejos, a los que faltaban patas y brazos, medio arrodillados en el suelo; un tocadiscos con el disco aún puesto, demasiado rayado para sonar. Había señales del exterior por todas partes, entrando a hurtadillas, apropiándose del lugar. En el cuarto de baño, una larga rama de hiedra había entrado por un cristal roto y buscaba a tientas el picaporte; en uno de los dormitorios encontró un bosque de hongos brotados en la alfombra empapada de lluvia debajo de una grieta en la pared.

Ahora, al final de las escaleras, palpa las sombras en busca de la cuerda y, cuando por fin la encuentra y tira de ella, baja una trampilla, se despliega una escalera de mano. Su instinto es coger de la mano a Bird, guiarlo, pero se resiste. Como sabe que haría él.

Por aquí, dice, y entra en la penumbra espesa y turbia. Sin esperarlo.

Oye a Bird a su espalda apoyar un pie algo vacilante al principio en el primer peldaño. Se obliga a seguir adelante, a alejarse de él. A confiar en que la seguirá. Al llegar al fondo, da media vuelta y lo mira por primera vez. Ella tiene los ojos acostumbrados ya a la oscuridad, pero él no, y la sigue más de oído que de vista, buscando el camino a tientas. Guiándose por las vigas que recorren el suelo igual que vías de tren. Hay polvo y hace frío y pequeñas esquirlas de luz de luna se cuelan por rendijas en el enlucido y forman barrotes de luz que evita agachando la cabeza

mientras recorre el ático. Cuando llega hasta su madre, esta empuja la trampilla del techo con el hombro.

Ya estamos, dice mientras la trampilla cede con un chirrido. Ten cuidado.

Salen a la azotea y entran en una charca de luz nocturna. Hace frío y el viento araña los tejados de la ciudad igual que un cuchillo rasando harina en una taza, pero al verlo Margaret se conmueve. Cuánta belleza.

A su alrededor, la ciudad se extiende igual que un paño caído, todo picos, arrugas y pliegues escondidos. A pesar de la hora, aquí y allí cintas luminosas de coches zigzaguean por las calles; a lo lejos, un bosque de árboles de acero crece buscando la luna. Logra distinguir el resplandor estrellado de ventanas lejanas que reflejan jirones de luz de luna en sus cristales oscurecidos.

La azotea está vacía; aquí arriba solo están la ciudad y el cielo, y ellos dos. No hay barandilla, solo el borde recto y liso que da al nivel inferior. Oye a Bird contener la respiración a su lado y, por un instante, lo ve: su hijo, tal y como lo recordaba. Curioso, alerta. Con ojos brillantes. Asombrado de que haya tanta vida ahí fuera.

No sa..., empieza a decir Bird y se interrumpe. Despacio, da un paso en el suelo liso de la azotea, y a continuación otro. Con cautela, como si pisara un terreno rocoso. No sabía que la ciudad fuera tan grande, dice. Extiende una mano como si con la punta de un dedo pudiera rozar la cúspide de un rascacielos del centro.

Es impresionante, dice Margaret. Solo subo aquí de noche. Por si hay alguien mirando. Es increíble, ¿verdad?, continúa, girándose hacia el horizonte. La primera vez que vine a la ciudad, cuando era joven, caminaba a todas partes siempre que podía. Para verlo todo.

Bird gira imperceptiblemente la cabeza hacia ella y comprende que ha conseguido interesarlo. Finge no darse cuenta.

Claro que, gracias a mi trabajo, pude ver mucho, dice. Aprendí a orientarme bastante bien.

Se interrumpe, y espera. Se pregunta si Ethan le habrá contado algo. Si Bird tiene alguna idea de lo ocurrido. Pero, al cabo de un momento, Bird muerde el anzuelo.

¿Qué trabajo?, pregunta sin girarse. Como si le diera absolutamente igual.

De mensajera, contesta. Llevando cartas, y cosas. Durante la Crisis. Iba en bicicleta, añade, a modo de acotación.

Bird no dice nada, pero, por un instante, la fina gasa que los separa desaparece. Nunca le ha contado nada de cuando vivió en Nueva York, de su vida antes de nacer él; primero era demasiado pequeño y luego ya no estaban juntos. Por lo que Bird sabe, su vida antes de él es una página en blanco. Lo mira asimilar esta información nueva. Esta imagen nueva de su madre: pedaleando por la ciudad, llevando cosas.

¿Qué clase de cosas?, dice.

Entregas a domicilio sobre todo. A veces documentos para firmar. Por entonces muchos sitios cerraban y no había muchos camiones. Los repartidores en bicicleta éramos más baratos y rápidos; además, la gasolina estaba carísima.

Mira la cara de Bird. A veces comida, sigue diciendo. Y medicinas, cuando la gente estaba enferma y no podía salir. La recogíamos en la farmacia y se la dejábamos en la puerta.

¿Recogíamos?, dice Bird.

Éramos muchos. Todos intentando salir adelante.

Considera la posibilidad de contarle más cosas. Espera, decide.

¿Así es como conociste a mi padre?

Margaret niega con la cabeza.

Él vivía en un mundo diferente. Era estudiante. Que nos conociéramos fue un accidente.

Se interrumpe.

¿Qué tal está?, pregunta. Dudando si preguntar lo que de verdad quiere saber: quién es él ahora, si ha cambiado en todos estos años que llevan separados, después de todo lo ocurrido. Debe de estar muerto de preocupación por Bird, piensa, con una punzada de arrepentimiento. Le gustaría poder llamarlo. Asegurarle que Bird está bien. Pero es demasiado peligroso; no ha cambiado nada. Todavía no. Ethan tendrá que confiar en ella, igual que ha confiado ella todo este tiempo en que él mantendría a salvo al hijo de los dos.

Bird no contesta, un único hombro sube y vuelve a caer, es tan contenido que ni siquiera sus hombros se ponen de acuerdo para encogerse a la vez.

Está bien, dice. Creo.

Ella espera conteniendo la respiración, pero Bird no añade nada. Durante todo este rato no ha apartado la vista de la ciudad a sus pies, del apretado enjambre que vibra en ella. Tiene una mano todavía medio levantada, como si quisiera apoyarse en el aire, o tocar el borde de un rascacielos. Su madre espera, deja que el momento respire y flote, confiando en que aterrice solo.

¿Por qué te fuiste?, dice Bird por fin.

Es más fácil preguntar estas cosas aquí arriba; donde todo, excepto ellos dos, es pequeño y lejano.

Margaret abre mucho los brazos como si fuera a saltar, echa la cabeza hacia atrás, cierra los ojos. La luz de la luna atrapa su pelo y lo escarcha de destellos plateados. Por un momento, allí inmóvil, parece el mascarón de proa de un barco que surca audaz aguas nuevas y desconocidas. Entonces deja caer los brazos a ambos lados del cuerpo y se gira de nuevo hacia Bird.

Te lo voy a contar, dice. Te lo contaré todo si prometes escuchar.

Empieza la historia mientras trabaja: encorvada sobre la mesa plegable, con tirabuzones de cable y largos trozos de tubería esparcidos delante de ella. Selecciona con cuidado una tubería y, con un cúter, va recortando segmentos del tamaño de su dedo pulgar cuyos bordes alisa después con una lima. La envuelve un halo de polvo plateado. Bird está sentado en el borde de la alfombra, esperando. Mirando. Fuera, al otro lado de las ventanas oscurecidas, la luz de la mañana tiñe despacio el mundo en grisalla.

Primero déjame contarte, dice su madre, cómo llegué a esta ciudad.

Las aspiraciones de sus padres los llevaron a cruzar el océano, de manera que le pusieron un nombre ambicioso: Margaret. Una primera ministra, una princesa, una santa. Un nombre con un pedigrí tan viejo como el tiempo, un recio tronco que crece de raíces robustas: en francés, *la marguerite:* la flor; en latín, *margarita,* la perla. Tanto su madre como su padre habían sido buenos católicos cuando vivían en Kowloon, educados por curas y monjas, criados a base de obleas santificadas, visitas al confesonario y misa diaria. Santa Margarita, vencedora de dragones, a menudo representada con medio cuerpo dentro de las fauces de uno.

Algo de lo que no se enteraría hasta más tarde: la bomba en su buzón dos meses antes de nacer. Que bastó para arrancar la puerta de aluminio de sus goznes y abarquillarla desde dentro, como si una criatura diminuta y rabiosa hubiera intentado salir a puñetazos. Buzón nuevo, casa nueva. Su padre era el nuevo ingeniero en la fábrica de un pueblo del «cinturón del óxido». Carga explosiva mínima, dijo la policía. Una broma pesada, a saber por qué. Cuando se fueron, el padre de Margaret se puso a arrancar el poste de metal retorcido con el pelo pegado a la frente por el sudor. La madre de Margaret lo miraba desde el umbral con una mano en el vientre. Margaret aún crecía dentro. Desde sus ventanas, los nuevos vecinos también miraban, en silencio. Cuando salió el poste y el buzón roto cayó al suelo con estrépito, se apartaron de las ventanas.

Faltaban décadas para la ley PACT, pero sus padres ya la padecían: los ojos del vecindario escrutaban cada uno de sus movimientos. Pasar desapercibidos era la mejor opción, decidieron. Así que cuando nació Margaret, la vistieron con petos de pana rosa y merceditas, le ponían lazos en las coletas. Cuando creció, empezaron a comprarle la ropa que llevaba la maniquí descabezada de los almacenes; Margaret vestía lo que vestía ella. Estudiaban en secreto a los niños del vecindario y le

compraban lo que veían: muñecas Barbie, una Casa de los Sueños, una muñeca Repollo llamada Susanna Marigold. Una bicicleta rosa con cintas blancas en el manillar, un horno de juguete que hacía brownies al calor de una bombilla. Camuflaje de barrio residencial sacado del catálogo de Sears. El refrán de su padre: El palo apalea siempre el pájaro que más alto picotea. El de su madre: El clavo que sobresale termina hundido. No recuerda haber oído a sus padres decir una sola palabra en cantonés. Hasta más tarde no sería consciente de lo que se había perdido.

Los viernes pedían pizza y jugaban a juegos de mesa: los domingos iban a misa y eran las únicas cabezas de pelo oscuro en la iglesia. Su padre empezó a ver fútbol americano y a beber cerveza con los hombres del vecindario. Su madre se compró un juego de fuentes CorningWare y aprendió a hacer guisos en el horno. En cuanto a Margaret, era estudiosa y le encantaba la poesía. Al igual que sus padres, se esforzaba por ser «una más» y se aferraba con firmeza a la cima de la campana de Gauss. Llamar la atención equivalía a invitar a la depredación; era mejor mimetizarse con el paisaje. Sacaba notas medianas, cumplía expectativas pero rara vez las sobrepasaba, no causaba problemas ni daba ejemplo. Graduación, una beca para estudiar en Nueva York. En «la ciudad», como la llamaba siempre su madre. Como si no hubiera otra. Y una promesa intangible que la atraía: en la ciudad, otras maneras de ser eran posibles. Hasta que la mugre de la ciudad erosionó el esmalte que la recubría y dejó al descubierto algo ígneo que latía en su interior.

En aquellos primeros días vestía como pensaba que vestían las neoyorquinas: vaqueros negros, tacones, blusa de seda. Glamur, sofisticación. Misterio. Hasta que, a los dos días de llegar, se bajó de la línea N y una figura barbada con un vestido de fiesta color esmeralda pasó a su lado, se recogió la falda y se apretujó en el asiento que acababa de dejar ella libre. Ni una sola cabeza se volvió a mirar y, mientras se cerraban las puertas, la persona se sacó un ejemplar de *The New Yorker* de entre los pliegues del vestido y empezó a leer, luego el tren se la llevó y desapareció de la vista. Durante los días que siguieron vio muchas más cosas. Un hombre pedaleando entre el tráfico atascado e imitando ruido de sirenas. «NiiNOO niiNOO.» Una mujer mayor con bastón cojeando Broadway abajo mientras bailaba y cantaba a voz en cuello: «Nuestro Dios es un Dios asombroso / Reina desde los Cielos». Un hombre apretando a una mujer contra el lateral de los escalones de entrada a una casa, con las piernas de ella rodeándole la cintura mientras el callejón resonaba con sus gritos y los retrasmitía amplificados a la calle vecina. Nadie se detuvo, ni sonrió con desdén, ni miró; todos siguieron camino a toda prisa, pendientes de sus propios asuntos, de sus propias vidas. Empezó a llover, cortinas de agua encerraron la ciudad, y cuando Margaret se refugió en una librería cercana con el pelo pegado y empapada, nadie movió una pestaña. Allí nadie se fijaba en ella, se dio cuenta. Lo que significaba que

podía hacer lo que quisiera, ser quien quisiera. Fue al cuarto de baño, se quitó los calcetines mojados, los secó bajo en secador de manos y nadie dijo una palabra. Cuando estuvieron secos volvió a ponérselos y notó el calor envolverle los dedos de los pies. Nunca se había sentido tan libre.

Se cortó el pelo, luego añadió un mechón morado. Para comprobar hasta dónde podía llegar sin que nadie girara la cabeza, se volviera a mirarla. Fue cambiando una a una sus prendas de vestir: tacones más altos, faldas más cortas, vaqueros rotos con más agujeros que tela. Se hizo piercings. Nadie volvía la cabeza para mirarla. No como en su ciudad natal, donde la gente siempre volvía la cabeza dos, incluso tres veces. Donde su comportamiento tenía que ser siempre impecable y no dar motivos para fijarse en ella: un pájaro que agacha la cabeza, un clavo bien incrustado en madera blanda y segura. Pasar desapercibido era la clave para sobrevivir.

Ya entonces las cosas habían empezado a crisparse. Menos horas, salarios más bajos. Precios en alza. Pero todavía no era algo generalizado. Aún se veía a gente comprándose ropa nueva, comiendo en restaurantes. Por las noches, determinadas zonas de la ciudad seguían centelleando y vibrando con la energía colectiva de personas que se reunían solo para sentirse jóvenes y vivas en la oscuridad. Aún era posible disfrutar de cosas. Perder el tiempo. Aún era posible sentarse en un banco o en las escaleras de entrada de una casa y mirar pasar a otras personas sonriendo y riendo, y devolverles la sonrisa.

Margaret se zambulló en la ciudad. Consiguió un trabajo de camarera. Se saltaba las clases y daba largos paseos por la ciudad, explorando hasta su último rincón, devorándola. Hizo amigos. Entonces en Chinatown aún se oía hablar cantonés y empezó a comprar periódicos chinos y un diccionario, de noche estudiaba los caracteres, memorizaba sus elementos y sus sonidos igual que se memoriza el cuerpo de un amante. Por primera vez entendió que su antigua vida la había oprimido igual que un abrigo demasiado estrecho. Aprendió a beber alcohol, y a coquetear. Aprendió a dar placer y a recibirlo. Para entonces ya escribía, garabateaba versos en papeles sueltos, en tiques de la compra, en el dorso blanco de envoltorios de chicles de menta, y cada palabra era una esquirla de diamante, con filos de pedernal punzante. Parecían obra de otra persona, alguien a quien no había sido consciente de llevar dentro. La Crisis se acercaba, era inminente, pero seguía habiendo revistas y tiempo para la poesía, también personas interesadas en leerla, y a los editores les gustaba su ritmo impetuoso, la flexibilidad hermosa e indómita de sus versos. Imágenes que te clavaban los dientes en el corazón y se negaban a soltarlo. Nunca le pagaban, pero le daba igual. Por las noches sus amigos y ella hacían un fondo común de billetes y monedas para comprar vino que bebían en vasos de plástico en la habitación del colegio mayor de alguno, sentados en círculo y con bocas manchadas

de rojo.

En aquellos días la ciudad estaba en estado febril, como si todos presintieran la tormenta, el aire era eléctrico, cargado de posibilidades. A sus padres aquello les parecía una locura, pero para ella era el camino más cuerdo y lógico: si el mundo estaba en llamas, lo mejor que podías hacer era arder con él. Veladas que se prolongaban hasta el amanecer; dinero suficiente para comprarse un café allí donde la encontrara el día. Volver a casa caminando de madrugada para ahorrarse un taxi, mirando la ciudad pasar del gris al dorado a medida que salía el sol. Iba a fiestas, bailaba, besaba a desconocidos solo para ver qué ocurría. A menudo terminaban en una cama: la de ella, la de él, la de otra persona. Hombres hermosos. Mujeres hermosas. El mundo por entonces estaba lleno de ellos, furiosamente incandescentes como estrellas que agonizan.

Más tarde, cuando recordaba aquella época, imaginaba un cabaré con el aire denso, negro y humeante a su alrededor. Cuerpos chocando, resbaladizos por el sudor. Motas de luz ciñendo el espacio, iluminando fragmentos: un ojo, un labio, una mano, un pecho. La sensación de fundirse con la gente, de latido colectivo amorfo y sudoroso. Sobre sus cabezas: luces intensas que los deslumbraban a la hora de cerrar, si es que seguían allí. Bajo los pies danzantes, el suelo pegajoso de licor derramado. Aún no había toque de queda.

Empezó poco a poco, como empiezan la mayoría de las cosas. Era su penúltimo año de universidad. Comercios que empezaron a echar el cierre con los escaparates enjabonados. Al principio solo aquí y allí, como caries en una dentadura, hasta que, de pronto, por todo el país había manzanas enteras deshabitadas. Los alquileres eran demasiado altos. Los clientes demasiado escasos. Más mendigos que agitaban vasos de papel rescatados de los cubos de basura con monedas, más carteles escritos a rotulador en trozos de cartón. TENGO 5 HIJOS. ESTOY SIN TRABAJO. AGRADEZCO CUALQUIER AYUDA. Todo costaba más y todos tenían menos para gastar. Las tiendas de ropa cambiaban una y otra vez las etiquetas de los jerséis: diez por ciento de descuento, veinte, cuarenta y cinco, y aun así, seguían en las perchas. Nadie se los probaba siquiera. Nadie tenía ya ni el tiempo ni el dinero. Una de cada diez personas estaba desempleada, decían las estadísticas. Después, una de cada cinco. La gente empezó a quedarse sin coche, después sin casa. Empezó a perder la paciencia.

El restaurante donde Margaret trabajaba cerró: llevaba cuarenta y cinco años abierto, pero nadie entraba ya, a excepción de hombres que pedían un café y hacían tiempo en las mesas esquineras dándole sorbos cuando ya llevaba frío mucho rato. Su jefe lloró al echar el cierre metálico de la puerta; siendo niño había jugado detrás de la barra. Cuando Margaret preguntó en otros restaurantes si necesitaban camareros,

algunos rieron. Otros se limitaron a negar con la cabeza. Un encargado le aconsejó con amabilidad que se fuera a casa. Va a ir a peor, dijo, antes de mejorar. Si es que mejora. Tenía una hija de aproximadamente su edad que también acababa de quedarse sin trabajo.

Los economistas nunca llegaron a ponerse de acuerdo del todo sobre las causas: algunos dijeron que no era más que un ciclo negativo, que estas cosas ocurrían periódicamente, como las plagas de cigarras, o las epidemias. Había quien culpaba a la especulación, a la inflación o a la falta de confianza de los consumidores, aunque nunca quedaba claro qué era lo que causaba estas cosas. Otros muchos sacaron a relucir viejas rencillas en busca de un culpable; al cabo de unos pocos años se decidieron por China, la perpetua amenaza amarilla. Atribuyeron a su sabotaje cada traspié y cada fractura de la Crisis. Pero al principio solo coincidieron en una cosa: aquella era la peor crisis desde la década de 1980, luego desde la Gran Depresión, y a partir de ahí, dejaron de establecer comparaciones.

Aquellos que habían estado en lo más alto cerraron sus puertas con llave, se atrincheraron a esperar a que pasara. A medida que iban cerrando los comercios, compraban más lejos y más caro. Aquellos que habían vivido con «holgura» se apretaron el cinturón, empezaron a recortar cupones, a recortar gastos, a recortar todo lo que podían: adiós a los viajes, a las actividades de tiempo libre, todo era recortar y recortar. Aquellos que apenas lograban estirar la paga de un viernes a otro entraron en una espiral de pérdidas: primero el empleo, luego el alquiler, por último el orgullo. Gente de todo el país que no podía pagar el alquiler; había desahucios todos los días. Las imágenes estaban por todas partes: muebles sacados sin contemplaciones a la calle, familias acurrucadas en sus sofás en la acera, los viandantes mirando boquiabiertos a los caseros cambiar las cerraduras.

Una «corrección», lo llamaron al principio las noticias, como si todo ese tiempo en el que la gente había más o menos salido adelante, había tenido comida en la mesa y un techo bajo el que vivir hubiera sido un error; como si las cosas estuvieran mejorando en lugar de empeorar. En Houston, las colas en los bancos de alimentos se alargaban varias manzanas; en Sacramento uno esperaba durante horas y volvía con una lata de alubias, unas pocas cajas de galletas saladas. En Boston había gente que hacía cola solo para pasar la noche dormitando en el banco de una iglesia.

Pronto hubo protestas en las calles. Huelgas. Manifestaciones pacíficas. Manifestaciones armadas. Ventanas rotas, cosas robadas o quemadas. Agentes de policía con uniforme antidisturbios. La historia se repetía, a diferentes escalas, en todo el país. En Nueva York, Margaret vio cómo la ciudad se vaciaba. Los que tenían casa o familia en otros lugares buscaron refugio en ellos, compartiendo gastos, apañándoselas. Los que no tenían desaparecieron de otras formas: se escondieron, se

encerraron o murieron. De pronto se oían trinos de pájaros entre las columnas de los edificios. Los periódicos empezaron a hablar de «crisis económica» y luego, cuando pasó a ser algo más que económica, a medida que la gente perdía la confianza, las razones para vivir, la voluntad de levantarse por las mañanas, la capacidad de seguir luchando, la fe en que algo podía cambiar, el recuerdo de cuando las cosas eran distintas, la esperanza de que algo mejoraría, fueron calando otras expresiones. «La continuada crisis nacional», no dejaban de repetir los titulares, y pronto empezaron a economizar el lenguaje: la Crisis. La ce mayúscula era el único despilfarro que se permitían.

En la universidad, las clases se pospusieron, después se cancelaron. El colegio mayor se fue quedando en silencio a medida que los padres pedían a sus hijos que volvieran a la seguridad del hogar. Los padres de Margaret solo tenían noticias sombrías: despidos en la fábrica, desabastecimiento en las tiendas. Yo estoy bien, les decía Margaret, me quedo aquí, no pasa nada, no os preocupéis. Cuidaos. Os quiero. Después de colgar el teléfono peinaba los pasillos y rescataba lo que podía de bolsas de basura abandonadas al salir. Ropa y zapatos que le quedaban grandes, pero que cogía de todas maneras. Mantas y libros, paquetes de galletas a medio comer. La mayoría de las habitaciones estaban cerradas, con las pizarras para mensajes de las puertas en blanco, salvo una que tenía garabateado en negro: NOS VEMOS EN EL OTRO LADO. Tocó las letras con un dedo. Rotulador indeleble.

Tres semanas después se cruzó con alguien en los pasillos por primera vez: Domi. Cuando aún había clases habían coincidido en una asignatura: Marxismo y Literatura del siglo XX. Domi, chic y cosmopolita, con la raya de los ojos apuntando al cielo. Domi, que se pronuncia «doumi» y rima con *show me,* decía arqueando una ceja. Ahora, sin maquillaje, sus ojos parecían más grandes, más jóvenes. De conejillo más que de halcón.

No pensaba que hubiera nadie más tan loco como para seguir aquí, dijo Domi. Ven conmigo, anda.

Domi tenía una expareja que tenía una novia cuya hermana vivía en un apartamento de dos habitaciones en Dumbo. Ahora se apretujaban en él seis personas: la hermana con su novio en una habitación, el ex y su nueva pareja en otra, Domi en el sofá y Margaret en un saco de dormir en el suelo del cuarto de estar. La habitación era tan pequeña que si extendían los brazos en la oscuridad podían entrelazar los dedos.

Todo esto le cuenta a Bird en la penumbra de la casa de piedra arenisca mientras desenrolla alambre de la bobina, le quita el plástico rojo hasta dejar la brillante médula de cobre al descubierto. Trabaja con tal destreza, con tal precisión, que es

como ver a un relojero montar un reloj. Bird está sentado abrazándose las rodillas, hipnotizado: por su historia, por sus manos. Al otro lado de las ventanas oscurecidas es media mañana, la Crisis hace tiempo que terminó, la ciudad late y bulle, pero allí dentro, en el resplandor de la única lámpara, reina un silencio mágico. Los dos juntos en una burbuja insonora, escuchando.

La hermana del apartamento era una de las pocas personas que conservaba su empleo. Trabajaba para el alcalde, atendiendo el teléfono e intentando poner a los ciudadanos en contacto con los servicios que necesitaban. Lo que los ciudadanos necesitaban era dinero para el alquiler, comida, medicamentos. Que los tranquilizaran y reconfortaran. Lo único que ella podía ofrecer era compasión, la promesa de transmitir sus preocupaciones. Otro número al que llamar. En ocasiones, ladrillos rotos atravesaban los cristales de la oficina; otros días eran balas. Las mesas pronto terminaron amontonadas en el centro de las oficinas. Su novio era guarda de seguridad en un rascacielos vacío en el Midtown, en otro tiempo tan ajetreado que tenía tres conjuntos de ascensores: uno para la mitad inferior, otro para la superior y otro que iba directo a la azotea. Ahora que habían mandado a todo el mundo a casa –de vacaciones sin sueldo o directamente despedidos–, se dedicaba a dar vueltas por el vestíbulo debajo de ochenta y un pisos de habitaciones abandonadas. Arriba había ordenadores, sillas de trabajo ergonómicas, sofás de cuero color tabaco. Sus usuarios ya no podían acceder al edificio y sus propietarios estaban en sus casas de Long Island, en Connecticut, en Key West, esperando a que amainara la Crisis. Un día en que ninguno tenía dinero y todos estaban hambrientos, el novio subió a hurtadillas, birló un portátil, lo vendió y volvió a casa con nueve bolsas de plástico llenas hasta reventar de comida, tan pesadas que le dejaron marcas en las manos. Les sirvieron para comer durante dos semanas.

El ex de Domi y su novia aceptaban cualquier trabajillo que encontraban: tapiando ventanas de comercios arruinados, cargando cajas en camiones para los que abandonaban la ciudad. Él era un hombre bajo y fuerte, calvo por decisión propia; su nueva novia tenía pelo rubio oscuro y era enjuta y ágil, ambos siempre estaban atentos a las oportunidades. El cierre de un almacén en Queens fue motivo de celebración: casi un mes de paga cargando un palé tras otro a un barco mercante hasta que zarpó –de vuelta a Taiwán o quizá a Corea, ninguno lo sabía, simplemente se «fue»– y el almacén se quedó vacío y lleno de eco, con haces de luz del sol cortando el aire lleno de partículas de polvo. Cuando no encontraban trabajo, rebuscaban en la basura cualquier cosa que pudieran reutilizar. Visitaban los barrios ricos, donde la basura contenía tesoros, mientras los dueños los observaban desde

arriba, detrás de ventanas de doble cristal, como si fueran cuervos picoteando carroña. En una ocasión vieron a un hombre al que se llevaban en camilla y tapado con una sábana blanca en Park Slope. Su casa de piedra arenisca quedaba de momento sin vigilar. Cuando oscureció, volvieron y entraron sin ser vistos. Los muebles y la ropa ya habían desaparecido, pero arrancaron metros de tuberías de cobre y de cableado de las paredes y la novia encontró un reloj pequeño, de pulsera, que funcionaba y con la inscripción: «De A para C», que se encajó en la muñeca antes de que los dos se perdieran en la noche con su botín. Ninguno se sentía culpable, al menos no entonces. Podías dejar que las cosas cogieran polvo sin que nadie las aprovechara o podías convertirlas en calor, en un estómago lleno, en una velada alegre y eufórica gracias al alcohol mientras esperabas a que terminara la crisis, o el mundo. La elección era sencilla.

En cuanto a Domi y Margaret, se hicieron mensajeras. Pedaleaban por la ciudad, recorrían calles medio vacías en el silencio inquietante de un Manhattan casi desierto. Era más barato que mandar cosas por correo y la oficina postal tenía problemas para funcionar –menos fondos, carteros despedidos, el combustible a precios desorbitados, paquetes robados directamente de los camiones–, y, por tres dólares, un ciclista podía hacer una entrega en una hora. Empezó Margaret: una mañana encontró una bicicleta apoyada en la escalera de entrada de una casa y cuando vio que seguía allí por la noche, sin encadenar, la cogió sin vacilar. Una flota de mensajeros atravesaba la ciudad en zigzag y se fue aprendiendo sus caras, sus nombres a medida que sus caminos coincidían. Unas semanas después, cuando encontraron otra bicicleta, se les unió Domi.

Por las noches, algunas zonas de la ciudad se ponían feas. Hombres sin trabajo se sentaban en los parques y gastaban sus últimos dólares en una botella de whisky y, para cuando anochecía, estaban resentidos y beligerantes. Las mujeres aprendían por las malas a evitarlos. Ya de niña, Margaret había llegado a dominar la técnica de volver la cabeza, de calibrar el peligro a partir de un gesto, de pelear si no había escapatoria. Domi, que había crecido en Westport con su padre –residencia de verano, clases de equitación, piscina cubierta–, estaba menos preparada. En ocasiones gritaba en sueños y se tapaba la cara con las manos como si alguien estuviera tratando de sacarle los ojos. Margaret se tumbaba en la cama con ella, la abrazaba, le acariciaba el pelo y entonces Domi se tranquilizaba y se callaba. Por las mañanas, las pocas tiendas que se aferraban a la vida podían encontrarse el escaparate hecho añicos, las estanterías vacías y la alarma sonando a todo volumen sin que nadie acudiera a la llamada. Había personas que evitaban salir a la calle y pronto Margaret se encontró haciendo recados y también entregando mensajes. A cinco dólares el viaje, luego a diez, aunque a los que pasaban necesidad les cobraba un dólar.

Medicamentos de la farmacia, compras de supermercado. Tampones, pilas. Velas. Bebidas alcohólicas. Todo lo que las personas necesitaban para sobrevivir un día más. Doblaba los billetes con que le pagaban y se los guardaba dentro del sujetador; por la noche, en el apartamento, los contaba, blandos y húmedos de sudor, y los alisaba. Por aquel entonces no pensaba nunca en la poesía.

Al cabo de un tiempo te acostumbrabas: a todas las nuevas reglas que imponían el Ayuntamiento y el gobernador en un intento por mantener el orden público: cuándo se podía salir y cuándo no, cuántas personas podían reunirse a la vez: pocas, luego menos todavía. De tanto en tanto, oleadas de tristeza recorrían la ciudad, después el estado: eran pocas las personas que trabajaban y por tanto podían pagar las facturas del hospital y, en cualquier caso, no había ni médicos ni medicinas suficientes, solo recomendaciones de comprar Advil en la farmacia de la esquina, o algo más fuerte de la licorería de al lado. Colas en todas partes, escasez de todo menos de ira, de miedo y de pena. Tiendas de campaña apiñadas igual que setas a los pies de pasos elevados y puentes. A juzgar por las noticias, las cosas estaban igual en todas partes. Te acostumbrabas a hacer cola, a ver a hombres acuclillados en las aceras sosteniendo letreros garabateados en cartón: SE AGRADECE CUALQUIER AYUDA. Aprendías a vigilarlos sin mirarlos a los ojos, a evitarlos desde lejos. Aguzabas el oído a posibles gritos, al tintineo de cristales rotos; antes incluso de percibirlos, tus pies te llevaban ya por otra calle, esquivando el peligro. Te acostumbrabas a hacer bocadillos con lo que tenías: kétchup, mayonesa, sal, cualquier cosa que hiciera el pan lo bastante comestible para tragártelo, a recolar el café molido una vez, dos, en ocasiones durante una semana si era necesario; aunque fuera casi todo agua, te ayudaba a entrar en calor. Te acostumbrabas a no hablar con la gente por la calle, a pasar deprisa a su lado, siempre de camino a alguna parte, y a las sirenas que sonaban y a continuación se callaban igual que el llanto ahogado de un niño pequeño. Al cabo de un tiempo dejabas de preguntarte dónde irían, dejabas de pensar en la emergencia que iban a atender. Sabías que por ahí, en alguna parte, había personas ricas parapetadas en sus fortalezas, a salvo del hambre y del frío, si no felices, pero pronto dejabas de pensar en ellas. Dejabas de pensar en los demás. También a eso te terminabas acostumbrando, igual que te acostumbrabas a que la gente desapareciera; habían vuelto a sus lugares de nacimiento, se habían mudado a alguna parte en busca de una vida mejor, simplemente se habían ido.

A lo que no podías acostumbrarte –Margaret nunca lo hizo– era al silencio. En Times Square, los semáforos podían cambiar de rojo a verde y de nuevo a rojo sin que pasara un solo coche. En el cielo, las gaviotas gritaban y bajaban en picado hacia el puerto vacío. Cuando hablaba con sus padres eran conversaciones breves, de pocos minutos; el servicio era irregular, cada minuto costaba caro y, en realidad, lo único

que necesitaba saber era que seguían vivos. A veces atravesaba Central Park en bicicleta y no veía un alma, ni en los senderos, ni en el lago, ni rastro de otro ser humano a excepción de las tiendas de campaña que salpicaban Sheep Meadow y que aparecían de un día para otro y desaparecían a la misma velocidad si se corría la voz de que iba a haber redada policial. En el silencio entre las cosas había demasiado tiempo para cavilar y, por muy deprisa que pedaleara, no conseguía dejar atrás sus pensamientos.

Le tiemblan las manos en el resplandor color miel de la lámpara.

La Crisis. La Crisis. Bird ha crecido oyendo hablar de ella: no debemos olvidar nunca el caos que supuso la Crisis, le han dicho toda la vida; no debemos volver nunca a eso. Pero es imposible explicar lo que supuso.

Desahucios y protestas cada día, luego cada noche, gente que pedía ayuda a gritos, de la clase que fuera. La policía que disparaba balas de goma y rociaba gases lacrimógenos; coches que embestían las multitudes. Cada noche, las sirenas se encendían y sus alaridos atravesaban la ciudad; solo variaba la dirección en la que iban. Empezó a haber incendios por todo el país –una noche en Kansas City, a la siguiente en Milwaukee y Nueva Orleans–, frenéticas señales de humo de los olvidados y los desesperados. En Chicago, los tanques circulaban delante de los escaparates de la avenida Michigan para proteger su lujoso género. No había consenso sobre a quién culpar –aún– y, sin un blanco claro, la indignación, el pánico y el miedo lo inundaban todo, ardientes y espesos, hiriendo los pulmones. Estaban en las calles silenciosas y sin iluminar después del toque de queda, en las sombras gris pizarra de los edificios y en los ecos de pisadas en las aceras desiertas. Destelleaban nítidos y brillantes en los faros de los coches patrulla que pasaban, siempre de camino a un lugar más urgente, lo que equivalía a decir a cualquier lugar.

¿Cómo explicar esto a alguien que no lo ha visto? ¿Cómo explicar el miedo a alguien que nunca ha estado asustado?

Imagina, quiere decirle Margaret. Imagina que todo lo que consideras sólido se convierte en humo. Imagina que las reglas ya no sirven.

Tengo hambre, se atreve a decir Bird, y Margaret vuelve a la realidad con un respingo. Se maldice mentalmente. Hace demasiado tiempo que no cuida de nadie.

Deja los alicates y se limpia las palmas en los pantalones vaqueros.

Sé que algo tengo, dice, y revuelve en una bolsa junto al sofá. Al poco saca una barra de muesli.

Me he distraído con el trabajo, dice casi avergonzada. Se me ha olvidado que necesitaba tener comida. Toma, cómetela.

Bird quita el envoltorio a la barrita y vacila. Empieza a entenderlo todo: las

facciones afiladas de su madre, las ojeras oscuras. Sea lo que sea lo que está haciendo, la consume. Casi no come, quizá tampoco duerme. Pasa los días, y las noches, trabajando... o lo que sea que esté haciendo.

Come, dice su madre con amabilidad. Aliméntate un poco. Esta noche traeré más comida.

De debajo de la mesa saca otra bolsa de plástico: dentro hay tapones de botella, de los que llevaría una botella de dos litros. Rojos, blancos, naranjas, el enfermizo verde fluorescente de los rotuladores. Pegajosos, oliendo todavía levemente a cola, a cafeína y a burbujas ácidas. Deja un puñado en la mesa, coge uno, lo inspecciona. Los va contando de dos en dos. Lleva semanas reuniendo estos círculos pequeños y relucientes, rescatados de las aceras y de la negra boca de cubos de basura.

Pero ¿qué estás haciendo?, dice Bird entre bocado y bocado de muesli. ¿Para qué son?

Margaret coge un tapón y aparta el resto, saca un transistor del montón: tiene rayas rojas y amarillas, como virutas de la tarta de cumpleaños de un niño. Acerca el soldador a una de sus patillas de alambre y el aire se llena del aroma caliente y punzante a resina.

En lugar de contestar, dice: Déjame que te cuente cómo conocí a tu padre.

Cuando se conocieron, ella era un ser indómito.

La Crisis duraba ya dos años: «A tomar por culo todo» era su lema por entonces. Las personas llegaban y se marchaban, en ocasiones a propósito, en otras sin avisar, y nunca sabías dónde habían ido, si desaparecer había sido parte de su plan o un accidente, o algo peor. En ocasiones, durante sus repartos, la gente le escupía a la cara, le decían que todo aquello era culpa de China, la acusaban de estar chupando la sangre a América; había empezado por ponerse un pañuelo subido hasta el puente de la nariz. A tomar por culo esto, a tomar por culo todo, acordaban Domi y ella, y con ello querían decir: no te encariñes con nada ni con nadie. Sobrevive y punto. Se lo decían la una a la otra con afecto casi, a modo de saludo, o de beso de buenas noches. A tomar por culo todo, murmuraba Domi antes de que se quedaran dormidas en el cuarto de estar, y Margaret, envuelta en una manta en el suelo, le apretaba la mano y lo susurraba mientras el sudor de la jornada se les secaba en la piel hasta formar finos cristales de mugre.

Entonces apareció Ethan. El cumpleaños de Domi: todavía celebrado, celebrado con ganas, de hecho, visto el panorama. Alcohol suficiente para organizar una fiesta; el apartamento lleno de gente, al cuerno las restricciones a las reuniones numerosas; el ambiente recalentado y pegajoso, como el aliento humano. Domi ya estaba borracha y no se fijó en él, pero Margaret notó un cosquilleo en zigzag entre los

omóplatos. El amigo de un amigo de un amigo, fuera de lugar con un traje de chaqueta gris carbón. ¡Un traje! Sintió el irresistible impulso de despeinarlo. La habitación estaba brumosa y húmeda y estridente y Margaret se separó de Domi, fue hasta él y le puso una mano en la garganta y con la otra le cogió el nudo de la corbata.

Terminaron fuera, en la escalera de incendios, que era poco más que un saliente, tan estrecha que, cuando los dos se apretujaron, quedaron lo bastante cerca el uno del otro para besarse. A sus pies estaba la maceta rota de Domi llena de colillas y ceniza. Ethan, se presentó él. Acababa de graduarse en Columbia cuando la Crisis lo interrumpió todo. Durante toda la noche, en la habitación a sus espaldas, llegó y se marchó gente que reía, bebía y se olvidaba –por espacio de unas horas– de todo lo demás. Ninguno de los dos se enteró. El aire nocturno los cubrió igual que una manta que les hubieran puesto encima. Hablaron y hablaron hasta que el amanecer color melocotón que se abría paso por entre los edificios les hizo pestañear. Dentro, la fiesta se había apagado igual que una hoguera a la que han echado arena. Había un puñado de personas hechas ovillos en la alfombra y el sofá, una maraña de cachorros solitarios. Domi se había ido a la cama, acompañada.

Tengo que irme, dijo Ethan y Margaret se quitó su chaqueta de los hombros, donde él se la había puesto cuando la noche se volvió fría, y se la devolvió. Fue la primera vez que se tocaron en toda la noche. Quería besarlo. No, quería morderle lo bastante fuerte para hacerle sangre.

Me ha encantado conocerte, dijo, y entró en la casa.

La noche siguiente, después del toque de queda, cruzó el puente hacia la parte alta de la ciudad refugiándose en las sombras las escasas veces que pasaba un coche. Había dejado su bicicleta en el apartamento: en la calle, incluso las que llevaban candado amanecían con partes robadas y Ethan le había dicho que vivía en un cuarto piso. De tanto en tanto se cruzaba con otro peatón y los dos intercambiaban una mirada fugaz antes de seguir camino, cada uno a su misterioso destino. Subió ciento veinte manzanas hasta el edificio de Ethan, donde su ventana parecía un ojo abierto de par en par. Trepó por la escalera de incendios y apoyó los dedos en la ventana entreabierta; el ruido sobresaltó a Ethan, que dejó el libro que estaba leyendo. Levantó la guillotina y la dejó entrar.

Al día siguiente él amaneció con un círculo de marcas de sus dientes en el hombro.

A Domi no le parecía bien.

Has cambiado, decía, y ahora no piensas en otra cosa que no sea «él». Lo decía así

–«él»–, como si fuera un hueso de fruta que necesitara escupir.

Ese novio tan fino, decía. Con su apartamento lujoso. Mucho más «bonito» que este.

Lo cierto era que se trataba de un estudio en un cuarto piso, una habitación grande con un futón que hacía las veces de cama y de sofá y una bañera antigua de patas de garra de león en la zona de la cocina, pero era seguro y caldeado. La familia de Ethan no era especialmente fina ni rica –su madre era auxiliar en una residencia de mayores, y su padre, ingeniero–, pero tenía contactos: el casero de Ethan era un viejo amigo de su madre de la época del instituto y se lo había alquilado con un generoso descuento; Ethan podía permitirse resistir allí el tiempo necesario hasta que terminara la Crisis. Cierto era también que Domi podría haber vivido en su propio apartamento –mucho mejor– de haber querido: la compañía electrónica de su padre fabricaba las entrañas de la mitad de los teléfonos móviles y los ordenadores del país; era dueño de tres yates, una avioneta privada, casas en Londres y Los Ángeles y en el sur de Francia. También una en Park Avenue, donde Domi había crecido; se la había enseñado a Margaret una tarde y las dos escupieron en la acera y huyeron antes de que al chófer del padre le diera tiempo a echarlas. La madre de Domi había muerto cuando esta tenía once años y, un mes más tarde, su padre se había casado con la *au pair* danesa y Domi había jurado que cuando se fuera de casa no volvería a dirigirle la palabra, y así había sido. En la universidad rompía sus cheques y le mandaba los trozos por correo.

Así que estás decidida, dijo Domi, ¿te vas a encerrar con tu novio rico y a hacer como si no pasara nada mientras los demás nos buscamos la vida?

Margaret tenía las manos agrietadas y en carne viva; una semana antes alguien la había cogido por el abrigo y, ávido de más de lo que le podía ofrecer, se lo había desgarrado, pero había logrado escapar. Había remendado el desgarrón con lana –roja, el único color que tenía–, y las puntadas le dibujaban un tajo irregular a la altura de la clavícula.

A tomar por culo los dos, dijo Domi, pero Margaret no contestó. Ya salía por la puerta.

Ethan hablaba con fluidez media docena de idiomas, se defendía en algunos más. No estaba mal para un chico blanco de Evanston, bromeaba. A sus padres siempre les había encantado viajar, habían elegido cada vez un país distinto para las vacaciones; antes de cumplir los diez, Ethan había visitado cuatro continentes. Era hijo único, igual que Margaret. Y esa fue una de las cosas que los acercó: la sensación de ser los últimos brotes del árbol familiar que se injertan el uno en el otro para unir fuerzas, para forjar algo nuevo.

Y ¿no hablas chino cantonés?, había preguntado ella y él había negado con la cabeza.

Solo un poco de mandarín. Y la verdad que no muy bien.

Y a continuación: Podríamos aprenderlo juntos. Los dos.

Se había especializado en etimología: el significado de las cosas. De niño jugaba al Scrabble y hacía crucigramas con su padre; esto lo entrenaba para los concursos escolares de ortografía. En sus cumpleaños y por Navidad, siempre pedía libros. En aquel momento, con las bibliotecas y las librerías cerradas, no tenía otra cosa para leer que una serie de diccionarios alineados en el antepecho de la ventana. La primera mañana que se despertaron juntos, Margaret salió de la cama y cruzó la habitación para verlos. Gruesos tomos amarillos para distintas lenguas: francés, alemán, español, árabe, otras que ni siquiera reconoció. Lenguas muertas: latín, sánscrito. Uno de inglés gigantesco, del tamaño de una guía de teléfonos, con páginas delgadas como hojas de Biblia. Pasó los dedos despacio por los lomos y se volvió a mirar a Ethan –los dos seguían desnudos desde la noche anterior y el sol de media mañana les doraba la piel–, llena de asombro. Como si de pronto reconociera en él a alguien que ya conocía.

Para Ethan las palabras contenían secretos, historias de su nacimiento, de sus vidas pasadas. Encontraba las maneras misteriosas en que se relacionaban, reconstruía su árbol genealógico para identificar hasta sus parientes más improbables. Era la demostración de que, a pesar del caos que los rodeaba, había lógica y orden en el mudo; había un sistema y ese sistema podía descifrarse. Era algo que le encantaba a Margaret de él; su firme convicción de que el mundo era un lugar susceptible de ser conocido. De que, si estudiabas sus ramas y sus vericuetos, las huellas que había horadado en el polvo, podías comprenderlo. Para ella la magia no residía en lo que las palabras habían sido, sino en lo que podían ser, en su capacidad de dibujar, con una sola y amplia pincelada, los contornos de una experiencia, la forma de un sentimiento. En cómo podían hacer efable lo inefable, conjurar una forma delante de ti en un abrir y cerrar de ojos, antes de disolverse en el aire. Y esto, a su vez, era lo que más gustaba a Ethan de Margaret, su insaciable curiosidad por el mundo, que a sus ojos este nunca podría revelarse del todo, que contenía infinitos misterios y maravillas y que en ocasiones lo único que podías hacer era asombrarte y frotarte los ojos en un intento por verlo mejor.

Encerrados en el apartamento, leían; sacaban un diccionario del estante y lo estudiaban, tumbados en el futón, con la cabeza de uno recostada en el muslo del otro. Leían trozos en voz alta, diseccionaban significados, excavaban, en suma: ella extraía palabras como si fueran piedras preciosas, las repartía por los contornos del mundo; él desenterraba las capas fosilizadas en su interior. Todas las huellas de

personas que habían tratado de explicarse el mundo a sí mismas y las unas a las otras. «Testificar» tenía sus raíces en la palabra que designaba «tres»: dos partes y una tercera persona que observa. «Autor» significaba originalmente «el que hace brotar», alguien que nutría una idea hasta que daba frutos, que cultivaba poemas, historias, libros. Si te remontabas lo bastante atrás en la etimología de «poeta», descubrías que la palabra tenía una raíz que significaba «amontonar», la modalidad primera, más básica, de crear algo.

Margaret se había reído con esto. Esa soy yo, dijo, una amontonadora de palabras.

Krei, leyó, significaba «separar». O decretar. Como un cedazo, dijo Ethan. Que separa lo bueno de lo malo. Y de ahí, *krisis,* el momento en que se toma una decisión, para bien o para mal.

Con un dedo Margaret había recorrido la delicada línea de su esternón y dibujado un círculo alrededor de la suave depresión en la base de su garganta.

Así que es el momento, dijo, en que decidimos quiénes somos.

Fuera se oían sirenas y gritos y, en ocasiones, disparos. ¿O eran petardos? Oleadas de disturbios se propagaban de un estado a otro igual que un incendio, con el país entero igual que yesca deseando arder. En Atlanta, manifestantes en paro habían incendiado las oficinas del alcalde; había tenido que acudir la Guardia Nacional. En las sedes de los gobiernos estatales, las estaciones de metro, los jardines de las residencias de los gobernadores no dejaban de estallar bombas. Había reuniones de emergencia y votaciones y marchas y manifestaciones y nada parecía cambiar. No puede durar, no dejaba de repetir la gente en los pocos espacios donde aún se atrevían a reunirse: el pasillo de un supermercado cogiendo lo que podían de estantes desabastecidos; en rellanos de edificios de apartamentos cuando coincidían varios vecinos o desde lados opuestos de la valla de un jardín mientras rastrillaban hojas caídas en un intento por poner orden y limpieza y normalidad cuando había cualquier cosa menos eso. No puede durar, decían todos, pero duraba.

Dentro: Margaret y Ethan bebían té y comían galletas saladas directamente de la cocina empotrada. Después de ducharse, Margaret se ponía una de las camisas viejas de Ethan, lavaba su vestido en la bañera y lo ponía a secar en la barra de la cortina. Cerraban las ventanas y a continuación las persianas. Leían. Preparaban sopa. Hacían el amor.

Esa manera que tenía de tocarla, como si fuera mantequilla lamida de un dedo. Después, en la cama, con la mejilla pegada a la espalda de Ethan, Margaret nunca se había sentido tan serena. Era grato: como estirarse después de estar semanas encogida. Una mañana ya no se fue más.

Antes envió una carta a Domi, un titubeante intento por despedirse después de la pelea última y más dura, que había terminado con Domi quitándose la chaqueta que había heredado de Margaret –«¡Toma! ¡Antes prefiero ir desnuda!»– y marchándose hecha una furia. La carta ocupaba una preciada hoja de papel escrita por ambas caras, y después no lograría recordar qué cosas había dicho y cuáles se había guardado en un intento de evitar la ira de Domi, de no hacerla sufrir. De lo único que estaba segura era de que Domi jamás llamó, jamás la visitó y, con el tiempo, Margaret dejó de esperar que lo hiciera.

En la tranquilidad del apartamento de Ethan, los poemas acudían a ella igual que animales asustadizos después de una tormenta.

Escribía sobre el silencio de la ciudad, sobre cómo había cambiado su pulso después de irse tanta gente. Sobre el amor, y el placer, y el consuelo. Sobre el olor del cuello de Ethan al amanecer. Sobre el cálido y suave refugio de la cama que compartían por la noche. Sobre encontrar quietud en el ya habitual runrún, un remanso del grito opresivo, interminable de la Crisis. No había dónde publicar aquellos poemas; solo los grandes periódicos podían permitirse seguir abiertos y eso con apoyo del gobierno; nadie tenía tiempo para la poesía, para las palabras, pero Margaret escribía versos en trozos de papel, en los anchos márgenes de los diccionarios de Ethan, y algún día esas palabras formarían las primeras y voraces ramas de su libro.

Nadie se daba cuenta aún, pero, para entonces, casi de manera imperceptible, el relato de la Crisis empezaba a solidificarse. Faltaba poco para que se endureciera, igual que el cieno de un agua turbia, hasta formar una gruesa capa de barro.

Sabemos quién es el causante de todo esto, empezaba a decir la gente. Basta preguntarse quién se beneficia de nuestro declive. Los dedos señalaban inconfundiblemente al este. Mira cómo crece el PIB de China, el nivel de vida. Allí hay agricultores de arroz chinos con teléfonos inteligentes, despotricó un congresista en la Cámara, mientras aquí, en Estados Unidos, tenemos a americanos usando cubos a modo de retretes porque no pueden permitirse el agua corriente. Si eso no es el mundo al revés, que alguien me lo explique.

La Crisis era culpa de China, empezó a insistir alguien: de sus manipulaciones, sus aranceles y sus devaluaciones. Quizá incluso hasta han tenido ayuda y nos están desmantelando desde dentro. Quieren destruirnos. Quieren adueñarse de nuestro país.

Los ojos suspicaces se volvieron hacia las caras «extranjeras», los nombres «extranjeros».

La pregunta, no dejaba de repetir la gente, es ¿qué vamos a hacer al respecto?

Una llamada histérica de su madre con voz casi ininteligible: alguien había empujado al padre de Margaret por unas escaleras en el parque. Había pasado a su lado, el hombre que lo había hecho –ellos bajaban, él subía–, pero no habían reparado en él y entonces se había girado y empujado al padre con las dos manos, justo entre las escápulas. El padre de Margaret tenía sesenta y cuatro años y estaba más delgado, más menudo, su complexión seguía siendo atlética, pero no tan robusta como antes, un principio de artritis le entumecía las caderas y los hombros, y había caído sin ni siquiera intentar agarrarse a algo, se había desplomado igual que un peso ya muerto, y el borde del último escalón le había destrozado el cráneo justo encima de la oreja; todo había sido tan repentino que ninguno de los dos tuvo tiempo ni de gritar. Para cuando la madre de Margaret comprendió lo ocurrido y se giró para ver quién había dado el empujón, el hombre ya no estaba. Su padre nunca volvió en sí y, dos horas y media después de que la madre llamara a Margaret, murió. A la mañana siguiente, tambaleante por la pena, su madre tuvo un infarto en la cocina de la casa familiar vacía –ahora demasiado grande para ella sola– y, esta vez, Margaret, que seguía intentado sacarse un billete de avión, recibió la noticia de labios de un agente de policía que consiguió localizarla como pariente más cercano.

Entonces ya estaba presente, aunque ella aún no lo sabía: estaba no solo en el empujón escaleras abajo, también en las personas que miraron al hombre mayor caer e hicieron sitio al hombre que lo había empujado para que pasara; si ello se debió a la conmoción, al miedo o a la aprobación es algo que ninguno se atrevería jamás a preguntarse. Estaba presente en las tres personas –una mujer de mediana edad, un hombre en la veintena, una madre empujando un carrito de niño– que pasaron por allí antes de que una cuarta llamara a una ambulancia, en el momento en que vieron a la mujer mayor agachada junto al cuerpo descompuesto de su marido, sin gritar, solo murmurándole algo ininteligible en una lengua que ninguno de los dos había hablado en décadas, ni siquiera en la intimidad, salida ahora de ella con la descabellada esperanza de que las palabras estuvieran arraigadas a tal profundidad dentro de él que pudiera oírlas.

No me di cuenta de que estaba herido, le diría la mujer de mediana edad a su marido más tarde, cuando informaron del «desafortunado» incidente en las noticias. Pensé que quizá había resbalado o se había caído, o algo. No quería avergonzarlos.

La oí hablar chino o algo así, diría el chico joven. Lo que sí supe es que no era inglés, y ya sabes lo que dicen de China estos días... Me pareció mejor no meterme.

La madre del carrito de niño no diría nada. Ni siquiera vería las noticias; a su hijo le estaba saliendo una muela y ninguno de los dos dormía por las noches.

Un incidente aislado, diría el informe de la policía unas semanas después. No había pistas del hombre que había dado el empujón. Ningún indicio de las razones

que podían haberle llevado a hacer algo así.

Ocurría también en otras ciudades y en infinitas variaciones: una patada o un puñetazo en la acera, una rociada de saliva en la cara. Ocurriría en todas partes, al principio aquí y allí y después en todas partes y, con el tiempo, los informativos dejarían de dar la noticia porque no era ninguna novedad.

Podemos ir en avión, dijo Ethan. Los billetes de avión eran escasos y caros, pero tenían algo de dinero ahorrado. Cogemos un avión, vamos a tu casa y nos ocupamos de lo que haya que hacer.

Margaret no sabía cómo explicarle que ya no tenía sentido ir a su casa. Que ya no era su casa. Así que se centró en una palabra distinta: podemos, primera persona del plural.

Quiero irme de Nueva York, le dijo a Ethan. Por favor, vámonos. A donde sea.

No es que tuviera demasiada lógica; sus padres nunca habían estado en Nueva York; ella había dejado el hogar familiar años atrás. ¿A qué venía esta necesidad de escapar? Pero en cierto sentido sí era lógica, esa necesidad apremiante de empezar de cero. Estrenar su orfandad en algún lugar donde pudiera protegerse de las afiladas aristas del mundo. Quería ser un pájaro que mantiene la cabeza gacha. Quería no sobresalir. Ethan escribió un correo electrónico a su padre, quien pidió ayuda a su red particular de contactos: vecinos, colegas, antiguos compañeros de piso, amigos de amigos, los dividendos de la generosidad que había cultivado en el curso de su sociable vida. Alguien siempre conocía a alguien, así funcionaban las cosas en este mundo y por entonces ninguno de los dos le dio demasiadas vueltas excepto para sentirse agradecidos: resultó que el hermano del padrino de Ethan jugaba al golf con un decano de Harvard, quien le contó que en la universidad estaban contratando profesores, o lo harían en breve. Unas cuantas llamadas de teléfono, un currículo que cambia de manos como quien no quiere la cosa y al poco Ethan tuvo un contrato de profesor adjunto en el departamento de lingüística.

En dos semanas estuvo todo decidido. No se despidieron de nadie; habían perdido el contacto con todos los que por entonces conocían en la ciudad. Se llevaron muy pocas cosas porque tenían poco que llevarse: una maleta con ropa de los dos, un montón de diccionarios. Empezarían otra vez de cero.

No se hace idea. Margaret se lo lee en la cara: la expresión desconcertada de alguien intentando sentir lo que nunca ha sentido. De ver lo que nunca ha visto. Su padre le contó en una ocasión una parábola sobre hombres ciegos que trataban de describir un elefante, capaces solo de imaginar sus distintas partes: una pared, una serpiente, un abanico, una lanza. Es una fábula con moraleja: qué fútil es pensar que se puede

compartir una experiencia con otros. Ahora los detalles brotan de ella a raudales, como afilados granos de arena, pero sigue siendo la pesadilla de otro. No puede entenderlo a menos que lo viva, y ella daría la vida para que eso no ocurra nunca.

Pero ¿cómo terminó?, pregunta Bird, y Margaret piensa: Sí, queda mucho por contar.

Se cobijó en su nueva vida como si fuera un grueso edredón. En la casita de Cambridge, en la que gastaron hasta el último céntimo que tenían ahorrado –la única ventaja de la Crisis, bromeaba Ethan sombrío, era que había muchas casas en venta y baratas–, pintó las paredes de un cálido naranja dorado. El color del que quería que fueran sus vidas. Arreglaron las ventanas, plantaron un huerto: calabazas y tomates, lechuga de un verde inesperado. Dentro de la alta valla que encerraba su jardín minúsculo era fácil imaginar que el resto del mundo era igual. Era fácil olvidarse de que la Crisis seguía haciendo estragos porque, con dinero y suerte y contactos, habían sencillamente salido de ella igual que sale uno de una ventisca y entra en un refugio caldeado y seco.

Para todos los demás, el final llegó con el vídeo lleno de interferencias grabado por una cámara de seguridad. Las imágenes mostraban una figura gris borrosa, protegida por una capucha, merodeando junto a un edificio de oficinas de una calle de Washington. Todo ocurre a gran velocidad: un hombre de traje oscuro sale del vestíbulo, la figura encapuchada levanta una pistola. Un fogonazo de luz. La figura en traje oscuro se desploma. Y entonces, justo antes de salir de la pantalla, el hombre de la capucha mira a la cámara de seguridad como si acabara de verla, y su cara tapada por gafas de sol ocupa el centro del plano fijo.

El hombre de traje oscuro, explicaron los informativos mientras mostraban el vídeo una y otra vez, era un senador de Texas, uno de los más duros detractores de lo que llamaba «la crisis china». Se había hecho una reputación a golpe de inflamadas exigencias de sanciones, polémicas sobre la creciente amenaza de la industria china, poco veladas alusiones a la lealtad. Pero después del intento de asesinato, la opinión pública dio un giro de ciento ochenta grados: aunque la cara del hombre encapuchado no era lo bastante nítida para identificarlo, sí dejaba claro que era del este de Asia y, «dado el contexto actual», concluyeron los analistas, «probablemente chino». Las centralitas de las comisarías se bloquearon con llamadas acusando a vecinos, compañeros de trabajo, el camarero del café de la esquina. En las redes sociales, personas convencidas de haber resuelto el caso publicaron docenas de imágenes sacadas de historiales en línea, perfiles de páginas de citas, fotografías de trabajo, instantáneas de vacaciones, junto al fotograma de la cinta de seguridad. Estos aprendices de sabueso acusaron con total convicción a treinta y cuatro

hombres distintos de edades comprendidas entre los diecinueve y los cincuenta y seis años y nada parecidos entre sí, motivo por el cual el verdadero culpable nunca fue detenido, nadie fue acusado y cualquier cara de rasgos asiáticos sería a partir de entonces sospechosa, bien del tiroteo, bien de simpatizar con el mismo. Desde su cama de hospital, con el hombro vendado en primer plano, el senador echaba más leña al fuego: «¿Lo ven? No se detendrán ante nada, tampoco ante un asesinato a sangre fría. Y ¿quién será el siguiente?». Los editoriales hacían su análisis: «No se trata de un simple ataque a la persona física del senador, sino un descarado asalto a nuestro gobierno, a nuestro estilo de vida».

Unos pocos trataron de defender al tirador: «Mirad cuánto odio ha vomitado este hombre. La violencia es indefendible siempre, pero ¿de verdad se le puede culpar?». Las organizaciones sinoamericanas se apresuraron a calificar al tirador desconocido de lobo solitario, bala perdida, una aberración. No nos representa, parecían querer decir sus declaraciones. Pero era demasiado tarde. La sospecha se extendió igual que tinta en un trapo húmedo, creció hasta manchar a todos. Era la misma tinta sucia que se usaría, en años posteriores, para justificar las miradas de soslayo a quien parecía chino, para disculpar la denegación de auxilio, los insultos a voz en cuello y los escupitajos a la cara y, más tarde, los bates de béisbol, las botas.

Era el catalizador necesario para aprobar la ley PACT. Todo el mundo estaba cansado de la Crisis; se había prolongado durante casi tres años, lo bastante para reducir a la ciudadanía a un estado de sumisión. Para la mayoría de las personas, PACT era una medida moderada, sensata incluso. ¿Vigilancia del orden público? ¿Quién no está a favor de algo así? Margaret vio las imágenes del presidente mientras la firmaba, con un grupo de legisladores arracimados alrededor de su mesa. A su derecha, el senador herido, con el brazo todavía en cabestrillo, asentía sombrío con la cabeza.

PACT nos protegerá de la amenaza muy real de aquellos que nos socavan desde dentro, dijo el presidente. Los americanos leales –incluidos los ciudadanos leales de origen asiático– no tienen nada que temer de esta ley.

Calló un instante y a continuación firmó con una floritura al pie de la página. Los flashes destellaron. Luego el presidente se dio media vuelta y ofreció el bolígrafo al senador del brazo en cabestrillo, que lo aceptó con un gesto delicado de su mano ilesa.

PACT: siglas en inglés de Preservación de la Cultura y la Tradición Americanas. La promesa solemne de cortar de raíz todo elemento antiamericano que socave la nación. Financiación para grupos de protección vecinales que dispersen manifestaciones y velen por los negocios y los comercios, para producción de banderas y chapas y carteles promoviendo la vigilancia, y para «reinvertir en

América». Financiación para nuevas iniciativas que vigilen a China, y para nuevos grupos de perros guardianes que detecten a aquellos cuyas lealtades puedan no ser unívocas. Recompensas a la vigilancia ciudadana, a la «información que identifique a posibles agitadores». Y por último y por encima de todo lo demás: para prevenir la diseminación de ideas antiamericanas extrayendo discretamente a niños de entornos antiamericanos, la definición de los cuales se ampliaba cada día: que parecieran simpatizar con China. Que no parecieran lo bastante anti-China. Que dudaran sobre cualquier cosa americana; que tuvieran vínculos de cualquier tipo con China, con independencia de cuántas generaciones se remontaran. Que se cuestionaran si China era realmente el problema; que se cuestionaran si PACT se estaba aplicando de manera justa y, con el tiempo, que cuestionaran PACT en sí.

En los días que siguieron a la firma de PACT las cosas se calmaron despacio, al principio de forma imperceptible, igual que se desplazan las estrellas por el cielo. El silencio en las calles se prolongó durante una, dos, diez noches consecutivas. La gente empezó a encontrar trabajo otra vez. Los ruidos de la ciudad volvieron a la vida, como se aclara una garganta después de un largo período de silencio. Aquí y allí, a medida que las órdenes de comprar solo artículos americanos resucitaban las fábricas ociosas, los comercios fueron abriendo y los estantes de los supermercados se llenaron. Los ciudadanos salían titubeantes a la luz del día igual que supervivientes de un refugio nuclear. Parpadeando, desconcertados y aturdidos. Asustados y cautelosos y conmocionados. Sobre todo, ansiosos por pasar página.

PACT, insistían sus valedores, fortalecería y uniría la nación. Se sobreentendía que esa unidad pasaba por tener un enemigo común. Una alcancía en la que recoger su ira colectiva; un hombre de paja al que atribuir todo lo que les inspiraba temor.

Empezaron a filtrarse informes. Un hombre chinoamericano recibía un puñetazo en la cara en Washington; dos mujeres mayores chinas eran atacadas con basura en Seattle; en Oakland, una mujer chinoamericana había sido arrastrada a un callejón y manoseada mientras, en la acera, su hijo de meses lloraba dentro de su cochecito. Resultó que el padre de Margaret había sido de las primeras víctimas, pero faltaban muchas más.

Pronto quedó claro que cualquiera que estuviera remotamente ligado a China corría peligro. En Miami, un tailandés fue apuñalado de camino a su oficina; en Pittsburgh, un adolescente filipino que volvía a casa andando después de un entrenamiento de natación recibió una paliza con un palo de hockey; en Minneapolis, una mujer hmong fue empujada a la calzada, donde casi la atropelló un autobús. Casi nunca se arrestaba a quienes perpetraban estos delitos y mucho menos se los condenaba: su autoría era difícil de demostrar porque sus víctimas eran –o se creía que eran– chinas–. «Al americano de a pie –dictaminó un juez– no se le

puede, en justicia, exigir que diferencie visualmente entre distintas variedades de personas de origen asiático.» Como si fueran variedades de manzanas, o razas caninas; como si esas «personas de origen asiático» no fueran también americanos de a pie. Como si una cuidadosa distinción por parte de quien blandía el bate pudiera justificar alguno de estos actos.

A su vez, las personas de origen asiático eran escrupulosamente investigadas. La policía dispersó una vigilia por el hombre tailandés en Miami aduciendo desacato a la autoridad. Los manifestantes por la joven madre de Oakland se negaron a dispersarse y dos de ellos terminaron detenidos. Se descubrió que el hombre chinoamericano que había recibido el puñetazo en Washington tenía una multa de tráfico sin pagar y pasó treinta días en la cárcel. El adolescente filipino se había defendido y causado conmoción cerebral a su atacante, por lo que fue acusado de asalto. Poco después, en cuanto quedó claro que las protestas, las vigilias y las manifestaciones no iban a remitir, empezarían las primeras reasignaciones de niños bajo la PACT.

Lo cierto era que, al igual que la mayoría de las personas, Margaret no dedicaba demasiado tiempo a pensar en ninguna de estas cosas. La nueva ley estaba dirigida a quienes tenían opiniones antiamericanas, algo que ella no tenía. Lo que hacía era comprar caminos de mesa, zapatillas para estar en casa, una colcha nueva. Las revistas habían vuelto a publicarse y a enseñar gente guapa y vidas de película que admirar y emular; de nuevo era posible cenar en un restaurante, que un camarero con camisa blanca te sirviera el vino. Como todos los demás, Margaret intentaba construirse una nueva vida, flamante y bonita. ¿Qué podía haber más americano que eso?

Una casa, un marido. Un jardín vallado. Dos clases de botas, de goma para los charcos, forradas de piel para la nieve. Velas aromáticas y salvamanteles, un cubo de reciclaje, un cepillo de dientes eléctrico, toda la parafernalia de la vida doméstica. Todas las cosas de las que pensaba que había tenido suerte de escapar. Si a los veinte alguien le hubiera dicho dónde estaría cinco años después, se habría reído en su cara al oír que no solo volvía a tener todas esas cosas, sino que además las quería. Las ansiaba. La única parte que habría creído era la referida a Bird: siempre había querido tener un hijo. Cuando vivían en el pequeño apartamento de Ethan habían soñado despiertos, los dos, imaginando cómo sería su hijo. Ahora, para su alegría, estaban a punto de descubrirlo.

Dentro de ella, Bird empezó a crecer. A adquirir el tamaño de una lenteja. De un guisante. De una nuez, después de un limón. Cada mañana, antes de irse a trabajar, Ethan le besaba a Margaret el vientre, justo encima del ombligo. Un año antes Domi

y ella habrían estado una frente a la otra, aferradas a sus manillares, preparándose para un día más de lucha. Inspección de armadura, lo llamaban, y era todo lo que se decían. Nada de adiós, ni de nos vemos luego, aunque también significaba todas esas cosas. Margaret le estiraba el cuello a la gastada chaqueta de cuero a Domi; Domi le subía a Margaret la bufanda hasta taparle la cara. Inspección superada, decía cada una antes de empezar a pedalear. Dos palabras que contenían: cuídate, vuelve sana y salva, te quiero.

Ahora, en la casa silenciosa con orientación sur y los trinos de golondrinas entrando a raudales por las ventanas, usaba vestidos largos bajo los que Bird empezaba a notarse. Zapatillas de lana con las que no podía correr. Pendientes. Allí no necesitaba armadura y, sin embargo, era en aquellos momentos, al recordar que no había ya necesidad de dureza, cuando más echaba de menos a Domi.

Los padres de Ethan fueron de visita y Margaret preparó la otra habitación, que pronto sería del niño, con sábanas blancas limpias. En la cocina, la madre le enseñó a hacer pastel de carne y puré de patata, el plato favorito de Ethan cuando era niño. Desde la puerta, Ethan las miraba trabajar con delantales y enmarcadas por el halo dorado de la luz del atardecer. Margaret sostenía un cucharón de madera en una mano mientras con la otra tomaba apuntes en una ficha, la madre de Ethan le ponía la mano libre en el estómago con la misma ternura con la que se acaricia una cabeza de recién nacido.

Bird creció: se hizo del tamaño de un melocotón, de un mango, de un melón. ¿Cómo comprender aquellas sensaciones desconcertantes, aquel fenómeno nuevo e incomprensible que era su cuerpo? Margaret se iba a la biblioteca pública –reabierta gracias a donaciones privadas– por calles que de nuevo bullían de suave ajetreo. También los comercios habían abierto, uno tras otro, y vendían bonitos cuadernos y caramelos y joyas; de nuevo había gente paseando por las aceras. Era como cuando llega la primavera después de un invierno largo y nevado, cuando nadie quiere estar solo. Por un breve y glorioso espacio de tiempo, los desconocidos se intercambiaban sonrisas al pasar, contentos de verse los unos a los otros. «¿Sigues aquí? ¡Yo también!» Por entonces todavía aliviados, todavía no asustados. Destellos de rojo, blanco y azul en cada cuello y abrigo.

En la biblioteca aún no se habían llevado nada; todos se limitaban a sentirse felices por volver a tener libros. La joven bibliotecaria detrás del mostrador le señaló varios estantes. Margaret quería ir mucho más allá de «qué esperar cuando estás esperando» y, por las noches, en la cama, le leía trocitos de cosas a Ethan. Que las osas panda madre se acurrucaban solas en un cubil; que durante sus primeros meses de vida, para los oseznos no existía otro mundo que ese cubil oscuro y acogedor, otra criatura que su madre. Que los cucos entraban a hurtadillas en los nidos de otros

pájaros, ponían sus huevos entre desconocidos y echaban a volar, confiando el cuidado de sus crías a otras madres. Que la hembra del pulpo ponía huevos en ristras, como largas guirnaldas de perlas, las vigilaba hasta morirse de hambre, sin dejar de soplar para mantenerlas vivas.

Continuó engordando. Dentro de ella, Bird tocaba la batería: sus talones eran las baquetas, su barriga, el tambor. Notaba cuando tenía hipo, una convulsión microscópica. Cada vez que se daba la vuelta notaba el movimiento mientras ella estaba quieta. ¿Qué se siente?, preguntaba Ethan, asombrado y ella trataba de explicarlo: lo que siente el lecho marino bajo el vaivén de las olas. La bibliotecaria ponía nuevos libros sobre el mostrador a medida que Margaret se alejaba más y más de la orilla. Algunos peces no necesitaban aparearse, ponían huevos y los empollaban en soledad, y cada pececillo era una copia idéntica de su madre. Algunas criaturas unicelulares simplemente se dividían, se escindían pulcramente en dos. Cada semana un libro nuevo, nuevas maravillas. Una pieza más del misterio eterno, la necesidad que tiene la vida de engendrar más vida. Desde el mundo animal al vegetal: el árbol de algodoncillo envía sus semillas al viento para que crezcan lejos de casa; las piñas se abren a los pies de su madre en una rociada de semillas regordetas que arañan espacio y luz. Las suculentas crecen a partir de una hoja rota, echan raíces al aire primero y después las hunden en la tierra: un pedazo de su propio cuerpo transformado en cría. Recordaba el versículo de la Biblia que su madre le había hecho recitar en una ocasión para la escuela dominical: «Hueso de mis huesos y carne de mi carne».

Encontraba madres por todas partes, incluso en el jardín, mientras cuidaba sus plantas. Cuando amenaza escarcha, aprendió, la manera de conseguir que los tomates maduren en la planta es retorcerles las raíces. Tirar hasta que la tierra se resquebraje, hasta que los finísimos hilos enterrados se rompan igual que cuerdas cortadas. Esta acción le dice a la planta: tu final está cerca, salva lo que puedas. Renuncia a seguir creciendo, renuncia a ensanchar tus hojas. Piensa solo en la fruta que cuelga en apretados racimos verdes. Agóstate. Deja que tus hojas se arruguen y amarilleen. Nada más importa. Empuja hasta que no quede nada de ti excepto un tallo seco sosteniendo una esfera color rojo. Marchítate haciendo madurar esa fruta dulce con la esperanza de que, cuando llegue el verano, algo de ti vuelva a brotar.

En las noches de insomnio causadas por las nerviosas volteretas de Bird, escribía: versos tiernos que se aferraban los unos a los otros igual que huevas de pez. Un poema, dos. Luego doce. Luego, suficientes para un libro. Una de esas noches, con un Bird de ocho meses y medio en el vientre, tuvo un antojo. Aquella mañana Ethan le había comprado una granada y la partió con las manos en dos mitades ensangrentadas. Por fin se encontraban otra vez en las tiendas, después de la Crisis, y la disfrutó como el lujo que era, cargada de diminutas gemas. Las semillas brillantes

llovieron sobre el suelo, gotitas rojas que salpicaron las baldosas. ¿Cuántos árboles pueden crecer de ese globo duro? Ese era su trabajo, comprendió de pronto, crear todas esas semillas y después explotar. Dentro de ella, Bird le dio una patada, suave esta vez. Como si jugara a un juego. ¿Se daba cuenta la granada?, pensó Margaret, ¿se preguntaba alguna vez dónde iban a parar sus semillas?, ¿qué era de ellas? Si conseguían crecer. Todos esos trocitos de su corazón perdido. Dispersados para que broten en otra parte.

Cuando el libro estuvo terminado, ese sería el poema que lo cerraría.

Es doloroso reconocerlo: en su momento había creído que la PACT suponía un avance, que habían dejado algo atrás. Que iban de camino a algo mejor. Que si se portaba bien, nada de la ley la afectaría. Los informativos aún daban, de tanto en tanto, noticias de disturbios: patrullas vecinales que descubrían a «radicales» amenazando el orden público; investigaciones de «actividades sospechosas». Pero era algo que ocurría en otra parte, abstracto y nebuloso. Incidentes aislados. Lo concreto era su realidad: la íntima agitación de Bird dentro de ella igual que un barco zozobrando en el mar; su marido, cálido y tangible en el lecho compartido. Las largas veladas que pasaban leyendo juntos en el sofá; ella con los pies en el regazo de él, leyéndose los pasajes preferidos tan a menudo que después ella tenía la sensación de haber leído el libro de él y él, el suyo. Cuando Bird le daba golpecitos con los pies, se los devolvía. Se compró un delantal. Asó un pollo. Dispuso platos en un anaquel.

Nunca había sido tan feliz.

Mientras le cuenta esto, se enrolla con precisión los cables alrededor de un dedo y encaja el atadillo dentro del tapón de botella. Un toque de destornillador y la pequeña cápsula queda sellada igual que una gruesa píldora de plástico.

Bird no aguanta más. ¿Qué es eso?, pregunta.

Resistencia, dice su madre y deja el tapón de botella encima de la mesa con los demás.

Empezaron a correr rumores. De que llamaban a puertas de noche, metían a niños en coches negros y se los llevaban. Una cláusula enterrada en los pliegues de la nueva ley que permitía a agencias federales sacar a niños de hogares considerados antiamericanos. Unos pocos periodistas cuestionaron la PACT antes incluso de que se aprobara; una congresista había preguntado si no podría dar pie a abusos, si la ley de verdad era necesaria. Pero el consenso –en la colina del Capitolio y en la opinión pública– era que lo perfecto era enemigo de lo bueno, que demasiado era mejor que nada. Que había que usar todas las herramientas disponibles para salvaguardar la seguridad nacional, que no se podía descartar ninguna. Por supuesto que nadie

buscaba dividir familias. Solo en los casos más flagrantes.

Algunos de estos salieron en las noticias. En el condado de Orange, una marcha de protesta por el sesgo anti-China derivó en un enfrentamiento con los curiosos que gritaban insultos y terminó con agentes antidisturbios, pistolas táser, una chinoamericana de tres años de edad golpeada con una lata de gas lacrimógeno. Para el agente de policía, permiso retribuido; para el manifestante, una investigación a fondo de su familia. Los presentadores de informativos de televisión por cable señalaron que no era la primera marcha a la que se llevaba a la niña; en las redes sociales se publicaron fotografías que la mostraban a hombros de su padre, una criatura de pocos meses atada el pecho de su madre como la carga explosiva de un terrorista suicida. Daba igual que los padres fueran estadounidenses de segunda y tercera generación, que sus abuelos hubieran sido angelinos de antes de que la construcción de la Union Station arrasara el barrio chino. En lugar de ello sus fotografías policiales aparecían en las pantallas: pelo oscuro y rostros furiosos de lo más «extranjeros». No son de los nuestros. Se llevaron a la niña directamente desde el hospital. Los titulares coincidieron en que era el mejor final posible. Proteger a una niña de crecer con opiniones tan dañinas.

Margaret, que leyó la noticia en su teléfono mientras Bird dormitaba agarrado a su pecho borracho de leche, pensó: «Qué horror». Y «¿Cómo han podido esas personas poner a su hija en peligro de esa manera?». Trató de imaginarse llevando a Bird a un tumulto, con granadas de fogueo explotando a sus pies, el escozor del gas lacrimógeno abrasándole las aletas nasales. Su mente cerró la puerta a este pensamiento. Su Bird estaba allí, a salvo en sus brazos. Largas pestañas posadas en las mejillas más suaves que nada que hubiera tocado jamás. Un surco diminuto arrugándole el ceño. ¿Qué sueños inquietos podía tener un bebé? Alisó las arrugas con la almohadilla del dedo pulgar hasta que la cara recuperó la calma. A su lado, la mano de Ethan le apretó el hombro y, a continuación, acarició la cabeza de Bird. Ella nunca haría una cosa así, prometió en silencio a Bird. Ellos nunca se encontrarían en una situación como aquella.

La siguiente manifestación en protesta por la chinofobia, en Queens, casi no tuvo participantes; después no hubo más en una larga temporada.

En lo que pensaba era en sus poemas, su jardín, su marido. Bird. Plantaba semillas en la tierra y las regaba hasta que emergían hilos de brotes verdes. Ponía botellas de leche recortadas encima de los semilleros para protegerlos del frío de la noche. Tejió una manta para Bird en lana color crema. Por las noches hacía el amor a Ethan. Por la mañana, satisfecha, horneaba bollitos de plátano, lamía miel directamente de la cuchara.

Los padres de Ethan iban de visita siempre que podían: para el cumpleaños de Bird, para Halloween, llevando caramelos que este no podía aún masticar, para Navidad, cargados de regalos que abultaban más que su pequeño destinatario. La madre estaba dando a Margaret consejos de nutrición infantil una tarde cuando esta se quedó dormida en el sofá, agotada, con Bird exhausto por las rabietas, al pecho, el padre de Ethan los tapó con una manta y apagó la luz. Margaret y Ethan solo les habían contado que los padres de Margaret habían muerto y a ambos los emocionaba el entusiasmo y la generosidad con la que los padres de Ethan habían aceptado a Margaret en sus vidas.

Es idéntico a ella, no dejaban de decir los padres de Ethan, y al principio pensaron que se trataba de un cumplido y es posible que lo fuera, aunque más tarde se preguntarían si no les causaba también un asomo de incomodidad ver la cara de alguien grabada tan claramente en un niño que debería haber sido de los «suyos». En privado, Margaret y Ethan opinaban que Bird se parecía a Bird. Cuando lo observaban por la noche identificaban pequeñas facciones y rastreaban su procedencia –los pómulos de Margaret, las pestañas de Ethan–, pero el verdadero parecido lo veían en las expresiones: las dos arrugas paralelas que aparecían en la frente de Bird cuando estaba pensando, el hoyuelo en su mejilla igual que la huella de un dedo cuando reía. Era la arruga de Ethan en el ceño de Margaret, el hoyuelo de Margaret al sureste de la boca de Ethan. Resultaba extraño e inquietante ver gestos conocidos trasladados al rostro de aquella criatura, en parte ellos y en parte la persona que más querían, y presentían que aquella no era más que la primera de muchas experiencias extrañas e inquietantes que traería consigo ser padres.

Margaret escribió más poemas. Las editoriales volvían a funcionar y, cuando Bird tenía tres años, un sello pequeño e intrépido accedió a publicar su libro. En la cubierta, una granada abierta en dos, fotografiada tan de cerca que parecía un órgano humano, o una herida: había que mirarla dos veces para identificar lo que era en realidad. *Corazones perdidos* fue alabado por unos pocos críticos de poesía y leído por casi nadie. He vendido decenas de ejemplares, le dijo Margaret a Ethan con sequedad, ¿hay alguien que aún lea poesía? Y Ethan bromeó: ¿Es que había alguien antes?

Daba igual. Para Margaret entonces, el mundo estaba lleno de poemas.

Enseñó a Bird a coger luciérnagas: las manos en forma de cuenco, una luz color lima limón destellando por las rendijas entre sus dedos. Y a soltarlas y verlas girar en la noche como chispas que agonizan. Le enseñó a quedarse quieto en la hierba y mirar los hocicos de los conejos del vecino entre los tréboles, tan de cerca que su aliento alteraba la fina pelusa blanca de sus colas. Le enseñó los nombres de las flores y los insectos y los pájaros, a identificar el zureo grave de la paloma torcaz, el chillido

altivo del arrendajo azul y la llamada cantarina del carbonero, clara y fresca como agua fría en un día de verano. Le enseñó a arrancar flores de madreselva de la planta y a tocarlas con la punta de la lengua: qué dulzor pegajoso. Despegó el caparazón de una cigarra del tronco de un pino y le dio la vuelta para enseñarle el corte limpio en el abdomen por el que, una vez crecida, había mudado su antiguo ser por otro nuevo.

Y le contaba historias. Historias de guerreros y princesas, de muchachas y muchachos pobres y valientes, de monstruos y magos. El hermano y la hermana que fueron más listos que la bruja y encontraron el camino a casa. La niña que salvó a sus hermanos del hechizo que los había convertido en cisnes. Viejos mitos que explicaban el mundo: por qué saludan con la cabeza los girasoles, por qué persiste el eco, por qué tejen las arañas. Historias que la madre de Margaret le había contado a esta durante su infancia antes de dejar de hablar de cosas así: cómo una vez hubo nueve soles que abrasaban la tierra hasta reducirla al polvo hasta que un arquero valiente los abatió uno a uno. Cómo entró el rey mono a base de argucias en el jardín celestial para robar los melocotones de la vida eterna. Cómo, una vez al año, dos amantes, separados para siempre, cruzaron un río de estrellas para reunirse, flotando, en el cielo.

¿Eso pasó de verdad?, preguntaba Bird cada vez y la madre sonreía y se encogía de hombros.

Quizá.

Le llenaba la cabeza de sinsentidos, de misterio y de magia, tallando un espacio para el asombro. Un refugio en ese edén que perdieron tiempo atrás.

Basta por hoy, dice y deja los alicates.

En parte es egoísmo. Está alargando este momento de calma, demorándose en los buenos tiempos, antes de llegar a las partes amargas que debe confesar. Pero hay cosas que tiene que hacer antes de que anochezca.

Alinea los tapones de botella que ha terminado y los cuenta de dos en dos. Cincuenta y cinco. Muchos menos que en un día normal, pero era de esperar: vadear la ciénaga del pasado ha vuelto lentas sus manos. Lo retrasa todo. Cincuenta y cinco capsulitas redondas rellenadas con transistores, una pila de reloj, un pequeño disco metálico. Y cable, mucho cable. Todo bien apretado dentro de un tapón del tamaño de una moneda y cerrado herméticamente, sencillo, primitivo y tan peligroso como una piedra. Los guarda en una bolsa de plástico adornada con una cara amarilla sonriente: «Gracias por tu colaboración».

Bird espera mientras su madre desaparece escaleras arriba, en su habitación, y cuando vuelve lleva una sudadera que le queda grande, un sombrero de paja flexible

de ala ancha. Parece una de esas mujeres que revuelven la basura por la calle en busca de botellas y latas que aprovechar.

Quédate aquí, dice Margaret. Duda un momento y, a continuación, añade: No te va a pasar nada y yo vuelvo enseguida.

Lo dice con firmeza, más para convencerse a sí misma que a él.

No salgas, añade, y no hagas ruido. Se cuelga la bolsa de tapones de la muñeca, luego coge una de las bolsas de basura del rincón. Cuando se la echa al hombro, tintinean latas y botellas de refresco. En el aire flota un olor agrio y Bird no sabe si es la bolsa, la ropa de su madre o su madre.

Enseguida vuelvo, le dice y sale al pasillo.

Después de irse su madre, Bird coge uno de los tapones aún vacío y le da vueltas con los dedos, repasa las estrías de la parte exterior con toquecitos de la uña del pulgar. Repasa mentalmente lo que acaba de oír.

Es difícil imaginárselo, el mundo que acaba de describir su madre. El mundo de la Crisis y el mundo anterior a ella. En el colegio, cuando estudiaban la Crisis, siempre parecía una historia sacada de un libro: algo inventado para enseñar una lección. Una moraleja. Oír contarlo a su madre es distinto. Oír cómo era, cómo sonaba y a qué olía, imaginarla viviéndola. Ver grabadas en sus manos las cicatrices de aquellos días ásperos.

La madre que él recuerda hacía brotar hojas verdes y rizadas de la tierra y hortalizas brillantes y redondas de las matas. Dejaba que las abejas se posaran en sus dedos, le untaba mantequilla en la tostada, le contaba emocionantes cuentos de hadas en la oscuridad. Esta madre es una criatura completamente distinta, delgada y fuerte, casi salvaje, con una expresión hambrienta en los ojos. Pelo despeinado y grasiento, un olor almizclado, como de animal, en la piel. Hace más fácil creer las cosas que le está contando: la Crisis, su vida indómita. Cómo logró sobrevivir. Pensar en qué estará haciendo ahora lo llena de aprensión. La recuerda, encorvada sobre la mesa susurrándole historias, con la punta del cable cortado destellando en su mano. La boca apretada y tensa en una sombría línea recta. Recuerda los tapones de botella: bombas en miniatura listas para ser detonadas sin previo aviso. Trozos de metralla color caramelo para perforar la ciudad. Su madre no haría algo así, piensa, pero lo cierto es que no está seguro. Ha visto la expresión de sus ojos: una dureza que no recuerda de su infancia, un brillo afilado como una cuchilla que podría cortarte en dos si no apartas la vista a tiempo.

Cuando vuelve Margaret, nada parece haber cambiado: la bolsa de basura llena de latas sigue en su hombro, la bolsa de plástico cuelga todavía de su muñeca. Se quita

el gorro.

¿Estás bien?, pregunta. ¿No has pasado miedo mientras estaba fuera?

Has estado fuera tres años, piensa Bird, unas pocas horas no son nada. Se muerde la lengua.

Estoy bien, dice.

Su madre mete la mano en la bolsa de plástico.

No sabía qué te gustaría, dice, así que he traído un poco de todo.

Barritas de muesli, frutos secos, caramelos, sopa de lata, bolsas de almendras saladas, un cartón de arroz instantáneo. Como si hubiera ido pasillo por pasillo del supermercado y cogido algo de cada estante. Lo entristece y lo conmueve a la vez que no tuviera ni idea de lo que podía querer y que, a pesar de no saberlo, se haya esforzado tanto por complacerlo.

Ha pasado tanto tiempo, dice la madre, desde que...

Se interrumpe y mira el despilfarro a los pies de los dos.

Debería haberte traído comida de verdad, dice, avergonzada, y Bird entiende a qué comida se refiere: caliente y nutritiva, equilibrada y saludable. Verduras, puré de patata, maíz brillante de mantequilla derretida. Carne cortada fina y desplegada en un plato de loza blanca. Entiende que hace mucho tiempo que no ha cuidado de nadie, que casi se le ha olvidado cómo se hace. Han pasado tantos años que no se acuerda ya de que esa clase de comida existe, y mucho menos de que existe un mundo en el que alguien la comería.

No pasa nada, dice Bird, está muy bien. Y es sincero.

Se deciden por dos vasos de fideos instantáneos, algo que les caliente las manos. Bird se da cuenta de que los tapones de botella han desaparecido.

Cuando están preparados los fideos, su madre le ofrece una taza humeante con un tenedor de plástico. Son de color amarillo limón y están saladísimos, y Bird los engulle. Al otro lado de la mesa baja, Margaret duda un momento, sin tenedor, y a continuación sorbe los suyos directamente del vaso.

¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?, pregunta Bird. Pesca los últimos posos de sus fideos.

Casi cuatro semanas. Aunque «vivir» no es la palabra adecuada. Es algo temporal, mientras me preparo.

Esto no hace más que plantear nuevas preguntas a Bird. ¿Para qué te preparas? ¿Qué estás haciendo?

Bebe un poco de leche, dice Margaret. Le llena una taza alta y se la acerca. Fortalece los huesos.

Llena una taza para ella y da un trago.

Además, dice, se va a poner mala. No tenemos nevera. Así que bebe.

De la bolsa de gran tamaño saca una lata, despega la anilla con la uña del dedo y abre la tapa. Dentro relucen joyas de fruta.

El postre, dice y deja la lata entre los dos y este gesto tan pequeño ablanda el corazón de Bird: siempre le ha encantado la fruta en conserva y su madre lo recuerda. Pincha un gajo dorado con el tenedor.

¿Te gusta el colegio?, pregunta su madre de pronto. ¿Es simpático tu profesor? ¿Te tratan bien los otros niños?

Bird se encoge hombros; de un hombro, en realidad, y pesca un trozo de melocotón. La culpa de que no lo traten bien es de ella, pero no quiere decírselo. Me llaman Noah, es lo que dice. Se lo pidió papá.

Su madre guarda silencio. Apenas ha comido fideos y ahora aparta el vaso.

¿Es feliz?, pregunta.

Habla con voz serena y sin entonación, como si preguntara sobre el tiempo. Solo sus manos la traicionan: tiene los pulgares tan clavados en los otros dedos que se le han puesto las uñas blancas.

Al igual que la mayoría de los niños, Bird rara vez se ha parado a pensar si su padre es o no feliz. Se levanta cada mañana y se va a trabajar; atiende las necesidades de Bird. Y, sin embargo, ahora que lo piensa, hay en él una melancolía, un silencio que él atribuía a la biblioteca pero que, ahora se da cuenta, tiene raíces mucho más profundas.

No lo sé, dice. Pero me cuida muy bien.

Le parece importante decir esto, aunque no está seguro de si lo hace para defender a su padre o para tranquilizar a su madre.

Su madre sonríe, una sonrisa pequeña y triste. Eso es algo que nunca me preocupó, dice. Y a continuación: ¿Sigue leyendo su diccionario?

Bird ríe. Sí, dice, todas las noches.

Sí que se acuerda, piensa, incluso de algo tan pequeño hace que le resulte menos desconocida.

No le gusta hablar de ti, reconoce Bird. Dijo... dijo que teníamos que hacer como si no existieras.

Espera que esto la entristezca aún más, pero en lugar de ello su madre asiente.

Decidimos que sería lo mejor.

Pero ¿por qué, insiste Bird?, y su madre suspira.

Es lo que intento explicarte, Bird. De verdad. Pero tienes que oírlo todo, la historia entera, para comprender. Mañana, ¿de acuerdo? El resto mañana.

Cuando Bird ya está en las escaleras, camino del piso de arriba, lo llama.

¿Quieres que te llame Noah, a partir de ahora? Si es lo que te llama todo el mundo...

Bird se detiene con una mano en la barandilla.

No, dice, con las mejillas repentinamente encendidas. Puedes seguir llamándome Bird. Si quieres.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, otra vez en la mesa, trabaja a mayor velocidad, con manos que se mueven deprisa, consciente de que el tiempo se acaba. Empieza sin preámbulo. Como si se zambullera en el mar antes de que le dé tiempo a tener miedo.

Han pasado dos semanas del noveno cumpleaños de Bird. Durante el desayuno, Ethan se queda repentinamente inmóvil, aturdido, y le enseña a Margaret su teléfono. Con las cabezas inclinadas sobre la pantalla, leen juntos el titular: CHOQUES EN UNA MANIFESTACIÓN; 6 HERIDOS, 1 MUERTO. Debajo, la fotografía de una mujer joven negra de largas trenzas recogidas en una coleta, gafas, sombrero amarillo. Sigue en pie, con los ojos aún límpidos y abiertos y los labios separados para gritar, un nanosegundo antes de que su cerebro sepa lo que su cuerpo ya siente: una rosa roja de sangre que empieza a florecer en su pecho. Sus manos sujetan un cartel: NUESTROS CORAZONES PERDIDOS. Y un pie de foto: «La manifestante Marie Johnson, de 19 años, estudiante de primer año de NYU y originaria de Filadelfia, murió por una bala perdida durante la respuesta policial a las protestas anti-PACT este lunes».

Es el primero de muchos artículos parecidos, pero todos usarían la misma fotografía.

La joven, Marie, había leído el libro de Margaret en la habitación de su colegio mayor. Estudiaba psicología del desarrollo con la intención de hacerse pediatra y con cada nueva noticia de la desaparición de un niño le venían a la cabeza, insistentes como el llanto de un niño de pecho, los últimos versos del último poema. Nueve años después de la aprobación de la PACT cada vez había más casos: los pocos que llegaban de vez en cuando a las noticias se presentaban como historias de negligencia y comportamiento temerario, con padres tachados de imprudentes, descuidados y crueles; pero también había otros envueltos en rumores, secretismo y escándalo.

No son más que rumores, decían algunos, despectivos. Las reasignaciones solo se producían en unos pocos casos aislados. Otros insistían en que la retirada de niños por la PACT era un mal necesario, un rescate, por el bien del menor, y de la sociedad. «No se puede zarandear el barco –escribió un comentarista en internet– y sorprenderse cuando tus hijos caen por la borda.» Pero por cada niño cuya reasignación se hacía pública, ¿cuántas familias no decían nada, se abstenían de protestar, renunciaban a todo con la esperanza de que su buen comportamiento les devolviera a sus hijos?

La noche antes de la manifestación, Marie compró cartulinas tamaño póster en una tienda de papelería barata. Con rotuladores de punta gruesa aromatizada, ensambló palabras en el cartel, esbozó la cara solemne de un niño debajo. Después de la manifestación encontraron los rotuladores y el resto de las cartulinas en el suelo de su habitación, en blanco y sin usar, junto al ejemplar abierto del libro de Margaret.

A partir de ese momento: vigilias. Campañas en recuerdo de Marie. Miles de personas cambiaron sus perfiles en línea: una Marie detrás de otra, una marea de ellas alzando la voz, arreboladas de pasión e ira juveniles y de vibrante vida malograda, y todas y cada una de ellas blandiendo el cartel con las palabras de Margaret. La gente gugleaba las palabras y aparecían el nombre Margaret Miu y el título de su libro. Los poemas que había escrito cuando estaba embarazada, en una bruma fruto de la falta de sueño mientras amamantaba a Bird a altas horas de la noche y miraba el cielo cambiar del negro al marino y después a un azul grisáceo amoratado.

Ni siquiera era su mejor verso, había pensado siempre, ni el poema uno de los mejores y, sin embargo, allí estaba. En las manos de aquella muchacha agonizante.

Los versos empezaron a aparecer en línea convertidos en el eslogan de quienes se oponían a la PACT. En las protestas que surgían aquí y allí, hogueras fugaces de pena e indignación. En chapas, en forma de pintadas, en camisetas con letras manuscritas. Están por todo el campus, decía Ethan con ojos como platos. Margaret, la primera vez que vio una, se detuvo en seco en plena calle y no reaccionó hasta que alguien chocó con ella desde detrás, la insultó y la apartó de un codazo. Fue como si acabara de doblar la esquina y se hubiera tropezado con una versión insólita de sí misma. Jamás había ido a una manifestación. Si era sincera, jamás había dedicado demasiado tiempo a pensar en la PACT.

Alguien pintó los versos en la pared de la Oficina de los Servicios Familiares de Nueva York, en la acera a la puerta del Departamento de Justicia. Las manifestaciones anti-PACT brotaron por todo el país igual que incendios forestales. Los que protestaban contra la PACT tiraban huevos primero, más tarde piedras a los coches de senadores y funcionarios pro-PACT. Y siempre, sin excepción, llevaban pancartas con los versos de Margaret. Las protestas eran breves y esporádicas, pero duraban lo bastante para que los viandantes sacaran fotografías que pronto estuvieron por todas partes, lo mismo que las palabras de Margaret.

Quién habría imaginado, le decía a Ethan, que un poema podía hacerse viral. Ninguno de los dos reía. Era la menos inusitada de todas las cosas inusitadas que habían ocurrido en los últimos años.

Entonces un programa de tertulia radiofónica hizo una investigación sobre la pancarta, sobre el poema. Sobre Margaret.

¿Quién es la inspiración de estos chiflados que se manifiestan?, preguntó el locutor. Pues se lo voy a decir: una poeta radical llamada Margaret Miu que vive en Cambridge, esa burbuja progresista. Y, mire usted por donde, resulta que es una kung-PAO.

Un presentador de un canal por cable que había defendido la PACT desde el principio –¿Qué es eso de «chinoamericano»?, había dicho. Eso no existe; todos sabemos dónde están «de verdad» las lealtades– se hizo eco de la noticia. Escaneó la fotografía de la contracubierta del libro de Margaret y la enseñó a cámara. Dejando que su rostro extranjero hablara por sí mismo.

Las personas como esta, dijo, son la razón de que necesitemos la ley PACT. ¿Saben quiénes son sus principales lectores? ¿Los que compran su libro? Se lo voy a decir. He visto las cifras de venta. Gente joven. Universitarios, estudiantes de secundaria. Incluso de la escuela intermedia quizá, quién sabe. Los jóvenes a esas edades son muy impresionables. Y la influencia de esta mujer se está «disparando». ¿Saben qué dicen las cifras de ventas? Solo la semana pasada se vendieron cuatro mil ejemplares de su libro. Esta semana, seis mil. La siguiente serán diez mil. Una cosa les digo, más vale que estudiemos bien lo que contienen esos poemas. Existe el peligro real de que estén corrompiendo a nuestros hijos. Precisamente para «eso» tenemos la PACT.

En tablones de anuncios –y, pronto, en los despachos de las autoridades– empezaron a analizarse los versos de Margaret. «Dispersados para que broten en otra parte»: ¿no es eso una llamada a la diseminación de ideas peligrosas? El poema habla de una araña que se aferra su saco de huevos vacío: «huero y seco, lleno solo de aire». No es difícil interpretarlo como una metáfora de Estados Unidos que se aferra a ideales «hueros» hasta morir. Y este otro, sobre tomates y sobre perturbar sus «robustas raíces». ¿Qué es esto sino una llamada a atacar la raíz de la estabilidad de Estados Unidos?

La ideología antiamericana estaba clara, lo que hacía más peligroso que hubiera gente leyendo estos poemas. Hasta el momento se habían vendido casi cincuenta mil ejemplares, una cifra insólita para un libro de poesía, en especial uno publicado en un sello minúsculo. Ello en sí mismo ya resultaba sospechoso; obviamente el Pentágono debía investigar; no podía descartarse la posibilidad de que los versos contuvieran mensajes cifrados. Con todo, los poemas no eran solo antiamericanos, también incitaban a la rebelión. Apoyaban y amparaban la actividad terrorista. Animaban a otros a respaldar la insurrección. Lo demostraban las numerosas protestas anti-PACT.

Está clarísimo, pensó un funcionario mientras ponía un sello rojo bien vistoso en el expediente de Margaret. Ha nacido aquí, pero es evidente que de americana solo

tiene el nombre. Probablemente lo aprendió de «sus» padres. Esa mentalidad extranjera era de hondo arraigo, reflexionó; quizá hasta estaba en el ADN. Quizá reeducar sus lealtades ni siquiera era una posibilidad.

Una semana después Margaret recibió una llamada de su editor: habían ordenado la retirada de su libro, la destrucción de todos los ejemplares de los almacenes. ¿Pueden hacer algo así?, preguntó Margaret, y su editor suspiró. Era un hombre blanco flaco y con gafas que recitaba a Rilke de memoria; el sello tenía su sede en una oficina alquilada de dos habitaciones en Milwaukee. Llevaba semanas recibiendo correos electrónicos y llamadas amenazadoras, la más reciente con sugerencias detalladas de lo que se debería hacer a su hija de siete años. Eso no es todo, dijo. También han conseguido una orden judicial para investigar nuestras actividades económicas y las de nuestros otros autores. No solo los asiáticos, sino todos. Para ver si estamos dando dinero a más personas «antiamericanas». Han dado a entender que, si no colaboramos, encontrarán la manera de cerrar la editorial. Lo siento, Margaret, lo siento mucho.

En cualquier caso, al cabo de un mes ese mismo editor terminaría echando el cierre, destruiría sus existencias y borraría todos sus archivos. Los bibliotecarios, desbordados por las llamadas para protestar por el libro, empezaron a retirarlo de sus fondos. Los defensores de la PACT se citaron en el centro de Boston para recoger ejemplares y quemarlos en un bidón de gasolina en la plaza del Ayuntamiento. La oficina postal empezó a supervisar el correo de Margaret y Ethan.

Las cosas fueron a peor. Alguien indagó en internet, publicó su dirección y el número de teléfono de Margaret en las redes sociales. «¿No te gusta esta ZORRA CHINA ni el veneno que le da a nuestros hijos? –escribió–. Pues llámala y díselo.»

Qué vamos a hacer, preguntó Margaret a Ethan mientras ponía su teléfono en silencio. Llevaba veinte minutos sonando sin parar y al principio contestaba y colgaba inmediatamente, pero al momento empezaba a sonar otra vez.

Ethan la abrazó. Ya había hablado con la policía; no había nada ilegal, le habían dicho, en divulgar información que está disponible para el público. Ethan los había insultado antes de colgar el teléfono. Era sábado por la mañana y, en un día normal, habrían estado comiendo gofres en la mesa de la cocina con la luz del sol derramándose sobre los platos. En lugar de ello, Ethan llevaba toda la mañana de un lado a otro de la casa, corriendo cortinas, apartando a Margaret y a Bird de las ventanas.

Se pasará, le aseguraba Margaret. Tiene que pasar. Se cansarán. Además, es que no he hecho nada. Jamás he ido a una manifestación. Todo lo que he hecho es escribir un poema.

No pasó. Nadie pareció cansarse, a excepción de Margaret y Ethan... y Bird. ¿Qué

le pasa a tu teléfono?, no dejaba de preguntar. ¿Quién llama todo el rato? Empezaron a aparecer bolsas con pescado podrido y caca de perro y cristales rotos en el escalón de entrada y, un día, una bala solitaria dentro del casquillo. Después de aquello Bird no podía salir solo ni siquiera al jardín trasero.

Hay gente muy loca, le dijo Ethan. No te preocupes. Estás a salvo.

¿Sabían ustedes, dijo el presentador del *talk-show* unos días después, que la tal Margaret Miu tiene un hijo? De nueve años. Sí. ¿Se lo pueden creer? Y se llama –no se lo pierdan– Bird. Pájaro.

Los comentarios en las redes:

«Es un caso clarísimo de abuso infantil. No digo más».

«A personas así no se les debería permitir reproducirse.»

«A saber la educación de mierda que le está dando en casa. No me imagino lo que puede ser tener una madre así.»

«Pobre niño. Roguemos porque los Servicios Familiares estudien pronto su caso.»

Aquella noche, después de acostar a Bird, la madre de Ethan le escribió a este un correo electrónico. «Mi amiga Betsy me ha reenviado este artículo sobre Margaret.» Era el primero de muchos, algunos de los cuales le reenviaría y muchos de los cuales se limitaría a leer según los encontraba, de uno en uno y a veces dos o tres al mismo tiempo, en su buzón de entrada, remitidos por conocidos suyos llenos al parecer de buenas intenciones. «Me acordé de cuando mencionaste a la nueva mujer (¿?) de tu hijo. ¡¿Es la misma Margaret Miu?!»

A medida que se acumulaban los artículos, los reportajes y los titulares, los padres de Ethan leían y debatían, comparaban a la mujer que habían conocido y a la que habían cogido cariño, la mujer que su hijo adoraba, la mujer que había dado a luz a su nieto, con la que retrataban las noticias. La persona que conocían –¿o no?– frente a la que todos los demás parecían ver. ¿Cuántas veces habían estado con ella? ¿Hasta qué punto se puede conocer a una persona en ese tiempo? Durante sus llamadas telefónicas semanales, Ethan se quejaba a sus padres de los últimos desmanes: los correos anónimos que atestaban la bandeja de entrada de Margaret, las notas pegadas con cinta adhesiva a la puerta de la casa. Hasta que Ethan se calló, exhausto por la indignación y el miedo, no reparó en el silencio tan impropio de su madre.

Parecía tan «buena persona», dijo su madre con un tono de tristeza y decepción tan profundas que Ethan comprendió: en la mente de su madre se había instalado un relato y él no podía hacer nada para reescribirlo. Durante las semanas siguientes, los padres de Ethan no lo llamaron y, cuando se mudó con Bird a la residencia de estudiantes, no les mandó la nueva dirección.

Entonces llegó la nota. Una tira de papel que la profesora de Bird, la señora Hernández, había metido a hurtadillas en la cartera de Bird. «Estimados señor y

señora Gardner –decía en pulcra y florida letra inclinada. Eses altas y orgullosas y pes de espalda rígida–: El colegio ha recibido una llamada del departamento de Servicios Familiares. El lunes por la mañana estoy citada para hablar con ellos y es probable que poco después quieran hablar también con ustedes. Me pareció de justicia informarlos.»

Una advertencia. Un gesto amable, en realidad.

Margaret hizo el equipaje aquella noche, una simple mochila. Una que pudiera llevar a la espalda, lo bastante pequeña para caminar lo que hiciera falta; un saco de dormir y todo el dinero en metálico que lograron reunir. El saco había sido de Ethan. Es abrigado, dijo con voz queda mientras lo sacaba del fondo del armario y Margaret oyó cómo se le quebraba la voz mientras los dos pensaban en todas las noches en que no dormirían uno al lado del otro. Había cogido el saco y se había girado enseguida e inclinado para sujetarlo a la mochila, pero lo cierto era que se sentía incapaz de enfrentarse al dolor en los ojos de Ethan y no estaba segura de que él fuera a soportar el de los suyos. Habían llegado a un acuerdo: ella no escribiría, no llamaría. No haría nada que pudiera constituir una pista. No se llevaría el teléfono. Cualquier atadura sin cortar podía ser su perdición, de manera que expulsarían a la madre PAO traidora de sus vidas. No les darían ni el más mínimo pretexto para llevarse a Bird. Lo que sea necesario, acordaron. Lo que haga falta hacer o decir para mantenerlo a salvo.

A la mañana siguiente, Margaret intentó decir adiós. Era un sábado de finales de octubre. Las hojas empezaban a caer de los árboles. Estaremos bien, le dijo Ethan. Los dos comprendían que buscaba tanto tranquilizarse a sí mismo como a ella. Enterró la cara en el pelo de Margaret y esta hundió la suya en su pecho, lo respiró, mientras todas las palabras que no tenía el valor de decir trataban desesperadamente de escapar de su boca. Cuando por fin se separaron, ninguno podía mirar al otro. Ethan corrió a encerrarse en el dormitorio porque qué podía añadir, y además no soportaba verla marchar. Bird, ajeno a todo, estaba arrodillado en la alfombra del cuarto de estar, encajando ladrillos de plástico unos en los otros. Era una casa y el tejado no hacía más que caerse porque el arco era demasiado alto para sus manos infantiles.

Birdie, dijo Margaret. La voz se le hacía añicos. Bird, tengo que irme.

Había esperado que le hiciera preguntas en cuanto viera la mochila: algo que Margaret nunca llevaba y en lo que sin duda se fijaría. ¿Por qué llevas eso? ¿Dónde vas? ¿Puedo ir contigo? Pero Bird no se volvió. Al principio no la había oído, de tan absorto como estaba en lo que hacía, y eso era algo que a Margaret le encantaba de él, le encantaba cómo centraba su atención, intensa como el calor de verano, en aquello que quería comprender.

Bird, repitió está vez en voz más alta. Birdie, cariño mío, me voy.

Bird no se giró y Margaret se sintió agradecida: agradecida de no ver sus ojos en aquel último momento, de que no corriera hasta ella y le hundiera la cara en el vientre, como solía hacer, porque, en ese caso, no habría sido capaz de separarse de él.

Vale, dijo Bird y su confianza, el convencimiento de que su madre volvería, como hacía siempre, le dolió. Entonces fue ella la que dio media vuelta. Dio media vuelta, se colgó la mochila al hombro y fue directa a la puerta, antes de que su corazón la hiciera cambiar de idea.

Dos días después, cuando llegaron los Servicios Familiares, las pertenencias de Margaret ya estaban amontonadas en la acera. Cuando le preguntaran, Ethan negaría con la cabeza y a su hijo se le rompería el corazón. No, no sabía dónde había ido. No, no compartía sus opiniones, en absoluto. Más bien al contrario, a decir verdad. No, para ser sincero no lo lamentaba. Había intentado que las cosas funcionaran por el bien de su hijo, pero había un límite en lo que un hombre puede soportar, ¿o no? En fin... digamos que saber que ya no sería una influencia le quitaba un peso de encima. Sí, exacto. Mucho mejor sin ella.

¿Sus libros? Por supuesto que no. Basura subversiva. Los había quemado todos.

Un autobús a Filadelfia con el pañuelo tapándole la boca, escudada detrás de unas gafas de sol. Mil cien dólares en efectivo en el bolsillo, casi todos los ahorros de la familia. Aún no tenía un plan, solo una esperanza: de que había alguien que podría ayudarla, proporcionarle un lugar donde hacer un alto y decidir el siguiente paso. Pero, antes de hacer ese alto, necesitaba presentar sus respetos, disculparse. Expiar. Hundida en el asiento, se caló el gorro de lana hasta el puente de la nariz, hundió el mentón en el cuello del abrigo. Se negó a llorar. Lo que hizo fue mirar la autopista que discurría en un borrón de gris y blanco. A su lado, un hombre con bigote roncaba y el pliegue de grasa de su cuello temblaba a cada respiración.

El pequeño barrio residencial donde había crecido Marie Johnson tenía pulcros jardines de césped con arbustos en flor y robles centenarios, aseadas casas de madera con capas de pintura fresca que disimulaban los contornos desdibujados por el paso del tiempo. La casa de Marie podía haber sido cualquiera de ellas: desde fuera no parecía un hogar de luto. Pero la identificó enseguida, por los informativos que la habían sacado una y otra vez, siempre con las cortinas echadas para protegerla de las cámaras que bullían fuera. Ahora, meses más tarde, el vecindario había recobrado cierta apariencia de normalidad: unas pocas casas más abajo, un hombre tiró de la anilla de su máquina de recoger hojas y esta se encendió con un gruñido gutural; al otro lado de la calle, una mujer mayor con guantes de jardinería floreados quitaba las

hojas muertas a un crisantemo con el rigor de una institutriz. En la casa de Marie, los únicos indicios de vida eran el coche en el camino de entrada y el delgado resquicio entre las cortinas que dejaba entrar retazos de sol vespertino.

De niña Marie debía de haber jugado allí. Quizá empujaba carretillas de juguete en aquel trozo de césped y dibujaba rayuelas a tiza en las baldosas de la acera. Quizá corría junto al aspersor en los días calurosos de verano evitando –y después persiguiendo– la cortina de agua a presión. Margaret la imaginaba, le parecía oír sus gritos, iguales a los de Bird, como un repique de campanas. La mochila le rozaba la espalda y tenía dos grandes ronchas rojas en los hombros. Llamó al timbre.

La mujer que abrió la puerta podía ser diez años mayor que Margaret, pero esta tuvo la sensación de que había vivido muchas más vidas. Su cara seguía siendo joven, pero su manera de moverse delataba cansancio y pesadumbre, como si se hubiera visto sometida a más de lo que soportaban sus fuerzas. Detrás de ella había un hombre de anchos hombros redondeados y encorvados, con gafas de leer en la punta de la nariz y un periódico doblado en la mano.

Señora Johnson, dijo Margaret. Señor Johnson, he venido a hablar con ustedes de Marie.

Entonces brotó de ella a raudales en un torrente caótico: disculpas y confesión, justificación y arrepentimiento y autoinculpación. Sus poemas, su propósito, su espanto y su tristeza por la muerte de Marie. No era mi intención, no dejaba de repetir. Ni se me pasó por la cabeza. No me lo esperaba. En cuanto las palabras reptaron de su boca de vuelta a sus propios oídos, cayó en la cuenta de su error. Lo que buscaba tan desesperadamente –apoyo, consuelo, absolución– eran cosas que no tenía derecho a pedirles y que no tenían motivo para darle.

Me están buscando, se oyó implorar. Implorar, casi mendigar, con la voz aguda por el miedo. Me echan la culpa de todo. Y tienen razón.

Los padres de Margaret seguían en la puerta, impasibles. Calle abajo, el hombre del aspirador de hojas apagó el motor y el aire se volvió silencioso. Margaret seguía en el escalón de entrada; ni siquiera había esperado, pensó ahora, antes de soltarlo todo a los pies de aquel hombre y aquella mujer que habían perdido a una hija. Era inútil, ella era una inútil; cómo podía nadie disculparse de algo así.

Lo siento muchísimo, dijo por fin y se dio media vuelta para marcharse.

¿A qué ha venido?, preguntó el padre de Marie. Dobló el periódico en dos, no con gesto enfadado, sino sereno. Como si hubiera leído noticias suficientes para toda una vida y no pensara leer ninguna más. Miró a Margaret a la cara, sin pestañear; a aquellas alturas estaba por encima del miedo. ¿Cree que tenemos algo que decirle? Nuestra niña ha muerto y se presenta aquí, ¿buscando qué? ¿Pretende darnos pena por lo que «usted» ha pasado?

Su voz era queda, como la que se usa dentro de una biblioteca, y por algún motivo, a Margaret le heló la sangre más que si hubiera gritado.

¿Se cree que la conoce?, continuó el padre de Marie. Les pasa a todos. Se creen que la conocen. Hay personas que llevan la cara de mi niña en el pecho, personas a las que ni siquiera les interesa saber quién fue. Solo usan su nombre para justificar lo que quieren hacer. Para ellos mi hija no es más que un eslogan. No tienen ni idea de quién era. Usted tampoco.

Alrededor de ellos, los ruidos omnipresentes en un barrio residencial: coches circulando como si no tuvieran prisa por ir a ninguna parte, el graznido de un cuervo en dirección al cielo, el inevitable ladrido llegado desde una distancia indeterminada. Igual que todos los días, como si no hubiera pasado nada.

Qué más se puede decir, concluyó el padre.

Se dio la vuelta y desapareció en el interior en penumbra de la casa.

Por un momento, la madre de Marie y Margaret se quedaron a lados opuestos del umbral: Margaret inmóvil en el escalón de entrada notando la brisa fría en la nuca, donde el sudor le humedecía el pelo. La madre de Marie con una mano apoyada en la jamba, como si quisiera impedir que la casa se desmoronara. Los ojos entrecerrados para protegerse del sol, la espalda sumida en sombras. Estudiando a Margaret. Esta se preguntó qué vería. Pensó, demasiado tarde, en los mundos asiático y negro orbitando cautelosamente uno alrededor del otro, detenidos a determinada distancia en un precario tira y afloja. Cuando era pequeña: una niña negra muerta de un disparo; Los Ángeles en llamas, tiendas coreanas incendiadas. Sus padres habían echado chispas al leer las noticias, los habían indignado los destrozos, la «delincuencia». Y, años más tarde, un joven negro muerto en una escalera, el dedo de un agente de policía chinoamericano en el gatillo. Había habido indignación por ambas partes –un accidente, brutalidad policial, chivo expiatorio– hasta que los círculos volvieron a separarse en una tregua incómoda. En más de una ocasión su madre había recibido un empujón en la calle por parte de un adolescente negro que se burlaba de ella imitando el idioma chino. Pero también: poco después de mudarse a Nueva York, estaba en Chinatown comprando fruta en un puesto callejero cuando pasó un hombre negro en un cuatro por cuatro con la música escapándose por las ventanillas bajadas a tal volumen que la pera que tenía Margaret en la mano tembló y el frutero, un hombre chino enjuto y anciano, apretó los dientes. Son unos matones, dijo, como si fuera algo que hubieran ya convenido, y escupió, y Margaret estaba tan asombrada que –para su vergüenza– se había limitado a asentir con la cabeza, pagar y marcharse sin decir palabra. Le pesa este hecho, le pesa tanto como la mochila que lleva a la espalda.

Lo siento, repitió. Mejor me voy.

¿Tiene hijos?, preguntó de pronto la madre de Margaret.

Uno, dijo Margaret. Tenía uno. Su uso del tiempo pretérito, inintencionado, la sorprende. Con qué facilidad ha aceptado su cerebro lo que su corazón no puede. Tengo, rectifica. Tengo un hijo. Pero no lo veré nunca más.

Un largo silencio entre las dos, que se alarga y se hincha hasta que las envuelve, grueso y mullido. Entonces, para sorpresa de Margaret, la madre de Marie le tocó la muñeca.

Bienvenida al peor club del mundo, dijo.

La casa de los Johnson era acogedora y pulcra, pero había signos de su hija por todas partes. El señor Johnson, con los labios apretados, negó con la cabeza mirando a su mujer y desapareció escaleras arriba, pero la señora Johnson condujo a Margaret al cuarto de estar. Sobre la repisa de la chimenea, una fotografía enmarcada de Marie con toga y birrete y un rollo de papel apoyado en el pliegue del codo igual que un ramo de flores. Graduación de la escuela secundaria, dijo la señora Johnson. Segunda de su promoción. En el rincón, un atril, un estuche de flauta, partituras llenas de ráfagas de notas imposiblemente agudas.

Estaba en la banda. Pero lo que de verdad le gustaba era la música clásica.

Su mano acarició la piel sintética y retiró una mota de polvo del cierre.

Yo quería que siguiera practicando en la universidad. Pero decía que no le daría tiempo. Tenía muchísimos planes.

Margaret no se había quitado aún la mochila; no estaba segura de estar invitada a quedarse. En aquel atestado cuarto de estar se sentía como un animal grande y torpe que, a cada movimiento, amenazaba con derribar algún trozo de pasado. Contuvo la respiración como si eso fuera a volverla más pequeña y silenciosa, como si fuera a servir de algo.

La señora Johnson cogió un elefantito de porcelana de la repisa y le dio la vuelta. Al cabo de un instante encontró lo que estaba buscando y lo sostuvo en alto para que Margaret la viera: una fina costura de pegamento que rodeaba la trompa levantada.

¿Ve esto?, dijo. Una amiga mía se fue de vacaciones a la India y me lo trajo. Marie debía de tener siete u ocho años. Le encantaba. Jugaba con él, se lo guardaba en el bolsillo y lo llevaba por ahí. Un día llegué a casa del trabajo y me encontré con que le había roto la trompa. Cómo me puse. Le dije que no respetaba las cosas de los demás, que le había pedido que tuviera cuidado y por qué no me escuchaba. No, mamá, me dijo, es que quería ver qué había dentro. Lo había hecho a propósito. Le dije que estaba castigada un mes. Al día siguiente me lo encontré así.

Inclinó la palma en la que estaba el elefantito y dejó que sus curvas atraparan la luz.

Lo había pegado. Casi no se ve por dónde se rompió. Solo si sabes dónde mirar.

Dejó con cuidado el elefante en la repisa.

Así era Marie, dijo. Nadie de toda esa gente recordará estas cosas. Solo yo.

Las dos mujeres callaron. En el haz de luz que entraba por la rendija entre las cortinas flotaban motas de polvo.

¿Por qué no me lo cuenta?, dijo Margaret. Cogió las manos de la mujer mayor entre las suyas y la señora Johnson no las retiró. Aquel gesto amable fue una lección de humildad para Margaret, porque no se lo había ganado. ¿Por qué no me habla de ella? De quién era. De cómo era.

Lo haré. Pero solo si promete recordar. Que era una persona de carne y hueso, no un póster. Que era mi niña. Mi niña.

Se quedó dos días, escuchando. Dejó que la madre de Marie le contara cualquier cosa y todas las cosas que le vinieran a la cabeza. El señor Johnson la evitaba, la miraba con crispado recelo mientras se guardaba las gafas en el bolsillo de la camisa antes de salir de la habitación.

No se fía de ti, decía la señora Johnson cuando su marido se cruzaba con ellas en el pasillo. No era una disculpa, se limitaba a señalar un hecho.

Pero la señora Johnson la llevó al cuarto de Marie y allí estuvieron sentadas desde la salida del sol hasta que cayó la noche. La señora Johnson caminaba por la habitación y hablaba en voz baja, tocando esto y aquello, rememorando. Cogía el cepillo de pelo de Marie, sus anillos, las piedras redondeadas por el mar en el alféizar, y cada objeto le despertaba un recuerdo como si fuera un talismán. Ninguna de las historias era importante. Una visita a una tía en Carolina del Norte, un día en un parque temático Six Flags, el primer viaje a Nueva York cuando era una adolescente flaca y desgarbada: mamá, quiero vivir «aquí». Todas las historias eran insoportablemente banales. La vez en que, siendo una niña de pocos años, Marie se había tirado un pedo en la iglesia, justo después de que el ministro dijera: «Oremos». Unos zapatos rojos que le gustaban tanto que embutió los pies en ellos durante meses negándose a tirarlos, insistiendo en que le quedaban bien hasta que se les reventaron las costuras. Cómo, de adolescente, recortaba palabras que le gustaban de sus revistas y las guardaba igual que confeti dentro de un sobre azul: «nebulosa», «moscabado», «añicos». Me gusta cómo suenan, decía.

No sé qué quería hacer con ellas, dijo la señora Johnson.

Hablaba y hablaba, hilaba un recuerdo con otro cruzando un ancho mar por un camino de piedras. Recuerda esto, repetía una y otra vez la madre de Marie. No lo olvides. Como si cada recuerdo fuera una cuenta que pudiera resbalársele entre los dedos, rebotar en el suelo, rodar hasta una grieta y desaparecer. Lo que era cierto. De

noche, acostada en su saco de dormir en el cuarto de estar de los Johnson, Margaret apuntaba lo que había dicho la madre de Marie y cada palabra resonaba igual que una campanada. Pero mientras la señora Johnson hablaba, Margaret se limitaba a escuchar y a escuchar y a escuchar.

La segunda noche, el padre de Marie entró desde el pasillo. Miró a su mujer, sentada en la cama floreada de la hija de ambos; a Margaret, en el suelo con las piernas cruzadas.

¿Sabe qué fue lo último que le dije?, preguntó.

Ni saludo ni introducción. Como si llevara esperando mucho tiempo para decir únicamente eso.

Me lo contó por teléfono. Que había una manifestación convocada, contra la PACT, que tenía intención de ir y de llevar una pancarta. Le dije: Marie, eso no va contigo. ¿Crees que esos PAO darían la cara por ti? ¿Te crees que a alguno le importará cuando empiecen a seguirnos en las tiendas o nos peguen un tiro en un semáforo? Déjalo estar.

Se interrumpió.

Marie había estado documentándose, continuó. Intentando reconstruir un árbol genealógico. Durante el instituto le entró la curiosidad. Andaba siempre metida en la biblioteca, consultando bases de datos y registros censales en busca de sus raíces. Nuestras raíces. Solo encontró un gran vacío. No había registros anteriores a la Emancipación, a excepción de uno. Un contrato de venta de un posible antepasado mío. A los once años de edad. A un tal señor Johnson, en el condado de Albemarle, Virginia.

Otra pausa. El señor Johnson miró a Margaret y esta lo miró a él. Escuchando.

Yo no quería que fuera. Pero estaba decidida. Lo único que dijo fue: Es injusto separar a niños de sus familias, papá. Lo sabes. Y no quería discutir, así que colgamos el teléfono y al día siguiente fue a esa manifestación.

Seguía allí, enmarcado por la puerta, un hombre fuerte vuelto frágil por la pena. La madre de Margaret solía cambiar de acera al ver acercarse a hombres como él. ¿Llevada por el desprecio? ¿Por el miedo? Margaret no lo sabía y no estaba segura de que importara. En la fábrica donde trabajaba su padre solo había unos pocos hombres negros y su padre no se relacionaba con ninguno de ellos. No es mi gente, solía decir, y Margaret nunca se había molestado en preguntar qué quería decir con eso.

No se equivocaba usted, dijo por fin Margaret. No se equivocaba. Pero tampoco se equivocaba Marie.

Un pequeño tirón en un complicado nudo que costaría generaciones deshacer.

El señor Johnson se sentó en la cama al lado de su mujer, quien le pasó un brazo

por los hombros y volvió la cara hacia él y así estuvieron un rato los tres, en silencio, en el cuarto de Marie, con Margaret como testigo de lo que habían perdido.

Después de un rato largo, muy largo, el señor Johnson dijo: ¿Sabéis lo que no se me va de la cabeza? Una noche que volví a casa de trabajar.

El recuerdo rezumaba de él igual que agua de una piedra porosa.

Ni siquiera me acuerdo de qué años tenía. Puede que fueran cinco, pero también quince.

Margaret no hizo preguntas; entendía esto, lo esquivo y elástico que es el tiempo en lo relativo a los hijos, cómo parecía avanzar, no en línea recta, sino en bucles interminables, girando una y otra vez sobre sí mismo, sobrescribiéndose.

Se estaba riendo, dijo el padre de Marie. Reía sin parar. Tanto que no podía ponerse de pie. Tanto que le rodaban lagrimones por la cara. Cuando llegué me la encontré revolcándose por la alfombra. Muerta de risa. Marie, dije, ¿qué te hace tanta gracia? Siguió riendo. Hasta que empecé a reírme yo también. No lo pude evitar.

Casi reía otra vez mientras el recuerdo bailaba a su alrededor devolviéndolo al pasado.

Por fin se tranquilizó y siguió tumbada, recuperando el aliento, mirando al techo, todavía con una sonrisa de oreja a oreja. Marie, repetí, ¿qué te hace tanta gracia? Soltó un gran suspiró. Parecía tan feliz... Todo, dijo. Todo.

Se despidió de la familia de Marie con una petición, y un nombre.

Sácala en un poema, dijo el señor Johnson. Eso le habría gustado. Así que sácala en un poema, ¿de acuerdo? Haz que otras personas la recuerden.

Lo intentaré, dijo Margaret, aunque ya sabía que no había poema capaz de encapsular a Marie, igual que no lo había capaz de encapsular a Bird. Siempre quedarían demasiadas cosas sin decir.

La señora Johnson no dijo nada, solo abrazó a Margaret, con más fuerza incluso de cómo la abrazó esta. Nunca volverían a hablar, pero ahora estaban unidas por el vínculo de quienes han vivido algo terrible juntas y quedan ya fusionadas de maneras que no siempre comprenden.

El nombre que buscaba era el de la bibliotecaria, aunque los Johnson solo sabían el apellido: la señora Adelman esto, la señora Adelman lo otro, había sido todo lo que salía de boca de Marie durante el bachillerato, dijo su madre, pasaba allí todo su tiempo libre. Al otro lado de la ciudad; coge el autobús en la esquina. Pero Margaret eligió caminar, seguir el rastro de las paradas de autobús, el cual pasaba despacio a su lado a prometedores intervalos, confirmando que no se había desviado de la ruta. Para cuando llegó a la biblioteca habían pasado ya seis autobuses y, quizá por eso,

tenía la sensación, mientras subía las escaleras de entrada, de que ya había estado en aquel lugar, de que una o varias versiones previas de ella ya habían descubierto lo que ahora se disponía a encontrar.

La biblioteca no era la amplia sala con paredes de mármol que se había esperado, sino un lugar cálido y acogedor, con la moqueta, las paredes y las estanterías del mismo tono miel de una vieja butaca de cuero, como el cuarto de estar de una tía abuela, y en el mostrador del fondo había una única bibliotecaria, una mujer mayor con un mechón blanco que le dividía la melena gris justo a la altura de la sien –un relámpago que emanaba de su cerebro–, ojos penetrantes y la postura más majestuosamente recta que había visto Margaret nunca, así que se dejó guiar por su instinto.

¿Señora Adelman?, dijo. He venido por Marie.

Al principio la bibliotecaria no dijo nada, se limitó a estudiar a Margaret en silencio durante un buen rato. Como si se hubieran conocido en una vida anterior y estuviera intentando situarla. Entonces cambió la expresión de su rostro, como nubes que atraviesan el cielo impulsadas por una fuerte brisa.

Ah, sí, dijo. Ya sé quién eres.

A continuación, después de otro momento de silencio: Yo fui quien le dio tu libro.

Era uno de los muchos libros que la bibliotecaria había dado a Marie a lo largo de los años. Se habían hecho amigas cuando Marie apareció allí en un intento por rastrear sus raíces. La señora Adelman la había ayudado a encontrar los archivos adecuados y las sociedades históricas con las que contactar y también había estado allí cuando Marie se encontró el agujero en los registros, allí donde el resto de su árbol genealógico había sido borrado. Los abuelos de la señora Adelman habían huido de Múnich en la década de 1930, y, aunque no era lo mismo, conocía el dolor que producían las fracturas geológicas insalvables en la historia de una familia. Luego, a medida que Marie fue cumpliendo años y sus intereses se ampliaban, la señora Adelman había disfrutado siguiendo la pista a su curiosidad, alimentando a esa muchacha cuya hambre de «saber» era omnívora e insaciable. *Apuntes de un hijo nativo.* Biografías de Gandhi y Grace Lee Boggs. Libros sobre ecología, sobre el tarot, sobre la exploración espacial y el cambio climático. Y también poesía: Marie había empezado con los poemas del colegio, Keats y Wordsworth y Yeats, luego había vuelto en busca de más y la bibliotecaria la había ayudado a encontrarlo: Lucille Clifton, Adrienne Rich, Ada Limón, Ross Gay. La bibliotecaria le había dado todos estos libros a Marie y esta los había devuelto diligentemente dos semanas después, jamás con retraso. La semana en que Marie se marchaba a la universidad, había visitado la biblioteca por última vez y la señora Adelman había dejado un delgado

paquete envuelto en papel azul sobre el mostrador. En la guarda había escrito: «Este no tienes que devolverlo». En la cubierta, la fotografía en primer plano de una granada abierta con las semillas brillantes como gemas.

Lo hemos retirado, dijo la señora Adelman. No por decisión mía. Después de lo ocurrido a Marie empezaron a pasarse por allí otras personas. Algunas querían coger prestado el libro. Pero entonces, cuando los programas de entrevistas y esos tipos de la televisión por cable empezaron a atacarte, la gente se asustó. Querían saber cómo podíamos tener un libro así en nuestros fondos. Si de verdad eras una persona subversiva, ¿cómo podíamos arriesgarnos a que jóvenes mentes lo vieran? Al final las instancias superiores decidieron que era más fácil retirarlo. El alcalde estaba nervioso. Por lo que me cuentan mis amigos, ha ocurrido lo mismo en otros sitios. No solo con tu libro; con cualquier cosa que tenga el más mínimo vínculo con China. Con todo lo asiático. Cualquier cosa que entrañe el más mínimo riesgo.

Es una cobardía, dijo Margaret y la señora Adelman dijo: Bueno, ellos también tienen hijos.

Hubo un largo silencio.

¿Y tu hijo?, dijo la señora Adelman. Dijeron en las noticias que tienes un hijo. ¿De qué edad?

Nueve, dijo Margaret. Cumple diez este verano.

En silencio, trató de imaginar el cumpleaños de Bird. ¿Habría tarta? ¿Velas? ¿Qué celebrarían? ¿La echaría de menos? Solo es capaz de imaginar una habitación oscura.

Así que, antes de que se lo llevaran, te fuiste tú.

Margaret asintió sin decir nada.

A Marie la destrozaba, dijo la señora Adelman. Lo de que se llevaran a todos esos niños para silenciar a los padres y que las noticias ni siquiera lo mencionaran. Que todos guardaran silencio, fingiendo que no había pasado, diciendo que se lo tenían merecido. Todas esas familias rotas.

En los informativos hablaban solo de unos pocos casos, aquellos que parecían claros, aquellos en los que la respuesta correcta parecía obvia y sencilla.

¿Cuántos son?, preguntó Margaret.

Demasiados, dijo la señora Adelman. Y, además, no solo personas que protestan públicamente. Cualquiera que se oponga a la PACT. Y la cifra aumenta cada día.

Margaret tuvo de pronto la sensación de haber sintonizado una frecuencia que hasta entonces no había sido capaz de oír. Fuera había oscurecido; la biblioteca había cerrado ya. Nadie había entrado.

Últimamente no viene casi nadie, dijo la señora Adelman. La gente está nerviosa. Si entran, cogen lo que venían buscando y se van.

¿Dónde puedo encontrarlas?, dijo Margaret. A las familias. ¿Cómo me pongo en

contacto con ellas?

He «oído», dijo despacio la señora Adelman, que hay personas que han empezado a intentar localizar a niños que se han llevado. Con la esperanza de devolverlos a sus familias.

¿Es eso posible todavía?, preguntó Margaret, si son tantos...

Transcurridos ya nueve años desde de la aprobación de la PACT, era como luchar contra la gravedad, o la marea. Estas protestas, decía la gente meneando la cabeza en las noticias, en las calles. Son ejercicios de futilidad. Lo único que consiguen es molestarnos a los demás.

La bibliotecaria se encogió de hombros. Tú me dirás. Si las protestas no sirven de nada, ¿qué haces aquí?

¿Cómo puedo localizar a estas familias?, preguntó Margaret y la señora Adelman dijo: Conozco una.

Siguió un rastro de susurros. El nombre que le proporcionó la señora Adelman la llevó a otros: una amiga, la hermana de un vecino. He oído hablar de alguien. Conozco a alguien. Ni correos electrónicos ni teléfonos móviles, nada que pudiera dar pistas. Uno a uno los fue encontrando, con el nombre de quien la enviaba como prueba de buena fe. Escuchando.

Poco a poco empezó a entender cómo había ocurrido. Decías algo y a alguien no le gustaba. Hacías algo y a alguien no le gustaba, o quizá no hacías algo y a alguien no le gustaba. Tal vez eras periodista y escribías un artículo que hablaba de niños reasignados, o mencionaba los ataques a personas con rasgos asiáticos, o se atrevía a cuestionar su demonización. Tal vez publicabas algo en redes sociales que era crítico con la PACT, o con las autoridades, o con Estados Unidos. Tal vez te ascendían y tus colegas se ponían envidiosos. Tal vez no hacías nada en absoluto. Se presentaban unas personas a la puerta de tu casa. Alguien las había llamado, decían, aunque nunca revelaban quién, aduciendo el derecho a la intimidad, la inviolabilidad del sistema. Solo funciona, decían, si las personas saben que sus nombres no saldrán a relucir.

No se preocupe, solía decir uno de los agentes. Estoy seguro de que no es nada. Pero es nuestro deber comprobarlo.

En ocasiones resultaba no ser nada. Si estabas bien relacionado, si te mostrabas lo bastante respetuoso o quizá si tenías un amigo en la oficina del alcalde o del gobernador o, incluso mejor, en el gobierno federal, si durante la investigación encontraban que habías donado dinero a los grupos adecuados, o quizá estabas dispuesto a donarlo ahora, entonces, tal vez, podías dejar claro que jamás inculcarías ideologías peligrosas a tu hijo. Pero las más de las veces sí era algo. Muy a menudo,

para cuando se presentaban los agentes, había algo. Habías hecho alguna cosa, habías dicho alguna cosa, habías dejado de hacer alguna cosa, habías dejado de decir alguna cosa. Si no tenías recursos suficientes para librarte a cambio de dinero o de influencias, terminada la investigación cogían a tu hijo, lo sentaban en el asiento trasero del coche que esperaba aparcado junto a la acera y se iban.

Margaret había pensado que se trataba solo de unos pocos casos extremos, los que salían en las noticias. Personas de perfil público, castigos ejemplares. Pero a medida que hacía averiguaciones sobre una familia, después sobre otra, descubrió que ocurría en secreto. Nada se hacía público, no se comunicaban ni las extracciones ni las reasignaciones. Las familias tampoco se manifestaban: hablar de la PACT equivalía a quejarse de ella, algo que no haría más que probar su deslealtad. La mayoría guardaba silencio, con la esperanza de que ese silencio les devolviera a quienes les habían quitado. Las personas empezaron a estar más encima de sus hijos, empezaron a morderse la lengua. Evitaban hablar de la PACT por miedo a ser las siguientes. Editores y productores usaban el bolígrafo rojo con mayor libertad: No vamos a decir eso, mejor no levantar ampollas. Ocurría tan despacio que era posible que pasara desapercibido, como cuando el cielo cambia de oscureciendo a oscuro. Antes de despegar los labios, antes de apoyar los dedos en un teclado, todos hacían cálculos: ¿hasta qué punto era importante decir eso? Mirabas la cuna en un rincón, a tu hijo sentado en la alfombra con sus juguetes.

Para cuando Margaret hubo hablado con cinco familias, lo entendió: había más personas de las que había creído, más de las que habría podido imaginar. Llevaba sucediendo mucho tiempo y ni siquiera lo había sabido. No, se corrigió: había elegido no saber.

Para cuando llegó a la séptima familia, se le había acabado el dinero. Además, tenía que ir con cuidado: era posible que no la reconocieran por la calle, pero si la paraba la policía, aunque fuera con el más mínimo pretexto, exigirían ver su documento de identidad y todo se vendría abajo. En un callejón y por cien dólares, había comprado un carné de conducir mal falsificado con otro nombre, la fotografía de una mujer china que solo se parecía a ella en la raya del pelo y en la expresión desconfiada. Pero la policía haría comprobaciones y enseguida destaparía el fraude. El resto ocurriría deprisa: la detendrían por llevar documentación falsa, la investigarían, buscarían en sus bases de datos de personas de interés y sería cuestión de tiempo que descubrieran quién era en realidad. Margaret Miu: decenas de cargos de incitación asociados a su nombre, uno por cada cartel anti-PACT y por cada manifestante que llevaba sus versos. Y ahora también era responsable de la muerte de Marie.

De manera que actuaba con cautela. Elegía calles tranquilas, cuidando de pasar

desapercibida. Pensaba en sus padres, en el mantra de toda su infancia: «No llames la atención». Qué poco habían cambiado las cosas desde entonces; ahora simplemente era todo más obvio. Oía en su cabeza la voz conmocionada de su madre en su última conversación telefónica, imaginaba la cara de su padre el instante previo a que lo empujaran. Ajeno a lo que se le venía encima. «Escóndete», le habrían dicho ahora. «Agacha la cabeza, que no te vean.» Pero Margaret no quería esconderse. Ahora entendía que había muchas más historias de las que había imaginado. Cada persona con la que hablaba conocía a otra, en ocasiones a dos, a tres. Calculó mentalmente. Demasiados para hacer caso omiso. ¿Cómo no estaba enterado todo el mundo?

El autobús la dejó en Chinatown y subió por la Tercera Avenida hacia los números más altos. El mismo camino que su hijo haría años después. Mientras andaba, recordó las largas caminatas después del toque de queda desde el atestado apartamento en el que vivía con Domi y el ex de esta y su hermana hasta la burbuja tranquila y dorada que había compartido con Ethan. Aún se acordaba de cómo evitar las esquinas en que había agentes de policía, las zonas en las que podía llamar la atención, y las esquivó a base de rodeos, desviándose por calles laterales y doblando esquinas hasta asegurarse de no correr peligro. Al llegar a Park Avenue la encontró: la casa de ladrillo rojo con grandes puertas color verde manzana. El ojo de buey dentro del arco blanco en la parte superior, igual que el ojo atento de un cíclope.

Hola, dijo cuando se abrió la puerta. Un hombre blanco de mediana edad con un traje azul marino clásico y expresión respetuosa. ¿Sigue viviendo aquí la Duquesa?

Cuando por fin hicieron entrar a Margaret al vestíbulo de suelo de mármol y subió la imponente escalera, la vio. Algo más corpulenta, algo más vieja. Arrugas nuevas que iban desde la nariz hasta el mentón y le encerraban la boca entre paréntesis. Ojos cansados, levemente ojerosos. Pero era ella.

Vaya, vaya, dijo Domi. Mira quién está aquí.

Nunca creyó que volvería a ver a Domi. No después de cómo se despidieron, no después de lo último que le había dicho: «Traidora. Puta. Que te den». Se la había sacado de la cabeza, había guardado el tiempo que habían pasado juntas en la caja más pequeña que encontró y la había cerrado con cinta adhesiva. Entonces un día, años más tarde, cuando leía las noticias mientras Bird dormía la siesta, había visto un titular sobre el mayor regalo jamás hecho a la Biblioteca Pública de Nueva York. El nombre que había debajo saltó como un fantasma de entre las sombras. «La heredera del imperio electrónico Dominique Duchess». Tecnologías Duchess. Y una fotografía. La última vez que la había visto, Domi vestía cazadora de cuero masculina

y botas de suela gruesa, todo heredado de Margaret. El pelo rubio de su coleta tenía mechones oscuros de sudor y porquería. En la fotografía aparecía impecable en un traje de Chanel hecho a medida. Llevaba el pelo de un tono dorado pálido y con ese corte formal del que Domi siempre se había burlado: peinado de mujer de hombre rico, lo llamaba, porque era el de su madrastra.

Margaret leyó el artículo. Nueva presidenta de Duchess Technologies. Fundada por su difunto padre, la había heredado a la muerte de este. Unos innovadores componentes de audio –más pequeños y ligeros– que habían revolucionado la tecnología de los teléfonos móviles. Y el pie de foto: «La señora Duchess en su residencia de Park Avenue».

Recordaba la casa, aquella extraña vivienda unifamiliar, los números dorados que brillaban sobre el ladrillo, el farol sobre la puerta principal, con una pátina color verde y sujeto por espirales gemelas de hierro. Serpientes, había dicho Domi mirándolas. De pequeña creía que eran serpientes. Aquel día estaban hambrientas; Margaret recordaba el rugido de su estómago, el dolor de pies. El sonido de la saliva de ambas al tocar la acera. Que te den, había gritado Domi mirando a las ventanas y luego, cuando la cara de su padre apareció detrás del cristal, había cogido la mano a Margaret y se habían subido de un salto a sus bicicletas y huido, riendo y sin dejar de pedalear hasta que les dolieron los muslos.

Así que Domi había terminado por llamar a papá. Margaret cerró la ventana del navegador. Pues que te den, Domi, pensó.

Pero durante los años siguientes Domi fue apareciendo una y otra vez en fogonazos breves y nítidos. Donativos a refugios de mujeres, a bancos de alimentos, a sindicatos. Donativos para asistencia sanitaria. Donaciones a bibliotecas, a un montón de ellas por toda Nueva York, en distintos puntos del país. Margaret observaba, reconociendo en estas acciones a la Domi que había conocido una vez, como quien pone una carta cerrada al trasluz. La noche antes de marcharse, garabateó la dirección de Park Avenue –de la única persona que podría ayudarla, la única persona viva, aparte de Ethan, que la había querido– y la escondió en el lugar más seguro que se le ocurrió porque le resultaba demasiado doloroso marcharse sin dejar ni una sola miga de pan.

Y allí estaba. La vida encerraba una extraña simetría, pensó: años atrás había dejado a Domi para refugiarse con Ethan; ahora era al revés. Domi tocó el brazo de Margaret y sus manos, en otro tiempo enrojecidas y despellejadas por el frío cada vez que abrazaba a Margaret de noche, eran suaves y pálidas, como masa recién crecida. Margaret la besó en la mejilla y también la tenía suave, tanto que esperó ver la marca de sus labios en la piel.

Me alegro de verte, dijo Domi.

Al final, Domi también había decidido esconderse. En la fase aguda de la Crisis, más o menos cuando Margaret dejó Nueva York, Domi había llamado a su padre. Ayúdame, le había pedido y antes de una hora ya le había enviado un coche. La había sacado de Nueva York y puesto a salvo en una cabaña de verano en Connecticut que Domi llevaba sin ver desde que era una niña y que su padre había construido cuando el terreno era barato, antes de que su compañía despegara, antes de hacerse verdaderamente rico. Cuando solo era Claude Duchess, un joven emprendedor; cuando la madre de Domi vivía. Con los años, a medida que crecía su compañía, Duchess había ido adquiriendo parcelas de alrededor hasta rodearse de un oasis de vegetación; había añadido un generador potente y una capa de pintura, pero el lugar conservaba signos de lo que había sido, una casa sencilla alejada de todo junto a una pequeña ensenada rocosa. Cada vez que quería huir de la agitación de la ciudad, ¿qué mejor lugar que aquel, en el pasado, un tiempo en el que para él todo era aún futuro, cuando el mundo estaba hecho de posibilidades? De todas sus casas, aquella era la única en que no tenían que oír las protestas en las calles o los sobrecogedores silencios entre ellas: allí solo se oía el murmullo continuo de las olas del mar. Allí podían fingir que no comían pasteles cuando el resto del mundo no tenía pan.

Domi entró y las punteras de acero de sus botas repicaron en los suelos de madera pulida; las palmas encallecidas de sus manos aún conservaban restos de la mugre de la ciudad. Estaba su madrastra, en el sofá de cuero, leyendo una revista, pero su habitación seguía tal y como la recordaba: tal y como la había decorado su madre cuando Domi era pequeña, toda rosa, encaje y perlas. Bienvenida a casa, dijo su padre con torpeza. Elsa había accedido de mala gana a dejarla en paz y así habían capeado la Crisis los tres, guardando las distancias, atrapados igual que moscas en el ámbar del pasado. La inmensa fortuna familiar era como una nave colosal a la que no afectaban ni las corrientes ni las olas que hacían zozobrar a naves más pequeñas y de menor envergadura. Podían pedir lo que necesitaban, pagar lo que fuera necesario durante todo el tiempo que necesitaran. Para lo demás solo tenían que esperar.

Unos meses después de la aprobación de la PACT, el padre de Domi y Elsa viajaban a las Maldivas –unas minivacaciones para celebrar el regreso a la «normalidad»–, cuando su avión privado se estrelló en el Pacífico. Domi lo había heredado todo: las residencias en Malibú y la Provenza; el apartamento en el distrito 16 de París y la casa de Park Avenue; el imperio electrónico, más pequeño que antes de la Crisis pero productor todavía de componentes esenciales para teléfonos y relojes inteligentes, seguía siendo más que suficiente para mantener todo aquel patrimonio. Y sus secretos: las acusaciones contra las fábricas de su padre en Hanoi y Shenzhen, las quejas sobre largas jornadas laborales, materiales peligrosos, años de

informes desoídos. Las donaciones a senadores que habían aprobado recortes fiscales y exenciones para hombres como él, que habían defendido la PACT y todo lo que vino después. Ahora era todo de Domi, a ella le correspondía disponer, calcular, corresponder.

Estoy descubriendo algunas de las cosas que hizo, dice Domi. Por mí. O al menos eso pensaba él.

Margaret y ella estaban sentadas en el patio con cerramiento acristalado –el jardín de verano lo llamaba Domi– con vasos de té helado en la mano. Era un cuadrado de verde ceñido de coníferas enanas en macetas, tallado en el vientre de la fortaleza. Habitaciones de robusto mobiliario y sólido ladrillo las protegían por los cuatro costados, llenas todas ellas de las baratijas caras que el padre de Domi había coleccionado y guardado. Sobre sus cabezas, un grueso cristal las guarecía de la posibilidad de lluvia. Desde fuera nadie podía ni verlas ni oírlas; por primera vez en semanas, Margaret descubrió que recobraba el aliento. Y, sin embargo, se sentía igual que un insecto encerrado en un frasco.

¿Y ahora qué?, dijo Domi. ¿Qué vas a hacer? ¿Encerrarte aquí conmigo para siempre? ¿Conseguir un pasaporte falso y salir del país?

Había en su voz un levísimo asomo de burla y Margaret no supo si iba dirigida a ella o a la propia Domi. Por supuesto que había sitios donde esconderse: Margaret podía cambiarse el nombre, evitar ser vista. Agachar la cabeza; empezar de cero. Pensó de nuevo en sus padres, en cómo se habían pasado la vida tratando de no meterse en problemas y al final los problemas los habían encontrado a ellos. Quizá a veces, pensó, el pájaro que mantiene la cabeza alta levanta el vuelo. Quizá a veces el clavo que sobresale hiere el pie que lo pisa.

Esconderme ni hablar, dijo. Otra cosa.

Entonces no tenía aún un plan trazado, solo una necesidad: la de expiar los años en que había elegido mirar a otro lado, no ser curiosa. Pensar que no importaba siempre que fuera el hijo de otros. Era solo un esbozo, una semilla que empezaba a echar raíces: lo que haría con aquellas historias, los mensajes de esperanza y amor y preocupación y anhelo. Saldría a recolectarlos como si fueran granos de arroz en campos recién trillados. Reuniría todos los que pudiera.

A Domi solo le dijo: Necesito tu ayuda.

Siguió el flujo de información en zigzag por todo el país. Los correos electrónicos podían ser hackeados, las llamadas, interceptadas. Pero las bibliotecas ponían libros a disposición de otros todo el tiempo; reunir información formaba parte de su trabajo. Entre ellas circulaban cajas de libros llenas a rebosar de generosidad prestada: textos raros sobre oscuros pintores, manuales de pasatiempos esotéricos. El trabajo de los

bibliotecarios era clasificar estos libros, etiquetarlos con una tira de papel en la que figurara el nombre del solicitante, colocarlos en el estante situado detrás del mostrador en pulcras hileras, listos para ser reclamados.

Pero, de vez en cuando, un libro añadido se abría paso hasta una de las cajas y llegaba a una ciudad lejana sin anunciar. Un traspié administrativo; un simple error humano. Al no tener a nadie que los recibiera a las puertas, estos polizones se apartaban para ser enviados de vuelta a casa en la siguiente caja. Por supuesto nadie se fijaba en si un bibliotecario los hojeaba distraído, ni se extrañaba si entre sus páginas aparecía un papel. La gente olvidaba cosas dentro de libros continuamente y la mayoría de las bibliotecas contaban con un corcho en el que clavar estos objetos: marcapáginas, por supuesto, pero también recibos, folletos de viajes, tarjetas de visita, listas de la compra, cheques devueltos, mondadientes, palos de piruleta, cuchillos de plástico, en una ocasión incluso una loncha de beicon dentro de una bolsa de bocadillo. Nadie prestaba demasiada atención a estas cosas y nadie se daría cuenta si un bibliotecario cogía una nota de un libro polizón o del corcho y se la guardaba en el bolsillo.

Los mensajes eran breves. A simple vista parecían una lista de signaturas, un batiburrillo aleatorio de letras, dígitos y decimales. Pero a aquellos que sabían identificar los libros descarriados, quienes recogían estas misivas de colegas lejanos, les decían mucho. Cifrados en ellos estaban los nombres de niños que habían sido robados con una breve descripción. Los nombres y las direcciones de sus familias. Por todo el país, una red dispersa de bibliotecarios reparaba en esta información, la cotejaba con las agendas rotatorias que tenían en la cabeza, la cruzaba con los niños reasignados de los que podían tener noticia. Algunos llevaban listas por escrito, pero la mayoría, cautos, dependían solo de su memoria. Un sistema imperfecto, pero el cerebro de un bibliotecario era un espacio de gran capacidad. Cada uno de ellos tenía motivos propios para asumir tal riesgo, y aunque la mayoría nunca confiaba estas razones a los demás y nunca se reunían en persona, todos compartían la misma esperanza desesperada de resolver un caso, de poder contestar a una nota con la nueva dirección de un niño escondida dentro de un libro. Un mensaje que hiciera saber a la familia que su hijo seguía existiendo, aunque fuera en un lugar lejano, que pusiera fondo al profundo pozo de su pérdida. Los bibliotecarios más que nadie entendían el valor de saber, incluso si la información no podía usarse todavía.

Los mensajes como esos escaseaban, aunque se había localizado a un puñado de niños. Lo habitual era que la información fuera memorizada o apuntada y, acto seguido, escondida en otro libro para que siguiera camino en la caja siguiente a la ciudad siguiente, mientras las listas de los desaparecidos y los reasignados crecían como las puntas gemelas de una horca larga y afilada. Había muchos nombres y la

red era somera y fragmentaria, dependiente por completo de la memoria y la suerte, de que hubiera dos puntos lo bastante cercanos para que alguien los relacionara y los uniera mediante una raya. Hasta que eso ocurriera, solo se podía memorizar y pasar la información: al bibliotecario siguiente, a la ciudad siguiente y –si lograba convencer a alguien– a Margaret.

Buscó una a una a las familias cuyos hijos habían sido robados, las que esperaban en vano a que las heridas abiertas en sus vidas cicatrizaran. Se reunía con ellas en descansos para comer, en el banco de un parque, daba vueltas y vueltas a la manzana con ellas, sujetándoles el cigarrillo, esperando a que estuvieran preparadas. Si así lo querían, les hablaba de Bird, les contaba cosas de él, lo que echaba de menos, que era todo. Otras veces se limitaba a esperar con ellas el tiempo necesario. Días de visita que transcurrían en silencio; tres horas sentados en un parque sin decir palabra. Diez manzanas, quince, cincuenta. Hasta que se ganaba su confianza. Hasta que decidían hablar. Hasta que querían dar a conocer sus historias.

Contadme, les decía Margaret, lo que os gustaría decirles. Lo que queréis que sepan. Lo que aún recordáis. Lo escribía todo según iban saliendo las palabras.

No todas son familias asiaticoamericanas, descubre: hay periodistas blancos que investigaron las reasignaciones, activistas latinas que organizaron protestas. No todos están dispuestos a hablar. Algunos no se fían de ella ni de sus facciones chinas. Sois los causantes de la Crisis ¿y ahora pretendéis darnos pena? Algunos asiaticoamericanos también desconfían de ella, piensan que no hace más que empeorar las cosas. Han visto lo que ocurre cuando las personas se atreven a hablar; ahora, doblemente amedrentados, menean la cabeza y le cierran la puerta en las narices sin decir palabra.

Otras se enfadan: si no hubieras escrito ese poema, insisten, esto no habría ocurrido. Algunas creen que ha alentado deliberadamente las protestas, que está detrás de todo lo que ocurre. Margaret no discute ni intenta explicarse mientras sus voces la siguen por el pasillo, hasta la calle. Hay personas asustadas, familias sin papeles que viven con miedo a las redadas, o a algo peor. Y hay quienes la reprenden por llegar demasiado tarde. Una mujer mayor –una choctaw cuya nieta se llevaron– miró a Margaret largo rato con ojos hastiados y chasqueó los dientes.

¿Crees que esto es algo nuevo? Negó con la cabeza.

Margaret escuchaba. Empezó a descubrir cosas: que no hay nada nuevo bajo el sol. Sobre los colegios donde se rapaba, desnudaba, renombraba, reeducaba y devolvía –o no– a casa, rotos y heridos, a niños indígenas. Sobre menores que cruzaban la frontera en brazos de sus padres para terminar enjaulados en almacenes, solos y asustados. Sobre niños rebotados de un hogar de acogida a otro y que en ocasiones sus familias no conseguían localizar. Cosas que se las había arreglado para

ignorar hasta ese momento. Existía un largo historial de niños robados, y si los pretextos variaban, las razones eran siempre las mismas. Eran el rehén más preciado, una espada de Damocles sobre la cabeza de un progenitor. Lo contrario de un ancla: un intento por arrancar de raíz un «otro», odiado y temido. Un elemento extranjero visto como una mala hierba invasiva, algo que erradicar.

Pero la mayoría de las familias estaban deseosas de hablar, ávidas de un relato. Margaret escribió cómo se habían llevado a sus hijos, lo que querían decir a aquellos niños, las cosas más preciadas que nunca olvidarían, las cosas que necesitaban que fueran dichas pero que ellas no se atrevían a decir. Trataba de retenerlas todas, todas las historias acalladas y ocultas, cada rostro y cada nombre eran demasiado valiosos para ser olvidados. Lo apuntaba todo en una libreta que guardaba en la copa izquierda de su sujetador, con una letra tan pequeña que casi hacía falta una lupa para leerla. Cuando la libreta estuvo llena, empezó otra, y luego otra y guardó las viejas en el bolsillo de sus pantalones vaqueros, dentro del calcetín. Las llevaba encima. De noche hojeaba las páginas y se grababa los nombres y las historias en el corazón, con Bird y Ethan acechando en cada palabra.

Al principio fueron los bibliotecarios quienes la acogieron. Algunas bibliotecas disponían de salas de estar y sofás; unas pocas incluso tenían duchas para empleados de tiempo atrás que iban a trabajar en bicicleta. En las otras, una vez que el bibliotecario se marchaba a su casa, Margaret deambulaba hasta encontrar un rincón tranquilo, lejos de las ventanas. Refugiada detrás de una estantería alta, extendía el petate y después, mientras intentaba conciliar el sueño, se permitía el doloroso lujo de pensar en Ethan y Bird. Durante el día los apartaba de sus pensamientos, pero en el paréntesis de la noche, los retales con que había taponado los resquicios de su memoria se soltaban y el recuerdo la impregnaba otra vez.

Anhelaba el consuelo ancho y firme de Ethan acurrucado contra su espalda, la calma que la envolvía siempre que lo tenía cerca. Eran tantas las cosas que habría querido contarle: las historias que había oído, las familias que había conocido, todo aquello que sería más sencillo sobrellevar estando juntos. También pequeños placeres: la libélula verde dorada que se había posado en su antebrazo, plegado las alas y a continuación desaparecido otra vez; el rojo improbable de las hojas de arce que empezaban a caer... cosas que no le resultaban del todo reales si no podía compartirlas con él. Y Bird: él era el sumidero hacia el cual sus pensamientos, igual que agua, fluían inevitablemente. ¿Cómo de alto estaría? ¿Le llegaría ya a la nariz? ¿A las cejas? ¿Podría mirarla ya a los ojos? ¿Seguía llevando el pelo corto o se lo había dejado crecer? ¿Le tapaba los ojos, seguía siendo del mismo color que el de Ethan o se le había oscurecido a color café o incluso a negro, como el de ella? ¿Se le habían caído todos los dientes de leche y, de ser así, los habría cogido Ethan de debajo de su

almohada y guardado? ¿Seguía Bird metiéndolos debajo de su almohada o ya no creía en cosas tan infantiles? ¿Qué había hecho ese día en el colegio? ¿Se había reído con la broma privada de un amigo, había sido alguien desagradable con él, llovía donde estaba y, si era así, se había acordado de ponerse el impermeable o estaba empapado hasta los huesos? ¿Con qué soñaba allí donde estuviera? ¿Dormía aún con un brazo sobre los ojos como una venda? ¿Eran sueños felices o tristes? ¿Salía ella en alguno de ellos? ¿Se acordaba Bird de ella? Y, de ser así, ¿era con amor o con odio? Se detestaba a sí misma en momentos así, cuando intentaba imaginar la cara de Bird y sabía que su recuerdo estaba cada vez más lejos de la realidad, que se había perdido tantas cosas que nunca podría recuperarlas.

La mayoría de las noches se levantaba y caminaba por la biblioteca sin atreverse a dar la luz, pero guiándose por el laberinto de estanterías, recorriendo los lomos de los libros con las yemas de los dedos. Terminaba por coger alguno cuyo tacto la atraía y se lo llevaba a la cama para enterrarse en lo que fuera que tuviera que decir. Lenguajes de programación; rudimentos de electrónica; cocina francesa. Evolución de la pezuña del oso panda. Una noche descubrió que había seleccionado la biografía de una poeta: Anna Ajmátova. Ajmátova era tan querida en Rusia, decía el libro, que era posible comprar una figurilla de porcelana de ella con un vestido gris de flores y un chal rojo. Se decía que en 1924 había una en la mayoría de los hogares, aunque esto era imposible de verificar, porque muchas de las figurillas fueron hechas añicos durante el Terror. A Ajmátova se le prohibió escribir, leyó Margaret, pero continuó haciéndolo. Escribía sobre sus amigos, detenidos y agonizando en campos de concentración. Escribía sobre su exmarido, ejecutado por traición. Sobre todo escribía sobre su hijo, encerrado en una prisión que Ajmátova visitaba cada día, pero a la que nunca se le permitió entrar. Por fin, con todo el dolor de su corazón, escribió sobre Stalin –alabanzas profusas, floridas, marciales–, con la esperanza de que sus cumplidos lo persuadieran de perdonar a su hijo, pero no fue así. Años después, cuando su hijo salió de la cárcel, pensó que su madre no había hecho nada por liberarlo, que le importaba más su poesía que él, y la relación entre los dos nunca volvió a ser la misma.

Margaret se repetía esta historia una y otra vez para no olvidarla.

Érase una vez en Rusia una poeta a la que se prohibió escribir sus versos. En lugar de callarse, eligió el fuego. Cada noche escribía versos en trozos de papel, los repasaba una y otra vez hasta aprenderlos de memoria. Al amanecer acercaba una cerilla al papel y reducía sus palabras a cenizas. Durante años sus palabras fueron repitiendo este ciclo –resurrección en la oscuridad, muerte con la primera luz–, hasta que sus vidas quedaron grabadas a fuego. La poeta susurraba sus poemas al oído de sus amigos, quienes los memorizaban y transportaban escondidos bajo la lengua. Los fueron pasando boca a boca

a otras personas hasta que el mundo entero susurró las palabras perdidas de la poeta.

A la mañana siguiente, la bibliotecaria encontró a Margaret con la cabeza pegada a la página y letras en espejo tatuadas en la mejilla.

A medida que iba recopilando más y más historias, empezó a ocurrir algo curioso: algunas de las familias la invitaban a sus casas, le ofrecían un sitio en su mesa, una cama si la tenían, un sofá si no, una manta doblada en el suelo a falta de algo mejor. Los suaves ruidos nocturnos de un hogar la reconfortaban: las blandas pisadas de pies enfundados en zapatillas que cruzaban la penumbra desde el dormitorio hasta el baño y de vuelta a la habitación; el batiburrillo de voces adultas hablando en susurros a pesar de que no había allí niños a los que despertar; los leves crujidos y chasquidos de una casa al asentarse, como si, con sus ocupantes ya dormidos, pudiera por fin aflojarse el corsé y respirar. Pero también la castigaban, entrada la noche, cuando era la única persona despierta y, acurrucada en el corazón de la vida de otros, echaba de menos más que nunca a Bird y a Ethan y el dolor era tan cruel que la habitación se desdibujaba alrededor de ella.

Una noche, hecha un ovillo en su petate en el suelo de la cocina de una familia, la despertaron unas manos de hombre tocándola. Se sobresaltó y cada músculo de su cuerpo se tensó como acero, preparado para pelear. Pero no: era el padre de familia, que la tapaba cuidadosamente con una manta. Mohamed, se llamaba. Unas horas antes, Margaret se había sentado con él y su mujer y les había escuchado contar la historia de su hijo. Yo era un niño cuando cayeron las Torres Gemelas, había dicho Mohamed hacia el final del relato. Alguien escribió unas cosas repugnantes en la puerta de nuestro garaje. Alguien rompió el cristal de la ventana delantera de nuestra casa con un ladrillo. Durante un tiempo, mi padre tuvo colgada en la entrada una bandera gigante de Estados Unidos.

Se había interrumpido y su mujer le había cogido la mano.

Ninguno de nuestros vecinos dijo ni hizo nada por ayudarnos, añadió Mohamed.

Ahora la noche había refrescado y allí estaba, arropándola con tal ternura que Margaret podría haber sido su hijo perdido.

Cuando se fue, Margaret palpó la manta y notó una suavidad inimaginable, afelpada y cálida, como el pelo enmarañado de algún majestuoso animal, y a continuación se sumió en un sueño profundo. Por la mañana, al despertar, comprobó que se trataba de una simple manta, como cabía esperar, una grande, suave y peluda en la que había estampada la cara audaz y rayada de un tigre. Las tres noches siguientes Margaret durmió bajo la piel de tigre, como se refería a ella interiormente, y cuando se marchó del apartamento abrazó a la pareja y se llevó consigo el calor de aquella manta como una bendición.

Pasaron kilómetros y meses. Un año, dos. Para llevar la cuenta del tiempo se guiaba por la edad de Bird: ahora tenía diez años, once, ahora once y medio. La lista de cosas que sabía que se había perdido creció y creció. Aprender a nadar, aprender a bailar; nuevas aficiones y obsesiones que no podía ni siquiera imaginar. Un cumpleaños, luego otro. Los días eran un borrón de autobuses y trenes, de agotadoras caminatas por ciudades, y por las noches soñaba que flotaba en las nubes y se veía a sí misma desde arriba, como una mota atravesando el paisaje. Una mosca cruzando a paso lentísimo un mapa infinito.

Lo que la hacía seguir era esto: cada pocas semanas, algo en las noticias llamaba su atención. Había dejado atrás su teléfono cuando se marchó de casa, claro, pero oía fragmentos de radio al pasar delante de una tienda, o rescataba periódicos desechados en las aceras. No dejaban de llegar, sus palabras regresaban a ella, esta vez no escritas en carteles o gritadas en manifestaciones, sino entretejidas en extraños sucesos, cosas tan raras –mitad protesta, mitad arte– que llamaban la atención de la gente y la obligaban a fijarse; cosas que le causaban desasosiego durante días y semanas, que les hacían un nudo en la garganta. Estallidos que interrumpían el ruido estático de aquellos días interminables, que empujaban a Margaret a seguir adelante.

En Nashville aparecieron estatuas en la primera bruma de la mañana, cien niños fantasmales esculpidos en hielo. NUESTROS CORAZONES PERDIDOS, decía el letrero colgado de una cadena al cuello de uno de ellos. Enseguida se presentó la policía con esposas, pero quien fuera que hubiera hecho las esculturas se había ido ya. No es más que una broma de mal gusto, informó un agente por radio a la comisaría, es solo hielo, pero... Las personas camino del trabajo se detenían alrededor de las estatuas, conmocionadas, sacadas por una vez de su rutina. Algunas sacaban fotos, pero la mayoría se limitaba a mirar, hipnotizadas, aunque fuera solo un instante, observando en silencio mientras muy, muy despacio, las caritas se disolvían y desdibujaban. Una alargó la mano y tocó lo que había sido el rostro de una niñita y le dejó una marca con forma de pulgar en la mejilla. La policía echó a los curiosos, acordonó la zona, fijó un perímetro de seguridad por si volvían los perpetradores. Las estatuas tardaron casi una mañana en derretirse y, durante horas, los agentes de servicio levantaban la vista hacia los rascacielos y veían las siluetas de personas en las ventanas mirando desaparecer los bloques de hielo, y más tarde, los trozos oscuros y húmedos de suelo donde habían estado.

Una mañana, la calle mayor de Des Moines apareció toda entera pintada de rojo. Desde los helicópteros de las cadenas de televisión parecía que un arroyo de sangre atravesaba la ciudad. Estarcida en la acera, donde habría estado el nacimiento del río, la frase: DEVOLVEDNOS NUESTROS CORAZONES PERDIDOS. Los primeros en verla

comprobaron que la pintura seguía fresca y, al alejarse, dejaron rastros de pisadas que se fueron atenuando hasta desaparecer. Aquella noche y en los días y semanas siguientes, muchas personas encontrarían manchas rojas en las suelas de sus zapatos, los bajos de sus pantalones y las mangas de sus chaquetas y se paralizarían un instante pensando «sangre», con un nudo en el pecho y palpándose el cuerpo en busca de heridas.

En Austin, delante de la casa del gobernador: un cubo macizo de cemento gigante con una grieta que lo dividía en dos y una palanca al lado. Cinceladas en el cubo, cuatro letras: P A C T. Inscrito en la palanca: NUESTROS CORAZONES PERDIDOS. Un transeúnte después de otro cogía la palanca y la blandía, pero ninguno se atrevió a golpear el cubo. Y, cuando llegó la policía, la confiscaron alegando que era un arma peligrosa. El bloque de cemento lo subieron a un camión y se lo llevaron.

Las autoridades no emitían comunicados oficiales con la esperanza de evitar publicidad, pero aquellos sucesos eran tan estrambóticos, tan llamativos, que despertaban curiosidad. En los días posteriores a cada uno de ellos, las fotografías salpicaban las redes sociales y se hacían siempre virales; quienes habían estado allí y visto lo ocurrido hacían circular testimonios en primera persona y vídeos. Periódicos que podrían haber pasado por alto una manifestación o una protesta enviaban a fotógrafos y reporteros al lugar de los hechos. Bromas, insistían algunas autoridades cuando las presionaban. No son más que bromas sin sentido. Otros adoptaban un tono más duro: subversión. Una amenaza para la sociedad civil. Des Moines se había gastado cien mil dólares en volver a pintar las calles de negro.

Pero seguían ocurriendo y Margaret, siempre de camino a alguna parte, observaba. Se fijó en que las personas se quejaban de que las manifestaciones bloqueaban el tráfico, de lo inútiles y molestas que resultaban, pero algo en aquellas extrañas intervenciones llamaba su atención y la atrapaba. Veía a transeúntes detenerse en la acera para mirar las fotos en sus teléfonos o entretenerse leyendo artículos sobre ellas antes de tirar los periódicos a la basura. Oía a personas hablar de las intervenciones en las esquinas, los andenes de metro, tomando café en terrazas. No lo hacían en tono irritado o despectivo, sino llenas de curiosidad y en ocasiones hasta deleite por su inesperada extrañeza. «¿Has visto?» «¿Te has enterado?» «¿No es una locura?» «¿Qué te parece...?»

Para cuando Bird cumplió once años, estos espectáculos improvisados tenían una periodicidad casi mensual. Cada vez que leía sus palabras en uno, Margaret sentía una emoción extraña y no exenta de placer. A pesar de saber que cada alusión a «corazones perdidos» añadía una línea a su ficha policial. Una cosa más de la que se le haría responsable, a pesar de que no sabía más de aquellas intervenciones que los demás. Era como si aquellas palabras fueran criaturas autónomas que tuvieran vida

propia, y en realidad así era. ¿Cómo llamarlo? Desde luego no orgullo, porque no podía atribuirse el mérito de aquellos éxitos, tan solo maravillarse igual que un desconocido ante las cosas que su «criatura» había hecho sin su ayuda. La impulsaba a seguir la idea de que hubiera más personas ahí fuera pensando en los niños robados. Cada intervención de la que tenía noticia le daba fuerzas cuando estaba casi exhausta por el viaje y el peso de las historias. Nosotros no hemos olvidado, parecían decir. ¿Y tú?

¿Quién hace estas cosas?, preguntó a una bibliotecaria. ¿Quién está detrás de todo eso?

¿Esas bromas artísticas?, resopló la bibliotecaria. A Margaret no le había pasado desapercibido el desdén por las protestas que demostraban los bibliotecarios, y era comprensible, porque, a ojos de ellos, que se dedicaban a reunir meticulosamente granos de información, a hacer listas y a rastrear y tratar de llevar un registro, aquellas acciones resultaban triviales, frívolas y superficiales.

¿Qué te hace pensar que son siempre los mismos?, preguntó la bibliotecaria mientras ponía el nombre de otra familia sobre el mostrador, y Margaret le dio las gracias y se fue.

Porque siempre había más niños, más historias. Era como recoger conchas en la playa: una más, otra, otra. Cada ola depositaba una nueva en la arena mojada y reluciente. Cada concha era una reliquia de una criatura que estuvo allí una vez y ya no. Bird tenía casi doce años y seguía habiendo más; Margaret seguiría así indefinidamente, viajando sin parar. Añadiendo un nombre detrás de otro a una lista siempre creciente.

Un día, desbordada, envió una postal: nada de texto, solo un pequeño dibujo de líneas. Un gato junto a una puertecita. Una pista, si la admitían; una invitación a encontrar la nota que había dejado para ellos. A que la encontraran. Cuando la metió en el buzón la imaginó viajando del camión a la saca y, de ahí, al porche de su casa familiar. Esperó y esperó, pero no llegó respuesta.

De tanto en tanto volvía a intentarlo, con cada nueva postal añadía un gato, o dos, o cinco, cada vez más pequeños, hasta llenar la tarjeta y con el armario encogido hasta tener el tamaño de un sello, luego de un centavo, después de una uña. Nunca había respuesta. El día del duodécimo cumpleaños de Bird se arriesgó, buscó una de las pocas cabinas de teléfonos que quedaban y marcó el número de la casa familiar. La línea estaba desconectada. Para entonces Bird había vivido una cuarta parte de su vida sin ella; quizá ni siquiera recordaba su existencia. Quizá era mejor así.

Fue entonces cuando se decidió por una fecha: 23 de octubre. Tres años después del día de su partida. Lo haría entonces. En septiembre envió una nota a Domi. Ha llegado el momento, dijo. ¿Puedes encontrarme un sitio donde vivir? Domi, por

supuesto, le ofreció su casa, pero Margaret se negó.

Algún sitio apartado, dijo. Donde nadie me busque. Un lugar donde no pueda perjudicarte si me cogen.

Una semana más tarde llegó a Nueva York y fue directa a Brooklyn, a la casa de piedra arenisca oscurecida. Al día siguiente salió a la calle con una gorra calada hasta los ojos, en busca de tapones de botella.

Tengo a alguien, dijo la bibliotecaria.

Astoria: una pequeña biblioteca filial. Margaret llevaba ya dos semanas en Nueva York, acampada en la casa de piedra arenisca oscurecida, haciendo los últimos preparativos, rellenando sus tapones de botella. Faltaban dos semanas. Debía dejar de recopilar historias; ya tenía más de las que podría usar. Pero no quería parar. Lo que quería era encontrarlas todas, aunque sabía que eso era imposible porque siempre habría más.

La bibliotecaria bajó la voz, a pesar de que no había nadie más en la habitación, en el edificio, nada las rodeaba excepto estanterías vacías. No es una familia, continuó. Es una niña sola.

Margaret se sentó más recta. Durante todos aquellos años no había hablado con un solo niño reasignado. Estaban bien ocultos: ciudades nuevas, familias nuevas, nombres nuevos. Solo quedaba el rastro de dolor por su ausencia, el vacío desgarrador que había dejado su marcha. Los pocos que habían localizado resultaban inaccesibles, estaban parapetados en sus nuevos hogares y sus nuevas vidas. Aquellos a los que se habían llevado siendo pequeños no guardaban recuerdo alguno de sus vidas pasadas, sus antiguas familias.

Entró en la sede principal hace un par de meses, dijo la bibliotecaria. Una fugitiva. De Baltimore originalmente. Una pequeña valiente, añadió medio riendo. Entró allí igual que un agente de policía. Dijo: Necesito que me ayudéis a encontrar a mis padres. Con las manos en jarras, como si estuviera soltando un rapapolvo. Dijo que se había escapado de una familia de acogida en Cambridge, cerca de Harvard.

Un hormigueo oprimió la nuca de Margaret. Así que Cambridge, dijo. ¿Cuántos años tiene?

Trece. Estamos intentando averiguar más. Al principio la cambiaron muchas veces de casa y en la dirección que recuerda no vive ya nadie.

¿Puedo hablar con ella?, dijo Margaret con el pulso acelerado. ¿Dónde está?

La bibliotecaria la estudió con desconfianza. Era ese momento que Margaret conocía tan bien: cuando decidían si era de fiar, y, de ser así, hasta qué punto. Cuánta cuerda había que darle, hasta dónde había que entornar la puerta.

La balanza se inclinó.

Está en una de las filiales, dijo la bibliotecaria. Puedo conseguirte la dirección. Hemos estado cambiándola de un sitio a otro, intentando encontrarle un alojamiento a largo plazo.

Y allí estaba: una niña, cruzada de piernas encima de un catre. Grandes ojos castaños igual que dos estrellas centelleantes.

Margaret, repitió cuando Margaret se presentó. ¿Eres Margaret Miu?

Y, en el silencio asombrado que siguió, Sadie sonrió.

Conozco tus poemas, dijo. Y a continuación: También conozco a Bird.

El gobierno había encargado un estudio: de los niños menores de doce años, una vez separados de sus padres, no se esperaba que lograran volver a su casa sin ayuda. Los que tenían más de doce por lo común eran enviados a un centro gestionado por el Estado; los más pequeños podían ser asignados a un hogar de acogida. Sadie tenía once años cuando se la llevaron.

La habían cambiado a un sitio detrás de otro cada poco tiempo. Primero a Virginia Occidental, después a Erie, luego a Boston. Cada vez más lejos, como si quisieran sacarla de su órbita. Desde su primer hogar de acogida llamó a su casa: número desconocido. Desde el segundo envió una carta detrás de otra con el código postal escrito pulcramente en tinta negra y cubiertas de sellos robados. No recibió respuesta, pero conservaba la esperanza: quizá las cartas habían llegado cuando la estaban cambiando de casa; quizá la correspondencia de sus padres la seguía igual que la cola de un cometa, siempre un paso por detrás. Entonces, a su tercer hogar de acogida, en Cambridge, le llegó una carta devuelta: DIRECCIÓN DESCONOCIDA.

Ven conmigo, le había dicho a Bird, pero al final se había ido sola.

Dos autobuses y un tren para volver a Baltimore, con dinero birlado de la cartera de su padre de acogida y la dirección aún grabada en su memoria a pesar de que la cara de su madre había empezado a desdibujársele. Todo le resultó vagamente familiar: los tulipanes del vecino, rosas contra el verde del jardín. El zumbido de fondo de un cortacésped en el aire estival. La misma imagen a la que se había aferrado obstinadamente durante los dos últimos años.

Pero cuando subió corriendo las escaleras, se encontró la puerta cerrada. La mujer que abrió era blanca, una desconocida. Cara amable, pelo color castaño apagado recogido en un moño. Cariño, aquí no vive nadie con esa descripción, dijo.

Llevaba allí seis meses. No, no sabía quién había vivido antes en la casa. ¿Necesitaba Sadie ayuda? ¿Podía llamar a alguien?

Sadie echó a correr.

Se subió al primer tren que salía de la estación y se acurrucó en un asiento de ventanilla, la despertó el trajín de Penn Station. Abrumada y sola. Salió de los

pasillos de techo bajo y color rata de la terminal, dejó atrás las palomas cojas que escarbaban en busca de migas, los hombres sin hogar con letreros de cartón y vasos con monedas, la suciedad de la basura de la acera. Sobre ella se alzaba un dosel de andamios, una red que casi no dejaba ver el RECONSTRUYENDO NYC PARA TI ♥ impreso encima. En lo alto, las agujas de cristal y cemento aguijoneaban las nubes.

Y entonces, entre la penumbra, vio los grandes arcos grises al otro lado de un trozo de césped.

Cuando vivía en Cambridge le había encantado la paz de la biblioteca, merodear entre las estanterías, abriendo y cerrando los libros que aún quedaban. Muchos habían desaparecido, lo sabía, pero aquellos eran supervivientes; los sacaba de los estantes y los hojeaba, aspiraba su olor. Imaginaba cuántas personas más los habían leído y tocado antes que ella.

Un día, la bibliotecaria la sorprendió. Sadie despegó la nariz de la página y vio a la bibliotecaria al otro lado del pasillo, perpleja. Se habían visto a menudo, por supuesto –al entrar y al salir cada día que iba–, pero nunca hablaban. Sadie no tenía carné de biblioteca, nunca pedía ayuda, nunca causaba problemas. La bibliotecaria no dijo nada y Sadie cerró el libro, lo devolvió al estante y huyó. Pero unos días más tarde, cuando se atrevió a entrar de nuevo en la biblioteca, la bibliotecaria le hizo un gesto para que se acercara al mostrador. Soy Carina, dijo. ¿Cómo te llamas?

Sadie tardó un tiempo en darse cuenta: no era la única persona que entraba y no cogía ningún libro prestado. De vez en cuando alguien se acercaba al mostrador, mantenía conversaciones susurradas, intensas con la bibliotecaria y se marchaba con expresión nerviosa, angustiada o esperanzada, o las tres a la vez. De cuando en cuando bajaban libros descarriados por el buzón de devoluciones y caían entre sacudidas al contenedor: ediciones de bolsillo manoseadas, libros de texto viejos, a veces solo una revista. Como si alguien se hubiera equivocado y echado por la rampa lo que no era. Un día se coló detrás del buzón de devoluciones y pescó uno. Entre las páginas había una nota con un nombre, una edad y una descripción: un niño robado, como ella. La petición de una familia que la red cifraría, memorizaría y transmitiría.

Nos dedicamos a reparar daños, admitió la bibliotecaria, siempre que podemos.

De manera que cuando Sadie terminó en Nueva York y sin rastro de sus padres, supo dónde ir. Cuando vio la biblioteca, le pareció algo salido de un cuento de hadas: un palacio custodiado por dos fieros leones, gris pálido, impasibles. Subió las escaleras y se estiró para tocar con una mano una garra gigante, curvó los dedos entre las anchas pezuñas y entonces regresó a ella igual que un aroma que trae la brisa: una historia que su madre le había leído en una ocasión. Una niñita perdida y sola, ayudada por un león, el rey de aquel país. Miró a su alrededor. Allí estaba la farola. Y,

delante de ella, la puerta mágica que podía llevarla a casa. La biblioteca estaba casi vacía; se acercaba la hora de cerrar y Sadie deambuló hasta encontrar un rincón tranquilo, una vieja butaca en la sección infantil donde, sobre las estanterías medio vacías, aún colgaban carteles que decían LEE. Se hizo un ovillo y se quedó dormida. La despertó una mujer joven tocándole el hombro.

Hola, dijo la mujer. Tienes pinta de haberte perdido.

Eres la madre de Bird, ¿a que sí?, dijo Sadie.

Margaret se tocó las caderas, el corazón en busca de esas libretas que había llevado encima tanto tiempo que eran como parte de su carne.

Lo era, dijo.

Me habló de ti, dijo Sadie, y para Margaret aquello fue como una señal.

Sadie, joven, huérfana de madre e intrépida. Después de tres meses sola, mitad mujer recelosa, mitad niña.

Sé de un sitio donde se puede quedar, le dijo Margaret a la bibliotecaria.

Llevó algo de tiempo convencer a Domi.

Estás de puta coña, M, protestó. Yo no sé nada de niños.

Hablaban en susurros furiosos mientras Sadie esperaba, cruzada de brazos y escéptica, al otro lado de la sala de estar. Domi la estudió por el rabillo del ojo y Sadie, arrogante, imperturbable, hizo lo mismo con ella.

Sabes perfectamente, dijo Margaret, que la casa de piedra arenisca no es lugar para una niña. Y, en cualquier caso, yo no puedo cuidarla. Estoy demasiado ocupada.

¿Qué quieres que haga exactamente?, dijo Domi.

Mantenerla a salvo. Solo mientras termino lo mío. Y cuando esté hecho buscaremos un sitio mejor. Igual hasta encontramos a sus padres. Pero ahora mismo necesita un lugar donde vivir. Lleva semanas yendo de una biblioteca a otra y no pueden esconderla para siempre. Es un milagro que lo hayan conseguido todo este tiempo.

Hizo una pausa. ¿O me vas a decir que no tienes sitio?, añadió irónica. Paseó la vista por el enorme cuarto de estar, por el techo, encima del cual había media docena de dormitorios sin utilizar.

Demi respiró despacio por la nariz. Era la señal, incluso después de tantos años, de que Margaret había ganado.

Vale. Pero tendrá que cuidarse sola. No tengo tiempo para hacer de niñera.

Solo hay que cambiarme el pañal dos veces al día, dijo Sadie desde el otro lado de la habitación.

Domi rió.

Hum, dijo, por lo menos tiene sentido del humor.

Las dos se miraron de arriba abajo –una mujer alta y rubia con traje de chaqueta y tacones y una niñita morena con sudadera de capucha y vaqueros desgastados– y Margaret lo percibió, el chisporroteo de las almas gemelas, del encuentro entre semejantes.

Fue Sadie quien se lo contó a Margaret, días después. Pero es que Bird ya no vive en esa casa. ¿No lo sabías? Ahora viven en una residencia de estudiantes. Te puedo dar la dirección.

¿Por qué no me lo contaste?, dice Bird. ¿Por qué no bajó cuando estaba yo allí?

Le habíamos dicho que se escondiera, dice Margaret. Para que nadie pudiera verla y hacerle preguntas. Pronto la verás, te lo prometo. Pero necesitaba este tiempo contigo. Necesitaba...

Se interrumpe con las tijeras en alto.

Hay alguien, murmura. Bird también lo oye: el ruido en la puerta de atrás. Está lloviendo, se da cuenta; aunque no puede verla por las ventanas tapiadas, en el repentino silencio oye la lluvia golpear el aglomerado como dedos diminutos, insistentes. Por encima de la lluvia oyen cómo alguien intenta girar el pomo de la puerta. A continuación, débiles pitidos en el teclado: un número. Otro. Otro.

Bird se vuelve hacia su madre esperando instrucciones. De pelear o huir. De prepararse o ponerse a cubierto. Margaret no se mueve. Por la cabeza le pasan mil posibilidades, cada una peor que la anterior. Adónde se llevarán a Bird. Adónde la llevarán a ella. Mantén la calma, se dice. Piensa. Pero no tienen dónde esconderse, e incluso si lo coge de la mano y salen corriendo por la puerta delantera, a la calle, ¿dónde van a ir con esta lluvia, en una ciudad de desconocidos? ¿A manos de quién?

En el pasillo en penumbra resuenan golpes secos de pisadas. Alguien que intenta moverse sin hacer ruido y no lo consigue. Entonces se abre la puerta del cuarto de estar. Es la Duquesa, con un impermeable negro. Sacudiéndose el agua de los pies.

Joder, Domi, dice Margaret. Me has asustado.

Deja de contener la respiración y a Bird esto le inquieta más que la palabrota, más incluso que la visita inesperada: el hecho de que su madre también pueda estar asustada.

Tampoco es que pudiera llamar al timbre, dice la Duquesa. Ni avisarte por teléfono de que venía.

Margaret y ella se encogen de hombros y Bird comprende que los móviles pueden rastrearse, por supuesto.

¿Qué hora es?, pregunta Margaret.

Casi las cuatro.

Pensaba que habíamos dicho mañana por la mañana.

La Duquesa se baja la cremallera del impermeable y saca un brazo, luego el otro. Con una sola mirada examina la mesa, los trocitos de cable, los tapones de botella y las monedas brillantes de las pilas.

Así que sigues adelante con el plan, dice.

Margaret se pone tensa. Pues claro, dice.

La mirada de la Duquesa recorre la habitación igual que un reflector, iluminando cosas en las que Bird apenas había reparado. El cubo de basura en el rincón, lleno a rebosar. El vaso de poliestireno de los fideos del día anterior, aún brillante de aceite, en el suelo, a los pies de Bird. Bird con la misma ropa de hace tres días, el pelo alborotado y sucio, medio tapándole los ojos.

Pensaba que igual habían cambiado las cosas, dice Domi. Ahora que... Sus ojos se detienen en Bird.

No ha cambiado nada, dice Margaret con sequedad.

La Duquesa cuelga el impermeable en el respaldo de la butaca. Como de costumbre, se mueve igual que un barco a toda vela, hinchada de determinación. Se acomoda en el brazo del sofá, al lado de Margaret.

Estás a tiempo de cambiar de idea, dice.

Margaret manipula la soldadora, la saca de su funda metálica, acerca la punta a la esponja húmeda, que emite un silbido débil, rencoroso.

Esto no es solo algo mío, dice. Lo sabes.

Bajo la punta de la soldadora, una gota de metal fundido brilla de color plata, a continuación se vuelve de un gris apagado. Los ojos de la madre de Bird centellean igual que motas de sol en una superficie de agua arrugada por el viento. Se tensan y contraen, como si no lograra enfocarlos.

Tengo que hacerlo, continúa Margaret. Se lo prometí. Se lo debo a... Vacila. Me he comprometido, dice.

La Duquesa pone una mano encima de una suya y Bird ve la ternura que hay en el gesto. El afecto.

Margaret levanta la vista, sus ojos se encuentran con los de la Duquesa y esta suspira. No está convencida, pero sí resignada. Entonces mañana por la mañana vengo y me llevo a Bird, dice.

Bird levanta la cabeza como un resorte. Llevarme ¿adónde?, pregunta.

A ver a Sadie, dice Margaret alegre. Domi os va a llevar a los dos fuera de la ciudad. Solo a pasar el día. Mientras yo –señala la mesa con un gesto de la mano– pongo mi proyecto en marcha.

Es un sitio chulo, dice Domi. Creo que os gustará.

¿Por qué?, dice Bird. Escéptico y receloso.

Su madre deja la soldadora, se inclina sobre la mesa, le coge una mano con las suyas.

Tengo cosas que hacer, dice. Y contigo aquí no puedo. Domi te recogerá y te llevará con Sadie y luego iremos las dos a buscaros. ¿Confías en mí?

Bird vacila. Sobre la mesa, la soldadora desprende un fino rizo de humo. Un aroma caliente, a metal chamuscado y a pino. Mira a su madre, mira sus manos encallecidas y ásperas. Pero siguen siendo fuertes y cálidas y suaves al tacto con las suyas. Son las mismas manos que recuerda cogiendo una planta recién brotada del suelo, quitándole una oruga de la camiseta y posándola en la hierba. Casi como por instinto, los dos juntan las manos, dedo con dedo, palma con palma, tal y como hacían cuando se prometían algo. Ahora las manos de Bird son casi del tamaño de las de su madre. Mira los remansos color marrón intenso que son sus ojos y por fin la ve. Su madre. Sigue allí.

Vale, dice, y su madre cierra los ojos y suspira.

Mañana por la mañana, dice mirando en dirección a Domi. Sobre las diez. Ven a buscarlo.

Abre los ojos, retira su mano y a continuación coge los extremos colgantes de los cables y los acopla con furia.

No nos queda demasiado tiempo, dice. Falta mucho por hacer aún.

Para cuando se marcha la Duquesa, la lluvia ha amainado a llovizna. Mientras la tarde se desvanece, Margaret sella el último tapón. Es miércoles. Mañana hará tres años que se fue de casa.

Suficiente, dice con voz suave y, aunque Bird la oye, es evidente que habla para sí. Como si se ordenara dejar ir. Como si se diera permiso para abandonar o para pasar página, ninguno de los dos sabrá muy bien cuál de las dos cosas.

Con una mano empuja el montón de tapones de botella de la mesa dentro de una bolsa de plástico. Luego vacila.

¿Quieres venir conmigo?, pregunta. Solo por esta última vez.

Durante casi cuatro semanas ha estado fabricándolos y colocándolos, más de cien cada día, a plena luz. Nadie prestaba atención a las mujeres mayores que deambulaban por las calles recogiendo botellas y latas para vender; en todo caso la gente se apartaba o se daba la vuelta, incómoda, asqueada o las dos cosas. Llevaba años viéndolo: entre todas las cosas que la Crisis no había cambiado, que habían sobrevivido, estaban estas mujeres. Obstinadas, orgullosas, cribaban pacientemente la basura en busca de lo que pudiera aprovecharse y muchas de ellas, incluso antes de la Crisis, eran asiáticas. Sus caras le recordaban a Margaret a la de su abuela, a la de su madre, a la suya propia, y pensaba en ellas mientras se calaba más el sombrero de paja y caminaba despacio por la acera, inclinándose sobre cubos de basura o sobre raíces de árboles. Vestida como una de ellas, podía ir a todas partes, si tenía cuidado.

Aun así, hubo veces en que escapó por los pelos. En ocasiones aparecía la policía. Margaret nunca vería quién la había llamado, simplemente descubría a un vecino fisgando por entre las cortinas mientras el coche patrulla se detenía junto a ella. Cuando el agente se acercaba, le metía un billete de veinte dólares en el bolsillo trasero, pero en una ocasión no bastó. El agente la había agarrado el codo con fuertes dedos y Margaret había sentido el calor de su aliento en el cuello; luego la obligó a seguirlo hasta un callejón, donde se bajó la cremallera y le cogió la mano para metérsela en la bragueta. Mientras se retorcía y gemía, Margaret había fijado la vista en la placa que llevaba en la solapa y no la apartó hasta que el hombre arqueó la espalda hacia atrás, le tiró del pelo y, tras un último grito ahogado, la soltó. Cuando Margaret se recompuso y volvió a la calle, el coche patrulla se alejaba y en las ventanas de arriba vio luces encendidas y gente que seguía con sus delicadas vidas habiéndose olvidado ya de la mujer andrajosa de la acera.

Hoy tiene que andar con especial cuidado. Con Bird allí no puede permitirse

ningún error. No tardarán mucho. Solo le quedan unos pocos sitios.

Quédate unos pasos por detrás de mí y finge que no me conoces, le dice mientras se pone el sombrero. Y lleva las gafas de sol.

Salen del metro en la calle Setenta y dos oeste: territorio de mujeres adineradas con fundas de móvil con estrás, de perritos blancos en tensas correas. Todas las aceras son de color gris plateado húmedo y en las ventanillas de los coches hay manchas de lluvia. En las esquinas, las tiendas de comestibles aún tienen paraguas colgados de los pomos de las puertas, en venta.

Margaret saca el primer tapón de botella de la bolsa que lleva colgada de la muñeca, se lo guarda en el puño. Después de buscar unos minutos, encuentran un sitio: una papelera llena casi a rebosar. Latas de cerveza arrugadas y envoltorios de plástico desparramados por el pavimento húmedo.

Quédate aquí, murmura Margaret. Usando el cuerpo de Bird como pantalla, se inclina simulando rebuscar y pega el tapón en el borde de la papelera ayudándose de un socorrido trozo de chicle. Ya está, dice. No creo que se suelte.

Bird se aleja un poco de la papelera y la mira receloso. A ojos de cualquiera sería algo inocuo y normal; la vista no se detendría en ella. Otro feo elemento más de la ciudad del que es mejor hacer caso omiso. Pero para él ahora se trata de un lugar marcado –por la amenaza o la esperanza, no está seguro– y no puede quitarle los ojos de encima.

¿Qué va a hacer?, pregunta, como si Margaret pudiera ver lo que él ya está imaginando: fogonazo, llamas, una humareda en forma de hongo. Margaret no contesta. Ya se ha sacado otro tapón del bolsillo.

Vamos, dice. Hay que darse prisa.

Margaret lleva semanas haciendo esto a diario y sus ojos identifican enseguida los lugares propicios para dejar un tapón: encajado en la rejilla de una alcantarilla, enterrado en una grieta del tamaño de un dedo en la base de un edificio. Con un solo gesto, clava uno en la barriga de una ardilla medio aplastada por un camión.

No sé yo, dice, mientras se limpia la sangre de la yema del dedo y se pone de pie. Igual la barren.

Examina la papilla amoratada de pelo y carne, la corteza de moscas que empieza a formarse.

Aunque es poco probable, dice. No creo que se molesten. No antes de mañana, en cualquier caso.

Las colocan por todas partes, las capsulitas, y pronto Bird empieza a ayudar y se le acostumbran los ojos a encontrar posibles escondites por todas partes igual que se acostumbran a la oscuridad. Margaret descarta algunos por ser demasiado obvios, demasiado limpios. Tiene que ser más sucio, dice. Un sitio que nadie quiera tocar.

Bird corre un paso por delante, luego dos, tres, localizando sitios para todas. Dentro de contenedores que apestan al olor dulzón de fruta podrida; esquinas en que hacen pis por las mañanas hombres sin hogar. A los pies de árboles, encajadas entre cacas de perro. Por un momento se olvida de preguntar para qué son. Es una búsqueda del tesoro a la inversa, un juego al que juegan su madre y él. Tapón tras tapón, la bolsa en el brazo de Margaret se aligera y Bird experimenta un cosquilleo de felicidad por los lugares tan inteligentes que ha encontrado, una sensación de poder y asombro al pensar en cuántos tapones hay escondidos. Hace el cálculo: cien al día durante un mes entero.

¿Ya no quedan?, pregunta cuando Margaret coloca el último. En la grieta oxidada de una farola, justo a la entrada de un parque.

Se acabó, dice Margaret sucintamente y suspira. ¿De satisfacción? ¿De tristeza? No está claro.

Después de colocar el último tapón, abandona la bolsa de basura que ha usado como camuflaje todas estas semanas, la añade a un montón cercano. Es el día de la recogida de la basura en este barrio y por todas partes hay montañas torcidas de desperdicios salpicando la acera, amenazando con volcar. Aquí y allí algo ha roído el plástico y esparcido un reguero de porquería por el pavimento. Margaret se limpia las manos en los muslos de sus pantalones, lo mira. Su Bird: con ojos como platos e impresionable, confiado, ávido de futuro, aunque no tiene ni idea de lo que traerá. Mayor ya, pero solo un poco.

¿Qué puede enseñarle? ¿Qué puede hacer por él? ¿Cómo puede compensarle por lo que se ha perdido? Quiere comprarle pretzels y helado y limonada de un puesto callejero, dejarlo bailar por el parque, lamerse la sal y los churretes de los dedos. Verlo jugar a juegos tontos cambiando las reglas sobre la marcha: saltar las baldosas rotas de la acera, tocar con la mano las señales de stop al pasar. No, quiere jugar a todos esos juegos con él. Por un día quiere ser simplemente su madre. Como si pudiera enmendar todos los años que ha pasado sin ella con una única tarde de felicidad.

Un coche patrulla se acerca despacio, amenazador. Dentro se ven las siluetas de los agentes: manchas desdibujadas por los cristales tintados.

Al instante Margaret sujeta a Bird por el hombro y tira de él hasta la escalera de entrada a la casa más próxima. Acuclillados detrás de una pirámide de bolsas de basura, sus brazos lo ciñen con fuerza, tanta que cada uno nota el latir del corazón del otro.

El coche se acerca más, escamado. Inspecciona el área. Luego sigue camino.

Algo áspero y amargo recubre el cielo del paladar de Margaret. Pegados a ella, los hombros de Bird son todavía los de un niño: blandos y huesudos, aterradoramente

quebradizos. No puede regalarle la hermosa tarde que se merece, todavía no. No es justo, piensa. El hedor de la basura los envuelve en una bruma, agria y pegajosa. Hace rato que se ha ido el coche patrulla, pero Margaret sigue acunándolo con los ojos cerrados y la cara enterrada en la calidez imposible de su pelo. Cuando por fin lo suelta y lo mira, la expresión de Bird es de sobresalto, pero también confiada. Leyendo la cara de Margaret en busca de una indicación.

No pasa nada, susurra esta. No tengas miedo.

No tengo miedo, dice Bird. Sabía que no iba a pasarnos nada.

Con una sonrisa temblorosa, Margaret le da un último apretón y se pone de pie.

Vámonos a casa, dice.

Cogen el metro de vuelta a Brooklyn. Bird va en un extremo del vagón, Margaret en el otro para que nadie sospeche que viajan juntos. Lo estudia de lejos: una figura menuda y nerviosa de pelo oscuro, con una pierna cruzada encima de la otra y pellizcando los desgarrones cerrados con cinta adhesiva del asiento. No puede verle los ojos detrás de las gafas de sol, pero cuando aguza la vista descubre las miradas furtivas que le dirige, la manera casi imperceptible en que se le relajan los hombros cada vez que la encuentra, recostada contra una barra, vigilando subrepticiamente de lejos. Son los últimos tres años, piensa, condensados en un instante: orbitando en la distancia, suponiendo, pero sin estar nunca segura de lo que ve él, confiando en que la idea de ella sea tranquilizadora. No, se corrige. Eso no son los tres últimos años. Eso es simplemente tener un hijo.

Colocar los tapones, volver a casa. Por lo general es un baile bien ensayado que Margaret ejecuta sin pestañear. Pero hoy es distinto. Hoy no consigue estarse quieta; cada vez que el tren se para, salta, observa recelosa a los otros pasajeros que dormitan o miran absortos sus teléfonos. Su mirada viaja una y otra vez hasta el niño al final del vagón, ahora tranquilo, interrumpiendo su ensoñación solo para mirarla una vez y dirigirle una levísima sonrisa cómplice. Intenta devolvérsela. Pasa otro tren, en otra dirección, y las siluetas desdibujadas en la ventana le recuerdan a las sombras de los agentes en el coche patrulla, a la cara de Bird pegada a su hombro, su cuerpo delgado y cálido y vulnerable incluso en el cobijo de sus brazos. Se odia a sí misma por ponerlo en esa situación. Si contiene el aliento, todavía puede oler la basura, agria y sofocante por todas partes. El tren late debajo de ellos, palpitante, el ruido sordo de las ruedas y el rugido del motor y el vaivén del vagón se fusionan en una única palabra que late más y más deprisa dentro de ella. Para cuando llegan a la casa de piedra arenisca –caminando separados, entrando de uno en uno por la verja al jardín trasero–, vibra en la base de su garganta y, en cuanto están a salvo dentro de la casa, le sale por la boca y la deja sin respiración.

No, dice. No. No lo voy a hacer.

Bird se vuelve a mirarla, paralizada, con la espalda contra la puerta, como cerrando el paso. Por un instante la encuentra mayor, demacrada; en el pasillo en penumbra, iluminado por una única bombilla desnuda del cuarto de estar, su pelo es de color plata, la cara se vuelve grisácea. Una mujer convertida en piedra.

El riesgo es demasiado grande, dice. A sus propios oídos su voz suena correosa, áspera y quebradiza.

Pero los tapones de botella..., dice Bird. Los que acabamos de esconder. Y los que ya habías escondido tú.

Da igual. Que se queden ahí.

Pero es importante. Bird niega con la cabeza como si su madre estuviera intentando engañarlo. ¿No? Lo que estás haciendo. Sé que va a ayudar.

Da igual, repite Margaret. Olvídalo. Olvídalo todo.

Corre hasta su lado y se lo acerca, le coge la cara con las manos porque pensar que pueda estar en peligro otra vez le resulta insoportable, y mucho más que sea por culpa suya. Lo que haga falta, se habían prometido Ethan y ella muchos años atrás y sigue pensándolo. Hará lo que haga falta para mantener a su hijo a salvo.

Excepto. En sus brazos, Bird se pone tenso y se separa.

Pero..., dice.

Arruga el ceño, un gesto que Margaret conoce porque lo ha notado en su propia cara toda su vida: un intento por descifrar lo que las personas hacen y dicen, y lo que significa. Lo heredó de su madre, quien probablemente lo había heredado de la suya y allí estaba también en la cara de su hijo, mirándola. Una herencia no intencionada.

Birdie, dice. Tú eres lo único importante. No quiero seguir haciéndolo. No quiero correr riesgos.

Pero dijiste..., empieza a decir Bird y se interrumpe de nuevo y Margaret oye todo lo que no está diciendo en voz alta. Pero todos esos niños. Como Sadie. Y sus familias. ¿No te fuiste por eso?

Encontraremos otra manera de ayudarlos, dice. Otra cosa. No sé cuál. Pero menos arriesgada.

Tiene la cabeza llena de planes brumosos, incoherentes.

Ya se nos ocurrirá algo, dice. Alguna forma de seguir juntos, de escondernos. Igual papá encuentra la manera de reunirse con nosotros. Domi puede ayudar. ¿No sería maravilloso? Bird.

Está desbarrando; se da cuenta. Coge las manos de Bird entre las suyas, como si se estuviera ahogando o fuera ella la que se ahoga y eso pudiera mantenerlos a flote. Siguen muy juntos en el pasillo, el estrecho espacio está cargado y caliente con la respiración de ambos, siguen hablando en susurros, pero tienen la sensación de estar gritando. No quiere soltarlo por nada del mundo.

Nada de esto tiene ya importancia, dice.

Pero incluso mientras lo dice ve la dureza en la expresión de Bird y pequeñas brasas en su mirada. ¿Cómo puedes mirar hacia otro lado ahora que lo sabes?, parece decir.

Así que da igual, dice Bird, siempre que le pase a otras personas.

Y entonces Margaret lo sabe: es demasiado tarde para convencerlo porque ya le ha contado la verdad.

Bird, dice, pero la cara de total decepción de este le pulveriza la voz.

Eres una hipócrita, dice.

Vacila solo un instante, a continuación añade:

Eres una madre horrible.

Margaret da un respingo, pero Bird también parece sentirlo y se encoge como si le hubiera pegado. En su cara Margaret ve el reflejo de lo que debe de ser la suya: las aletas de la nariz tensas y temblorosas, el filo de los ojos repentinamente caliente y encarnado. Con una brusca sacudida, Bird la aparta. Luego echa a correr escaleras arriba y Margaret no lo sigue. Se siente tan exhausta y vacía como si hubiera vomitado y vomitado hasta no tener nada dentro.

En la oscuridad, Bird se sume en un tormentoso sueño.

Sueña con una maraña afilada y dentada. Con máquinas rotas y oxidadas, engranajes inextricablemente enredados. Frascos de tinta que se hacen añicos en sus manos y le tiñen los dedos de un azul acuoso. Alguien le ha dado un edificio para que lo sujete y, si se aparta, se derrumbará. Ha atrapado una serpiente en una funda de almohada y sujeta la bolsa que se retuerce a falta de un lugar seguro donde soltarla. En el último sueño, justo antes de despertarse, lo rodean más niños, tan pegados a él que nota su calor, oye su respiración, huele el sudor de su piel. Pero ninguno le habla, ni siquiera lo mira. Cada vez que intenta tocarlos, se alejan sin hacer ruido, como un mar silente cuyas aguas se separan. Los ojos de los niños miran cualquier cosa que no sea él: las sucias palmas de sus manos, a sus espaldas, al cielo claro y sin nubes.

Se despierta aterrorizado, se mete dentro del saco, se lo sube hasta la barbilla. Ahora recuerda: los tapones de botella, el coche, la discusión. Todo lo que le ha contado su madre en los últimos dos días, todas las razones que tenía para marcharse y la rapidez con que lo ha desechado. Piensa en los años sin ella, en su padre y él, tan solos, echándola de menos. Hubo un tiempo en que hubiera renunciado a todo, a quien fuera, por recuperarla.

No ve nada, del pasillo no llega ni un rayo de luz. Presta atención para intentar oír a su madre, pero en vano. Incluso los ruidos del exterior –tiene que haber

algunos– llegan tan ahogados y amortiguados que no son más que murmullos y débiles zumbidos. Su madre tiene que estar en alguna parte, pero no se acuerda del camino a su habitación y, en la oscuridad implacable, ni siquiera está seguro de ser capaz de salir. Es como si no hubiera nadie en la casa.

El aullido de una sirena atraviesa el plástico de la ventana: crece, se acerca, se aleja. El único signo de vida en el mundo. Mete un dedo en la esquina del plástico, lo estira hasta que un diminuto agujero se ensancha. Se agacha y acerca el ojo a él.

Fuera espera encontrar solo más oscuridad, pero lo que ve es un surtido desconcertante de luz. Luces que destellan en una ventana tras otra en un mosaico centelleante. Un mar de luces. Un maremoto de luces, que lo ahoga en relucientes gotitas. Cada una de esas luces es una persona que lava los platos o trabaja o lee, completamente ajena a la existencia de Bird. Pensar en tal cantidad de gente lo deslumbra y lo aterra. Todas esas personas ahí fuera, millones, miles de millones, y ni una sola de ellas lo conoce o se preocupa por él. Tapa el agujero con la mano pero sigue notando la luz chisporrotear contra su piel igual que una quemadura solar. Ni siquiera hacerse un ovillo en el saco de dormir con la cabeza tapada lo consuela.

Sale de él un grito enterrado durante tanto tiempo que suena como si tuviera un terremoto en la garganta. Un nombre que no ha pronunciado en años.

Mamá, grita y sale tambaleándose de la cama y la oscuridad lo busca y se le enreda en los tobillos y lo tira al suelo.

Cuando abre los ojos, está hecho una bola y una mano reposa cálida y pesada en la blanda uve entre sus omóplatos. Su madre.

Chis, le dice cuando intenta darse la vuelta. Tranquilo.

Está sentada en el suelo, a su lado. Una sombra menos oscura que la oscuridad de fondo.

Que sepas que a mí me pasó lo mismo la primera noche que dormí aquí sola.

Su palma caliente y suave en la nuca. Alisando el vello que la eriza.

¿Por qué me has traído aquí?, dice por fin Bird.

Quería... Empieza y se interrumpe.

¿Cómo terminar? Quería asegurarme de que estabas bien. Quería asegurarme de que ibas a estar bien. Quería ver quién eras. Quería ver en quién te habías convertido. Quería ver si seguías siendo tú. Quería verte.

Quería estar contigo, es todo lo que dice y es la única explicación que puede darle, pero justo la que él necesita oír. Quería estar con él. Seguía queriéndolo. No se había marchado porque no lo quisiera.

Esta constatación le hace efecto igual que un sedante. Vuelve flácidos sus muslos, alisa las aristas de sus pensamientos. Se reclina contra ella en la confianza de que soportará su peso. Deja que sus brazos lo ciñan como abraza un árbol una

enredadera. A través del diminuto agujero que ha hecho en la cobertura de la ventana, una delgada hebra de luna perfora el plástico y dibuja una mancha estrellada y solitaria en la pared.

Margaret le acaricia la espalda, siente los nudos de su columna bajo la piel igual que una sarta de perlas. Con suavidad, junta las manos de ambos, dedo contra dedo, palma contra palma. Las manos de Bird son casi tan grandes como las suyas, los pies quizá incluso más. Es como un cachorro, todo pezuñas, con el resto de su cuerpo todavía infantil, pero retozando ávido detrás.

Birdie, dice, lo que pasa es que tengo mucho miedo de perderte otra vez.

Este la mira con la confianza insondable de un niño adormilado.

Pero vas a volver, dice.

No es una pregunta, sino una afirmación. Una petición.

Margaret asiente.

Voy a volver, concede. Prometo que voy a volver.

Y es sincera.

Vale, murmura Bird. No está seguro de si le habla a su madre o a sí mismo. De si se refiere a lo que está por venir, o a lo ocurrido hace mucho tiempo. A todo, decide. En general. Vale, repite y sabe, por la forma en que los brazos de su madre se tensan un poco, que le ha oído.

Estoy aquí, dice, y Bird deja que la oscuridad lo engulla.

Cuando se despierta de nuevo su madre se ha ido y es por la mañana. Está hecho un ovillo en la cuna, con las piernas casi pegadas al pecho y el saco de dormir olvidado en el asiento de la ventana, retorcido igual que una vieja piel. Recuerda vagamente querer hacerse pequeño, encontrar ese lugar seguro donde refugiarse. Donde retirarse. Extendida sobre él hay una manta que no reconoce, y entonces cae en la cuenta de que no es una manta, sino el abrigo de su madre.

Tres

Por la mañana, a las diez en punto, llega la Duquesa en su coche largo y reluciente, que esta vez conduce ella. Justo antes de salir de la casa, Margaret duda. Pero Bird no. Está deseando irse.

Buena suerte, dice. Sus ojos rebosan confianza.

Vale, dice Margaret por fin. Nos vemos pronto.

Lo acerca a ella, le besa en la sien, en el preciso lugar donde le late el pulso bajo la piel.

A continuación Bird, con la mochila al hombro, cruza corriendo el jardín trasero y la valla y se sube al coche aparcado junto a la acera. Allí, en el otro extremo del asiento, hay una figura silueteada contra un fondo de cristal tintado que se gira cuando sube Bird. Está más alta –quizá le saca una cabeza–, lleva el pelo más largo, pero conserva la mirada veloz, la sonrisa escéptica.

Bird, dice Sadie. Madre mía, Bird.

Lo abraza. La piel le huele a cedro y a jabón. Bird, dice, tengo tantas cosas que contarte...

Si vais a cotillear sobre mí, por favor, esperad a que salgamos de la ciudad, dice la Duquesa secamente. No quiero perderme nada mientras estoy concentrada en el tráfico.

Sadie la mira con fingida exasperación.

Vaale, dice.

En el espejo retrovisor, Bird ve el brillo travieso en los ojos de Domi mientras los mira y esto, más que nada, lo tranquiliza. Sadie está cómoda allí, como nunca la ha visto. Cuando el coche se pone de nuevo en marcha, Sadie se acomoda en el asiento, mira por la ventana y deja escapar un leve suspiro. Han pasado meses desde la última vez que se vieron, pero, cosa extraña, Sadie ahora parece más joven, menos recelosa y alerta, como si por fin pudiera respirar después de mucho tiempo sin aire. Como si ya no tuviera que abrirse camino en el mundo sola. Bird conoce esa sensación, o una parecida: es la que tuvo la noche anterior, cuando llamó a su madre y esta acudió; la que sintió esta mañana al despertarse bajo el peso reconfortante de su abrigo. También él se arrellana en su asiento, contento de no ser más que un niño, por el momento, de no estar al cargo, de ser solo un pasajero. Son muchas las cosas que quiere preguntar a Sadie –para empezar, no se hace una idea de lo que debe de ser vivir con la Duquesa–, pero no hay prisa.

¿Dónde vamos?, pregunta, mientras la Duquesa se incorpora otra vez al tráfico.

A la cabaña, dice, y ya están en marcha.

Conduce deprisa, la Duquesa. Bird y Sadie llevan el cinturón de seguridad puesto y la espalda pegada al respaldo por la aceleración continua y, cuando abandonan el nido gris y enmarañado de la ciudad y enfilan una carretera, es como si los lanzaran en cohete hacia las estrellas.

Espero que no os mareéis ninguno, dice de pronto la Duquesa con una mirada al espejo retrovisor.

Ninguno de los dos se marea. Bird casi nunca viaja en coche y la mera velocidad lo pone eufórico. Las ventanas tintadas intensifican los colores del exterior, vuelven el cielo turquesa, la hierba esmeralda. Incluso la carretera, que sabe que no es más que asfalto plano normal y corriente, reluce con destellos plateados. En presencia de la Duquesa todo parece más rico y amplio y esto tiene para él una lógica tan inherente que no la cuestiona, se limita a recostarse contra el suave cuero y a absorberla. A su lado, Sadie contiene la respiración cuando una nube de pájaros sale volando de un árbol y se desperdiga igual que un puñado de confeti. Por primera vez, Bird entiende por qué los perros sacan la cabeza por la ventana después de pasar mucho tiempo encerrados; también él tiene ganas de dar lametazos al aire que bulle de vida.

Viajan durante una hora y media en silencio amigable, con el ocasional zumbido cada vez que adelantan a otro coche o un camión como única interrupción. La Duquesa no usa los intermitentes, se limita a pisar con firmeza el acelerador y a adelantar mientras el motor emite un gruñido gutural. Bird se pregunta dónde está la otra mitad de la carretera, la que lleva de vuelta a la ciudad. Quizá al otro lado de los árboles. Aunque no puede verla, debe de estar ahí. Es un ejercicio de fe. Su madre le ha prometido que volverá. Otro ejercicio de fe. Lo memorizará todo y, cuando vuelva, le contará lo que ha visto.

La Duquesa se ha referido a este lugar como la «cabaña» y, en el sentido estricto de la palabra, lo es: una casa con forma de cartón de leche rodeada de árboles. A Bird y Sadie, la palabra «cabaña» les evoca a Abraham Lincoln, una casa hecha de troncos y lobos que aúllan. La cabaña de la Duquesa es pequeña y sencilla, pero ahí termina el parecido. Los suelos de madera de la habitación principal relucen igual que tofe mantecoso. La enorme chimenea en el centro está hecha con cantos rodados. Detrás de ella hay dos dormitorios pequeños, un cuarto de baño. En una de las paredes, una ventana desde la que se ve, por un claro entre los árboles, el centelleo plateado de agua a lo lejos.

Confío en vosotros para que no os ahoguéis, dice la Duquesa. No hay otra casa en kilómetros a la redonda, así que no va a venir nadie a salvaros.

Levanta la muñeca y consulta la hora en un delgado reloj de oro.

Estas son las reglas, dice. No podéis salir de la propiedad, pero son casi veinte hectáreas, así que no es una limitación demasiado grande. Podéis bañaros si os gusta

el agua fría. Podéis encender fuego, si tenéis cuidado. Y solo en la chimenea. Os he dejado una bolsa con comida que debería duraros al menos hasta que yo vuelva mañana. ¿Alguna duda?

¿Quién construyó esta casa?, pregunta Sadie. No sé por qué me da que no fuiste tú.

Sonríe descarada a la Duquesa, y esta le devuelve una sonrisa indulgente.

La construyó mi padre, dice.

De pronto se detiene y mira a su alrededor, como si viera la cabaña por primera vez. Examina las paredes de madera, el techo rústico, el suelo brillante como satén.

Más bien la mandó construir, dice. Así hacía él las cosas. Su tono de voz se suaviza. Cuando era pequeña no sentábamos fuera, en la orilla, y pescábamos. Él, mi madre y yo. Y hacía años que no venía por aquí.

A continuación menea la cabeza, como para sacudirse polvo. Así que no la queméis, por favor, dice con sequedad.

¿Te vuelves para ayudar a mi madre?, pregunta Bird.

Por primera vez, la Duquesa parece insegura.

Ya la conoces, dice y Bird asiente con la cabeza, aunque se está preguntando si de verdad es así. Cuando se le mete una idea en la cabeza, no hay quien la pare. Pero cuando termine se reunirá conmigo y mañana vendremos a buscaros.

Y luego qué, piensan tanto Bird como Sadie, pero ninguno se atreve a preguntarlo.

La Duquesa vuelve a mirar su reloj.

Será mejor que me vaya, dice. No llegaré antes de media tarde, y si hay tráfico...

Coge las llaves de encima de la mesa y se vuelve, mira a los dos alternativamente.

No os preocupéis, dice con voz inesperadamente amable. Bird, Sadie, todo va a salir bien.

Pues claro que sí, dice Sadie. Ya estamos aquí.

Cuando se va la Duquesa, Bird y Sadie, repentinamente conscientes de todos los meses que han pasado sin verse, se sumen en un silencio tímido. Como en un acuerdo tácito, estudian el lugar en que están. En la espaciosa habitación principal, una mesa y tres sillas, una cocina empotrada; en el cuarto de baño, una ducha, un inodoro y una ventanita de celosía de aluminio por la que solo se ven árboles. Dos dormitorios, uno más grande, de color crema, con una cama de matrimonio, y uno más pequeño, rosa, con una cama individual en el rincón.

Sin preguntar, Sadie se quita los zapatos en la habitación más grande, pero a Bird no le importa. Está claro para quién se construyó la casa –unos padres, un hijo– y le parece bien que sea otra persona quien haga el papel de adulto durante un poco más

de tiempo. Se instala en el sofá delante de la chimenea y el cuero envejecido cruje bajo su peso.

¿Qué tal es, pregunta, vivir con la Duquesa? ¿Cómo es?

Sadie ríe. ¿Domi? Parece superterrorífica, pero no lo es.

Como si se hubiera roto un sello de lacre, empieza a hablar. El primer día que pasó en su casa, dijo, no le vio el pelo. Le habían asignado un dormitorio –en el último piso, con un mapamundi antiguo enorme colgado en la pared– y la habían dejado sola y se había dedicado a explorar aquella casa museo intentando averiguar a qué clase de sitio había ido a parar, qué clase de mujer era Domi. Margaret había dicho que se podía confiar en ella, pero Sadie no estaba acostumbrada a fiarse de la palabra de nadie. Más tarde, aquella noche, había encontrado el camino al despacho de Domi. Seguía detrás de la mesa, leyendo los papeles que había desperdigados sobre ella, cuando entró Domi.

¿Se puede saber qué haces?, preguntó, y Sadie levantó la vista y la estudió con ojos nuevos.

Así que todos estos cheques, dijo tocando con el dedo el talonario de Domi, son para bibliotecas. Sabes lo que hacen. Estás... ayudando.

Un largo instante durante el cual se estudiaron mutuamente.

¿Por qué?, preguntó Sadie y Domi dijo: No es más que una pequeña aportación. Para que se empiece a hacer justicia.

Sadie cerró el talonario. Quiero ayudar, dijo.

Había esperado que Domi se echara a reír, pero no lo hizo. En lugar de ello se sentó en la silla al otro lado de la mesa como si Sadie estuviera al mando y ella fuera una peticionaria.

Igual puedes, dijo.

Habían pasado días hablando. Sadie le contó a Domi todo lo que recordaba sobre las autoridades, sus familias de acogida, el funcionamiento de la PACT. Cómo la habían reasignado, quién la había ido a buscar, dónde había ido. Lo que había visto en las bibliotecas, aquellos meses que había pasado escondida. Lo que le gustaría haber hecho y lo que le gustaría que hubieran hecho otros. Domi escuchaba. Tomando nota.

No podía salir, le dice Sadie a Bird. Por si alguien me veía. Pero Domi me encontró cosas para hacer. Y ha estado buscando a mis padres. Intentando seguir su rastro.

Hace una pausa y traga saliva y Bird sabe que no debe hacer preguntas.

Ha dicho que no me dé por vencida «aún», dice Sadie. Dice... Bueno, que nunca se sabe.

El día antes de que Bird llegara, la última pista de Domi no había conducido a

nada y le había dado la noticia a Sadie con amabilidad, como quien comunica una muerte. Seguiremos buscando, había prometido mientras abrazaba a Sadie con fuerza.

Si pudieras hacer realidad otro deseo, le había preguntado Domi al cabo de un rato, rompiendo el silencio. ¿Qué sería?

Sadie pensó.

Un día entero de hacer lo que me apetezca, dijo. Sin que nadie me vigile, ni me juzgue, ni me siga ni me localice. Solo un día.

Hum, había dicho Domi. Puede ser complicado. Pero quizá pueda hacerse. Si no te importa esperar a que llegue el momento adecuado.

Y allí estaban ahora, Bird y ella. Con un día sin que nadie los vigilara ni los juzgara por delante. Un día para hacer lo que les apeteciera.

Domi me lo contó, dijo Sadie. Algunas de las cosas que tu madre y ella vieron durante la Crisis. Las cosas que hicieron... y las que no. Las que le gustaría haber hecho de otra manera. ¿Te acuerdas del día que llegaste?, añade autocomplacida. Yo le dije lo que tenía que preguntarte. Subió a mi habitación y dijo: ¿Qué le preguntarías a Bird para saber si es de verdad Bird? Y le dije que te preguntara por tu bicicleta. Por tus cereales. Por el almuerzo.

¿Tú lo sabes?, pregunta Bird. ¿Lo que hace mi madre?

Sadie tarda en contestar.

Domi no ha querido decírmelo exactamente, admite. Tu madre vino unas cuantas veces, a planear. Intenté escuchar, añade con cierto orgullo. Pero no oí casi nada.

Comparan apuntes. Según sus cálculos, Margaret debe de haber escondido miles de tapones de botella por toda la ciudad. En casa de la Duquesa, Sadie había hojeado periódicos y buscado en informativos de televisión y en línea: no había noticias sobre personas que encuentran dispositivos sospechosos dentro de tapones de botellas. Tampoco noticias de disturbios, al menos en la ciudad. Lo que sea que esté organizando no ha ocurrido aún. Esto lleva semanas preparándose, igual que un resorte que se enrosca, inexorable.

Es algo gordo, dice Sadie.

Pues claro que lo es, dice Bird. Mi madre no hace las cosas a medias.

Tampoco Domi, me parece a mí.

Sus miradas se encuentran.

Bird, dice Sadie, estoy segura de que esto lo cambiará todo. Lo que sea que estén planeando.

Callan por un instante mientras tratan de imaginar el mundo que viene. Bird

bulle interiormente y se pone de pie de un salto. Necesita dar salida a tanta energía.

Vamos al agua, dice.

Siguen el camino por el claro en los árboles y ahí está: centelleando a la luz de sol, una caleta con el ancho mar al fondo. Bird coge un guijarro y lo lanza todo lo lejos que puede. El agua se lo traga con un satisfactorio *glup* y las ondas que genera en la superficie llegan hasta sus pies, en la orilla. La Duquesa ha dicho la verdad: hasta donde les alcanza la vista no hay más casas, ni personas, solo una espesa gorguera de árboles arremolinados en torno a la cala centelleante. Desde arriba debe de ser como si un gigante hubiera impreso la huella de su dedo pulgar en el bosque, cavado un hueco del tamaño exacto de la cabaña al borde del mar.

Bird no ha estado nunca tan lejos de otras personas. Durante toda su vida siempre ha tenido a alguien cerca, mirando, escuchando. Incluso si no las veías, sabías que estaban ahí: al otro lado de la ventana, separada por una pared, a la vuelta de una esquina. Aquí no hay nadie y tiene la sensación de crecer hasta ser un gigante. A su lado, Sadie emite un repentino silbido y él la imita; entonces, en los árboles cercanos una bandada de golondrinas levanta el vuelo y, cuando quieren darse cuenta, se han puesto los dos a correr, a chillar, a alterar la orilla rocosa con sus pisadas, a perseguir las aterciopeladas ardillas terrestres que brincan entre las raíces y también a las arborícolas, que huyen despavoridas. Cuando se tiran al suelo, eufóricos y agotados, el zumbido del silencio que se instala alrededor de ellos es más sonoro que sus gritos. Por un instante ninguno piensa en sus padres. No son más que niños que juegan.

Vamos a meternos, dice Sadie. Solo hasta los tobillos.

Se quitan las zapatillas y los calcetines y se suben los vaqueros hasta las rodillas, y, a medida que entran despacio en el agua, sus pies generan pequeñas ondas embarradas. El agua está helada, pero no se dan cuenta o no les importa. Hay árboles de verdad a los que trepar, no los arbolillos delgados y larguiruchos que rodeaban el patio del colegio y arrugaban en asfalto con sus raíces, sino unos tan altos que siquiera Sadie se atreve a mirar dónde terminan.

Pasan la tarde fijándose en cosas: las elegantes uves en cada hoja de trébol que parecen hechas con un pincel fino. Los sombrerillos color salmón de las setas que asoman de la tierra; los delicados líquenes que se aferran a los troncos de los árboles igual que escamas de un pez de jade. Un abedul esbelto y joven, demasiado alto para su delgada envergadura, inclinado hasta casi formar un arco, pero todavía creciendo, que envía sus hojas verdes y serradas al cielo. Octubre casi se ha terminado, se acerca el invierno, pero las cosas crecen, siguen vivas.

Cuando empieza a oscurecer, Sadie da un grito y Bird acude corriendo a tiempo de ver un cangrejito del tamaño de una moneda de veinticinco centavos corretear

por la arena. Ahora que sabe dónde mirar, los encuentra por todas partes, invisibles a simple vista. Llevan ahí todo el tiempo, simplemente no los había buscado. Dedican un rato a intentar cazarlos, los persiguen por la orilla y tratan de cogerlos con la mano, y en una ocasión Sadie casi lo consigue y diminutas pinzas la pellizcan, pero los cangrejos siempre se escapan: desaparecen por agujeros en la arena, entre las rocas, en la gran mancha azul del agua.

Hace falta un muslo de pollo, dice Sadie con autoridad. Se acuclilla en la arena. Es lo que se usa. Para cazar cangrejos grandes, mucho más grandes que estos.

Calla un instante.

Mi madre me llevó un verano, dice. Atas un muslo de pollo a un cordel y lo echas al agua y, cuando el cangrejo lo agarra, tiras del cordel muy, muy despacio, y el cangrejo sigue al pollo y entonces los coges con una red.

Bird se imagina a sus padres enseñándole algo así: sucios de barro, vadeando en el mar. Riendo juntos tal y como los recuerda. Recogiendo el sedal tirante por el peso de la presa. De pronto se pregunta qué hora es, qué estará haciendo su madre ahora mismo, si ha empezado ya lo que tenía planeado. Sobre sus cabezas, el cielo se extiende ancho, plano y azul, pero aun así lo examina, como si fuera a ver columnas de humo llegadas desde la ciudad.

¿Los cangrejos comen pollo?, pregunta, ahuyentando el pensamiento, y Sadie asiente con la cabeza. Comen de todo, dice.

Mi madre me contó una vez, continúa mientras se balancea sobre los talones, una cosa que pasó cuando ella era pequeña. A veces, como una noche al año, los cangrejos se desorientan y corren a la orilla. Tiene que ver con la marea y las fases de la luna o algo así. Jubileo, se llama. Te despiertas en mitad de la noche, bajas a la playa y el agua está llena de ellos. Prácticamente salen solos, puedes cogerlos a puñados. Mi madre, sus primos y tíos lo hacían. La gente llenaba camionetas. Y luego hacían una hoguera enorme y cocinaban los cangrejos y se daban un festín a medianoche allí mismo.

Hala, dice Bird.

Me contó que cuando era una niña se acostaba siempre con el bañador puesto en verano y se quedaba despierta esperando que hubiera un jubileo.

Sadie está absorta en sus pensamientos y con los ojos fijos en algún punto lejano.

Siempre decía que iríamos en verano a visitar a esa rama de la familia para que yo conociera a todos mis primos, pero nunca fuimos.

Sobre sus cabezas, un halcón vuela en círculos, perezoso.

La encontraremos, dice Bird. Mi madre, Domi... Seguro que lo consiguen.

Ya la han buscado, dice Sadie. No sé si sigue viva.

Bird nunca la ha oído hablar con tanta incertidumbre y eso lo desorienta.

Si está viva, dice convencido, la encontrarán. Su madre, piensa, siempre cumple sus promesas.

Eso que está planeando tu madre, dice Sadie, va a ser definitivo, Bird, lo va a cambiar todo.

Una pausa minúscula, antes de que Sadie siga hablando.

Tiene que serlo, ¿no?

La pequeña fisura en su voz, como una astilla, atrapa la atención de Bird. Los ojos de Sadie parecen fijos en el horizonte, pero en la cálida luz del atardecer brillan igual que el cristal, vidriosos de lágrimas. Bird también tiene los ojos húmedos e irritados. Piensa en todo lo que le ha contado su madre, en todos los años durante los cuales su padre ha intentado protegerlo. En el hombre de la pizzería, en el hombre del parque municipal. La mujer del perro. Los padres de Sadie, los padres de su madre. Los padres de su padre saliendo de sus vidas. La señora Pollard, inclinada nerviosa junto a su ordenador, la saliva de D. J. Pierce cayendo a milímetros de su zapato. Lo que tiene que cambiar le parece inmenso e inconmensurable.

¿Sabes qué?, dice. Podríamos encender un fuego.

Funciona: los ojos de Sadie abandonan el reino del «y si» para volver al del «es». ¿Aquí?, pregunta.

En la chimenea, dice Bird. No tenemos cangrejos, pero podemos encender un fuego.

Juntos disponen la leña. Una tarea pequeña y concreta. Mi padre me enseñó, dice Sadie, de pequeño fue boy scout. Sabía hacer un montón de cosas útiles, como nudos, y encontrar el norte mirando las estrellas. Hay que apilar los leños como para hacer una cabaña, así. Hierba seca, luego teas y después leña.

Bird se sonroja. Su padre nunca le ha enseñado a hacer algo útil, como esto. Me recuerda a los tres cerditos, dice. Sadie ríe y Bird siente una extraña punzada de orgullo. Es agradable, hacer reír a otra persona.

Vamos allá, dice Sadie, y enciende una cerilla con un rápido chasquido.

La hierba seca prende enseguida, a continuación lo hacen las teas, con una explosión de gratificante naranja. Pero entonces el montón se desmorona y oscurece. Soplaré y soplaré, dice Sadie. Con ayuda de un palo, aparta los restos del fuego. Vamos a intentarlo otra vez.

Reconstruyen la urdimbre de troncos y Bird busca algo que ayude a que arda más deprisa y es entonces cuando ve el montón de periódicos junto a la chimenea. Coge uno, empieza a arrugarlo y entonces se detiene.

Mira, dice.

La fecha del periódico es de casi quince años atrás. En plena Crisis, se dan cuenta

los dos. SEIS DÍAS SEGUIDOS DE DISTURBIOS SACUDEN DC; 400 PERSONAS DETENIDAS; 12 ALBOROTADORES, 6 POLICÍAS MUERTOS.

Una fotografía ocupa toda la portada: Washington DC en llamas, una multitud corriendo. ¿Atacando? ¿Huyendo? No lo saben, solo saben que, a juzgar por los marcados ángulos de sus cuerpos –con los brazos y las piernas muy abiertos–, se mueven deprisa, enérgica, instintivamente. Van enteramente de negro, desde los gorros bien encajados en la frente hasta las mascarillas y bufandas que les tapan la cara y las botas de suela gruesa que calzan; podrían ser alborotadores o agentes del orden, es imposible saberlo. En el pavimento, apenas visible, está el cuerpo de una mujer con la cara vuelta hacia un lado y el pelo sucio de sangre. De fondo, el monumento a Washington sobresale igual que un dedo levantado, oscuro, dibujado contra el llameante cielo anaranjado.

Bird usa las dos manos para formar una apretada bola con el papel, escondiendo así la fotografía que hay dentro.

Vamos a probar otra vez, dice.

Deja el nudo de papel en el centro de la cabaña en miniatura que han construido y coge las cerillas.

Esta vez las llamas devoran el papel y crecen a medida que el periódico se hace cenizas. Llamas débiles lamen vacilantes las teas y se atenúan, y en esta ocasión Bird recuerda algo de tiempo atrás, algo que le contó su padre en una ocasión. Sobre una palabra y su historia. Se pone a cuatro patas, acerca la cara a la llama. Con toda la suavidad de que es capaz, junta los labios y sopla, como si estuviera tirando un beso, o refrescando una herida, y las llamas crecen, la yesca se arruga, se encoge y emite el resplandor anaranjado más intenso que ha visto nunca para, a continuación –justo cuando se está quedando sin aliento–, volver al gris. Sadie se arrodilla a su lado y sopla también y, poco a poco, el resplandor reaparece, después crece. Es como ver el color regresar al rostro de alguien, como mirar la aurora extenderse por un cielo oscuro.

En silencio, se turnan para cuidar el fuego –primero Bird, luego Sadie, luego los dos a la vez, insuflándole vida–, hasta que las teas más grandes prenden, a continuación lo hace la leña y las llamas son estables y serenas y calientes.

Spirare, oye decir Bird a su padre. «Respirar.» *Cum:* «Juntamente y en compañía». Así que «conspiración» significa literalmente «respirar juntos».

Suena muy siniestro, dice Sadie, y es entonces cuando Bird cae en la cuenta de que ha hablado en voz alta. Pero respirar juntos, respirar el mismo aire en realidad es bastante bonito.

Se quedan callados y Bird piensa en los últimos días que ha pasado encorvado con su madre sobre la mesa baja. Recomponiendo su historia susurrada mientras los

dos respiraban el mismo aire cargado. Sadie echa un palo al fuego y lo acerca a la pequeña llama hasta que empieza a chamuscarse y a arder. Fuera, el sol se pone, pero la noche es aún cálida y por la ventana ven encenderse el aire. Luciérnagas. Con la emoción se han dejado abierta la puerta de la cabaña y entra una luciérnaga, después otra, chispas verdes en el resplandor rojo de la chimenea.

Antes la odiaba, dice de pronto Bird.

Pero ya no.

Un largo silencio. A su alrededor, partículas brillantes giran y caen.

No, dice Bird, y cae en la cuenta de que así es. Ya no.

Cenan de la bolsa de papel con comida que les ha dejado la Duquesa. Bird calienta agua, vierte un paquete de fideos cabello de ángel. Qué rico, dice Sadie. ¿Sabes que mis padres de acogida no me dejaban usar la cocina? Me consideraban un peligro. Como si fuera a quemar la casa.

Rascan los últimos restos de salsa de los cuencos.

¿Qué crees que estará haciendo ahora mismo?, dice Bird.

Sadie arruga el ceño. Se está preparando, dice. Preparando para activarlos todos.

Con «todos» se refiere a los cientos de tapones de botella repartidos por toda la ciudad.

¿Crees...?, Bird duda. ¿Crees que es peligrosa? O sea, que no es peligrosa. ¿Verdad?

Una larga pausa mientras los dos dan vueltas a esta idea.

Creo, dice por fin Sadie, que cualquiera puede hacer daño a alguien si tiene una buena razón para ello.

Bird recuerda a su madre tirando de él hacia las sombras cuando se acercó el coche patrulla, el animal de colmillos afilados que asomó de pronto a sus ojos. Piensa en su padre, el día del parque municipal, después de tirar al suelo al hombre que lo había empujado. Piensa en la sangre en su puño. Ya han sido peligrosos, piensa; su intenso amor por él los había vuelto peligrosos.

Se acuestan temprano, después de turnarse para usar el baño, y dejan que el fuego que tanto les ha costado encender se reduzca a carbones. Están deseando que llegue el día siguiente. Están llenos de planes que se superponen unos a otros igual que una torre hecha con fichas de dominó. Al día siguiente Domi y Margaret los llevarán de vuelta a la ciudad. Donde todo habrá cambiado, de eso están seguros, gracias a lo que sea que esté haciendo Margaret.

Está pasando ahora mismo, dice Sadie feliz. Imagínate, Bird, está pasando, y Bird no sabe qué contestar a eso.

Empieza al ponerse el sol.

Abre el viejo portátil, el que ha montado con partes encontradas en la basura: ha dado buen uso a todos esos libros que estudiaba hasta entrada la noche en las bibliotecas. Conecta el wifi por primera vez. Es arriesgado, las señales que emite pueden rastrearse. Lleva mucho tiempo amortiguando sus pisadas, amordazándose a sí misma. Ahora es el momento de hablar.

Sus dedos trabajan en el teclado, ejecutando el programa que ha instalado. Envía la señal y espera para comprobar que conectan. Que aguzan el oído, atentos a sus comandos. Los tapones de botella que ha estado fabricando y colocando, el equivalente a cuatro semanas de trabajo. Todo lo que planeó tan cuidadosamente antes de que llegara Bird.

Ha hecho los cálculos: uno cada dos manzanas, en dirección sur hasta casi el distrito financiero, hacia el norte, casi hasta Harlem. Impermeables en sus pequeñas fundas de plástico, lo bastante pequeños para seguir ocultos en lugares donde nadie los tocará durante semanas. Incluso si alguien viera uno, no se detendría a mirarlo: un trozo de algo sin valor, un fragmento de basura que barrer. Nadie se dedicaba a examinar lo que había en alcantarillas, recogedores, en los cubos de los barrenderos; eran de esas cosas que la gente intenta pasar por alto. Según sus cálculos, ha colocado dos mil once. ¿Cuántos de ellos han sobrevivido y funcionan? ¿Cuántos se conectarán y responderán a su llamada?

Primero diez, luego quince. Veinticinco.

Al principio no había sabido qué hacer con las historias que había recopilado. La brizna de una idea brotó cuando una de las madres juntó las manos y le dijo, con voz temblorosa: «Cuéntale a todo el mundo lo que le ha pasado a mi niña. Díselo al mundo. Grítalo desde los cielos si puedes». La idea había cristalizado más tarde, una soleada mañana en Los Ángeles en que levantó los ojos y la vio: una antena de telefonía móvil camuflada como un poco convincente árbol. Enfundada en un lienzo color hoja y con brazos en ángulo recto, rígidos como los de un maniquí. Un árbol que no tenía sentido en aquel clima, una planta de hoja perenne que sobresalía entre las palmeras, con cabeza y hombros más altos que los árboles de verdad y emitiendo un débil zumbido. ¿Qué clase de mensajes estaría transmitiendo? Por un instante había cerrado los ojos y tratado de imaginarlo: todas esas palabras invisibles hechas audibles, una cacofonía de voces extendiéndose por la ciudad igual que una red.

Piensa en ello de nuevo mientras mira el monitor, mientras comprueba que los tapones de botella responden a su llamada. Setenta, cien, doscientos.

Dentro de cada uno hay un receptor diminuto sintonizado en la frecuencia exacta que ahora mismo emite su ordenador. Y también un altavoz en miniatura. Con un radio de alcance de más de quince kilómetros. Domi se lo había prometido: se oirá perfectamente y a una manzana de distancia por lo menos. Su padre había amasado su fortuna precisamente con esta tecnología, aunque sin duda nunca imaginó que se le daría este uso. Uno a uno, los tapones se van activando y la cuenta sube. Doscientos cincuenta. Trescientos. Cada uno es una cabeza de alfiler que brilla en un mapa que se extiende al norte desde The Battery, salpica los barrios chino y coreano y Hell's Kitchen, motea el Midtown hasta más allá del Upper West Side. Ya son más de quinientos, el contador sigue subiendo. Cuando llega a mil novecientos, se para y Margaret hace un cálculo rápido. Casi el noventa y cinco por ciento. Un sobresaliente alto. Qué orgullosos estarían sus padres.

Coge el micrófono, se aclara la voz y, por toda la ciudad, manzana tras manzana, los tapones de botella se activan con un chisporroteo. Recogen la señal que transmite Margaret. Una voz salida de las cavidades de los árboles, de la base de cubos de basura, de grietas en escaleras de entrada a las casas y de detrás de farolas: en todos y cada uno de los puntos en que Margaret ha encajado un tapón durante el último mes. Antes oculta y desapercibida, ahora brotará de esos taponcitos redondos inesperadamente sonora, sobresaltando a quien pase por allí. Muchas voces en una, que se oirá –un poco ronca, como gastada– por toda la ciudad. Una sola voz que sin embargo hablará por boca de muchos.

No tiene por qué ser en directo, había dicho Domi. Quizá una grabación. Sería menos arriesgado. No tendrías que estar allí. Lo había dicho con amabilidad, como quien intenta persuadir a un niño tozudo.

Margaret negó con la cabeza. No tiene que ser en directo, dijo, pero yo quiero que lo sea.

No supo explicar por qué, pero hay algo que siente en los huesos: algunas cosas hay que hacerlas en persona. Dar testimonio. Asistir a los moribundos. Recordar a los que ya no están. Hay cosas que precisan testigos. Pero había otra razón además que ella no era capaz de ver, solo de sentir, como siente uno la presencia de un fantasma. No había visto morir a sus padres; habían muerto solos, sin ella, y debería haber estado allí para ver al hombre que empujó a su padre y grabar su cara en su memoria; debería haber estado junto a la cabecera de la cama de su padre en el hospital, entre los pitidos y las máquinas parpadeantes, para besarlo y despedirlo. Debería haber estado allí, aquella mañana siguiente, para coger a su madre cuando se cayó, quizá para salvarla, al menos para brindarle un rostro amado en el que concentrarse mientras se apagaba la luz de sus ojos. No habría sido capaz de expresar

esto en palabras, pero sí notaba el peso de esa injusticia dentro de ella del mismo modo que notaba su corazón aporrearle el pecho. Sus padres habían merecido esos cuidados y nadie se los había proporcionado, así que ahora ella, a su modesta manera, prestaría su testimonio y su conmiseración solemne a cada una de las historias que estaba a punto de contar.

Sola en la casa de piedra arenisca oscurecida, abre la primera de las libretas, una biblioteca de historias que ha recopilado y llevado encima durante los últimos tres años. Las palabras de aquellos con los que ha hablado, fielmente anotadas en letra microscópica, confiadas a ella para que las custodie, las proteja y las divulgue. Empieza a repetir lo que le han susurrado las familias, dejando que hablen por su boca. Una a una, niño a niño, cuenta las historias.

Primero bocetos: un sencillo nombre de pila, nada que pueda delatar a nadie. «Enmanuel. Jackie. Tien. Parker.» La ciudad en la que vivían: «Berkeley. Decatur. Eugene. Detroit». La edad que tenían cuando se los llevaron: «Nueve. Seis. Siete y medio. Dos».

A continuación rellena esos bocetos con los contornos y texturas de las vidas particulares vividas, los detalles que hacían a cada niño ser quien era. Los momentos más pequeños y humanos que los describían. Limítate a lo pequeño.

> Su sonrisa era siempre inesperada. Reía feliz y, al momento siguiente, estaba serio. Se tomaba a pecho incluso el cucú tras. Como si supiera que podíamos esfumarnos con solo agitar una manta, desaparecer.

> No comía nada que tuviera esquinas. Tenía que prepararle sándwiches redondos. Estuve meses alimentándome de las esquinas sobrantes.

Al principio los transeúntes se detienen, perplejos. ¿De dónde sale esta voz? Vuelven la cabeza buscando la procedencia. ¿Alguien a su espalda? ¿Detrás de ese árbol? Pero no, no hay nadie. Están solos. Entonces empiezan a escuchar; no pueden evitarlo. Una historia, después otra. Y otra. Se quedan allí y de pronto ya no están solos, hay corrillos de personas, luego docenas, muchas personas juntas, de pie, en silencio, escuchando. Estos neoyorquinos curtidos –individuos que harían caso omiso de una troupe de bailarines de *breaking dance* girando alrededor de los postes del metro, que esquivan a turistas armados de cámaras de fotos o a un hombre disfrazado de gigantesco perrito caliente sin perder ni el paso ni la concentración, sin ni siquiera una mirada de reojo– se detienen a escuchar y los atestados ríos de las calles de la ciudad se espesan y congestionan. La voz sale de todas partes, es como si la

transportara el aire y aunque, más tarde, unos cuantos dirán que sonaba a voz divina llegada del cielo, la mayoría de quienes la oyeron insistirán en precisamente lo contrario: sonaba como una voz interior, que les llegaba desde fuera y también desde dentro y, aunque hablaba de desconocidos, de personas a las que nunca habían visto, de niños que no eran los suyos, de un dolor que no habían experimentado, era como si hablara no solo a ellos, sino con ellos, de ellos, como si las historias que contaba, una después de otra en un flujo aparentemente sin fin, no fueran historias distintas y ajenas, sino una sola, colectiva, de la que ellos formaban parte.

> La noche que se te llevaron estaba enfadada contigo, habías pintarrajeado la pared con un rotulador indeleble, te habías pintarrajeado las manos, la cara y también un trozo de alfombra con furiosos garabatos negros. Te había dado un azote y te habías ido a la cama llorando y yo estaba fregando la pared con una esponja cuando llamaron a la puerta.

Quiere que la gente recuerde algo más que sus nombres. Algo más que sus caras. Más que lo que les sucedió, más que el simple dato de que se los llevaron. Todos necesitan ser recordados de forma individual, no como un nombre en una lista, sino como «alguien», distinto de todos los demás.

> ¿Te acuerdas de cuando fuimos al embarcadero? Aquel día el mundo estaba lleno de cosas que mirar, los leones marinos que cruzaban el puerto, la noria que giraba contra el cielo azul y las gaviotas que bajaban en picado, y cuando empezó a anochecer, dije: Vamos a cenar helado, y me miraste como si me hubieran salido alas. Tú elegiste caramelo de mantequilla de cacahuete con nata montada, y yo, chocolate. De camino a casa, el autobús iba lleno, así que te sentaste en mi regazo, te dormiste y me babeaste mantequilla de cacahuete en el cuello. Espero que te acuerdes de ese día. Espero que te acuerdes de que cenaste helado.

No puede seguir indefinidamente, eso lo sabe. En algún lugar, a estas alturas, ya deben de estar buscándola. Localizan los altavoces y los hacen añicos uno a uno. Se lo ha puesto todo lo difícil que ha podido. Tendrán que guiarse por el sonido, abrirse paso entre los grupos de personas escuchando y seguir el hilo de su voz hasta su origen. Necesitarán linternas, solo tendrán esas finas agujas de luz para examinar cada recoveco. Tendrán que meter las manos en papeleras llenas de chicles pegados, en alcantarillas viscosas y rejillas hediondas y debajo de cacas de perro, rascar para extraer los tapones de botella que con tanta meticulosidad ha escondido. Los altavoces no pueden apagarse; solo destruirse, y sus rastreadores los aplastarán con el tacón de sus botas, pero el sonido continuará, procedente de otro altavoz situado a

solo una o dos manzanas; con cada nuevo tapón que encuentren, se darán cuenta de que hay centenares más, que por mucho que expandan su red, siempre habrá un lugar más alejado al que llegarán las historias. Es un juego del escondite y Margaret lo estirará todo lo que pueda. Nunca encontrarán todos los altavoces, pero tarde o temprano localizarán su señal, el wifi que la conecta a ella a esos altavoces en un rastro de minúsculas huellas digitales; seguirán esas huellas hasta la casa, donde está Margaret con un micrófono y su montón de libretas de tapas desgastadas y abarquilladas de llevarlas encima durante tanto tiempo. Para cuando lleguen, se habrá ido.

Contará todas las historias que pueda. Aún tiene tiempo. La historia de una familia. Luego de otra. Qué os gustaría recordar, había preguntado a quienes visitó. Qué os gustaría decir a vuestro hijo. Había grabado esas palabras y ahora, tal y como había prometido, las dice por ellos, dice las palabras que ellos son incapaces de pronunciar en voz alta.

> Cuando no puedo dormir, cuento mentalmente tus pecas. En la sien, donde el cráneo es más fino. En la mejilla derecha, junto a la oreja. En el pliegue del codo, en la parte externa de la rodilla, dos en el huesecillo de la muñeca. Todas esas marcas que llevas desde que estabas dentro de mí. Me pregunto si siguen ahí, o si se han atenuado con el tiempo. Me pregunto si tienes otras marcas en la piel que yo nunca veré.

> Cuando te ibas a la cama, siempre me pedías que te contara algo con que pudieras soñar. Esta noche, decía yo, vas a soñar que eres una sirena explorando una gran ciudad sumergida. O: Esta noche vas a volar en un cohete hasta más allá de las estrellas que brillan en el firmamento. Una noche que estaba cansada, no se me ocurría nada. Lo cierto es que te habías portado fatal durante todo el día y estaba deseando que te durmieras. Dije: Esta noche vas a soñar que estás abrigada, a salvo y dormidita en tu cama. Qué sueño tan aburrido, mamá, dijiste, es el sueño más aburrido que he oído en mi vida. Y era verdad, pero ahora mismo es el mejor que se me ocurre, el único que consigo imaginar.

Cuando se aproximen, abandonará el barco. Localiza los altavoces que parpadean uno a uno en su mapa y marca lo cerca que están ya. Domi la espera en Park Avenue; el plan es que Margaret, después de retransmitir todas las historias que pueda, destruya el portátil, coja sus libretas y huya.

¿Habrá alguien escuchando ahí fuera? ¿Se limitará la gente a pasar de largo? Y ¿hasta qué punto puede en realidad cambiar las cosas una simple historia, incluso tantas historias juntas y dirigidas al oído del ajetreado mundo, un mundo que se

mueve tan rápido que las voces y los sonidos se distorsionan hasta ser un gemido ascendente, tan absorto que incluso cuando la atención de alguien se detiene en el runrún de algo insólito, su fuerza lo arrastra antes de que le dé tiempo a verlo, lo arranca igual que el aguijón inutilizado de una abeja? Es difícil que se oiga nada, pero además, si alguien lo hace, ¿hasta qué punto cambiará eso las cosas? ¿Qué transformación pueden obrar estas meras palabras, algo que le sucedió una vez a una persona a la que quien escucha no conoce y nunca conocerá? No es más que una historia. No son más que palabras.

Margaret no sabe si logrará cambiar algo. No sabe si hay alguien escuchando. Está encerrada en su pequeño armario, dibujando un gato detrás de otro, deslizándolos por las rendijas. Sin saber si logrará clavar aunque sea una garra a la bestia que hay fuera.

Pero aun así, pasa la página y sigue leyendo.

> Guardé todos los dientes que dejaste debajo de la almohada en una latita que una vez contuvo caramelos de menta. A veces los saco, me los pongo en la mano y dejo que entrechoquen como cuentas en mi palma. Guardo la latita en mi joyero. Me parece el sitio indicado para esos fragmentos de ti, el lugar adecuado para unas cosas tan diminutas y preciadas.
>
> Espero que seas feliz.
>
> Espero que sepas de mi
>
> esperanza

Hasta el último momento está convencida de que tiene tiempo. De que puede contar todas las historias que ha reunido, grabado y prometido transmitir y volver con Bird. Pero se equivoca. Las horas más oscuras de la noche han quedado ya atrás y, lejos de allí, en el punto exacto en que el cielo se encuentra con el mar, empieza a salir el sol. Entonces lo oye: un coche, otro, otro. Y otro más. El chirrido de neumáticos que derrapan antes de detenerse, el silencio repentino y siniestro a medida que los motores, uno a uno, se van apagando.

Todavía tiene libretas llenas de historias que no le dará tiempo a contar. Ha calculado mal. Ha esperado demasiado.

Entonces se posan sobre ella con sus negras alas y casi la asfixian: todos los errores que ha cometido como madre. Cada una de las veces que hizo sufrir a quien más quería proteger. El día que se puso a Bird a los hombros y este se golpeó la cabeza

con el marco de la puerta y le salió en la frente un cardenal color ciruela. Cuando le dio un vaso y el cristal, invisiblemente resquebrajado, se le hizo añicos en la boca. El catálogo de fracasos en su cabeza es infinito e indeleble y cada recuerdo le clava sus garras, la oprime y le impide moverse. Le había pinchado con una aguja al tratar de sacarle una astilla, hizo brotar una perla de sangre en su dedo pulgar. Le había gritado en plena rabieta y lo había dejado llorando, solo. Lo había puesto en peligro con el verso de un poema y después lo había abandonado durante mucho tiempo y pronto volvería a hacerlo. ¿Lo entendería Bird alguna vez? En la oscuridad esponjosa, mira las libretas encima de la mesa. Son muchas y están repletas de historias de otros, de sus recuerdos y pesares, de todos sus fracasos y todo su amor, de todas las cosas que les gustaría decir a unos hijos que es posible que no vuelvan a ver. Quizá, piensa, a eso se reduce una vida: a una lista infinita de equivocaciones que no pesaron más que las alegrías, sino que se solaparon con ellas; dos listas que se combinan y fusionan en todos esos pequeños momentos que conforman el mosaico de una persona, de una relación, de una vida. Por tanto, lo que aprenderá Bird será esto: que su madre es falible. Que además es humana.

Cierra la libreta que tiene delante, la deja encima de las demás. Se llevará estas historias con ella de la única manera posible: enciende una cerilla y les prende fuego.

Y a continuación, puesto que todavía dispone de un momento, puesto que están en camino pero no han llegado aún, empieza a contar una última historia. Una disculpa, una carta de amor. Una historia que nunca ha puesto por escrito porque se la sabe de memoria. Cierra los ojos y empieza a hablar.

Bird, ¿por qué te contaba tantas historias? Porque quería que el mundo tuviera sentido para ti. Quería encontrarle sentido al mundo, por ti. Quería que el mundo tuviera sentido.

Cuando naciste, tu padre quiso que llevaras mi apellido, Miu, brote. Le gustaba la idea de que fueras nuestro retoño. Pero yo preferí el suyo: Gardner, jardinero: el que hace crecer cosas. Quería que fueras no solo lo que crece, sino quien lo hace crecer. Que tuvieras el control de tu vida, que dirigieras tu energía a lo que está por venir, a buscar la luz.

Claro que hay personas que tienen otra explicación para tu nombre. Gar en inglés antiguo significa «arma». Dyn es «alarma». Gardner: el que oye la llamada de advertencia y se presenta armado. Un guerrero que hace de escudo de lo que tiene detrás, que protege lo que le es querido. Yo entonces no lo sabía. Pero ahora me alegra que puedas ser esas dos cosas. Un cuidador que se preocupa del futuro; un luchador que defiende lo

que ya hay.

Son muchas las historias que me gustaría poder contarte. Tendrás que pedírselo a otros: tu padre, tus amigos. A amables desconocidos que algún día conocerás. A todo el que recuerde.

Aunque, a fin de cuentas, todas las historias que quero contarte son la misma. Érase una vez un niño. Érase una vez una madre. Érase una vez una madre que quería mucho a su hijo.

¿Cuándo deja de hablar? ¿Cuándo termina uno de contar la historia de un ser querido? Vuelves a esos recuerdos una y otra vez hasta desgastarles los bordes, hasta calentarlos con tu corazón. Acaricias los contornos y huecos de cada detalle, los memorizas, los recitas una vez más a pesar de que incluso tus huesos se los saben ya. ¿Hay alguien que piense, al recordar el rostro de un ser querido que ya no está: Sí, te miré lo suficiente, te quise lo suficiente, tuvimos tiempo suficiente, todo esto ha bastado?

Levanta el portátil, lo estrella contra el suelo y oye la puerta abrirse a su espalda.

Cuando se despiertan Bird y Sadie, está amaneciendo. Al principio ninguno de los dos recuerda dónde está, pero enseguida les viene todo a la cabeza: la cabaña. El proyecto. Fuera, los árboles son largas flechas rectas apuntando al cielo. Están seguros de que el plan de Margaret ha sido un éxito, seguros de que cuando lleguen la Duquesa y ella los llevarán de vuelta a una ciudad por completo transformada, a un mundo devuelto a su eje.

Solo que no llega nadie. Se terminan los cereales y se sientan a esperar en los escalones de entrada. Es un día nublado con un aire denso que amortigua los sonidos de alrededor igual que una gruesa colcha. De tanto en tanto juran que han oído algo: el crujido de neumáticos en la grava o el rugido de un motor que se acerca. Pero sigue sin llegar nadie.

Vendrán enseguida, dice Sadie, confiada. Seguro que hay mucho tráfico. Vienen seguro.

En la cabaña no hay teléfono, ni ordenador, ni internet. Nada que los conecte al mundo exterior. Es entonces cuando Bird y Sadie caen en la cuenta de que solo tienen una vaga idea de dónde están; de camino allí, dejaron de prestar atención a las señales de la carretera a medida que se alejaban de la ciudad. Entonces no tenía importancia, pero ahora piensan en las veinte hectáreas que los separan de la persona más cercana. ¿Cómo puede uno encontrar a nadie en un espacio tan grande? A lo lejos, sobre las copas de los árboles, las nubes se vuelven grises y se oscurecen.

Y si no viene nadie, dice Bird. Ambos consideran esta posibilidad en silencio. Podrían vivir allí durante un tiempo; la cabaña es caliente y está resguardada; la bolsa con comida que ha dejado la Duquesa puede durarles unos días, quizá más. ¿Y luego?

Igual podemos encontrar un vecino y usar su teléfono, dice Sadie.

Pero ambos saben que esto es imposible. ¿En qué dirección irían y cómo encontrarían otra casa? Y una vez en ella, ¿a quién llamarían? Intentan imaginarlo: podrían volver por el largo camino de grava hasta la carretera y luego seguir esta. Debe de llevar a alguna parte: bien de vuelta a la ciudad o a algún lugar lejos de ella, pero, en cualquier caso, a donde haya gente. Quien los encuentre sin duda podrá llamar a las autoridades y entonces se los llevarán, pero no juntos. De pronto oye murmullos y agitación y los dos se ponen tensos por la expectación, pero no hay nadie, no se mueve nada. No es más que el viento arreciando, golpeando los árboles. Las ramas restallan y se agitan. Bird no sabía que un bosque pudiera ser tan ruidoso, tan feroz.

Igual ha pasado algo, dice Bird.

Ninguno lo expresa, pero ambos lo piensan: igual las han cogido. A Margaret, a la Duquesa, o a las dos; igual las han capturado, igual no viene nadie a buscarlos. O un pensamiento mucho peor, que tienen a la vez, aunque ninguno se atreve a expresarlo en voz alta: igual los agentes del orden vienen a por ellos, están de camino. De pronto el aire es frío y les pone la carne de gallina.

Sadie menea la cabeza. Como si negándose a creer algo pudiera eliminarlo del universo.

Eso es imposible, dice. Son demasiado cuidadosas, lo tenían todo planeado. No dejarían que eso pasara.

Vamos a entrar, dice Bird poniéndose de pie, pero Sadie no se mueve. Venga, insiste Bird, mira, si es que además va a llover. Tiene razón, el aire se ha vuelto húmedo y vibra, al borde de una tormenta. Pero Sadie planta los pies con más firmeza en el suelo, se abraza las rodillas.

Entra tú si quieres. Yo me quedo aquí. Enseguida vienen, estoy segura.

Bird vacila en el umbral, no quiere dejar sola a Sadie, tampoco quiere estar solo. Con un pie dentro y otro fuera, estudia el camino de grava que discurre entre los árboles, dobla el recodo y desaparece de la vista. Nada aún y han empezado a caer goterones que emborronan de manchas negras los escalones de madera.

Sadie, la llama. Sadie, venga.

La lluvia silba al caer igual que mil diminutas serpientes, y allí donde cae, el suelo se retuerce. Agujerea la tierra, hace agujeros que se ensanchan hasta ser boquetes que se inundan e hinchan formando charcos. Rebota en la grava y en los escalones y les moja los tobillos. Rebota en Sadie, quien sigue sentada, terca, con los ojos fijos en el camino que conduce a la carretera hasta que, calada hasta los huesos, se decide a entrar.

Bird cierra la puerta y el silencio que sucede al tumulto y el estruendo de la tormenta es ensordecedor. El agua baja por la ropa de Sadie y forma un charco a sus pies. No se seca la cara, se limita a dejar que el agua del pelo le baje por las mejillas, de manera que Bird no sabe si está llorando. Hace ademán de tocarle el hombro, pero Sadie lo rechaza con un manotazo.

Estoy bien, dice.

Entra en el dormitorio a coger ropa seca y cuando vuelve lleva algo en las manos.

Mira esto, dice. Lo he encontrado en la mesilla.

Un frasquito naranja, con tapa blanca. Sadie lo agita y, en su interior, las pastillas repiquetean como granizo.

Leen juntos la etiqueta desvaída: Duchess, Claude. En caso de ataque de pánico, tomar 1 comprimido. La fecha de caducidad coincide con la fase aguda de la Crisis.

Sadie quita la tapa.

Solo quedan dos, dice. De un total de..., consulta la etiqueta, ciento cincuenta.

Mientras la lluvia aporrea el tejado, inspeccionan metódicamente los bolsillos secretos de la casa. En la cómoda: aceite de lavanda, una guía para practicar meditación, somníferos de tres clases. Cartas en una lengua que no pueden leer, con sellos extranjeros. En la otra mesilla de noche, un lápiz roto, un cuadernillo de crucigramas *–¡Pan comido!–,* una botella de whisky vacía, una caja de balas vacía. Se fijan por primera vez en las dos depresiones idénticas a ambos lados del colchón, en las partes desgastadas de la alfombra donde alguien ha debido de pisar, mañana tras mañana, mientras reunía la fuerza y la voluntad necesarias para enfrentarse a un día más. Reparan en la grieta en la lamparilla de noche, donde se ha roto y ha sido reparada. En el suelo de madera, quemaduras aquí y allí, donde ha caído brasa de cigarrillo.

Lo único que tienen es tiempo. De tanto en tanto les parece oír un ruido, a alguien que se acerca, pero cuando corren a la ventanita de la parte delantera y miran es siempre el viento, la lluvia que golpea el costado de la cabaña, los árboles que crujen y gimen en la tormenta. En la cocina, detrás del armario más alto, encuentran paquetes viejos de pasta y alubias con fechas de consumir preferentemente de antes de que los dos nacieran.

Por primera vez consiguen imaginar cómo debió de ser: los largos meses de espera, de aislamiento en el bosque. Preguntándose lo que ocurría fuera, en el mundo, preocupados por cuándo los alcanzaría a ellos. Temiendo la clase de mundo que los espera, una vez que salgan. Habían tenido el lujo de poder aislarse en aquella acogedora casa con comida en abundancia, agua corriente y calefacción. Habían tenido la posibilidad de refugiarse y esperar a que lo peor de la Crisis pasara. Y ahora allí están ellos dos, acurrucados el uno contra el otro, y por fin entienden la sensación: la de que la cabaña es el único lugar seguro, un refugio al que aferrarse con desesperación. ¿Vendrá alguien? ¿Quién será? ¿Qué noticias del mundo exterior traerán? ¿Serán amigos o enemigos, y cuándo llegarán? ¿Morirán aquí, solos y parapetados, secuestrados y aislados del resto del mundo? ¿Y será eso mejor o peor de lo que podría haberles pasado de haber decidido arriesgarse, permanecer en el mundo exterior, o acaso importa?

Avanzada la tarde gris vuelven a hacer fuego, necesitados de consuelo, de calor, de algo que baile, brillante y vivo. La segunda vez es más fácil; ahora saben cómo y miran los titulares de los periódicos arrugados disiparse en las llamas.

CAE EL DOW JONES POR CUARTO MES CONSECUTIVO; LA RESERVA FEDERAL CONSIDERA LA MANIPULACIÓN DEL RESCATE FINANCIERO DEL MERCADO CHINO COMO FACTOR PROBABLE EN LA CAÍDA, DICEN FUENTES

GUBERNAMENTALES.

Cuando el fuego prende, siguen hojeando periódicos, mirando los titulares, las fotos de portada. Retrocediendo en el tiempo. LA PROHIBICIÓN DE REUNIONES NUMEROSAS SEGUIRÁ VIGENTE EN AGOSTO. EL CONGRESO ESTUDIA MEDIDAS PARA ERRADICAR AGENTES SUBVERSIVOS PROCHINA. LAS ENCUESTAS MUESTRAN APOYO MAYORITARIO A LA PROPUESTA DE LEY PACT.

Ya vale, dice Sadie, devolviendo los papeles al montón. No quiero ver nada más.

Alimentan el fuego en silencio: echan un palito aquí y otro allí, le ofrecen un leño, lo arriman a la llama y lo miran ansiosos hasta que prende. Por la chimenea bajan salpicaduras de lluvia que provocan estallidos y siseos de vapor. Los dos sienten, sin expresarlo en palabras, que deben mantener el fuego encendido y que, si se apaga, algo terrible sucederá, algo valioso e irrecuperable se perderá. Sienten que mantenerlo encendido es su único recurso, que no solo su destino, sino también el del resto del mundo depende de que mantengan vivo este fuego. Si lo mantienen vivo, están seguros, Margaret y la Duquesa vendrán a buscarlos, Margaret no solo estará bien, sino que les dará la noticia de que su plan ha funcionado, de que de repente todo ha cambiado, de que todo lo que había que corregir está arreglado. Conseguirán obrar ese milagro. Si dejan que se apague...

Esto no lo piensan, no se atreven a poner esos temores en palabras. Esa noche no se molestan en cocinar, subsisten a base de tentempiés que cogen a puñados de la bolsa cada vez que uno de los dos tiene hambre. Arándanos deshidratados, galletas saladas, almendras tostadas: pasan el resto del día mordisqueando. Cuando oscurece, no se recluyen en sus respectivas habitaciones. En lugar de ello se sientan juntos delante de la chimenea y miran las llamas devorar los leños uno a uno.

Cuando miran por la ventana todo esta desdibujado, fuera todo parece incierto e impreciso. Ya no hay árboles, sino una impresión de árboles: manchas verdes atravesadas por pinceladas húmedas y oscuras. Las plácidas aguas del día anterior son ahora un borrón gris pizarra, algo que crece y se agita en los contornos de su campo visual. La vista no les alcanza demasiado lejos; hay una bruma suspendida en el aire igual que la rociada salina del mar y corren las cortinas para no tener que atisbar la pelea aterradora que ruge fuera. El viento araña el tejado, los cristales de las ventanas, el suelo. Es tanta la lluvia que no se la distingue del rugido de un mar. Son una barquichuela atrapada en la tempestad, con el mundo dado la vuelta. ¿Dónde es arriba? Ya no lo saben con seguridad. El suelo de madera podría ser la cubierta al revés; la lluvia que azota el tejado podrían ser las olas, azotando y mordiendo la quilla bajo sus pies.

Tengo miedo, dice Bird.

La mano de Sadie entrelaza la suya, cálida y reconfortantemente húmeda y viva.

Yo también, dice.

Por la noche, siguen alimentando el fuego hambriento; ninguno de los dos está preparado para rendirse. Pasa ya de medianoche y siguen allí, dormitando y despertándose cada vez que el fuego se extingue y la habitación se enfría. Entonces echan un leño, lo persuaden de que vuelva a la vida, obligan al fuego a renacer de sus cenizas una y otra vez hasta que, justo antes del amanecer, los dos se duermen muy juntos debajo de la manta de lana áspera y el fuego termina por apagarse.

Se despiertan con dolor de cuello y tiritando y miran la chimenea oscurecida y a continuación el uno al otro.

Da igual, se apresura a decir Sadie. No cuenta. Ya es casi de día.

Lo dice con su seguridad desenvuelta de siempre, pero Bird sabe que necesita su confirmación.

Asiente con la cabeza. No pasa nada, dice.

Fuera, el aullido de la tormenta se ha aquietado. El silencio crece y reverbera, los oídos se les acostumbran poco a poco a la ausencia de sonido. Ahora el golpeteo de la lluvia que amaina es discreto, como dedos que tamborilean. En lugar de un bullicio indistinguible, identifican sonidos individuales. Está el tamborileo solitario de la lluvia contra la ventana. Está el repicar de una gota contra el canalón igual que una campanada. Está, de pronto, el canto de un pájaro solitario que tantea el aire previo al amanecer, luego otro que contesta a su llamada.

Aunque sigue estando oscuro, desayunan el resto de los cereales porque, incluso en el fin del mundo, piensan, estas cosas les hacen sentirse más preparados para lo que esté por venir. A continuación, sin necesidad de hablarlo, ocupan sus puestos en los escalones de entrada, aunque siguen sin estar seguros de qué esperan. El cielo empieza a clarear. Después de la tormenta del día anterior, el aire es límpido y fresco, los pájaros se gritan los unos a los otros desde los árboles. El mundo mojado de lluvia parece dos tonos más oscuro –las rocas han pasado de ocre pálido a dorado intenso, la tierra de marrón grisáceo a casi negro–, pero todo sigue en su sitio. Una ardilla sale, con ojos mohosos, de su madriguera, se cuelga de las patas traseras y se estira lánguida, primero un lado, luego el otro. A los pies de Bird, una pareja de hormigas laboriosas levanta una miga que se la ha caído de su desayuno y emprende el largo y torpe viaje de vuelta al nido.

Quizá es posible. Quizá todo ha ido bien, solo ha habido un retraso, quizá Margaret y Domi van de camino a buscarlos, sanas, salvas y triunfales.

Las oigo, dice Sadie y se pone de pie de un salto.

Tiene razón, ambos lo oyen: un coche que sube por el largo camino de grava que atraviesa el bosque. Lo miran acercarse desde las escaleras de entrada. El coche de la Duquesa, tan urbano y extrañamente incongruente allí, una bala estrecha y brillante que corta el bosque en lento movimiento. Se acerca despacio, casi de mala gana. Sadie coge la mano de Bird, o Bird coge la de Sadie, no lo saben con seguridad, y miran el coche dirigirse hacia la cabaña con una angustiosa lentitud. Cuando se acerca, distinguen dos figuras en el asiento delantero, aunque a través del cristal

tintado no identifican las caras, solo una forma oscura en el asiento del pasajero, otra al volante. Entonces el coche se detiene, el motor se apaga y se abre la puerta del pasajero, pero no es Margaret, es un hombre, un cuerpo alto que se estira y se vuelve hacia ellos y Bird deja escapar un sonido ahogado de reconocimiento. Es su padre, la cara sombría de la Duquesa está detrás del volante y entonces saben que algo ha salido terriblemente mal.

Papá, grita Bird. Pero no emite sonido alguno. A su lado, Sadie se echa a llorar.

Y como si a pesar de todo, le hubiera oído, su padre corre hasta ellos, los abraza.

Había esperado, la Duquesa, en su mansión dorada toda la tarde y parte de la noche, había esperado la llegada de Margaret. En cuanto sospeches que te han localizado, le había dicho. No esperes, M. Sal de allí antes de que les dé tiempo a encontrarte. No apures, siempre pierdes la noción del tiempo. Y Margaret había estado de acuerdo.

Pero había seguido hablando, pasado el momento en que Domi había confiado en que parara, pasado el momento que aconsejaba la prudencia, pasado el momento en el que escapar parecía posible. Cuando quedó claro que Margaret no vendría, que algo había salido mal, el cielo ya había cambiado de claro a oscuro y empezaba a aclararse otra vez y Domi se subió al coche y condujo hasta Brooklyn. La voz de Margaret casi se había apagado, las fuerzas del orden habían encontrado y destruido un altavoz detrás de otro a medida que iban estrechando el cerco a su alrededor, pero cuando Domi cruzó el puente, unos minutos después de las tres, la oyó: su vieja amiga, su voz, más sonora y más clara, saliendo por los altavoces que habían pasado por alto o no encontrado aún, como si ahora que Domi estaba más cerca las palabras le brotaran con más nitidez. Contando las historias que aquellos que necesitaban contarlas no podían, dolientes algunas, furiosas otras, tiernas, mil personas que gritaban por su boca.

Manzanas antes de llegar, sin embargo, Domi supo que las cosas habían salido mal. De pronto reinaba un silencio sepulcral. Las calles estaban cortadas desde la avenida Flushing; ni siquiera logró ver Fort Green Park. Un cordón de coches patrulla, sin las sirenas pero con las luces centelleando, rodeaban el área entera, así que torció por una calle lateral y volvió a casa. Sabía qué buscaban allí y también que lo habían encontrado. Aun así, esperó, pendiente del teléfono, todavía con la esperanza de que la pantalla se iluminara y que fuera Margaret llamando desde alguna parte, la que fuera, para decir que estaba bien.

Cuando el teléfono por fin sonó, era media mañana; era la llamada que Domi había estado esperando y se había preparado. Sí, el inmueble en cuestión era suyo... ¿Qué era lo que habían encontrado dentro? No, estaba sorprendida y bastante indignada, como podían imaginar. No, no tenía ni idea de cómo... Ah, un

momento, en la puerta trasera había una cerradura con código; quienquiera que fuera esa mujer debía de habérselas arreglado para abrirla y entrar en la casa. ¿Qué decían que había estado haciendo? Qué cosa tan fea. No, ella nunca había estado en la casa, su padre la había comprado durante la Crisis con la intención de renovarla, pero nunca había llegado a hacerlo y después había muerto y desde entonces estaba vacía. De hecho, era un lugar que le causaba tristeza precisamente por ese motivo; no le gustaba ir por allí, pero tampoco estaba preparada, aún, para vender. Claude Duchess se llamaba. Sí, la empresa tecnológica era de su familia. Pues claro que la aseguraría mejor a partir de ahora; instalaría una alarma, contrataría una empresa de seguridad para que la vigilara. Con todo lo que estaba pasando últimamente, cualquier precaución era poca. Si las autoridades pudieran informarla una vez que terminaran su trabajo... Qué amables, agradecía mucho los servicios prestados, que velaran así por los ciudadanos... Lo que le recordaba que llevaba un tiempo con la idea de hacer una donación en apoyo de la labor policial. No, no, soy yo la que tiene que dar las gracias.

Mientras tanto, buscaba. Margaret no le había contado gran cosa, pero los pocos datos que tenía bastaban. Era sorprendente la cantidad de cosas que se podían rastrear con solo un nombre si se preguntaba a las personas adecuadas. «Ethan Gardner» la llevó a Harvard, de ahí al personal de la biblioteca y de ahí, por fin, a lo que necesitaba: la dirección de una residencia de estudiantes en Cambridge. No tenía un número de teléfono, pero, en cualquier caso, no podía arriesgarse a llamar. Tardó casi cinco horas en llegar a Boston; el tráfico se iba coagulando a medida que la tarde daba paso a la noche, había retenciones a la entrada de Stamford, luego de New Haven, luego de Providence. Para cuando llegó a Cambridge, acababan de dar las cuatro y aparcó a la puerta de la residencia y esperó. Quizá ya se le había escapado, tal vez no trabajaba los viernes, era posible que ya hubiera vuelto a casa del trabajo o que nunca hubiera salido, o que aquella no fuera la dirección y hubiera conducido hasta allí para nada. Estuvo a punto de rendirse. Pero entonces, justo después de las nueve, apareció: algo mayor, algo más canoso, pero con la misma cara que recordaba de todos esos años atrás. Incluso vestía igual: camisa azul pálido metida por dentro, americana de pana. En su momento no había entendido qué era lo que tanto había fascinado a Margaret, pero ahora le pareció verlo, esa amabilidad que desprendía, la promesa de que existía la bondad en el mundo.

Cuando estuvo a su altura, salió del coche.

¿Ethan?, dijo y este se volvió, sobresaltado. Vacilante. Estudiándole la cara en busca de algo familiar.

Soy Domi, dijo y vio la comprensión inundar sus ojos. He venido por Margaret, dijo y antes de que a Ethan le diera tiempo a hablar, añadió: Y por Bird.

Aquel lunes al volver del trabajo se había encontrado el apartamento vacío y se le había puesto un nudo en la garganta. Así que ha ocurrido, había pensado presa del pánico: a pesar de todo, habían terminado por llevárselo. Noah, llamó, mientras encendía las luces del cuarto de estar, después del dormitorio, mientras recorría el apartamento una y otra vez, como si Bird fuera una llave perdida que simplemente había pasado por alto. Fue entonces cuando vio la nota encima de la mesa, el dibujo, el trozo de papel que decía «Nueva York, NY». A pesar de los años transcurridos, reconoció la letra de Margaret, rápida, afilada y segura, y comprendió.

No podía llamar a la policía: en cuanto empezaran a investigar, descubrirían el vínculo con Margaret, hurgarían con saña en el expediente de esta y abrirían uno sobre Bird. Podía ir a Nueva York, pero una vez allí ¿qué? Lo único que podía hacer era esperar. Si Bird encontraba a Margaret, se convenció, los dos se pondrían en contacto con él. No se permitió pensar: ¿Y si no es así?

El martes por la mañana llamó al colegio de Bird y dijo que estaba enfermo; llamó a su trabajo e hizo lo mismo. Si Bird volvía, lo encontraría en casa. Pasó el día caminando por el apartamento, cogiendo diccionarios, devolviéndolos a su sitio. Una y otra vez miraba el dibujo que había enviado Margaret: los gatos, el armario. ¿Qué le había dicho esto a Bird? A la hora de la cena se le olvidó comer. ¿Dónde estaba Bird? ¿Habría encontrado a Margaret? ¿Y si no era así...? Aquella noche, medio mareado, soñó que estaba en su antiguo apartamento con Margaret y con la Crisis haciendo estragos. Por la mañana, aturdido y falto de sueño, empujó su carrito por los pasillos de la biblioteca y se tomó más tiempo del normal para alinear los libros con cuidado, para colocarlo todo en el lugar que le correspondía. Cuando terminó su turno, remoloneó, odiando la idea de volver al apartamento vacío. En lugar de ello se dirigió al rincón suroeste del nivel D y repasó los estantes hasta encontrarlo: el delgado libro con un gato en la cubierta y un niño que se parecía un poco a Bird.

Aquella versión, comprobó, difería de la de Margaret. En esta los padres tenían demasiados hijos, el niño era enviado a estudiar con los monjes, el edificio no era una casa, sino un templo. Tal vez Margaret lo había recordado mal o quizá había cambiado la historia para adecuarla a sus propósitos. O quizá, piensa, sencillamente existían demasiadas versiones de un único cuento. ¿Qué le decía a Margaret y a Bird y a él no? Lo leyó una y otra vez hasta la hora de cerrar en busca del mensaje, de la pista que lo desvelaría todo y le diría dónde estaba su familia. Pero el libro no revelaba nada.

Seguía dándole vueltas mientras volvía a casa en la oscuridad. Fuera cual fuera el significado, no residía en las palabras mismas, sino en otra parte, y fue entonces cuando Domi se bajó de su coche y lo llamó por su nombre.

Volvieron hacia Connecticut de madrugada, sin tráfico ya, con todo el mundo en sus casas y con las persianas bajadas. En algunos lugares las farolas ya se apagaban, pero por la carretera el coche de Domi circuló a gran velocidad y sin obstáculos. Durante largos tramos, el suyo era el único vehículo a la vista y se deslizaron por la oscuridad en la pequeña burbuja de luz que proyectaban los faros. Como si en el mundo no quedara ya nada ni nadie. Durante un largo rato Ethan no abrió la boca y Domi, como si necesitara llenar el silencio, parloteó sin parar. Ya le había contado las cosas más urgentes, por supuesto: lo sucedido con Bird, la casa de piedra arenisca, el plan. El lugar al que se dirigían. Una vez cubiertas estas prioridades, sin embargo, se sorprendió volviendo a los detalles más nimios. El aspecto de Margaret el día que volvieron a verse. Lo supe, dijo Domi, supe que había sido feliz contigo. Con la vida que había tenido. Por la tristeza que le producía haberla perdido. Lo decían sus ojos.

Se lo describió todo a Ethan lo mejor que pudo: las libretas de Margaret, sus viajes de una familia a otra hasta que este casi pudo verlo, su rastro como un delgado hilván que atravesaba el mapa en zigzag, tratando de suturar algo que se ha desgarrado.

Deberías haberlo oído, dijo Domi, deberías haberla visto, su voz en...

Agitó una mano en el aire y, cuando el coche pisó la línea amarilla, enderezó para volver al carril.

Parecía salir del aire. De todas partes. Y las personas se paraban a escuchar. Miré por la ventana y las vi, allí de pie. Igual que estatuas. Era como si estuvieran petrificadas.

Claro que, pensó Domi –y esto no fue capaz de decirlo en voz alta, no tuvo fuerzas para expresarlo–, algunas de estas personas petrificadas estaban llorando. Se aferró a este dato incluso cuando llegaron las fuerzas del orden, cuando localizaron los altavoces y los aplastaron con los tacones de sus botas, incluso cuando ordenaron dispersarse a los curiosos, incluso cuando no había nada que ver desde la ventana a excepción de la acera desierta y unas cuantas hebras de cable y trozos de plástico en el asfalto. Las personas que ahora no estaban se habían secado las lágrimas y regresado a sus vidas, pero esas lágrimas habían existido, y Domi se dijo a sí misma que eso significaba algo, que era importante.

Es un buen chico, fue lo que dijo. Bird. Es adorable.

Al cabo de unos instantes, añadió: Se parece mucho a ella. Se parece a los dos.

Sí, dijo Ethan, y los dos callaron de nuevo y la carretera discurrió luminosa en el reflejo brillante de los faros del coche.

Fue como Pompeya, diría alguien después. Todos paralizados en el sitio exacto donde estaban. Te parabas y dejabas que te envolviera. Que te destruyera y

preservara al mismo tiempo.

Otra persona conservaría el recuerdo durante el resto de su vida, y años después, durante una visita al museo de Historia Natural con su hija, miraría los dioramas, esos animales tan realistas que podías imaginar que estaban simplemente detenidos, igual que ladrones sorprendidos por la luz de un reflector, que en cuanto te dieras la vuelta se reanimarían y echarían a correr. Miraría el diorama –de un león agazapado junto a un rebaño de antílopes pastando, con la brisa de la sabana soplando al fondo en tonos miel, con chacales merodeando en las sombras y todos, depredadores y presas, transfigurados por una fuerza invisible– y de pronto recodaría aquel atardecer, la luz tenue, una voz que les hablaba a todos, la sensación de estar rodeada de desconocidos, los cuales, cada uno a su manera, experimentaban lo mismo. Recordaría al hombre en el banco del parque al otro lado de la calle –canoso y curtido, con pantalones militares que no eran de su talla, trozos de calcetín gris asomando por los agujeros entre la puntera y la suela de su zapato–, la forma en que se habían mirado, la afirmación no dicha que habían intercambiado: «Sí, yo también lo oigo». Nunca volvería a ver a aquel hombre, pero aquel día en el museo se acordaría de él, evocaría la sensación de que era alguien importante para ella, de que estaban conectados y se habían encontrado el uno al otro, la sensación de haber quedado unidos para siempre por aquel momento surrealista en el tiempo, y entonces, se quedaría de nuevo petrificada, hipnotizada, mirando más allá del león y el antílope, al pasado, hasta que su hija le tirara de la mano y le preguntara por qué lloraba.

Es que no lo entiendo, no deja de repetir Domi. Se frota los ojos con la base de la mano, tiene la raya del ojo del día anterior convertida en furiosas ojeras. La cabeza de Sadie reposa en su hombro. Por qué apuró tanto. Lo habíamos hablado. Me lo prometió. Pensé que lo decía en serio.

Ya conoces a Margaret, dice Ethan. A veces se olvidaba de todo. Era indómita.

Domi y él intercambian una risa triste, todo lo que los exasperaba de ella les resulta ahora preciado.

Hablan de ella en pasado, piensa Bird, y casi sonríe por lo infantil y miope que le resulta. Están convencidos de que está muerta, pero él no. Te prometo que volveré, le había dicho, y ahora cae en la cuenta de que no dijo cuándo. Solo que lo haría. Y lo cree, aún. Volverá. Algún día, de alguna manera. En alguna forma. La encontrará, si busca bien. Cosas más raras pasaban. Podía estar en alguna parte, con otra forma, como en los cuentos: disfrazada de pájaro, de flor, de árbol. Si se fijan bien, la encontrarán. Y mientras piensa esto, piensa también que quizá la vea: en el abedul que derrama con dulzura sus hojas, en el halcón que surca el cielo emitiendo su grito

penetrante, melancólico y hermoso. En el sol que empieza a colarse por entre los árboles y lo tiñe todo de un fulgor dorado pálido.

Y ahora qué, dice. Pero conoce la respuesta.

Lo que pase ahora es una elección: pueden volver, todos, a las vidas que llevaban antes. Bird y su padre pueden regresar a Cambridge, al colegio y a encerrar libros bajo llave. Pueden fingir que no ha pasado nada; pueden seguir diciendo: No, no la conocemos, llevamos años sin saber de ella. No tenemos nada que ver con ella, no tuvimos nada que ver con lo ocurrido, por supuesto que no haríamos algo así, por supuesto que no pensamos de esa manera. En cuanto a Sadie, la Duquesa le asegura que le encontrará un lugar donde esté a salvo, pero, por la expresión de su cara, Bird sabe que volverá a hacerlo, volverá a escaparse, seguirá huyendo tal y como hacía antes de encontrar a Margaret, seguirá buscando a sus padres, una salida a todo esto, y no la verán más. De forma que todos regresarán a como eran antes, como si nada hubiera ocurrido, nada hubiera cambiado, como si no significara nada.

O pueden continuar. Pueden seguir buscando. A los padres de Sadie, a las familias que han perdido hijos, a los hijos. A Margaret, quien quizá sigue ahí fuera, en alguna parte, aunque esto es algo que ninguno se atreve a decir, ni siquiera para sus adentros. Pueden seguir recopilando historias, encontrar formas de darlas a conocer. Maneras de transmitirlas y recordarlas. Tendrán que esconderse, como hizo Margaret todos estos años, vivir en las sombras, depender de la amabilidad ajena. Escuchar y recopilar. Negarse a dejar morir lo que ha empezado. Pueden dejar que los actos de Margaret los transformen, usarlos para cambiar las cosas. Pueden seguir empujando esta roca colina arriba.

Es posible que, en alguna parte, una persona le esté diciendo a otra: «Escucha: la otra noche pasó una cosa extrañísima y no me la saco de la cabeza». Días después, semanas incluso, la voz de Margaret sigue alojada en los pliegues de esos cerebros, las historias que han oído son el interruptor que completa un circuito, que ilumina sentimientos que durante tiempo han estado oscurecidos. Que alumbra rincones de ellos mismos que hasta ahora desconocían. «Escucha: he estado pensando». Ocho millones de personas, todas esas historias de boca en boca. ¿Se animaría alguna a actuar? Una de entre ocho millones, la fracción de una fracción. Pero no cero. Que asimilaría la historia, la transmitiría. «Escuchad.» En alguna parte, ahí fuera, le diría a los demás, por fin: Escuchad: esto no está bien.

Ninguno está seguro de si esto funcionará, de adónde irán, de si encontrarán el camino, pero no es imposible y, ahora mismo, con eso les basta.

Antes de irse, Domi le coge la mano a Bird.

Ojalá la hubieras oído, dice. Tiene la cara inflamada y rosa, hinchada por el peso

que lleva encima. Ojalá la hubieras oído.

Y algún día lo hará: algún día conocerá a alguien que, después de oír su historia, dirá, despacio: Me acuerdo de eso, estaba allí, nunca lo olvidaré. Alguien que le recitará el último fragmento de la retransmisión de su madre, la única historia que no leyó, sino que contó directamente, usando sus propias palabras. Se la recitará prácticamente al pie de la letra porque la lleva arraigada dentro desde que la oyó, muchos años antes, aquella noche en que, salida de la nada y de todas partes, una voz habló a la oscuridad y transmitió palabras de amor.

Ahora Domi dice: Sus poemas.

Hace muchos años, dice, fui a la librería y me encontré el libro de tu madre en la mesa de novedades. Yo había sabido que algún día escribiría un libro. Lo compré enseguida y lo leí de una sentada. Llevábamos años sin hablarnos. Durante una temporada la odié, no sé si lo sabes, la odié mucho. No contaba con volver a verla, hasta que se presentó en mi casa. En cambio los poemas se me habían quedado grabados; oía su voz cada vez que los leía. No dejaba de darle vueltas a todo lo que habíamos vivido juntas. Me hizo pensar en quiénes éramos entonces.

Bird contiene la respiración. Es posible, piensa, que aún lo tenga. Que lo saque del bolso y se lo ponga, manoseado y gastado, en las manos.

Pero Domi niega con la cabeza.

Lo quemé, dice. Cuando empezaron a atacarla. Nadie sabía que yo lo tenía y es posible que no se hubieran enterado nunca, pero aun así lo quemé. Fui una cobarde. Es lo que intento decirte, Bird: lo siento. Ya no lo tengo.

Las lágrimas forman un nudo en la garganta de Bird. Asiente con la cabeza y hace ademán de dar media vuelta. Pero Domi sigue hablando.

Había un poema, dice en voz baja, casi para sus adentros, como si tratara de recordar un sueño casi olvidado. Un poema que, precisamente...

Se frota la piel entre las clavículas, como si todavía notara ahí el puñetazo del poema.

Lo leí una y otra vez, ¿sabes? Porque decía algo que yo sentía pero no era capaz de retener, y sus palabras le daban forma, solo por un segundo, mientras leía. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Bird asiente con la cabeza, aunque no está seguro.

Creo, dice Domi, creo que podría escribírtelo. Me refiero al poema. Es posible que me equivoque en un par de palabras. Pero creo –creo– que lo recuerdo casi entero. ¿Te gustaría?

Y entonces Bird entiende qué es lo que va a pasar. Cómo va a encontrarla. Lo que va a hacer a partir de ahora, además de todo lo que le traiga la vida. En algún lugar ahí fuera hay personas que todavía recuerdan sus poemas, que escondieron trozos de

ellos en los pliegues de su memoria antes de acercar una cerilla al papel que tenían en las manos. Las encontrará, les preguntará por lo que recuerden, recompondrá esas evocaciones, por fragmentarias e incompletas que sean, comparará los agujeros de una con las partes intactas de otra y así, pieza por pieza, devolverá a su madre al papel.

Sí, por favor, dice. Me encantaría.

Nota de la autora

El mundo de Bird y Margaret no es exactamente el nuestro, pero tampoco es del todo distinto. La mayoría de los hechos que se describen en este libro no tienen una correspondencia directa con la realidad, pero se inspiran en muchos acontecimientos reales, tanto pasados como presentes, y, en algunos casos, resultó que cosas que yo había imaginado habían empezado a suceder cuando terminé la novela. Margaret Atwood escribió de *El cuento de la criada:* «Puesto que iba a crear un jardín imaginario, quería que los sapos fueran de verdad», de manera que lo que sigue son algunos de los sapos reales y, a la inversa, algunos rayos de esperanza que dieron forma a mi pensamiento mientras trabajaba en este libro.

Hay un largo historial, en Estados Unidos y en otros países, de separar a las familias de sus hijos como medida de control político. Si esto toca la fibra sensible a algún lector –confío en que así sea–, le pido que se informe sobre los muchos ejemplos, tanto pasados como presentes, en que se ha arrancado a niños de sus familias: las separaciones de familias esclavizadas, los internados del gobierno para niños indígenas (como el de Carlisle, Pensilvania), las desigualdades sistémicas de los hogares de acogida, las separaciones de familias migrantes que se siguen produciendo en la frontera sur de Estados Unidos, entre otros lugares. Es un tema que merece mucha más atención, pero el libro de Laura Briggs, *Taking Children: A History of American Terror* [Niños robados. Historia de terror en Estados Unidos], constituye un resumen valiosísimo.

La pandemia que empezó en 2020 trajo consigo un aumento drástico de la discriminación contra los asiáticos, pero no es un fenómeno nuevo: esta discriminación está profundamente enraizada en la historia de Estados Unidos. Mientras escribía esta novela tuve presentes ejemplos de la vida real, entre ellos, el

internamiento en campos de japoneses estadounidenses durante la Segunda Guerra Mundial, el asesinato en 1982 de Vincent Chin o el longevo programa del Departamento de Justicia estadounidense llamado «Iniciativa china». Para quienes desconozcan el tema y quieran saber más, recomiendo *The Making of Asian America* [La construcción de la América asiática], de Erika Lee; *Yellow Peril!: An Archive of Anti-Asian Fear* [Peligro amarillo. Archivo del miedo antiasiático], editado por John Kuo Wei Tchen y Dylan Yeats; *Infamy: Shocking Story of the Japanese American Internment in World War II* [Infamia. La escandalosa historia de los campos de internamiento para japoneses americanos durante la Segunda Guerra Mundial], de Richard Reeves, y *From a Whisper to a Rallying Cry: The Killing of Vincent Chin and the Trial that Galvanized the Asian American Movement* [Del susurro al grito de guerra: el asesinato de Vincent Chin y el juicio que desencadenó el movimiento asiático-americano], de Paula Yoo, para empezar. Cada año se escriben libros nuevos sobre la experiencia asiaticoamericana y agradezco que iluminen las múltiples facetas de este tema complejo y en constante expansión.

Me fascina la manera en que los cuentos populares y el lenguaje son recordados y, poco a poco, alterados a medida que se transmiten de una generación a otra y cómo les encontramos significados distintos en función de nuestras circunstancias. La versión de «La bella durmiente» que recuerda Bird está sacada de *The Illustrated Junior Library's Grimms' Fairy Tales*, la recopilación de cuentos de Grimm con la que crecí y, a lo largo del libro, Margaret le cuenta a Bird una mezcla de historias occidentales y asiáticas que recuerdo de mi propia infancia. El cuento japonés que está en el centro de esta novela lo popularizó en inglés Lafcadio Hearn en 1898 y se ha contado muchas veces a lo largo de los años; la versión que aparece en esta novela, con todas sus variantes, es mía. Respecto al lenguaje, el Online Etymology Dictionary, varios foros de discusiones sobre lingüística y las investigaciones de mi padre sobre la historia de los caracteres chinos me han servido de valiosa inspiración para las etimologías de Ethan, aunque, por supuesto, los errores que pueda cometer este son única y exclusivamente míos.

La inspiración para algunas de las acciones de protesta que aparecen en la novela proceden de fuentes varias: en general, el concepto de arte de guerrilla fue la luz que me guió, al igual que los escritos de Gene Sharp sobre protestas no violentas. La red tejida en el parque municipal se basa en varios bombardeos con lana en Estados Unidos y Reino Unido, mientras que los niños de hielo de Nashville tienen su origen en instalaciones sorpresa de estatuas, tales como las de Donald Trump desnudo creadas por INDECLINE en protesta por sus políticas, y en las aterradoras instalaciones de niños enjaulados organizadas por el Centro de Educación y Servicios Legales para Refugiados e Inmigrantes (RAICES, por sus siglas en inglés) en la

frontera entre México y Estados Unidos. Las protestas pacíficas del movimiento serbio Otpor!, las protestas sirias anti-Assad y otros grupos, en concreto los que tan vívidamente describe Srdja Popović en *Cómo hacer la revolución. Instrucciones para cambiar el mundo,* me dieron la idea para la instalación del bloque de cemento y la palanca en Austin, las pelotas de pimpón en Memphis y los tapones de botella de Margaret, además de influir en el espíritu general de las intervenciones artísticas que describo. Tuve muy presentes las luchas prodemocracia de los hongkoneses, sobre todo las que se oponen a la reciente legislación para la «seguridad nacional» impuesta por China. También estoy profundamente agradecida a Anna Deavere Smith, cuya obra no descubrí hasta después de terminado este libro, pero que, sin embargo, es una de las precursoras del proyecto de Margaret.

En esta novela aparecen varios personajes reales: Anna Ajmátova llegó a mi vida e hizo encajar varias piezas de esta historia en una de esas coincidencias felices que te hacen creer en el destino. El libro *Poems of Akhmatova,* selección y traducción de Stanley Kunitz y Max Hayward, constituye una estupenda introducción a su obra y su biografía. Para mí fue un honor dar a un personaje de mi novela que levanta la voz con valentía contra la injusticia el nombre de Sonia Lee Chun, en un gesto de agradecimiento a su familia por apoyar el movimiento Familias Inmigrantes Unidas. Margaret evoca el legado de Latasha Harlins y Akai Gurley; que sus nombres y sus vidas no caigan en el olvido. Por último, pero no menos importante, después de terminar la novela descubrí que existe un grupo de Facebook que, con el hashtag #ourmissinghearts, se dedica a concienciar a la opinión pública sobre personas desaparecidas. Agradezco la labor que hacen proporcionando consuelo a familias que buscan respuestas.

Por último, diré que inventarme la ley PACT, los argumentos para justificarla y sus posibles efectos en la sociedad resultó muy fácil. Ahora mismo hay demasiados ejemplos de libertad de expresión amordazada y de discriminación justificada en aras de la «protección» y la «seguridad». Durante la escritura de esta novela las noticias eran una fuente continua de ejemplos contemporáneos, tanto en Estados Unidos como en otros países, y en el tiempo transcurrido entre la redacción de esta nota y su publicación, sin duda habrá muchos más. Es difícil analizar la época en que una vive, pero examinar la historia me brindó una perspectiva muy útil. Textos sobre el macartismo, incluidos *Naming Names* [Delación], de Victor S. Navasky, y *The Age of McCarthyism: A Brief History with Documents* [La era del macartismo. Breve historia documentada], de Ellen Schrecker y Phillip Deery, son un atisbo escalofriante de a lo que puede conducir el miedo generalizado; *Perilous Times: Free Speech in Wartime* [Tiempos peligrosos. Libertad de expresión en tiempos de guerra], de Geoffrey R. Stone, cataloga numerosos ejemplos históricos con inquietantes paralelismos en el

presente, y libros como *When Paris Went Dark: The City of Light Under German Occupation,1940-1944* [Cuando París se oscureció. La ciudad de la luz bajo la ocupación alemana, 1940-1944], de Ronald C. Rosbottom, me ayudaron a fijarme en lo difuso de las fronteras entre resistir, tolerar y colaborar. Más en general, *Sobre la tiranía,* de Timothy Snyder, fue un poderoso recordatorio de la velocidad a la que puede triunfar el autoritarismo (así como lo que se puede hacer al respecto), mientras que el ensayo clásico de 1978 de Václav Havel, *El poder de los sin poder,* cambió mi forma de pensar sobre el impacto que puede tener un único individuo a la hora de desmantelar un sistema establecido hace mucho tiempo. Espero que Havel esté en lo cierto.

Agradecimientos

Nadie hace nada solo, y yo estoy en deuda con las muchas, muchas personas que me han ayudado en el camino. Sigo sin saber qué he hecho para merecerme a mi agente, Julie Barer, solo sé que doy gracias por tenerla. Mi gratitud eterna para ti, Nicole Cunningham Nolan, y a todo el equipo de The Book Group. Punto.

Gracias, como siempre, a mi editora, Virginia Smith Younce, por su calma imperturbable y certeros consejos (y por proporcionarme helado cuando más lo necesitaba) y a Caroline Sydney por cuidar de que todo marchara bien. Una vez más, Juliana Kiyan, Matthew Boyd, Danielle Plafsky, Sarah Hutson, Ann Godoff, Scott Moyers y el equipo de Penguin Press han guiado los primeros pasos de este libro con consideración y cariño; no lo imagino en manos mejores. Jane Cavolina, mi correctora de estilo, sigue teniendo la paciencia de una santa y el ojo de un halcón.

En el Reino Unido, gracias de corazón a Caspian Dennis y Clare Smith por defender siempre mi trabajo, así como a Grace Vincent, Celeste Ward-Best, Hayley Camis, Kimberley Nyamhondera y todos los demás en Little, Brown UK; y a Nicole Winstanley y Deborah Sun de la Cruz, en Penguin Random House Canada. Gracias a Jenny Meyer y Heidi Gall por buscar la mejor editorial para mis libros en otros países y a todos mis editores y traductores de otras partes del mundo por hacer llegar mis palabras a los lectores.

Gracias a Ayelet Amittay, Tasneem Husain, Sonya Larson, Anthony Marra, Whitney Scharer y Anne Stameshkin por vuestras valiosas lecturas y aportaciones durante el proceso y también a mi grupo de escritura, que es mi guía y mi apoyo constante. Conversaciones con Jenn Fang y Dolen Perkins-Valdez dieron forma a mis ideas e hicieron mucho más fuerte este libro (y Jenn, gracias por el árbol genealógico de Marie).

Gracias a Jenni Ferrari-Adler, Marissa Perry Stuparyk, Ariel Djanikian y Anne Stameshkin (de nuevo) por aquel fin de semana en la naturaleza, el sofá frente a la chimenea y casi veinte años de atenta conversación; a Catherine Nichols por sus conversaciones estimulantes delante de un plato de ramen y por prestarme el nombre de Bird. A Jermaine Brown por su asesoramiento sobre el marco legal de la reasignación de menores y por el estremecedor comentario de «con un juez simpatizante, cualquier cosa es posible». Muchas gracias a Peter Ho Davies por su sabiduría y sus enseñanzas y en especial por contarme esa historia sobre su padre. Espero que la reconozca en la versión que he hecho.

La Guggenheim Foundation me ayudó con este proyecto, pero sobre todo me dio un primer voto de confianza sin el cual es probable que nunca hubiera escrito este libro. La Biblioteca Pública de Cambridge me proporcionó no solo un sitio donde escribir, también inspiración constante mediante sus fondos, sus usuarios y sus bibliotecarios; gracias por todo lo que hacéis y a Kate Flaim por organizar esa visita entre bastidores que despertó mi imaginación.

Sobre todo, gracias a mi familia. Mi madre y mi hermana siguen apoyándome en esto de la creación desde hace unos cuarenta años ya. No es fácil tener una escritora en la familia, así que os agradezco que me permitáis serlo y que me contéis vuestras historias. Espero que os sintáis orgullosas. Gracias a mi marido por traerme el almuerzo cuando se me olvida comer, por escuchar pacientemente cada vez que me pongo a hablar de tramas y documentación, por asumir más tareas domésticas de las que te corresponden y por creer en mi obra incluso cuando yo no lo hago. Me siento afortunada y agradecida de hacer este viaje contigo. Por último, gracias a mi hijo: sigues siendo mi mejor creación.

Nota

* Traducción de Jesús García Gabaldón en Anna Ajmátova: *Réquiem / Poema sin héroe,* Cátedra, Madrid, 1994. *[N. de la T.]*

Créditos

ALBA l contemporánea
Colección dirigida por María Tena

TÍTULO ORIGINAL: *Our Missing Hearts*

© Celeste Ng, 2022

© DE LA TRADUCCIÓN: Laura Vidal

© DE ESTA EDICIÓN: **alba editorial**, **s. l. u.**
Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona
www.albaeditorial.es

DISEÑO: Pepe & James

Conversión a formato digital: La Letra, S.L.

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2022
ISBN DIGITAL: 978-84-9065-924-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright,
bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra
por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 lleva recuperando grandes clásicos de la literatura universal (Alba Clásica y Alba Clásica Maior) en nuevas traducciones y cuidadas ediciones. Presta asimismo atención al ensayo histórico y literario en su colección Trayectos, donde también se publican diarios y libros de memorias.

En el campo del teatro y el cine, merecen una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y profesionales en general del teatro, y la colección Fuera de Campo, con textos de formación en todos los ámbitos cinematográficos. También destacan sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido en 2010 el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial. En 2012 incorporó a su catálogo dos nuevas colecciones de literatura, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros y no canónicos del siglo xx), e inició una línea de infantil/ilustrado con la publicación de una serie de libros disco, a los que pronto seguirían nuevas colecciones como Pequeña&Grande, Pequeños Grandes Gestos y Cuentos Vintage. En el año 2018 ha lanzado una nueva colección de poesía.

Consulta www.albaeditorial.es